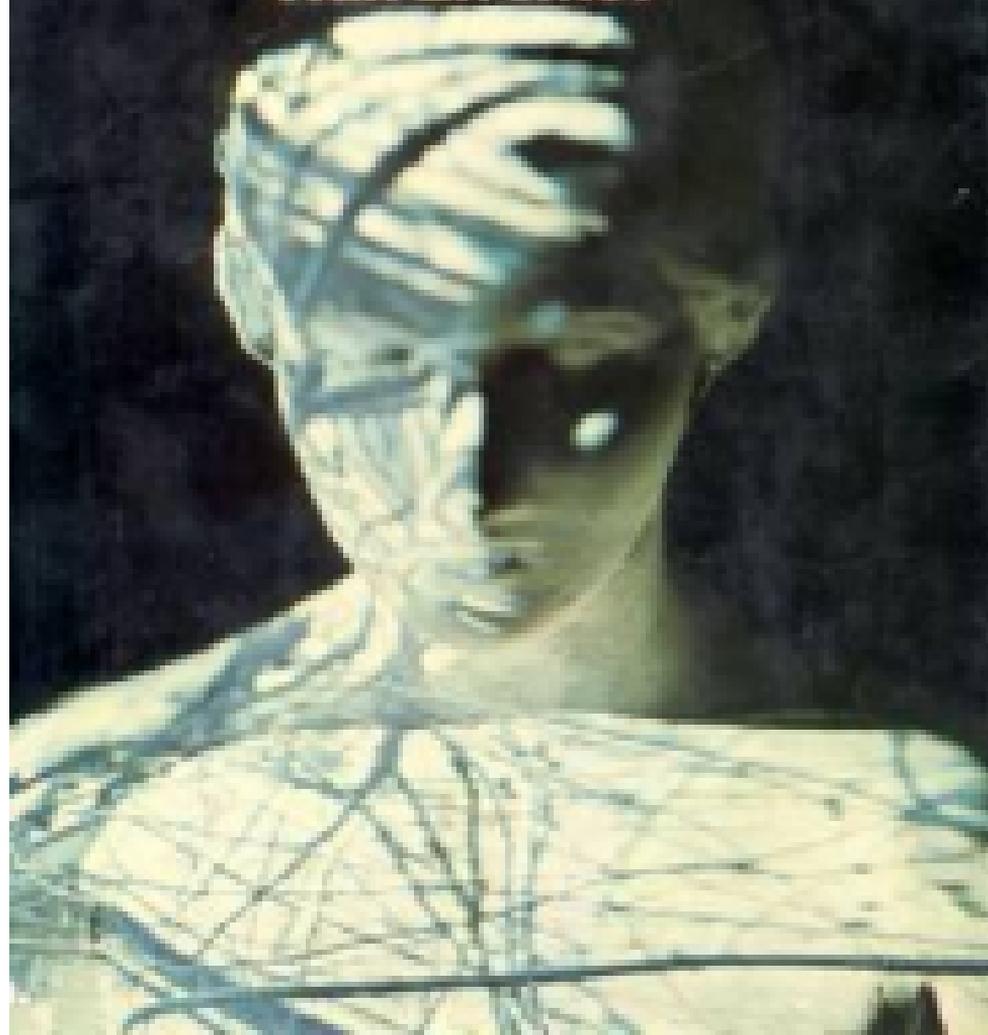


la nebulosa de andrómeda

Iván Efrémov



LA NEBULOSA DE ANDRÓMEDA

Iván Efremov

Título original: Tumannost Andromedy

Traducción: A. Herraiz

© 1973 by Iván Efremov

© 1975 Editorial Planeta S.A.

ISBN 84-320-1433-8

Edición digital: Umbriel

Capítulo I - LA ESTRELLA DE HIERRO

A la pálida luz reflejada del techo, los limbos graduados de aparatos e instrumentos se asemejaban a una galería de retratos. Los redondos tenían un pícaro aspecto, los ovalados se dilataban con insolente jactancia y los cuadrados permanecían inmóviles, como petrificados en su obtusa fatuidad. Las lucecitas —azules, anaranjadas, verdes—, que centelleaban en su interior, hacían más real la impresión aquella.

En el centro del convexo cuadro de comando, resaltaba una ancha esfera de color purpúreo. Ante ella, inclinada en incómoda postura, había una muchacha. Olvidada del sillón que tenía al lado, pegaba la frente al cristal. El rojo resplandor le iluminaba el juvenil rostro, tornándolo severo, de más edad, en tanto sombreaba los labios carnosos, destacando sus trazos, y afilaba la nariz, un poquito arremangada. Las anchas cejas fruncidas habían tomado un matiz intensamente negro y daban a los ojos una expresión sombría, desolada.

El rítmico golpeteo de los contadores fue interrumpido por un leve chirriar. La muchacha se estremeció y echó hacia atrás los finos brazos para enderezar la cansada espalda.

Tras ella, chasqueó la puerta y apareció la gran silueta de un hombre de movimientos bruscos y precisos. Una luz dorada inundó la estancia, arrancando destellos de fuego de los espesos cabellos rojizo-oscuros de la muchacha. Sus ojos se encendieron también al mirar, inquietos y amorosos, al que entraba.

—Pero ¿no ha dormido usted aún? ¡Lleva cien horas en vela!

—¿Mal ejemplo, verdad? —preguntó el hombre en tono alegre, pero sin sonreír. Y había en su voz inflexiones agudas, metálicas, que parecían remachar las palabras.

—Todos los demás descansan —repuso la joven con timidez—, y... no saben nada —agregó quedo.

—Hable sin temor. Los camaradas duermen. Ahora, usted y yo somos las dos únicas personas que velan en el Cosmos, y hasta la Tierra hay cincuenta billones de kilómetros: ¡un parsec⁽¹⁾ y medio en total!

—¡Y no tenemos anamesón más que para una carrera! —exclamó la muchacha, exaltada, con espanto.

De dos rápidas zancadas, Erg Noor, jefe de la 37ª expedición astral, se aproximó a la esfera purpúrea.

—¡La quinta vuelta!

—Sí, ya estamos dando la quinta. Y... nada —confirmó la muchacha, dirigiendo una elocuente mirada al altavoz del receptor automático.

—Ya ve que no es posible dormir. Hay que reflexionar bien acerca de todas las

¹ Unidad de medida de distancias astronómicas, equivalente 3,087 X 10¹³ km., o sea 3,26 años-luz

variantes y posibilidades. Al final de la quinta vuelta, tenemos que haber hallado la solución.

—Eso son otras ciento diez horas...

—Bueno, echaré un sueño aquí, en el sillón, cuando cesen los efectos de la sporamina. Tomé una tableta hace veinticuatro horas.

La muchacha quedó un momento pensativa; luego, se decidió a insinuar:

—¿Y si redujéramos el radio de nuestro círculo? Tal vez esté averiada su emisora.

—¡No, no! Si reducimos el radio sin aminorar la velocidad, la nave se destrozará al instante. ¿Cómo disminuir la marcha... y por añadidura, sin anamesón?... ¿Cubrir una distancia de un parsec y medio a la velocidad de los lunniks antiguos? Tardaríamos cien mil años en llegar a nuestro sistema solar.

—Ya lo comprendo... Mas quizá ellos...

—En tiempos inmemoriales, los hombres podían incurrir en negligencias o engañarse unos a otros. ¡Pero en la actualidad no!

—Yo no me refiero a eso —replicó ofendida la muchacha, con brusquedad—. Quería decir que tal vez Algrab se haya desviado de su ruta y nos esté buscando también.

No ha podido desviarse tanto. Sin duda alguna, partió a la hora señalada y prevista. Aunque se haya dado el caso inverosímil de avería de sus dos emisoras, la astronave habría cruzado el círculo diametralmente y ahora la oíríamos nosotros con el receptor planetario. No hay equivocación posible: ¡mire, ahí está el planeta convenido!

Erg Noor señaló a las pantallas reflectoras colocadas en profundos nichos a los cuatro costados del puesto de comando. Innumerables estrellas brillaban en la insondable negrura. Por la pantalla delantera de la izquierda pasó fugaz un pequeño disco gris —apenas esclarecido por su sol— que se encontraba muy alejado del sistema B-7336-C+87—A, donde se desarrolla la acción de este capítulo.

—Nuestros faros-bomba funcionan con precisión, a pesar de que los lanzamos hace cuatro años independientes⁽²⁾. —Erg Noor mostró una franja de luz que se extendía nítida por el largo cristal de la pared izquierda—. El Algrab debía estar ya aquí desde hace tres meses. Por consiguiente... —hizo una pausa, como dudando de pronunciar la sentencia, y concluyó—: ¡Ha perecido!

—¿Y si no ha sido así? Tal vez lo haya averiado algún meteorito y no pueda desarrollar velocidad... —objetó la muchacha pelirroja.

—¡Velocidad!... —repitió Erg Noor, sarcástico—. ¿Y qué más da? Si entre la nave y su lugar de destino se han interpuesto milenios de viaje, todavía será peor: vendrá la muerte lenta, tras años de terrible desesperanza. Y si llaman pidiendo socorro, puede que nos enteremos... dentro de unos seis años... ya en la Tierra.

Con impetuoso ademán, sacó un sillón plegable de debajo del banco de la calculadora electrónica, modelo reducido de la «MNU-11». Hasta entonces, no se había podido aún dotar a las astronaves de máquinas-cerebros electrónicos del tipo de la «IUT», capaces de realizar toda clase de operaciones y de dirigir dichas naves. Y no se había hecho porque tales máquinas eran muy pesadas, frágiles y de gran volumen. Entre tanto, había que tener de guardia en el puesto de comando a un astronauta, máxime cuando en tan largas trayectorias era imposible mantener exactamente el rumbo.

Con la destreza de un pianista, los dedos del jefe de la expedición se deslizaban rápidos por las clavijas y los botones de la calculadora. Su pálido rostro, de pronunciados rasgos, tenía una inmovilidad de piedra; la frente, despejada, se inclinaba tesonera sobre los mandos y parecía desafiar a los elementos, hostiles a aquel mundillo de seres vivos que se habían lanzado a las profundidades vedadas del espacio.

La joven astronauta Niza Krit, que hacía su primera expedición astral, observaba anhelante al ensimismado Noor. ¡Qué sereno era! ¡Cuánta energía y talento poseía el amado! Lo amaba desde hacía tiempo, desde el comienzo de aquel viaje que duraba ya

² Año independiente: año terrestre, cuyo cómputo no está en dependencia de la velocidad de la astronave. (*N. del t.*)

cinco años. Y era inútil ocultarlo... El también lo sabía, Niza se daba cuenta... Ahora, al ocurrir aquella desgracia, tenía la dicha de estar de guardia con él. Los dos solos, durante tres meses, mientras el resto de la tripulación permanecía sumida en dulce sueño hipnótico. Aún quedaban trece días; luego, ambos se dormirían por medio año hasta que terminasen sus turnos respectivos dos equipos de nautas, astrónomos y mecánicos. Los demás —los biólogos y geólogos, cuyo trabajo no comenzaría hasta que no llegasen al lugar de destino— podrían seguir durmiendo... En cambio, los astrónomos estaban siempre atareados. ¡Cuan grande era su labor! Erg Noor se levantó, y los pensamientos de Niza se interrumpieron.

—Voy a la cabina de las cartas astrales... Su descanso será dentro de... —miró al reloj dependiente— nueve horas. Puedo dormir de sobra antes de relevarla.

—Yo no estoy cansada, y estaré aquí todo el tiempo que haga falta para que usted descanse bien.

Erg Noor frunció el entrecejo, dispuesto a replicar, pero cediendo a la caricia de las palabras y de los ojos castaños, dorados, que le miraban fieles, sonrió y salió de la estancia sin decir nada.

Niza se sentó en el sillón, abarcó los aparatos con habitual mirada y quedó muy pensativa.

Sobre ella negreaban las pantallas reflectoras que transmitían al puesto central de comando el panorama del insondable abismo circundante. Las luces multicolores de las estrellas eran como brillantes agujas que se clavaban en la retina.

La astronave iba dejando atrás a un planeta, cuya fuerza de atracción la hacía balancearse a lo largo del campo de gravitación inestable. Y las estrellas, siniestras y majestuosas, daban en las pantallas reflectoras saltos fantásticos. Los dibujos de las constelaciones cambiaban con celeridad inaudita.

El planeta K-22H—88, frío y sin vida, alejado de su sol, era conocido como un lugar cómodo para los encuentros de las astronaves... pero aquella entrevista no se realizaba. Daban ya la quinta vuelta... Y Niza se imaginó su nave describiendo, con velocidad aminorada, un círculo inmenso, de mil millones de kilómetros de radio, y adelantándose continuamente al planeta, que iba a paso de tortuga. Al cabo de ciento diez horas, la astronave terminaría su quinta vuelta... ¿Y qué ocurriría entonces? El gran cerebro de Erg Noor estaba en plena tensión, buscando afanoso la mejor salida. El jefe de la expedición y capitán del navío cósmico no podía equivocarse. De lo contrario, la Tantra, astronave de primera clase, cuya tripulación estaba integrada por los sabios más eminentes, ¡no volvería jamás de los espacios intersiderales! Pero Erg Noor no se equivocaría...

Niza Krit sintió de pronto un malestar angustioso, revelador de que la astronave se había desviado de su curso en una fracción minúscula de grado, desviación solamente admisible a velocidad aminorada, pues de lo contrario, la frágil carga humana habría perecido por completo. Apenas se hubo desvanecido la neblina gris que cubría sus ojos, la muchacha volvió a sentir mareo: la nave había vuelto a su ruta. Todo aquello se debía a que los detectores supersensibles habían captado allí delante, en la insondable negrura, un meteorito, el peligro mayor para las astronaves. Las máquinas electrónicas que gobernaban el navío cósmico (sólo ellas podían hacer todas las manipulaciones con la rapidez requerida, ya que los nervios humanos no estaban adaptados a las velocidades cósmicas) habían desviado la Tantra en una millonésima de segundo y, una vez pasado el peligro, la habían vuelto, con igual rapidez, a su curso anterior.

«¿Qué habrá impedido a unas máquinas como éstas salvar al Algrabl —pensaba Niza, repuesta ya de su malestar—. Seguramente ha sido averiado al chocar contra algún meteorito. Erg Noor dice que, de cada diez astronaves, una perece a causa de esas colisiones, a pesar de la invención de detectores tan sensibles como el de Voll Hod y de los revestimientos energéticos de protección que rechazan los cuerpos celestes de minúsculas dimensiones.» La catástrofe del Algrab los ponía en un trance muy peligroso,

cuando parecía que todo estaba bien meditado y previsto. La muchacha empezó a evocar cuanto había ocurrido a partir del momento en que emprendieron el vuelo.

La 37ª expedición astral tenía como objetivo llegar al sistema planetario de la más cercana estrella de la constelación del Serpentario, cuyo único planeta habitado —Zirda— había estado comunicando con la Tierra y los otros mundos, durante largo tiempo, por el Gran Circuito. Pero inesperadamente había enmudecido. Hacía ya más de setenta años que no llegaba de allí noticia alguna. Era deber de la Tierra, como vecina más próxima de Zirda entre los planetas del Circuito, averiguar qué era lo que pasaba. Por ello, la nave expedicionaria tomó a bordo muchos aparatos y a varios sabios eminentes, cuyo sistema nervioso, después de numerosas pruebas, se había mostrado capaz de soportar años de reclusión en la hermética astronave. Las reservas de combustible —el anamesón, sustancia en que la ligazón intermesónica de los núcleos había sido destruida y que poseía una velocidad de eyección igual a la de la luz— eran mínimas, y no a causa del peso del anamesón, sino debido al gran espacio que ocupaban sus enormes depósitos. Se contaba con volver a aprovisionarse de combustible en Zirda. Para el caso de que al planeta le hubiera ocurrido algo grave, el Algrab, astronave de segunda clase, debía encontrarse con la Tantra cerca de la órbita del planeta K22H-88.

El agudo oído de Niza percibió un cambio de tono en la sintonización del campo de gravitación artificial. Los discos de tres aparatos de la derecha empezaron a centellear con distinto fulgor, la sonda electrónica de babor se conectó. En la iluminada pantalla apareció un cuerpo aristado y brillante. Venía derecho como un proyectil hacia la Tantra y, por consiguiente, debía de estar aún lejos. Era un enorme trozo de materia, de los que muy raramente se encontraban en los espacios cósmicos. Niza se apresuró a determinar su volumen, masa, velocidad y dirección de vuelo. Y únicamente al oír el chasquido de la bobina automática del registro de observaciones, volvió Niza a sus recuerdos.

El más vivo era el de un sol, rojo como la sangre, que se iba agrandando en el campo visual de las pantallas durante los últimos meses del cuarto año de viaje. El cuarto para todos los habitantes de la astronave, que volaba a una velocidad de 5/6 de la unidad absoluta: la velocidad de la luz. Pero en la Tierra habían pasado ya cerca de siete años, de los llamados independientes.

Unos filtros superpuestos en las pantallas protegían los ojos humanos, atenuando el color y la intensidad de los rayos de cualquier astro, como hacía la atmósfera terrestre mediante sus capas protectoras de ozono y de vapor de agua. La luz violeta de los astros de temperaturas elevadas, una luz fantasmagórica, indescriptible, parecía azul celeste o blanca, mientras las sombrías estrellas gris-rosáceas se tornaban alegres y de un color amarillo de oro, semejante al de nuestro Sol. Allí, el astro que brillaba victorioso con claros fulgores escarlata tomaba esa intensa tonalidad de sangre en la que el observador terrestre reconoce las estrellas de la clase espectral M 5. El planeta se encontraba bastante más cerca de su sol que la Tierra del suyo. A medida que se aproximaban a Zirda, el astro de ella se iba convirtiendo en un enorme disco bermejo que lanzaba multitud de radiaciones térmicas.

Dos meses antes de llegar a Zirda, la Tantra había tratado de comunicar con la estación exterior del planeta. No había allí más que esa estación en un pequeño satélite natural, sin atmósfera, que se hallaba más cerca de Zirda que la Luna de la Tierra.

La astronave continuó llamando a Zirda cuando quedaban treinta millones de kilómetros para llegar a ella y la fantástica velocidad de la Tantra había sido reducida a tres mil kilómetros por segundo. Estaba de guardia Niza, pero toda la tripulación también permanecía en vela, sentada expectante ante las pantallas en el puesto central de comando.

Niza lanzaba las llamadas ampliando la potencia de emisión y proyectando los rayos en abanico.

Por fin, vieron el diminuto punto luminoso del satélite. La nave empezó a trazar una

curva alrededor del planeta, aproximándose a él poco a poco, en espiral, y adaptando su velocidad a la del satélite. La Tantra y éste parecían unidos por un cable invisible; la astronave pendía sobre el pequeño planeta, que corría raudo por su órbita. Los estereotelescopios electrónicos del gran navío cósmico exploraban la superficie del satélite.

Y de pronto, ante la tripulación apareció un espectáculo inolvidable.

Un enorme edificio de cristal brillaba cegador a los reflejos del sol sangrante. Bajo la plana techumbre había una estancia, semejante a un gran salón de actos. En él permanecía inmóvil una multitud de seres que no se parecían a los terrenales, pero eran, sin duda, humanos. Pur Hiss —astrónomo de la expedición, novato en el Cosmos, que había sustituido poco antes de partir a un compañero experto— siguió regulando con mano trémula el foco, para ampliar las imágenes. Las filas de hombres, que se veían borrosos bajo el cristal, continuaban en inmovilidad absoluta. Pur Hiss amplió más. Ya se distinguía un estrado con una larga mesa y bordeado de aparatos e instrumentos diversos. Sobre la mesa, de cara al auditorio, estaba sentado un hombre con las piernas cruzadas, perdida en la lejanía la mirada demencial de sus ojos fijos, aterradores.

—¡Están muertos, congelados! —exclamó Erg Noor.

La astronave seguía suspendida sobre el satélite de Zirda. Catorce pares de ojos observaban aquella tumba de cristal, sin poder apartarse de ella. Sí, era en verdad una tumba. ¿Cuántos años llevaban allí aquellos cadáveres? Hacía setenta que el planeta había enmudecido, y si agregaban los seis de recorrido de los rayos, resultaban más de tres cuartos de siglo...

Luego, todas las miradas se tendieron hacia el jefe. Erg Noor, pálido el semblante, escudriñaba en la opalina niebla de la atmósfera que rodeaba al planeta. A través de ella, se columbraban apenas los tenues contornos de las montañas y los reflejos del mar, pero nada daba la respuesta que habían venido a buscar los astronautas.

—¡La estación ha quedado inutilizada y no ha sido reconstruida en setenta y cinco años! Por consiguiente, en el planeta ha ocurrido una catástrofe. Hay que descender, penetrar en la atmósfera, tal vez tomar tierra... Aquí están todos reunidos. Yo pregunto cuál es la opinión del Consejo...

El astrónomo Pur Hiss fue el único que hizo objeciones. Niza miraba con indignación a su narizota corva, como el pico de una ave de rapiña, y a sus feas orejas asopilladas.

—Si en el planeta ha ocurrido una catástrofe, no tendremos ninguna posibilidad de aprovisionarnos de anamesón. El vuelo a poca altura en torno al planeta, y tanto más la toma de tierra, disminuirán nuestras reservas de combustible planetario. Además, no sabemos qué ha pasado. Puede haber allí potentes radiaciones que nos maten a todos.

Los demás miembros de la expedición apoyaron al jefe.

—Ninguna clase de radiaciones planetarias pueden ser peligrosas para una nave con coraza cósmica, como la nuestra. ¿A qué se nos ha enviado aquí? A poner en claro lo ocurrido, ¿no es cierto? ¿Qué va a responder la Tierra al Gran Circuito? No basta con constatar el hecho. Eso es muy poco; hay que explicarlo además. ¡Perdónenme estos razonamientos de escolar! —dijo Erg Noor. Y en el habitual timbre metálico de su voz había un dejo de ironía—. No creo que podamos eludir nuestro indeclinable deber...

—¡La temperatura de las capas superiores de la atmósfera es normal! —exclamó Niza con alegría.

Erg Noor sonrió e inició el descenso con precaución, espira tras espira, aminorando la marcha de la astronave a medida que se iban aproximando a la superficie del planeta. Zirda era un poco más pequeña que la Tierra, y para circundarla en bajo vuelo no se requería una velocidad muy grande. Los astrónomos y el geólogo confrontaban los mapas del planeta con las indicaciones de los aparatos ópticos de la Tantra. Los continentes conservaban sus contornos, idénticos a los de antes, los mares brillaban serenos a la roja luz del sol. Las cadenas montañosas tampoco habían cambiado de configuración y tenían

el mismo aspecto que en las fotografías anteriores, pero el planeta callaba.

La gente llevaba treinta y cinco horas en sus puestos de observación, sin abandonarlos ni un momento.

La composición de la atmósfera, la irradiación del sol rojo, todo coincidía con los datos que se poseían acerca de Zirda. Erg Noor abrió el anuario correspondiente a este planeta y buscó las tablas con los datos de su estratosfera. La ionización era más fuerte que de ordinario. Una vaga sospecha empezó a alentar en su mente, llenándole de inquietud.

A la sexta espira del descenso, se divisaron los contornos de las grandes ciudades. Pero en los receptores de la astronave, al igual que antes, no se oía señal alguna.

Niza Krit, que había sido relevada para que tomase un refrigerio, creía estar sumida en leve sopor. Le parecía haber dormido nada más que unos minutos. La astronave volaba sobre la parte de Zirda envuelta en las sombras de la noche, a una velocidad no superior a la de un simple espiróptero terrestre. Allí abajo debían de extenderse las ciudades, las fábricas, los puertos. Mas ni una sola luz se columbraba en las profundas tinieblas, por mucho que los potentes estereotelescopios las explorasen. El trepidante fragor de la atmósfera, al ser hendida por la astronave, tenía que oírse a decenas de kilómetros.

Pasó una hora. Seguía sin aparecer la menor luz. La angustiosa espera se iba haciendo insoportable. Noor conectó las sirenas de aviso. Un espantoso rugido se expandió hacia la insondable negrura de allá abajo. Los hombres de la Tierra confiaban en que, fundido con el fragor del aire, lo oírían los moradores de Zirda, que guardaban un enigmático silencio.

Un resplandor de fuego rasgó las siniestras tinieblas. La Tantra había entrado en la zona iluminada del planeta. Abajo, todo continuaba envuelto en una oscuridad aterciopelada. Las fotografías, ampliadas rápidamente, mostraron que aquello era un tapiz de flores semejantes a negras amapolas terrestres, que se extendía en millares de kilómetros, sustituyendo todo: bosques, matorrales, juncos y hierbas. Las calles de las ciudades resaltaban en el manto sombrío como costillas de esqueletos gigantescos, las construcciones de hierro parecían rojas heridas. No había en parte alguna ni un solo ser vivo, ni un árbol; únicamente aquellas amapolas negras...

La Tantra lanzó una estación-bomba de observación y entró de nuevo en la noche. Al cabo de seis horas, la estación-robot informó acerca de la composición del aire, de la temperatura, de la presión y demás condiciones existentes en la superficie del planeta. Todo era allí normal, excepto un exceso de radiactividad.

—¡Monstruosa tragedia! —barbotó con sofocada voz el biólogo Eon Tal, en tanto anotaba los últimos datos suministrados por la estación—. ¡Se han matado ellos mismos y han destruido todo su planeta!

—¿Será posible? —preguntó Niza, tratando de contener las lágrimas—. ¡Qué espanto! No me lo explico, pues la ionización no es tan fuerte...

—Desde entonces, han pasado bastantes años —respondió severo el biólogo. Su rostro circasiano, de nariz aguileña y aspecto viril, a pesar de su juventud, tenía una expresión dura—. Esta desintegración radiactiva es precisamente peligrosa porque va aumentando de un modo imperceptible. La cantidad total de emanaciones ha podido ir creciendo durante siglos, kor a kor, como llamamos nosotros a las biodosis de radiación, y de pronto, un salto cualitativo! Se anula la procreación, viene la esterilidad y surgen, por añadidura, las epidemias de origen radiactivo... No es la primera vez que esto ocurre. El Gran Circuito ha conocido catástrofes semejantes...

—Como la del llamado «Planeta del sol violáceo» —resonó detrás de ellos la voz de Erg Noor.

—Lo más trágico —comentó el taciturno Pur Hiss— es que su extraño sol, setenta y ocho veces más luminoso que el nuestro y de la clase espectral A-cero, aseguraba a los habitantes una energía muy elevada...

—¿Dónde está ese planeta? —inquirió el biólogo Eon Tal—. ¿No es el que el Consejo

se propone poblar?

—El mismo. En su honor se dio el nombre de Algrab a la nave que acaba de perecer.

—¡La estrella Algrab o Delta del Cuervo! —exclamó asombrado el biólogo—. ¡Pero ésa está muy lejos!

—A cuarenta y seis parsecs. Mas nosotros construimos astronaves que hacen raids cada vez más largos...

El biólogo asintió con la cabeza y barbotó que no había sido un acierto dar a aquella astronave el nombre de un planeta pericido.

—Mas la estrella sigue existiendo, y el planeta también. Antes de un siglo, la habremos cubierto de vegetación y poblado —repuso Erg Noor, con convencimiento.

Se había decidido a una maniobra difícil, consistente en cambiar el curso orbital de la nave, que era latitudinal, haciéndolo longitudinal para seguir a lo largo del eje de rotación de Zirda.

¿Cómo iban a abandonar el planeta sin tener la certeza de que todos sus habitantes habían muerto? Tal vez los supervivientes no pudieran pedir socorro, debido a que las centrales energéticas estuviesen destruidas y los aparatos averiados.

No era la primera vez que Niza veía a Erg Noor ante el cuadro de comando en un momento crítico. Con el rostro impenetrable, lleno de firmeza, los movimientos bruscos y siempre exactos, le parecía un héroe legendario.

De nuevo, la Tantra recorría sin esperanza su ruta alrededor de Zirda; ahora de un polo a otro. En algunos lugares, sobre todo en las latitudes medias, aparecían anchas zonas de terreno sin vegetación alguna. Allí flotaba en el aire una niebla amarilla, a través de la cual se vislumbraban, como un mar encrespado, unas gigantescas dunas de arena roja, azotadas por el viento.

Más allá, volvían a extenderse, como un fúnebre manto de terciopelo, las amapolas negras, únicas plantas que habían resistido a la radiactividad o experimentado, bajo su influencia, una mutación viable.

Todo estaba claro. Era inútil, e incluso peligroso, buscar entre aquellas ruinas muertas los depósitos de anamesón reservado, por recomendación del Gran Circuito, para los viajeros procedentes de otros mundos (Zirda no tenía aún astronaves y sólo contaba con navíos trasplanetarios). La Tantra empezó a desenrollar lentamente la espira de su vuelo, en sentido inverso, para alejarse del planeta. Tomando una velocidad de diecisiete kilómetros por segundo con sus motores iónicos a chorro, utilizados para los viajes interplanetarios, despegues y tomas de tierra, la astronave dejó atrás el planeta muerto. Puso rumbo a un sistema inhabitado, únicamente conocido por una cifra convencional, al que se habían lanzado unos faros-bomba y donde debía esperar el Algrab. Los motores de anamesón fueron conectados. En cincuenta y dos horas, con su fuerza, imprimieron a la astronave su velocidad normal de novecientos millones de kilómetros por hora. Hasta el lugar del encuentro quedaban quince meses de viaje, once computando por el tiempo dependiente de la nave. Toda la tripulación, salvo el grupo de guardia, podía sumirse en el sueño. Pero la discusión general, los cálculos y la preparación del informe al Consejo ocuparon un mes entero. En los anuarios referentes a Zirda se mencionaban peligrosos experimentos realizados con combustibles atómicos de desintegración parcial. Había allí discursos de eminentes sabios del planeta ahora muerto que señalaban la aparición de síntomas de influencia nociva sobre la vida e insistían en que cesasen las pruebas. Hacía ciento dieciocho años, se había transmitido por el Gran Circuito una breve advertencia que debía haber bastado para convencer a hombres de preclaro intelecto, pero que, por lo visto, no había tomado en serio el gobierno de Zirda.

No cabía duda de que el planeta había pericido a consecuencia de una acumulación de radiaciones, después de numerosos ensayos imprudentes y del empleo irreflexivo de formas peligrosas de energía nuclear, en vez de haber buscado, sensatamente, otras menos nocivas.

El enigma estaba ya esclarecido desde hacía tiempo; la tripulación había pasado, por dos veces, de un sueño de tres meses a una vida normal de igual duración.

Y la Tantra llevaba ya muchos días dando vueltas en torno al planeta gris; la esperanza de encontrar al Algrab disminuía de hora en hora. Algo amenazador se presagiaba...

Erg Noor, parado en el umbral, contemplaba a la pensativa Niza. La inclinada cabeza de la muchacha, de abundantes cabellos, parecía una hermosa flor de pétalos de oro... Su perfil tenía trazos de pícaro chicuelo; sus ojos, un poquitín estrábicos, que hacían guiños con frecuencia al contener la risa, permanecían muy abiertos, escudriñando lo ignoto con inquietud y valentía. Ella misma no se daba cuenta del gran apoyo moral que prestaba a Erg con su abnegado amor. A aquel hombre que, a pesar de los largos años de prueba, forjadores de su voluntad y carácter, sentía a veces el cansancio de ser jefe, hombre dispuesto de continuo a responder de su gente, de su nave, del éxito de la expedición. Allá abajo, en la Tierra, no existía, desde hacía mucho tiempo, una responsabilidad tan unipersonal, pues las decisiones se tomaban siempre por el equipo encargado de realizar el trabajo respectivo. Y si ocurría algo imprevisto, se tenía la seguridad de recibir al instante el consejo preciso, la solución a los problemas más complicados. En cambio, aquí no había dónde recurrir. El capitán estaba investido de poderes extraordinarios. La responsabilidad aquella sería más llevadera si se asumiese durante dos o tres años, en vez de los diez a quince que, por término medio, duraban las expediciones astrales.

Erg Noor entró en el puesto de comando.

Niza se levantó presurosa y acudió a su encuentro.

—Ya he reunido todos los datos y mapas necesarios —dijo el jefe—. Ahora, ¡le daremos trabajo a la máquina!

Arrellanado en el sillón, empezó a volver lentamente las hojas metálicas, indicando las cifras de las coordenadas, la tensión de los campos magnéticos, eléctricos y de gravitación, la potencia de los flujos de partículas cósmicas, la velocidad y densidad de las corrientes meteóricas. En tanto, Niza, contraída toda ella, apretaba los botones y daba vuelta a las llaves conectoras de la máquina de calcular. Después de recibir varias respuestas, Erg Noor frunció pensativo el entrecejo.

—En nuestra ruta hay un campo de intensa gravitación: la zona de acumulaciones de materia opaca en el Escorpión, cerca de la estrella 6555-ZR+II-PKU —dijo—. Para economizar combustible, hay que desviarse hacia allí, hacia el Serpentario... En la antigüedad se volaba sin motor, utilizando como acelerador la periferia de los campos de gravitación...

—¿Podemos nosotros recurrir a ese procedimiento? —preguntó Niza.

—No. Nuestras astronaves son demasiado rápidas para ello. La velocidad de 5/6 de la unidad absoluta, o sea de doscientos cincuenta mil kilómetros por segundo, aumentaría en doce mil veces nuestro peso en el campo de atracción terrestre, y nos haríamos todos polvo. Nosotros podemos volar así solamente en los espacios cósmicos, lejos de las grandes acumulaciones de materia. En cuanto la astronave empieza a penetrar en el campo de gravitación, habrá que ir aminorando la marcha en la misma medida en que aumente la potencia de dicho campo.

—Por consiguiente, aquí hay una contradicción —Niza apoyó la cabeza en la mano, con infantil ademán—. Cuanto más fuerte sea el campo de atracción, ¡tanto más despacio debemos volar!

—Eso sólo es cierto para las grandes velocidades sublumínicas, cuando la propia astronave viene a ser como un rayo de luz que avanza solamente en línea recta o describiendo la llamada curva de iguales tensiones.

—Si yo le he entendido bien, usted quiere lanzar nuestro «rayo», la Tantra, directamente al sistema solar...

—En eso reside toda la enorme dificultad de la navegación astral. Prácticamente, es

imposible dar con exactitud en el blanco de una u otra estrella, aunque a los cálculos se aporten todas las correcciones imaginables. Hay que tener en cuenta de continuo el error, que va acrecentándose en la trayectoria, y cambiar, en consecuencia, la dirección de la nave, lo que excluye a automatización absoluta de su comando. Ahora estamos en una situación peligrosa. Una parada o una brusca aminoración del vuelo después de la carrera, sería para nosotros la muerte, ya que no habría base alguna para volver a ¡tomar velocidad. Aquí está el peligro, mire: la zona 344+2U no ha sido explorada en absoluto. No hay en ella estrellas, únicamente se conoce un campo gravitatorio, vea su límite. Bueno, antes de adoptar una determinación, esperemos a los astrónomos; después de la quinta vuelta, los despertaremos a todos, y entre tanto... —el jefe de la expedición se frotó las sienes y bostezó.

—¡Los efectos de la sporamina se acaban! —exclamó Niza—. ¡Ya puede usted descansar!

—Bien, me instalaré en este sillón. ¡A lo mejor, se produce un milagro, y se oye aunque no sea más que algún sonido!

Tenía la voz de Erg Noor un acento que estremeció de ternura el corazón de Niza. Hubiera querido apretar contra su pecho aquella cabeza tesonera, acariciar sus negros cabellos, en los que brillaban, prematuras, unas hebras de plata...

La muchacha se levantó, y luego de arreglar cuidadosa las hojas de datos, apagó la luz no dejando más que un débil claror verde a lo largo de los paneles con los aparatos y los relojes. La astronave, apacible y serena, cruzaba los infinitos espacios, absolutamente vacíos, describiendo su inmenso círculo. La astronauta de cabellos rojizos ocupó sin hacer ruido su puesto ante el «cerebro» de la gigantesca Tantra. Los aparatos tocaban con sordina, acompasados, su habitual cancioncilla; la menor alteración en su funcionamiento habría infringido, como una nota falsa, aquella melodía que iba fluyendo suave, al tono preciso. De vez en cuando, se repetían unos golpecitos, semejante a sonidos de un gong: era que el motor planetario auxiliar se conectaba para torcer el curso de la Tantra en línea curva. Los imponentes motores anamesónicos se callaban. La calma de la larga noche reinaba en la nave adormecida como si ningún grave peligro se cerniera sobre ella y sus moradores. De un momento a otro, iban a resonar en el altavoz las señales tan esperadas, y los dos navíos cósmicos frenarían su vuelo impetuoso, se aproximarían hasta hacer paralelas sus rutas y, luego de igualar sus velocidades, continuarían el viaje, como echados el uno junto al otro. Una ancha galería tubular enlazaría los dos pequeños mundos de ambas naves, y la Tantra recobraría su ciclópea fuerza.

En su fuero interno, Niza estaba tranquila, pues tenía fe en su jefe. Los cinco años de viaje no le parecían largos ni penosos. Sobre todo, desde que le amaba... E incluso antes de aquel amor, las observaciones apasionantes, los libros, la música y los filmes, en grabación electrónica, habían ido completando sin cesar sus conocimientos y hecho menos dolorosa la añoranza de la bella Tierra, perdida, como un granito de arena, en el fondo de las infinitas tinieblas. Sus compañeros eran gente de vasta cultura, y cuando los nervios estaban fatigados de las impresiones o del prolongado e intenso trabajo, un sueño profundo, mantenido por el regulador de las ondas hipnóticas, absorbía grandes lapsos de tiempo, que transcurrían sin sentir. Además, junto al amado era dichosa. Tan sólo la inquietaban las dificultades que pasaban los otros, y sobre todo él, Erg Noor... ¡Si ella pudiera!... Mas ¿qué podía hacer una astronauta novel, completamente ignorante en comparación con aquellos hombres? Aunque tal vez los ayudara con su ternura, su buena voluntad, en continua tensión, y su ardiente deseo de hacer más llevadero el penoso trabajo.

El jefe de la expedición se despertó y alzó la cabeza, en la que sentía pesadez. Continuaba la rítmica melodía, interrumpida, al igual que antes, por el espaciado golpeteo del motor planetario.

Niza Krit vigilaba los aparatos, levemente inclinada sobre ellos, con unas tenues huellas de cansancio en el juvenil rostro. Erg Noor miró el reloj dependiente, que computaba el tiempo astronáutico y, con elástico impulso, se levantó del profundo sillón.

—¡He dormido catorce horas! ¡Y usted, Niza, no me ha despertado! Esto es... —al ver la gozosa sonrisa de ella, quedó cortado un instante—. ¡Vaya a descansar ahora mismo!

—¿Me permite echar un sueño aquí, como usted? —le pidió la muchacha. Luego, corrió a tomar un bocado, se arregló un Poco y acomodóse en el sillón.

Sus ojos, castaños, brillantes, circundados de oscuras sombras, observaban a escondidas a Erg Noor, que, refrescado por una ducha ondular, la había relevado ante los aparatos. Después de comprobar los datos de los indicadores de PCE —protección de contactos electrónicos— el jefe empezó a pasear por la estancia a grandes pasos.

—¿Por qué no duerme usted? —preguntó a la astronauta, en tono autoritario.

Ella movió la cabeza, esparciendo sus bucles rojizos, que demandaban ya la tijera, pues las mujeres no llevaban el pelo largo en las expediciones extraterrestres.

—Estoy pensando... —repuso indecisa—. E incluso ahora, cuando nos encontramos al borde del peligro, me inclino ante el poderío y la grandeza del hombre, que ha sabido penetrar tan lejos en las profundidades del espacio. Ustedes están ya familiarizados con mucho de esto, mientras que yo... es la primera vez que me encuentro en el Cosmos. Hasta cuesta trabajo creerlo: ¡participo en un grandioso viaje, a través de las estrellas, hacia nuevos mundos!

Erg Noor esbozó una sonrisa y se pasó la mano por la frente.

—Debo desilusionarla; mejor dicho, mostrarle los verdaderos límites de nuestro poderío. Mire —se detuvo junto al proyector y en la pared del fondo de la cabina apareció la franja luminosa y ramificada de la Galaxia.

Erg Noor señaló a su más lejana rama, apenas perceptible entre las tinieblas, en la que se columbraban, como un polvillo opaco, unas espaciadas estrellas.

—Esto es una región desértica de la Galaxia, la zona pobre de luz y de vida donde se encuentra nuestro sistema solar y donde nos hallamos ahora nosotros... Pero, ya ve usted, incluso esta rama va del Cisne a la Carena y, a más de estar alejada de las zonas centrales, contiene una nube oscura, aquí... Para recorrer esta rama, nuestra Tantra necesitaría cerca de cuarenta mil años independientes. En salvar el vacío negro que separa nuestra rama de la siguiente, tardaríamos cuatro mil. Como ve, nuestros actuales vuelos por los espacios insondables no son todavía más que unos infantiles saltitos en un minúsculo circulillo, cuyo diámetro es sólo de cincuenta años-luz. Sin la potencia del Circuito, ¡cuan poco sabríamos del Universo! Las informaciones, las imágenes, los pensamientos transmitidos desde distancias inaccesibles para la corta vida humana nos llegan, tarde o temprano, y vamos conociendo mundos cada vez más distantes. Nuestros conocimientos aumentan de continuo, y esta labor no se interrumpe ni un instante!

Niza escuchaba suspensa.

—Los primeros vuelos intersidérales... —continuó, soñador, el jefe—. Pequeñas naves lentas, sin potentes corazas protectoras. Y además, nuestros antepasados vivían la mitad de tiempo que nosotros. ¡Entonces sí que era digna de admiración la grandeza del hombre!

La muchacha meneó bruscamente la cabeza, como siempre que no estaba de acuerdo.

—Pasarán los años —repuso—, y cuando se encuentren otros procedimientos para vencer los espacios, en vez de penetrar en ellos a viva fuerza, dirán de ustedes: «¡Ésos sí que eran héroes! ¡Supieron conquistar el Cosmos con unos medios tan primitivos!»

El jefe de la expedición sonrió alegremente y tendió la mano hacia la muchacha:

—¡También lo dirán de usted, Niza!

Ella enrojeció.

—¡Yo me siento orgullosa de estar aquí, a su lado! ¡Qué no haría yo con tal de volver al Cosmos, una y otra vez!...

—Lo sé —dijo meditativo Erg Noor—. ¡Pero hay quien piensa de otra manera!...

Con su intuición femenina, la muchacha adivinó lo que él quería decir. Tenía el jefe en su camarote dos estereorretratos de una maravillosa tonalidad áureo-lilácea. Ambos eran de Veda Kong, historiadora del antiguo mundo, bella mujer de ojos azules, como el cielo terrestre, que miraban límpidos bajo las largas y arqueadas cejas. En uno de los retratos, bronceada, con una deslumbradora sonrisa en los labios, alzados los brazos, posaba las manos en sus cabellos de color ceniza. Y en el otro reía jubilosa sobre una pieza de artillería naval, monumento de la más remota antigüedad.

Erg Noor, perdidos sus bríos, se sentó lentamente ante la astronauta.

—¡Si usted supiera, Niza, con qué brutalidad ha destruido el destino mis sueños allá abajo, en Zirda! —dijo de pronto, con sorda voz, empuñando con cuidado la palanca para poner en marcha los motores de anamesón, como si quisiera acelerar al máximo el raudo vuelo de la astronave.

—Si Zirda no hubiera perecido y nos hubiésemos reaprovisionado de combustible —prosiguió en respuesta a la muda pregunta de Niza—, yo habría continuado la expedición. Así se acordó con el Consejo. Zirda habría cursado a la Tierra los mensajes necesarios, y la Tantra habría partido con quienes lo deseasen... A los demás los habría recogido allí el Algrab, después de hacer aquí la guardia.

—¿Quién hubiera accedido a quedarse en Zirda? —preguntó, indignada, la muchacha—. ¿Cree que Pur Hiss? ¡Un gran hombre de ciencia como él no habría resistido al deseo de investigar, de saber!

—¿Y usted, Niza?

—¿Yo? ¡Qué duda cabe!

—Bien... Pero ¿dónde? —inquirió de súbito Erg Noor, con acento firme, mirándola fijamente.

—Donde fuera, incluso aquí... —respondió ella, mostrando un negro abismo que se extendía entre dos ramas de la Galaxia, y devolvió a Noor la tenaz mirada, entreabiertos los labios.

—¡Oh, no tan lejos! Usted, querida astronauta, sabe que hace cerca de ochenta y cinco años se llevó a cabo la treinta y cuatro expedición astral, conocida con el nombre de «Escalonada». Tres astronaves, que se aprovisionaban mutuamente de combustible, partieron hacia la Lira, alejándose cada vez más de la Tierra. Las dos que no llevaban investigadores a bordo regresaron al globo terráqueo cuando hubieron suministrado todo su anamesón. Así escalan los alpinistas las más altas cimas. En cuanto a la tercera, llamada Argos...

—¡La que no volvió!... —dijo emocionada Niza, en un susurro.

—Cierto, el Argos no volvió. Pero alcanzó su objetivo. Pereció al regreso, después de haber enviado un mensaje. Su objetivo era llegar al gran sistema planetario de la estrella azul Vega o Alfa de la Lira. A través de innumerables generaciones, ¡cuántos ojos humanos han contemplado sus azules fulgores en el cielo boreal! Vega se encuentra a ocho parsecs de nuestro Sol o treinta y un años de camino, calculando por el tiempo independiente, y el hombre no había logrado aún franquear esa distancia. De todos modos, el Argos llegó a su destino... No se sabe si, luego, la causa de su perecimiento fue un meteorito o una avería grave. Tal vez continúe vagando por los espacios y vivan todavía los héroes que creemos muertos...

—¡Qué espanto!

—Ésa es la suerte de toda astronave que no pueda volar a la velocidad sublumínica. Entre ella y su planeta se interpondrán al instante milenios de camino.

—¿Y qué comunicó el Argos? —se apresuró a preguntar la muchacha.

—Bien poca cosa. Transmitió un mensaje entrecortado que luego se interrumpió por completo. Lo recuerdo textualmente: «Habla el Argos, habla el Argos, regresamos de la Vega, desde hace veintiséis años... suficiente... esperaremos... cuatro planetas de la

Vega... no hay nada más maravilloso... ¡qué dicha!...»

—¡Pero ellos pedían socorro, querían esperar en algún sitio!...

—Desde luego; de lo contrario, la astronave no habría gastado la enorme energía necesaria para la emisión. Mas ¿qué se podía hacer? No volvió a recibirse ni una sola palabra del Argos.

—Veintiséis años independientes de viaje de regreso. Hasta el Sol le quedaban cerca de cinco años... La nave se encontraba en nuestra región, en alguno de estos parajes, o aún más cerca de la Tierra.

—No lo creo... A no ser que hubiese sobrepasado la velocidad normal y se hallase cerca del límite cuántico. ¡Pero eso es peligrosísimo!

Erg Noor empezó a explicarle brevemente el principio de la destrucción que amenaza a la materia cuando su velocidad de desplazamiento se aproxima a la de la luz, mas advirtió que la muchacha no le escuchaba con atención.

—¡Ya le comprendo! —exclamó Niza cuando él hubo terminado la explicación—. Lo habría comprendido inmediatamente si la pérdida del Argos no me hubiese ofuscado el pensamiento... ¡Estas catástrofes son tan terribles, cuesta tanto trabajo aceptarlas!

—Ahora ya ha captado usted lo esencial del mensaje —dijo sombrío Erg Noor—. Ellos descubrieron unos mundos de singular belleza. Y yo vengo soñando desde hace tiempo con recorrer de nuevo esa misma ruta del Argos, provisto de aparatos más perfectos. La empresa es ya completamente factible con un solo navío. Desde mi juventud, mi sueño dorado es la Vega, ¡ese sol azul, rodeado de magníficos planetas!

—¡Quién pudiera ver esos mundos!... —repuso Niza, con voz alterada por la emoción—. Mas para volver hacen falta sesenta años terrestres o cuarenta dependientes... Es decir, media vida.

—Las grandes realizaciones exigen grandes sacrificios. Aunque para mí esto ni siquiera constituye un sacrificio. Mi vida en la Tierra no ha sido más que unas breves escalas entre los viajes astrales. ¡Yo nací a bordo de una astronave! —¿Cómo fue eso? —inquirió ella asombrada.

—La treinta y cinco expedición astral constaba de cuatro navíos. Mi madre era astrónomo de uno de ellos. Yo nací a mitad de camino de la estrella doble MN1906 + 7AL, infringiendo con ello las leyes por dos veces. Sí, por dos veces, pues crecí y me eduqué junto a mis padres, en la astronave, en lugar de hacerlo en la escuela. ¡No hubo más remedio! Cuando la expedición regresó a la Tierra, yo tenía ya dieciocho años. Al llegar a mi mayoría de edad, se me contaba, como un «trabajo de Hércules», el haber aprendido a conducir el navío y ser ya un astronauta.

—A pesar de todo, sigo sin comprender... —empezó a decir Niza.

—¿A mi madre? Cuando tenga usted algunos años más, la comprenderá. Por aquel entonces, el suero AT-Anti-Tia no se conservaba mucho tiempo. Y los médicos no lo sabían... Pues bien, el caso es que me llevaban de niño a un puesto central de comando, parecido a éste. Yo abría mis deslumbrados ojillos infantiles ante las pantallas reflectoras en que danzaban las estrellas. Volábamos hacia la Théta del Lobo, donde se encontraba una estrella doble próxima al Sol: dos enanillos —el uno azul, el otro anaranjado— tras una nube opaca. Mi primera impresión consciente fue el cielo de un planeta sin vida que yo observaba bajo la cúpula de cristal de una estación provisional. Los planetas de las estrellas dobles suelen ser inanimados, debido a la irregularidad de sus órbitas. La expedición, que había tomado tierra en uno de ellos, realizó durante siete meses trabajos de prospección. Según recuerdo, encontraron allí fantásticas riquezas, yacimientos de platino, osmio e iridio. Cubos de este metal, de un peso increíble, me servían de juguetes. Y sobre mí, aquel cielo, mi primer cielo, negro, tachonado de claras estrellas inmóviles, y dos soles de una belleza indescriptible: uno, de vivo color naranja; el otro, intensamente añil. Recuerdo que sus rayos se entrecruzaban a veces e inundaban nuestro planeta de una luz verde, tan alegre y espléndida, ¡que me hacía gritar de entusiasmo y cantar de

alegría!... —Erg Noor calló un instante y concluyó—: Bueno, basta. Me he dejado llevar por los recuerdos, y hace tiempo que debía usted estar descansando.

—Continúe, nunca he oído nada tan interesante —suplicó Niza, pero el jefe se mantuvo inflexible.

Trajo el hipnotizador automático pulsatorio, y la muchacha —magnetizada por la mirada imperiosa de Erg Noor o por la acción soporífera del aparato— quedó sumida en tan profundo sueño, que no se despertó hasta la víspera de la sexta vuelta. La fría expresión del jefe le advirtió en seguida que el Algrab continuaba sin aparecer.

—¡Se ha despertado usted a tiempo! —dijo, en cuanto Niza, luego de darse un baño de electricidad y ondas y de arreglarse, volvió al puesto de comando—. Conecte la música y la luz despertadora. ¡Para todos!

Niza apretó al momento unos botones en hilera, y en todos los camarotes donde dormían los miembros de la expedición surgieron unos resplandores intermitentes y se expandió una melodía singular, de graves y vibrantes acordes en crescendo. El sistema nervioso iba saliendo gradualmente de su inhibición para volver a su actividad normal. Cinco horas más tarde, todos los tripulantes se reunían en el puesto central de comando, en plena posesión de sus facultades, confortados por el alimento y los tónicos.

Al enterarse de la pérdida del Algrab, cada uno reaccionó a su manera. Pero, como esperaba Erg Noor, todos estuvieron a la altura de las circunstancias. Ni una palabra de desesperación, ni una mirada de miedo. Pur Hiss, que no se había mostrado muy valiente cuando volaban sobre Zirda, recibió la noticia sin estremecerse. Sólo la joven médica Luma Lasvi palideció ligeramente y se pasó la lengua, con disimulo, por los resacos labios.

—¡Honremos la memoria de nuestros camaradas! —dijo el jefe, iluminando la pantalla del proyector, en la que apareció al momento una fotografía del Algrab hecha antes de partir la Tantra.

Todos se pusieron en pie. Una tras otra, lentamente, empezaron a pasar por la pantalla las imágenes de las siete personas, ya serias, ya alegres, que constituían la tripulación del Algrab. Erg Noor iba mencionando sus nombres y los expedicionarios daban a los muertos su último adiós. Esa era la costumbre tradicional entre los astronautas. Los navíos cósmicos que partían juntos llevaban siempre a bordo una colección completa de fotos de las tripulaciones respectivas. Las astronaves que desaparecían podían vagar aún largo tiempo por los espacios siderales y sus tripulantes continuar vivos largos años. Pero aquello no significaba nada en definitiva, pues la astronave no regresaba jamás. No había ninguna posibilidad real de encontrarla ni de prestarle ayuda. Sus máquinas eran tan perfectas, que las averías leves no se producían casi nunca o se reparaban con facilidad. Y en cuanto a las graves, nunca se habían podido liquidar en el Cosmos. A veces, como en el caso del Argos, la astronave en peligro tenía tiempo de lanzar una llamada en demanda de auxilio. Pero la mayoría de los mensajes no llegaban a su destino, debido a las enormes dificultades para orientarlos exactamente. En el transcurso de milenios, las emisiones del Gran Circuito habían establecido direcciones exactas y podían además variarlas, transmitiendo mensajes de un planeta a otro. Pero las astronaves se encontraban generalmente en regiones inexploradas donde las direcciones de emisión sólo podían adivinarse de un modo fortuito.

Entre los astronautas predominaba la opinión de que en el Cosmos existían campos neutros o zonas cero que absorbían todas las radiaciones y mensajes. Mas los astrofísicos, por el contrario, consideraban hasta entonces que las zonas cero eran pura fantasía, fruto de la extraordinaria imaginación de los exploradores cósmicos.

Después de la ceremonia fúnebre y de un breve cambio de impresiones, Erg Noor conectó los motores de anamesón. Dos días más tarde, éstos callaron y la astronave empezó a acercarse a la tierra a razón de veintiún mil millones de kilómetros al día. Hasta el Sol quedaban unos seis años terrestres (independientes) de camino. En el puesto

central de comando y en la biblioteca-laboratorio el trabajo estaba en todo su apogeo: se calculaba y trazaba la nueva ruta a seguir.

Había que volar durante seis años enteros, consumiendo anamesón únicamente para rectificar el curso. Dicho de otro modo: era preciso conducir la nave guardando con cuidado la aceleración. A todos los inquietaba la región inexplorada 344+2U, entre el Sol y la Tantra, pues no había manera de contornarla: a sus lados, hasta el Sol, se encontraban zonas de meteoritos libres; en los virajes, además, la nave perdía aceleración.

Al cabo de dos meses, la línea de vuelo estaba ya calculada y la Tantra describía una suave curva de igual tensión.

El magnífico navío cósmico se encontraba en perfecto estado, su velocidad se mantenía dentro de los límites previstos. Únicamente el tiempo —cerca de cuatro años dependientes de vuelo— le separaba de la Patria.

Erg Noor y Niza, cansados después de la guardia, se sumieron en largo sueño. También quedaron en profundo letargo dos astrónomos, el geólogo, el biólogo, el médico y cuatro ingenieros.

Fueron relevados por el equipo siguiente: Peí Lin, experto astronauta que hacía su segundo viaje a los espacios siderales, la astrónomo Ingrid Ditra y el ingeniero electrónico Key Ber, que se había agregado voluntariamente a ellos. Ingrid, con autorización de Peí Lin, iba con frecuencia a la biblioteca contigua al puesto de comando. En unión de Key Ber, viejo amigo suyo, la astrónomo estaba componiendo una sinfonía monumental, La muerte de un planeta, inspirada en la tragedia de Zirda. Peí Lin, hastiado de la musiquilla de los aparatos y de la contemplación de los negros abismos cósmicos, dejó a Ingrid ante el cuadro de comando y se puso a descifrar afanoso unas enigmáticas inscripciones halladas en un planeta —abandonado misteriosamente por sus habitantes—, de las estrellas próximas del Centauro. Creía en el éxito de su ilusoria empresa...

Luego, dos relevos más se sucedieron. Durante ese tiempo la nave se había aproximado a la Tierra en cerca de diez billones de kilómetros y los motores de anamesón no habían sido conectados más que unas horas.

Tocaba ya a su fin la guardia del equipo de Peí Lin, la cuarta desde que la Tantra saliera del lugar del frustrado encuentro con el Algrab.

Terminados sus cálculos, la astrónomo Ingrid Ditra volvióse hacia Peí Lin, que observaba melancólico el palpar incesante de las rojas agujas en las azules esferas graduadas de los aparatos que medían la intensidad de la gravitación. El retardo habitual en las reacciones psíquicas, al que estaban sujetas hasta las personas más fuertes, se dejaba sentir en la segunda mitad de la guardia. Durante meses y años, la astronave, gobernada automáticamente, seguía el curso señalado de antemano. Si ocurría de pronto algún suceso extraordinario, superior a las fuerzas del dirigente automático, la catástrofe era casi inevitable, pese a la intervención de los hombres. El cerebro humano, por muy bien entrenado que estuviese, no podía reaccionar con la celeridad requerida.

—Me parece que nos hemos adentrado hace tiempo en la región inexplorada 344+2U. El jefe quería estar aquí de guardia él mismo —dijo Ingrid al astronauta. Peí Lin miró al contador de los días. —De todos modos, dentro de dos días nos relevarán. Por el momento, no se prevé nada de particular. ¿Qué, esperamos hasta que termine nuestra guardia?

Ingrid asintió con la cabeza. Key Ber vino de los compartimentos de popa y ocupó su habitual sillón cerca de los mecanismos de equilibrio. Peí Lin bostezó y levantóse.

—Voy a dormir unas horitas —comunicó a Ingrid.

Ella, dócilmente, dejó su mesa y avanzó hacia el cuadro de comando.

La Tantra, sin oscilación alguna, volaba en el vacío absoluto. Ningún meteorito, ni siquiera lejano, era advertido por los supersensibles detectores de Voll Hod. La ruta de la astronave se apartaba un poco de la dirección del Sol: en año y medio de vuelo aproximadamente. Las pantallas delanteras mostraban una negrura desértica, pasmosa;

diríase que el navío se dirigía al mismo corazón de las tinieblas. Tan sólo los telescopios laterales continuaban clavando en las pantallas las agujas de luz de las innumerables estrellas.

Una extraña sensación de inquietud sacudió los nervios de la astrónomo. Volvió junto a sus máquinas y telescopios, comprobó una vez y otra sus indicaciones y levantó la carta de la región desconocida. Todo estaba en calma, y sin embargo, Ingrid no podía apartar los ojos de las siniestras sombras que se extendían ante la proa de la nave. Key Ber, que había reparado en la intranquilidad de la astrónomo, llevaba largo rato observando y prestando oído a sus aparatos.

—No encuentro nada raro —dijo al fin—. ¿Qué has creído advertir?

—Yo misma no lo sé; me alarma esa oscuridad extraordinaria. Y me parece que nuestra nave va derecha hacia una nebulosa opaca.

—Sí, ahí debe de haber una nube oscura —confirmó Key Ber—. Pero no te preocupes, no haremos más que «rozar» su borde. ¡Así está calculado! La intensidad del campo de atracción aumenta poco a poco, regularmente. Cuando atravesemos esta zona, nos aproximaremos sin duda a algún centro gravitatorio. ¿Y qué más da que sea oscuro o luminoso?

—Tienes razón —repuso Ingrid, más tranquila.

—Entonces, ¿por qué te inquietas? Seguimos el curso señalado, e incluso más de prisa de lo previsto. Si no hay ningún cambio, llegaremos a Tritón, pese a nuestra escasez de combustible.

La sola idea de arribar a Tritón, el satélite de Neptuno, colmaba a Ingrid de alegría. Allí se hallaba la deseada estación astronáutica, construida en la periferia del sistema solar. Y alcanzar a Tritón era tanto como volver a casa...

—Yo esperaba que nos dedicaríamos a nuestra sinfonía, pero Lin se ha ido a descansar. Él dormirá seis o siete horas, y entre tanto yo pensaré la orquestación para el final de la segunda parte. ¿Sabes?, el pasaje donde no conseguimos nunca transmitir integralmente el advenimiento de peligro. Este... —Y Key tarareó unas notas.

—Di-í, di-í, da-ra-rá —resonó inesperadamente, como un eco devuelto por las paredes del puesto de comando.

Ingrid se estremeció y miró asombrada en derredor, pero al momento comprendió... La intensidad del campo de atracción había aumentado, y los instrumentos respondieron con un cambio de melodía del aparato de gravitación artificial.

—¡Graciosa coincidencia! —exclamó ella, riendo con cierto aire de culpa.

—Se ha producido un aumento de la gravitación, cosa normal al aparecer una nube oscura. Ahora, puedes estar completamente tranquila, y deja dormir a Lin.

Dichas estas palabras, Key Ber salió del puesto de comando. Ya en la biblioteca, profusamente iluminada, se sentó ante un pequeño piano-violín electrónico y abismóse por entero en el trabajo. Habrían pasado unas horas cuando se abrió bruscamente la hermética puerta de la biblioteca y apareció Ingrid.

—Key, querido, despierta a Lin.

—¿Qué ocurre?

—La intensidad del campo de atracción aumenta más de lo que debiera, según los cálculos.

—¿Y delante?

—¡Sigue la oscuridad! —contestó Ingrid, y se fue.

Key Ber despertó al astronauta. Éste se levantó de un salto, entró corriendo en el puesto central de comando y se abalanzó hacia los aparatos.

—No observo nada amenazador. Pero ¿de dónde procederá este campo de atracción? Es demasiado potente para ser de una nube opaca, y aquí no hay estrella alguna... —Lin quedó un momento pensativo y oprimió el botón de despertar correspondiente al camarote del jefe de la expedición. Reflexionó de nuevo unos instantes y conectó con el

camarote de Niza Krit.

—Si no ocurre nada, nos relevarán simplemente —le explicó a la alarmada Ingrid.

—¿Y si ocurre? Pues Erg Noor no volverá a su estado normal hasta dentro de cinco horas. ¿Qué hacemos?

—Esperar —repuso tranquilo el astronauta—. ¿Qué puede ocurrir en cinco horas aquí, tan lejos de todos los sistemas estelares?...

La tonalidad del sonido de los aparatos bajaba de continuo, prueba indudable de que las circunstancias de vuelo se modificaban. En la angustia de la espera, el tiempo se alargaba interminable. Dos horas transcurridas parecieron toda una guardia. Peí Lin permanecía sereno exteriormente, pero la agitación de Ingrid se había transmitido ya a Key Ber. Miraba con frecuencia a la puerta de la cámara de comando, aguardando la irrupción, impetuosa como siempre, de Erg Noor, aunque sabía que el despertar del largo sueño sería lento.

Un timbrado prolongado hizo estremecer a todos. Ingrid se agarró a Key Ber.

—¡La Tantra, está en peligro! ¡La intensidad del campo es dos veces más alta de la calculada!

El astronauta palideció. Había ocurrido lo inesperado. Era preciso tomar inmediatamente una determinación. La suerte de la astronave estaba en sus manos. El acrecentamiento continuo de la fuerza de atracción exigía que se aminorase la marcha de la nave no sólo porque su peso aumentaba, sino porque en medio de su camino se encontraba evidentemente una gran acumulación de materia compacta. Mas si se aminoraba la marcha, ¿no habría después manera de tomar nuevamente velocidad! Peí Lin apretó los dientes, y dio vuelta a la manija de conexión de los motores iónicos planetarios de freno. Un sonoro golpeteo se fundió con la melodía de los instrumentos, acallando el pertinaz timbrado del aparato que calculaba la correlación entre la fuerza de atracción y la velocidad. El timbre cesó de repiquetear y las agujas corroboraron el éxito: de nuevo, la velocidad no era peligrosa y se acercaba a la que correspondía a la creciente gravitación. Pero apenas hubo desconectado Peí Lin los frenos, volvió a resonar: la amenazadora fuerza gravitatoria exigía que se disminuyese la marcha. Ya no cabía duda de que la astronave iba derecha hacia un potente centro de atracción.

El astronauta no se decidió a cambiar el curso, fruto de un gran trabajo y una extrema exactitud. Utilizando los motores planetarios, frenó otra vez la astronave, aunque ya era evidente el error cometido al trazar la ruta a través de una masa desconocida de materia.

—El campo de atracción es muy grande —indicó Ingrid a media voz—. Tal vez...

—¡Hay que aminorar aún más la marcha, para virar! —gritó el astronauta—. Pero ¿cómo acelerarla después?... —y en sus palabras se percibía una indecisión fatal.

—Ya hemos atravesado la zona externa vertiginosa —repuso Ingrid—. La gravitación aumenta con rapidez y sin cesar.

Oyóse un golpeteo frecuente y sonoro: los motores planetarios habían comenzado a funcionar automáticamente, cuando la máquina electrónica que gobernaba la nave percibiera delante una enorme acumulación de materia. La Tantra empezó a balancearse. A pesar de la incesante aminoración de la marcha, las personas que se encontraban en el puesto central de comando empezaron a perder el conocimiento. Ingrid cayó de rodillas, mientras Peí Lin, en su sillón, se esforzaba por alzar la cabeza, pesada como el plomo. Key Ber sintió un miedo absurdo, zoológico, y un desamparo infantil.

El golpeteo de los motores, cada vez más precipitado, se convirtió en un rugido continuo. El «cerebro» electrónico de la nave luchaba —en lugar de sus dueños, medio desvanecidos—, potente a su manera, pero limitado, ya que era incapaz de prever las complejas consecuencias y de hallar una solución en los casos excepcionales.

Disminuyó el balanceo de la Tantra. Las columnillas indicadoras de las reservas de cargas iónicas planetarias descendían raudas. Al recobrase, Peí Lin comprendió que el extraño acrecentamiento de la fuerza de atracción era tan rápido, que se requería tomar

urgentes medidas para detener la marcha de la nave y cambiar bruscamente de ruta.

Movió hacia adelante la palanca de los motores de anamesón. Cuatro altos cilindros de nitrito bórico, visibles por una mirilla del cuadro de comando, se iluminaron interiormente. Una llama verde se alzó briosa dentro de ellos, zigzagueante como un relámpago, corrió en ígneos arroyuelos y enrollóse en cuatro espirales apretadas. Delante, en la proa de la nave, un potente campo magnético había envuelto las toberas de los motores para preservarlas de la destrucción inmediata.

El astronauta adelantó más la palanca. A través del verde remolino, se divisó el rayo rector, un flujo grisáceo de partículas K. Otro movimiento, y, deslumbrante, un fulgor violeta se expandió a lo largo del rayo gris. Era la señal de que el anamesón empezaba su impetuosa inyección. Todo el cuerpo de la astronave se estremeció agitado por una vibración de alta frecuencia, apenas perceptible, pero penosa de soportar...

Erg Noor, luego de haber tomado la dosis necesaria de alimentos, yacía en dulce somnolencia, sometido a un masaje eléctrico, extraordinariamente grato, tonificador del sistema nervioso. El sopor que aún entorpecía su cerebro y su cuerpo iba desapareciendo poco a poco. La melodía despertadora resonaba en tono mayor y con ritmo creciente...

De pronto, una impresión desagradable, exterior, vino a interrumpir el gozo del retorno a la vida, después de noventa días de sueño. Erg Noor se sintió jefe de la expedición y empezó a hacer desesperados esfuerzos para volver al estado normal. Por fin, se dio cuenta de que la astronave frenaba apresuradamente con los motores de anamesón; por consiguiente algo ocurría. Intentó levantarse, pero su cuerpo continuaba inerte. Se le doblaron las piernas y cayó al suelo, como un fardo. Al cabo de unos instantes, consiguió arrastrarse hasta la puerta del camarote y abrirla. Su conciencia se esclarecía a través de las brumas del sueño. Ya en el pasillo, se incorporó un poco y, a gatas, logró llegar al puesto central, donde se derrumbó pesadamente.

Las personas que allí estaban, con los ojos clavados en las pantallas y esferas, se volvieron asustadas y corrieron hacia el jefe. Erg Noor, incapaz de levantarse, balbució:

—¡En las pantallas, en las delanteras... enciendan la luz infrarroja... paren... los motores!

Los cilindros de nitrito bórico se apagaron al mismo tiempo que cesaba la vibración de la astronave. En la pantalla delantera de la derecha apareció una enorme estrella que irradiaba una tenue luz pardo-rojiza. Todos quedaron inmóviles al instante, sin apartar los ojos del inmenso disco que había surgido de las tinieblas ante la misma proa de la nave.

—¡Ah, necio de mí! —exclamó Peí Lin con amargura—. ¡Yo estaba convencido de que nos encontrábamos cerca de una nube opaca! Y esto es...

—¡Una estrella de hierro! —gritó Ingrid Ditra con espanto.

Erg Noor, agarrándose al respaldo de un sillón, se levantó del suelo. Su rostro, pálido de ordinario, tenía una tonalidad azulencia, pero sus ojos brillaban con el vivo fulgor de siempre.

—Sí, una estrella de hierro —dijo lentamente—. ¡El terror de los astronautas!

Nadie se imaginaba hallarla en aquella región, y las miradas de todos se volvieron hacia el jefe con temor y esperanza.

—Yo pensaba sólo en la nube —se justificó quedo Peí Lin, en tono de culpa.

—Una nube opaca con tal fuerza de gravitación debe contener partículas sólidas, bastante voluminosas, y la Tantra habría perecido ya. Es imposible evitar una colisión en un enjambre semejante —repuso Erg Noor en voz baja, pero firme.

—Mas esos bruscos cambios de intensidad del campo, esos remolinos ¿no señalan, acaso, sin lugar a dudas, la presencia de una nube?

—O la de un planeta de la estrella; puede que sea más de uno...

El astronauta se mordió los labios hasta hacerse sangre. El jefe, alentador, inclinó la cabeza y apretó los botones despertadores.

—¡Pronto, el parte de observaciones! ¡Calculemos las isogravimétricas!

La nave volvió a balancearse. Algo, monstruosamente grande, pasó por la pantalla con celeridad vertiginosa, quedó atrás al instante y desapareció.

—Ahí está la respuesta... Hemos contornado un planeta ¡Pronto, pronto, a trabajar! —y la mirada del jefe se detuvo en los contadores del combustible. Aferróse al respaldo del sillón e iba a decir algo, pero se calló.

Capítulo II - LA EPSILON DEL TUCÁN

Un suave tintineo de cristal resonó sobre la mesa, acompañado de unas lucecillas anaranjadas y azul celeste. Multicolores reflejos centellearon en el translúcido tabique. Dar Veter, director de las estaciones exteriores del Gran Circuito, continuaba observando la luminosa Vía Espiral. Su gigantesco arco se combaba en la altura, reflejándose en curva franja amarilla mate que bordeaba el mar. Sin apartar los ojos de él, Dar Veter alargó la mano y puso la palanquilla en la letra R: las reflexiones no habían terminado. Aquel día se había producido un gran cambio en la vida de él. Por la mañana, su sucesor, Mven Mas, elegido por el Consejo de Astronáutica, había llegado de la zona habitada del hemisferio austral. La última emisión por el Circuito la realizarían juntos, y luego... Precisamente aquel «luego» no estaba resuelto aún. Durante seis años, había llevado a cabo un trabajo que requería una tensión extrema y para el que se elegía a personas de relevantes facultades, excelente memoria y conocimientos enciclopédicos. Cuando, con maligna tenacidad, empezaron a repetírsele los accesos de indiferencia hacia el trabajo y la vida —la más grave de las enfermedades humanas—, le reconoció la célebre psiquiatra Evda Nal. El viejo y probado remedio —música de tristes acordes en la sala de los sueños azules, penetrada de ondas calmantes— no dio resultado alguno.

Sólo quedaba cambiar de actividades y someterle a una cura de trabajo manual, allí donde todavía fuese necesario el cotidiano esfuerzo de los músculos. Su buena amiga, la historiadora Veda Kong, le había propuesto la víspera que fuese a trabajar con ella de excavador. En las excavaciones arqueológicas, las máquinas no podían hacerlo todo, y la última labor la realizaban manos humanas. Aunque no había falta de voluntarios, Veda le prometió un largo viaje a la región de las antiguas estepas, en el seno de la naturaleza.

¡Si Veda Kong supiera!... Aunque ella estaba enterada de todo absolutamente. Veda amaba a Erg Noor, miembro del Consejo de Astronáutica y jefe de la 37ª expedición astral. Erg Noor debía dar sus noticias desde el planeta Zirda. Mas si no se recibía comunicado alguno, pese a que todos los cálculos de los vuelos interestelares eran completamente exactos, ¡sería inútil soñar en conquistar el corazón de Veda! El vector de la amistad era lo único, lo más grande que los unía. Sin embargo, ¡él iba a trabajar con ella!

Dar Veter, moviendo una palanca, apretó un botón, y la estancia se inundó de clara luz. Un gran ventanal hacía las veces de pared de una espaciosa, inmensa sala, pendiente sobre la tierra y el mar. Dando vuelta a otra palanquilla, inclinó hacia él aquella pared de cristal, que dejó al descubierto el cielo, cuajado de estrellas, cortando con su marco metálico las luces de las carreteras, de los edificios y los faros costeros de allá abajo.

La atención de Dar Veter estaba fija en la esfera, de tres círculos concéntricos, del reloj galáctico. El Gran Circuito transmitía sus informaciones a cada cienmilésima de segundo galáctico, es decir, cada ocho días, o cuarenta y cinco veces al año terrestre. Una vuelta de la Galaxia alrededor de su eje constituía un día galáctico.

La siguiente emisión —la última para Dar Veter— empezaría a las nueve de la mañana (hora del Observatorio del Tíbet) y, por consiguiente, a las dos de la madrugada de allí, del Observatorio Mediterráneo del Consejo. Quedaba un poco más de dos horas.

El aparato de la mesa empezó a tintinear y a emitir destellos de nuevo. Tras un tabique apareció un hombre de relucientes vestiduras, con sedosos reflejos.

—Estamos preparados para la emisión y la escucha —manifestó conciso sin muestra aparente alguna de sumiso respeto, pero en sus ojos se traslucía la admiración al jefe.

Dar Veter continuaba callado y su ayudante también, esperando con aire desenvuelto y gallarda apostura.

—¿En la sala cúbica? —preguntó al fin el jefe. Y cuando hubo recibido respuesta afirmativa, inquirió dónde se encontraba Mven Mas.

—Está junto al aparato del frescor matinal, para reponerse de las fatigas del viaje. Además, me parece que está emocionado...

—Yo, en su lugar, también lo estaría —dijo pensativo Dar Veter—. Así ocurrió hace seis años...

El ayudante enrojeció del esfuerzo para permanecer impasible. Con todo su ímpetu juvenil, simpatizaba con su jefe, presintiendo tal vez que él mismo habría de pasar también, algún día, por las alegrías y los sinsabores de un gran trabajo y una tremenda responsabilidad. En cuanto al director de las estaciones exteriores, no expresaba en modo alguno sus sentimientos, pues ello se consideraba impropio de hombres de su edad.

—Cuando se presente Mven Mas, tráigalo aquí en seguida.

El ayudante se alejó. Dar Veter se acercó a un rincón donde el transparente tabique estaba ennegrecido desde el techo hasta el suelo y, con amplio ademán, recorrió las dos hojas de una puerta abierta en un panel de madera preciosa. Una luz intensa brotó del fondo de una pantalla semejante a un espejo.

El director de las estaciones exteriores conectó, mediante un conmutador especial, el «vector de la amistad» que enlazaba directamente a personas ligadas por un profundo afecto, permitiéndoles comunicar entre sí en cualquier momento. El vector de la amistad unía varios lugares habituales del ser humano: la vivienda, el sitio de trabajo, el rincón predilecto de descansa...

La pantalla se iluminó y en su fondo perfilóse el conocido conjunto de unos altos paneles, con innumerables columnas de codificados signos de filmes electrónicos que habían sustituido a los arcaicos clichés de libros. Desde que la humanidad adoptara un alfabeto único, llamado lineal por no contener ningún signo complejo, la filmación de libros, incluso antiguos, era aún más sencilla y asequible para las máquinas automáticas. Unas franjas azules, verdes y rojas designaban las filmotecas centrales, en las que se conservaban las obras de investigación científica, que desde hacía tiempo ya no se editaban más que en una decena de ejemplares. Bastaba con marcar una serie convencional de signos, para que la filmoteca-depósito facilitase automáticamente el texto completo de la obra filmada. La referida máquina era la biblioteca particular de Veda. Oyóse un leve chasquido y desapareció la imagen de la pantalla, que volvió a iluminarse para mostrar otra habitación, también vacía. Un nuevo chasquido del aparato, y surgió una sala de comando, con sus pupitres y cuadros débilmente alumbrados. Una mujer, sentada a la mesa más cercana, alzó la cabeza, y Dar Veter reconoció el fino rostro amado, de grandes ojos grises. La deslumbradora sonrisa, que ponía al descubierto los blancos dientes, formando unos encantadores hoyuelos junto a la boca, de enérgico trazo, y la nariz infantil, ligeramente arremangada, daban al rostro aquel una expresión todavía más dulce y afable.

—Veda, sólo quedan dos horas. Aún tiene que cambiarse de vestido, y yo quisiera que viniese usted al observatorio un poco antes.

La mujer de la pantalla se llevó las manos a los espesos cabellos, de color ceniza claro.

—Me someto, Veter mío —repuso riendo por lo bajo—. Ahora voy a casa.

El alegre tono de la voz no engañó a Dar Veter.

—Tranquilícese, animosa Veda. Todos los que ahora intervienen por el Gran Circuito, lo hicieron algún día por vez primera...

—No gaste en vano palabras para consolarme —replicó Veda Kong, alzando la cabeza

tenaz—. Pronto estaré ahí.

La pantalla se apagó. Dar Veter corrió las hojas de la Puerta y se volvió para recibir a su sustituto. Mven Mas en traba ya, dando grandes zancadas. Sus facciones y piel, bronceada y reluciente, denotaban su origen negro. Una capa blanca pendía de sus recios hombros, formando grandes pliegues. Mven Mas estrechó las dos manos de Dar Veter con las suyas, delgadas y fuertes. Ambos jefes —el saliente y el entrante— eran de elevada estatura. Veter, que descendía de rusos, parecía más ancho y macizo que el esbelto africano.

—Creo que hoy ocurrirá algo importante —dijo Mven Mas con la confianza y la franqueza que caracterizaban a los hombres del Gran Circuito.

Dar Veter se encogió de hombros.

—Algo importante nos ocurrirá a los tres. Yo le haré entrega, usted tomará posesión del cargo y Veda Kong hablará con el Universo por primera vez.

—¿Es muy guapa, verdad? —preguntó afirmativo. —Ya lo verá usted. Por cierto que la emisión de hoy no tiene nada de particular. Veda dará una conferencia de historia terrestre, para el planeta KRZ 664456+BSH 3252.

Mven Mas hizo un cálculo mental con asombrosa rapidez. —Constelación de Unicornio, la estrella Ross 614, su sistema planetario es conocido desde tiempos inmemoriales, pero nunca se han destacado por nada notable. A mí me gustan las denominaciones y los vocablos antiguos —añadió con cierto acento de disculpa, apenas perceptible.

Dar Veter pensó que el Consejo sabía elegir a la gente. Y agregó en voz alta:

—Entonces, se entenderá bien con Yuni Ant, el encargado de las máquinas electrónicas mnemotécnicas. Él se denomina a sí mismo regente de las lámparas de la memoria. No se refiere a las lámparas primitivas, pobres candiles de la antigüedad, sino a los primeros aparatos electrónicos, desgarnados, metidos en campanas de cristal, al vacío, que recordaban a las bombillas eléctricas de aquellos tiempos.

Mven Mas se rió de tan buena gana, que Dar Veter sintió aumentar su simpatía hacia él.

—¡Las lámparas de la memoria! ¡Nuestras redes mnemónicas son como pasillos de millares de kilómetros de longitud y constan de miles de millones de células-elementos! Bueno dijo, recobrándose—, dejándome llevar del entusiasmo, no me he informado de lo necesario. ¿Cuándo empezó a hablar la Ross 614?

—Hace cincuenta y dos años. Desde entonces, han aprendido el idioma del Gran Circuito. Hasta ellos no hay más que cuatro parsecs de distancia. La conferencia de Veda la oirán dentro de trece años.

—¿Y después?

—Después de la conferencia, pasaremos a la escucha. A través de nuestros viejos amigos, recibiremos algunas noticias por el Circuito.

—¿A través del sesenta y uno del Cisne? —Desde luego. Y a veces, por conducto del ciento siete del Serpentario, empleando su vieja terminología.

En la estancia entró un hombre con iguales vestiduras argentadas —uniforme del Consejo de Astronáutica—, que el ayudante de Dar Veter. Vivaracho, de mediana estatura y nariz aguileña, predisponía a su favor con la mirada atenta y sagaz de sus ojos negros como la endrina. El recién llegado se frotó con la palma de la mano la cabeza, rapada y redonda.

—Yo soy Yuni Ant —manifestó con aguda voz, dirigiéndose sin duda a Mven Mas.

Este le saludó con respeto. Los encargados de las máquinas mnemotécnicas superaban a todos en erudición. Ellos eran quienes elegían, entre las comunicaciones recibidas, las que deberían perpetuarse en dichas máquinas, transmitirse por las líneas de información general o ser enviadas a los palacios de creación.

—Un breviarío más —barbotó Yuni Ant, estrechando la mano a su nuevo conocido.

—¿Cómo? —inquirió Mven Mas, sin comprender. —Es un vocablo de mi invención.

Derivado del latín. Así llamo yo a todos los que viven poco tiempo: a los trabajadores de las estaciones exteriores, a los pilotos de la flota intersidereal, a los técnicos de las fábricas de motores astronáuticos... Bueno, y a nosotros. Pues tampoco vivimos más de la mitad del tiempo normal de existencia. Pero, en compensación, ¡qué interesante es nuestra vida! ¿Dónde está Veda?

—Ella quería venir un poco antes... —empezó a decir Dar Veter.

Mas sus palabras fueron apagadas por unos alarmantes acordes musicales que sustituyeron al sonoro tic-tac en la esfera del reloj galáctico.

—Es la señal de advertencia para toda la Tierra. A las centrales eléctricas, a las fábricas, a la red de transportes y a las emisoras de radio. Dentro de media hora, hay que cesar el suministro de energía y acumularlo en grandes condensadores, en cantidad suficiente para atravesar la atmósfera por el canal de radiación dirigida. La emisión requerirá el cuarenta y tres por ciento de la energía terrestre. La recepción, solamente para alimentar el canal, el ocho por ciento —explicó Dar Veter.

—Así precisamente me lo imaginaba yo —dijo Mven Mas, asintiendo con la cabeza.

De pronto, sus ojos, de concentrada mirada, se encendieron con fulgores de admiración. Dar Veter volvió la cabeza. Veda Kong, que había entrado sin que nadie lo advirtiera, estaba junto a una transparente columna iluminada. Para intervenir, se había puesto sus mejores galas, las que más embellecían a la mujer, ideadas hacía ya miles de años, en la época de la civilización cretense.

Los espesos cabellos de color ceniza claro, tirantes, recogidos en alto rodete, no entorpecían el cuello, armonioso y fuerte. Los tersos hombros estaban al desnudo, el amplio escote mostraba parte del pecho, ceñido por un corpiño celeste. Y la falda, ancha y corta, con flores azules bordadas sobre una cenefa de plata, dejaba al descubierto las bonitas piernas desnudas, tostadas por el sol, y los pies, breves, calzados con unos zapatitos de color cereza. Unas piedras preciosas de igual color —cabellos de Venus— grandes, engarzadas con intencionado descuido en una cadena de oro, refulgían sobre la fina piel armonizando con el arrebol de emoción que encendía las orejitas y las mejillas.

Mven Mas, que no había visto nunca a la sabia historiadora, la contemplaba extasiado.

Veda alzó los inquietos ojos hacia Dar Veter.

—Muy bien —respondió él a la muda pregunta de su bellísima amiga.

—Yo he hablado muchas veces en público, pero no así —dijo Veda Kong.

—El Consejo es fiel a la tradición. Son siempre las mujeres más bellas las que leen las informaciones para los diferentes planetas. Esto da una idea del sentimiento estético de los habitantes de nuestro mundo. Y en general, revela mucho —siguió diciendo Dar Veter.

—¡El Consejo no se ha equivocado en su elección! —exclamó Mven Mas.

Veda dirigió al africano una mirada penetrante.

—¿Es usted soltero? —le preguntó en voz baja. Y al asentir él con la cabeza, se echó a reír.

—¿No quería usted hablar conmigo? —dijo, volviéndose hacia Dar Veter.

Los dos amigos salieron a la gran terraza anular. Veda ofreció con deleite su rostro a la fresca brisa del mar.

El director de las estaciones exteriores le habló de su decisión de ir a trabajar a las excavaciones, de sus dudas al elegir la 38ª expedición astral, los yacimientos submarinos antárticos y la arqueología.

—¡Oh, no! ¡Todo menos la expedición astral! —exclamó ella. Y Dar Veter se dio cuenta de su falta de tacto. Entregado a sus emociones, había hurgado sin querer en la herida que Veda llevaba en el alma.

La melodía de alarmantes acordes llegó hasta la terraza, sacándole de la embarazosa situación.

—¡Ya es hora, dentro de treinta minutos hay que conectar con el Circuito! —advirtió Dar Veter, tomando del brazo con delicadeza a Veda Kong. En unión de los demás

descendieron por una escalera rodante a un profundo subterráneo de forma cúbica, abierto en la roca.

Por doquier se veían aparatos. Los paneles sin brillo de las negras paredes parecían de terciopelo. Unas franjas de cristal los surcaban, perfilándose netas. Lucecillas doradas, verdes, anaranjadas y azules esclarecían débilmente las escalas graduadas, los signos y las cifras. Las puntas de esmeralda de las saetas se estremecían sobre los semicírculos negros, y era como si todos aquellos anchos muros temblasen en la tensión de la espera.

Había allí varios sillones, una mesa grande de ébano, empotrada en una enorme pantalla hemisférica de nacarados reflejos, con un marco de oro macizo.

Dar Veter, con un ademán, indicó a su sucesor que se acercase y señaló a los demás los altos sillones negros para que se sentaran. Mven Mas se acercó de puntillas, como andaban en otros tiempos sus antepasados por las sabanas, calcinadas por el sol, acechando a las terribles fieras. Emocionado, contenía la respiración. Allí, en aquella rocosa cueva inaccesible, iba a abrirse una ventana a los infinitos espacios del Cosmos y los hombres se unirían con los pensamientos y el saber a sus hermanos de otros mundos. Ahora, los representantes de la humanidad terrestre ante el Universo eran cinco. Pero a partir del siguiente día, él, Mven Mas, habría de dirigir aquel enlace. Le serían confiadas todas las palancas de aquella grandiosa fuerza. Un leve escalofrío le corrió por la espalda. Tal vez comprendiera entonces la tremenda responsabilidad que había contraído al aceptar la oferta del Consejo. Y cuando miró al director saliente, que movía sereno las manijas de mando, su mirada expresaba una admiración parecida a la que brillaba en los ojos del joven ayudante de Dar Veter.

De pronto, oyóse un sonido prolongado y grave, como un golpe de gigantesco gong. Dar Veter se volvió rápidamente y tiró de una larga palanca. El sonido acalló, y Veda Kong vio que un estrecho panel de la pared derecha se iluminaba en toda su altura. Parecía que el muro se había hundido, desapareciendo en la infinita lejanía. Surgieron los fantasmagóricos contornos de la piramidal cumbre de una montaña, rematada por una inmensa corona de piedra. Bajo aquel colosal remate de lava solidificada, se columbraban unas manchas blancas de purísima nieve montañera.

Mven Mas reconoció el monte Kenia, el segundo de África por su altura.

Resonó otro prolongado golpe de gong que hizo retemblar la estancia subterránea y obligó a las personas que en ella se encontraban a prestar atención, expectantes.

Dar Veter tomó la mano de Mven Mas y la puso sobre un redondo pomo que brillaba con luz grana. El nuevo director le dio vuelta dócilmente, hasta el límite. Toda la fuerza de la Tierra, toda la energía de mil setecientos sesenta potentes centrales eléctricas se había concentrado en el ecuador, en aquel monte de cinco mil metros de altura. Un intenso resplandor de múltiples colores surgió sobre la cima, concentróse, hasta formar un globo luminoso, y, de pronto, ascendió vertical hincándose como una lanza en las profundidades del cielo. Del resplandor se alzaba ya una fina columna, semejante a una tromba. Enroscándose en ella, subía en espiral una neblina azul de deslumbrante fulgor.

La radiación dirigida atravesaba toda la atmósfera terrestre formando un canal permanente, que hacía las veces de cable, para la emisión y la escucha de las estaciones exteriores. Allí arriba, a una altura de treinta y seis mil kilómetros sobre la Tierra, había un satélite artificial llamado «diario», gran estación que cada veinticuatro horas daba una vuelta al planeta, en el mismo plano del ecuador, por lo que parecía inmóvil, suspendida sobre el monte Kenia del África Oriental, punto elegido para la comunicación permanente con las estaciones exteriores. Otro gran sputnik, que giraba a cincuenta y siete mil kilómetros de altura, pasando sobre los polos, paralelamente al meridiano, comunicaba con el observatorio emisor y receptor del Tíbet. Allí había mejores condiciones para la formación del canal conductor, pero en cambio no existía enlace continuo. Aquellos dos grandes satélites artificiales mantenían además comunicación con otras varias estaciones

exteriores automáticas, situadas alrededor de toda la Tierra.

El estrecho panel de la derecha se apagó: el canal había conectado con el puesto de recepción del sputnik. Y acto seguido se iluminó la pantalla de nacarados reflejos y marco de oro. En su centro, apareció una figura, fantásticamente ampliada, que fue adquiriendo mayor nitidez y sonrió con su enorme boca. Gur Gan, observador del sputnik «diario», tenía en la pantalla el aspecto de uno de esos gigantones de los cuentos. Saludó alegremente con una inclinación de cabeza y, tendiendo la mano, de tres metros de largo, conectó toda la red de estaciones exteriores de nuestro planeta, que quedaron unidas en un circuito único por la fuerza enviada desde la Tierra. Los ojos sensibles de los receptores se tendieron hacia él desde todos los confines del Universo. La estrella roja mate de la constelación de Unicornio —cuyos planetas habían lanzado recientemente una llamada— era más fácil de localizar desde el sputnik 57, y Gur Gan enlazó con él. La ligazón invisible entre la Tierra y otro cuerpo celeste no podía durar más de tres cuartos de hora. No había que perder ni un minuto de aquel tiempo precioso.

A una señal de Dar Veter, Veda Kong se puso ante la pantalla, sobre un disco de metal que brillaba con azules fulgores. Rayos invisibles caían en potente cascada acentuando el matiz de la piel, tostada por el sol. Las máquinas electrónicas que habían de traducir las palabras de Veda al idioma del Gran Circuito se pusieron en marcha silenciosamente. Trece años más tarde los receptores del planeta de la estrella roja mate recogerían las ondas emitidas, grabándolas con los símbolos universales que las máquinas electrónicas de traducir —si allí se hablaba— convertirían en sonidos de aquella lengua extraña.

«Lástima que nuestros lejanos oyentes no puedan escuchar la voz sonora y dulce de la mujer terrestre —pensaba Dar Veter— ni captar sus expresivas inflexiones. ¡Quién sabe cómo estarán constituidas sus orejas! El oído puede ser de diferentes tipos. En cambio la vista, auxiliada en todas partes por las ondas electromagnéticas que atraviesan la atmósfera, es casi igual en todo el Universo. Y ellos verán también a la encantadora Veda, arrebolada de emoción.»

Dar Veter escuchaba la conferencia de Veda sin apartar los ojos de su pequeña oreja, medio oculta por un mechoncillo de suaves cabellos.

Veda Kong hablaba con claridad y concisión de los principales jalones de la historia de la humanidad; de los tiempos antiguos de ésta, de la desunión que reinaba entre los pueblos grandes y pequeños, desgarrados por los antagonismos económicos e ideológicos que dividían a sus países. Y lo iba exponiendo a grandes rasgos, brevemente. Aquellas épocas se agrupaban bajo el nombre de Era del Mundo Desunido (EMD). Mas no era la enumeración de las guerras devastadoras, de los terribles sufrimientos o de los supuestos grandes estadistas —que llenaba los viejos libros de historia de los Antiguos Siglos, de los Siglos Sombríos o de los del Capitalismo— lo que interesaba a los hombres de la Era del Gran Circuito. Mucho más importante para ellos era la historia, llena de contradicciones, del desarrollo de las fuerzas productivas, junto con la formación de las ideas, del arte y de los conocimientos, los orígenes de la lucha espiritual por el verdadero hombre y la auténtica humanidad, así como la evolución de la necesidad de crear nuevos conceptos acerca del mundo y de las relaciones sociales, del deber, de los derechos y de la felicidad del ser humano, concepciones que habían hecho crecer y florecer en todo el planeta el poderoso árbol de la sociedad comunista.

En el último siglo de la EMD, llamado Siglo del Desgajamiento, los hombres habían comprendido al fin que todas sus desgracias provenían de un régimen social que se había ido formando espontáneamente, a partir de los tiempos de la barbarie, y que toda la fuerza y el porvenir de la humanidad estaban en el trabajo, en los esfuerzos conjuntos de millones de seres humanos liberados de la opresión, en la ciencia y en la restructuración de la vida sobre bases científicas. Se habían comprendido las leyes fundamentales del desarrollo de la sociedad, el curso dialécticamente contradictorio de la historia, la necesidad de inculcar una rigurosa disciplina social, tanto más importante cuanto más

aumentaba la población del planeta.

La lucha entre las viejas ideas y las nuevas se agudizó en el Siglo del Desgajamiento y dio lugar a que todo el mundo se dividiese en dos campos —el de los Estados viejos, capitalistas, y el de los Estados nuevos, socialistas— con diferente estructuración económica. El descubrimiento en aquel tiempo de las primeras formas de energía atómica y la obstinación de los defensores del viejo mundo estuvieron a punto de llevar a la humanidad hasta la más espantosa catástrofe.

Mas el nuevo régimen tenía que triunfar forzosamente, aunque esta victoria fue retardada por el atraso en la formación de una conciencia social. La reorganización del mundo era empresa absurda sin un cambio radical de la economía, sin la desaparición de la miseria, del hambre y del trabajo penoso, agotador. Pero el cambio de la economía exigía una dirección muy compleja de la producción y de la distribución, y era imposible sin formar antes en cada persona una conciencia social. Para acabar con el odio y, sobre todo, con las mentiras acumuladas por la propaganda hostil durante la lucha ideológica del Siglo del Desgajamiento, se requirieron gigantescos esfuerzos. No pocos errores se cometieron en el camino de desarrollo de las nuevas relaciones humanas. En algunas partes hubo sublevaciones, provocadas por los atrasados partidarios de lo viejo que, debido a su ignorancia, intentaban hallar en la resurrección del pasado fáciles salidas de las dificultades con que tropezaba la humanidad.

Pero la nueva ordenación de la vida se extendió ineluctablemente por toda la Tierra y los pueblos y razas más distintos se fundieron en una sola familia sensata y bien avenida. Así había comenzado la Era de la Unificación Mundial (EUM), que constaba de los siglos de la Unión de los Países, de las Lenguas Heterogéneas, de la Lucha por la Energía y del Idioma Común.

La evolución social se aceleraba de continuo, y cada nueva época transcurría más de prisa que la anterior. El poder del hombre sobre la naturaleza progresaba a pasos de gigante.

En sus fantásticas utopías sobre un futuro espléndido, las gentes soñaban con que el hombre se liberaría gradualmente del trabajo. Los escritores pronosticaban que con una breve labor diaria de dos o tres horas, dedicadas al bienestar común, la humanidad se aseguraría todo lo necesario, y el tiempo restante sería de feliz asueto.

Estas figuraciones procedían de la aversión al trabajo penoso y obligado de la antigüedad.

Pronto, las gentes comprendieron que el trabajo era una dicha, lo mismo que la lucha incesante con la naturaleza, la superación de los obstáculos, la resolución de nuevas y nuevas tareas para el desarrollo de la ciencia y de la economía. Un trabajo en la plena medida de las fuerzas, pero creador, en consonancia con las aptitudes y los gustos innatos, multiforme y variable de vez en cuando, ¡eso era lo que necesitaba el hombre! El progreso de la cibernética, técnica de la dirección automática, junto a la amplia cultura general, el elevado nivel intelectual y la excelente preparación física de cada persona permitían cambiar de profesión, dominar rápidamente otras y variar hasta lo infinito de actividades laborales, encontrando en ellas una satisfacción cada vez mayor. La ciencia, en su expansión creciente, abarcaba toda la vida humana, y el creador gozo de descubrir nuevos secretos de la naturaleza era ya accesible a un enorme número de personas. El arte asumió un papel de primer orden en la educación social y en la estructuración de la vida. Así llegó la Era del Trabajo General (ETG), la más elevada de toda la historia de la humanidad, con sus siglos de la Simplificación de las Cosas, de la Reestructuración, de la Primera Abundancia y del Cosmos.

El descubrimiento de la condensación de la electricidad que dio lugar a la creación de acumuladores de enorme capacidad y de motores eléctricos de reducidas dimensiones, pero de gran potencia, constituyó una gran revolución técnica de los tiempos modernos. Anteriormente, ya se había conseguido, por medio de semiconductores, formar complejas

redes de corrientes de baja tensión y construir máquinas cibernéticas de dirección automática. La técnica se convirtió en elevado arte de fina precisión, en obra de orfebres, que subordinaba a sí misma, al propio tiempo, gigantescas fuerzas en escala cósmica. Mas la necesidad de dar todo a cada uno hizo que los cuidados de la vida cotidiana se simplificasen considerablemente. El hombre dejó de ser esclavo de las cosas, y la elaboración de detallados standars permitió crear toda clase de objetos y máquinas con un número de elementos constructivos relativamente pequeño, del mismo modo que las múltiples especies de organismos vivos están constituidas de células poco diversas; la célula, de albúminas; las albúminas, de proteínas, etcétera. Sólo con el cese del increíble despilfarro de alimentos que existía en los siglos anteriores, se aseguró el sustento a miles de millones de personas.

Todos los recursos de la sociedad que se gastaban antiguamente en la fabricación de ingenios de guerra, en el sostenimiento de enormes ejércitos que no hacían ningún trabajo útil, en la propaganda política y en falsos oropeles se dedicaron a organizar debidamente la vida y acrecentar los conocimientos científicos.

A una señal de Veda Kong, Dar Verter oprimió un botón y junto a la bella historiadora apareció un gran globo terrestre.

—Nosotros empezamos —prosiguió la conferenciante— por llevar a cabo un cambio completo en la distribución de las zonas habitables e industriales de nuestro planeta...

»Las franjas castañas que aparecen a lo largo de los treinta grados de latitud Norte y Sur señalan la ininterrumpida cadena de localidades urbanas, concentradas a orillas de los mares en las regiones templadas, donde no hay invierno. La humanidad ha dejado de gastar colosales energías en la calefacción de viviendas durante la estación invernal y en la confección de voluminosas prendas de abrigo. La población más densa está concentrada en el litoral del Mediterráneo, cuna de la cultura humana. La anchura de las zonas subtropicales se ha triplicado, después de la fusión artificial de los hielos polares.

»Al Norte de la zona habitable septentrional se extienden vastísimas regiones de prados y estepas, donde pastan innumerables rebaños de animales domésticos.

»Al Sur (en el hemisferio boreal) y al Norte (en el hemisferio austral) había antes unas zonas de cálidos y secos desiertos, que actualmente han sido convertidos en vergeles. Aquí se encontraban anteriormente las regiones de centrales termoeléctricas que recogían la energía solar.

»La producción de alimentos vegetales y la de madera se ha concentrado en los trópicos, donde es mucho más ventajosa que en las zonas frías. Hace ya tiempo, después de la obtención artificial de hidratos de carbono, azúcares producidos por medio de la luz solar y del ácido carbónico, que hemos dejado de cultivar la remolacha y la caña. La producción industrial barata de albúminas de primera calidad alimenticia todavía no está a nuestro alcance, por ello cultivamos aún plantas y hongos ricos en albúmina y tenemos en los océanos inmensos campos de algas de esta índole. Merced a un sencillo procedimiento de obtención artificial de grasas alimenticias, que hemos recibido por conducto del Gran Circuito, extraemos toda clase de vitaminas y hormonas del carbón de piedra, en cualquier cantidad. La agricultura del mundo nuevo ya no está precisada a abastecernos de todos los productos alimenticios, como ocurría en la antigüedad. La producción de azúcares, grasas y vitaminas es prácticamente ilimitada. Sólo para la obtención de albúminas contamos con inabarcables extensiones de tierra y mar. La humanidad se ha liberado hace tiempo del miedo al hambre, que atormentó a las gentes durante decenas de milenios.

»Una de las alegrías principales del hombre son los viajes, su afán de desplazarse, afición heredada de nuestros remotos antepasados, cazadores, que vagaban de un lado para otro en busca de su modesta pitanza. Ahora toda la Tierra está ceñida por la Vía Espiral que enlaza, por medio de puentes inmensos, tendidos a través de los estrechos, todos los continentes —y Veda fue señalando con el dedo una cinta de plata mientras

hacia girar el globo terrestre—. Por la Vía Espiral circulan de continuo trenes eléctricos. Centenares de miles de personas pueden trasladarse con gran rapidez de la zona habitable a las regiones esteparias, campestres o montañosas, donde no hay ciudades fijas y solamente existen campamentos de especialistas en la cría de ganado, en el cultivo de los campos y en las industrias forestal y minera. La automatización completa de todas las fábricas y centrales energéticas ha hecho innecesaria la construcción de ciudades o grandes pueblos junto a ellas; allí no hay más que algunas casas para las contadas personas que prestan servicio de guardia: observadores, mecánicos y electricistas.

»La organización planificada de la vida ha puesto fin a la terrible carrera de las velocidades, a la fabricación de medios de transporte cada vez más rápidos. Por la Vía Espiral los trenes marchan a doscientos kilómetros por hora. Únicamente en casos de accidente se utilizan, para prestar socorro, aeronaves exprés que cubren en una hora millares de kilómetros.

»Hace unos centenares de años mejoramos notablemente la faz de nuestro planeta. En el Siglo del Desgajamiento se descubrió ya la energía atómica interna. Por aquel entonces se aprendió a liberar una parte ínfima de ella y a producir una descarga térmica, cuyos efectos mortíferos fueron utilizados inmediatamente como arma de guerra. Se acumularon grandes depósitos de terribles bombas que, posteriormente, se intentaron utilizar para la producción de energía. El gran peligro de las radiaciones y su pernicioso influjo sobre la vida no tardaron en advertirse, y ello dio lugar a que la vieja energética atómica quedase encerrada en estrechos límites. Casi simultáneamente los astrónomos descubrieron, mediante el estudio de la física de las estrellas lejanas, dos nuevos métodos de obtención de energía atómica interna —Qu y F— bastante más eficaces y que no dejaban ningún producto peligroso de desintegración.

»Nosotros empleamos esos dos métodos en la actualidad, mas para los motores de las astronaves se utiliza otra forma de energía nuclear: el anamesón, conocido al observar las grandes estrellas de la Galaxia por el Gran Circuito.

»Todos los viejos almacenes de materias termonucleares —isótopos radiactivos de uranio, torio, hidrógeno, cobalto y litio— se decidió destruirlos en cuanto fue hallado el medio de expulsar los productos de su desintegración fuera de la atmósfera terrestre. En el siglo de la Reestructuración se hicieron soles artificiales, «suspendidos» sobre las regiones polares. Reduciendo considerablemente los casquetes de hielo que se habían formado en los polos en la época cuaternaria, cambiamos el clima de todo nuestro planeta. El agua de los océanos se elevó de nivel en siete metros. En cuanto a la circulación atmosférica, se redujeron bruscamente los frentes polares y disminuyeron los círculos de vientos alisios que desecaban las regiones desérticas en los límites de los trópicos. Casi cesaron por completo los huracanes y toda clase de turbulentas perturbaciones climatológicas.

»Las estepas cálidas llegaron hasta los paralelos sesenta y los prados y bosques de la zona templada rebasaron los 70° de latitud.

»La Antártida, liberada de hielos en las tres cuartas partes de su superficie, resultó ser el tesoro minero de la humanidad, pues guardaba intactas las riquezas del subsuelo, a diferencia de los otros continentes, donde habían sido muy mermadas a causa del derroche insensato de metales en las continuas guerras devastadoras. A través de la Antártida se consiguió cerrar el circuito de la Vía Espiral.

»Antes del cambio radical del clima, se habían abierto ya grandes canales y cortado las cadenas montañosas para equilibrar la circulación de las aguas y del aire. Bombas dieléctricas perpetuas ayudaron a irrigar incluso los desiertos de las altas mesetas del Asia.

»Las posibilidades de obtener productos alimenticios aumentaron en muchas veces, nuevas tierras se hicieron habitables. Los cálidos mares interiores empezaron a utilizarse para la obtención de algas ricas en albúminas.

»Las viejas naves interplanetarias, por peligrosas y frágiles que fueran, permitieron llegar a los planetas más cercanos de nuestro sistema. La Tierra fue rodeada de un cinturón de satélites artificiales desde los que los hombres estudiaron de cerca el Cosmos. Y entonces, hace cuatrocientos ocho años, ocurrió un acontecimiento tan importante, que marcó una nueva era en la existencia de la humanidad: la Era del Gran Circuito (EGC).

»Hacía mucho que el pensamiento humano venía luchando por lograr la transmisión de imágenes, sonidos y energía a larga distancia. Centenares de miles de sabios eminentes trabajaron en una institución que se sigue denominando hoy día Academia de Emanaciones Dirigidas, hasta que consiguieron la transmisión dirigida de energía a grandes distancias sin conductores de ningún género. Ello fue posible cuando hallaron el medio de eludir la ley que determina que el flujo de energía es proporcional al seno del ángulo de divergencia de los rayos. Entonces, haces de rayos paralelos permitieron establecer una comunicación permanente con los satélites artificiales y, por ende, con todo el Cosmos. La capa de atmósfera ionizada que protegía la vida venía siendo una eterna barrera para las transmisiones y recepciones de los espacios siderales. En tiempos muy remotos, a fines de la Era del Mundo Desunido, los hombres de ciencia terrestres habían establecido que potentes emanaciones radiactivas se precipitaban desde el Cosmos sobre la Tierra. En unión de la radiación general de las constelaciones y galaxias nos llegaban por el Gran Circuito llamamientos y mensajes del Cosmos, que se recibían intermitentes y confusos. En aquel tiempo no los comprendíamos todavía, aunque habíamos aprendido ya a captar esas enigmáticas señales que eran tomadas por radiaciones procedentes de materia muerta.

»El sabio Kam Amat, de origen indio, tuvo la idea de hacer experiencias en los satélites artificiales con receptores de imágenes. Realizando sus ensayos con infinita paciencia, durante decenas de años, halló nuevas y nuevas combinaciones de diapasones.

»Kam Amat captó al fin una emisión del sistema planetario de una estrella doble que llevaba de antiguo el nombre de la 61 del Cisne. En la pantalla apareció un ser no semejante a nosotros, pero indudablemente humano, y señaló a una inscripción hecha con símbolos del Gran Circuito. La inscripción no pudo ser descifrada hasta noventa años más tarde. Hoy, traducida a nuestra lengua terrestre, orna el monumento a Kam Amat. Reza así: "¡Un saludo a vosotros, hermanos, que habéis entrado en nuestra familia! Separados por el espacio y el tiempo, ya nos hemos unido, merced a la razón, en el circuito de la gran fuerza."

»El lenguaje de símbolos, planos y mapas del Gran Circuito resultó ser fácilmente comprensible, dado el nivel de desarrollo de la sociedad humana. Al cabo de doscientos años pudimos ya mantener conversaciones, mediante las máquinas de traducir, con los sistemas planetarios de las estrellas más cercanas, así como recibir y transmitir verdaderos cuadros de la muy diversa vida de otros mundos. Recientemente, hemos recibido noticias de catorce planetas de Deneb, importante centro de vida de la constelación del Cisne, astro gigantesco, cuatro mil ochocientas veces más luminoso que el Sol y que se encuentra a ciento veintidós parsecs de la Tierra. La evolución del pensamiento, aunque siguiendo otro camino, ha alcanzado allí nuestro mismo nivel.

»En cuanto a los viejos mundos, los cúmulos globulares de nuestra Galaxia y la inmensa región habitada que rodea su centro, nos llegan de aquella inconmensurable lejanía extraños cuadros y escenas todavía incomprensibles para nosotros por no haber sido aún descifrados. Una vez grabados por las máquinas mnemotécnicas, son remitidos a la Academia de los Límites del Saber, institución científica que estudia los problemas nacientes de nuestra ciencia. Nos esforzamos en comprender este pensamiento, anterior al nuestro en varios millones de años, pero que se distingue poco de él, debido a la unidad de caminos en el desarrollo histórico de la vida, desde las formas orgánicas inferiores hasta los seres superiores, pensantes.

Veda Kong, se volvió de la pantalla, donde tenía clavados los ojos, como hipnotizada, y dirigió a Dar Veter una mirada interrogante. Éste le sonrió, asintiendo aprobatorio. Ella alzó con orgullo la cabeza y, tendiendo las manos hacia adelante, se dirigió de nuevo a sus desconocidos e invisibles oyentes que, dentro de trece años, recibirían sus palabras y verían su imagen:

»Ésta es nuestra historia, éste es el áspero, largo y complejo camino recorrido hasta remontar las cimas del saber. ¡Hermanos nuevos, unios a nosotros en el Gran Circuito para llevar a todos los confines del inabarcable Universo la poderosa fuerza de la razón, venciendo a la materia inerte, sin vida!

La voz de Veda vibraba triunfante, como si hubiera adquirido el vigor de todas las generaciones terrenas, capaces de hacer llegar sus pensamientos más allá de los límites de nuestra Galaxia, a otras islas australes del Cosmos.

Oyóse un prolongado golpe de gong: Dar Veter había empujado la palanca, interrumpiendo la corriente transmisora de energía. La pantalla se apagó. En el transparente panel de la derecha continuaba iluminada la columna del canal conductor.

Veda, cansada y silenciosa, hecha un ovillo, se hundió en un gran sillón. Dar Veter invitó a Mven Mas a que se sentara ante el pupitre de comando e inclinóse sobre su hombro. En el completo silencio que reinaba, apenas se oía, de vez en cuando, el leve chasquido de las manijas. Inopinadamente, desapareció la pantalla de marco de oro y en su lugar abrióse una sima de profundidad inaudita. Veda Kong, que veía por vez primera aquel prodigio, no pudo contener una exclamación de asombro. Y en rigor, hasta a quienes conocían bien los secretos de la interferencia compleja de las ondas luminosas, que daban aquella amplitud y hondura de perspectiva, el espectáculo les parecía siempre maravilloso.

La oscura superficie de un planeta extraño se aproximaba, viniendo de muy lejos y aumentando de tamaño a cada segundo. Se trataba de un sistema extraordinariamente raro de estrella doble, en el que dos soles se equilibraban de manera que la órbita de su planeta resultaba ser regular y hacía posible la vida en éste. Ambos soles —uno anaranjado y el otro escarlata— eran más pequeños que el nuestro y alumbraban los hielos, que parecían rojos, de un mar congelado. Al borde de una meseta negra, entre enigmáticos reflejos violáceos, se divisaba un gigantesco y bajo edificio pegado a la tierra. El rayo visual, clavándose en la azotea, pareció atravesar la techumbre, y todos vieron a un hombre de piel gris, ojos redondos, como los de las lechuzas, circundados de argentado plumón. Era de elevadísima estatura, pero muy delgado, con largas extremidades semejantes a tentáculos. Después de hacer una grotesca inclinación de cabeza, a modo de precipitado saludo, fijó en la pantalla sus ojos impasibles como dos objetivos y abrió una boca sin labios, tapada por una válvula de piel blanda, en forma de nariz. Inmediatamente, oyóse la armoniosa y dulce voz de la máquina de traducir:

—Habla Zaf Ftet, encargado de la información exterior, el sesenta y uno del Cisne. Hoy transmitimos para la estrella amarilla STL 3388+04ZhF... Transmitimos para...

Dar Veter y Yuni Ant cambiaron una mirada, mientras Mven Mas apretaba por un instante la mano de Dar Veter. Eran los llamamientos galácticos de la Tierra, mejor dicho, de nuestro sistema planetario solar, considerado en un tiempo por los observadores de otros mundos como un solo gran satélite que daba cada cincuenta y nueve años terrestres una vuelta alrededor del Sol. Durante este período se producía una vez la oposición de Júpiter y de Saturno, que desplazaba el Sol, visiblemente para los astrónomos, de las estrellas vecinas. En ese mismo error habían incurrido también nuestros astrónomos con respecto a numerosos sistemas planetarios, cuya existencia cerca de diversas estrellas había sido descubierta ya en tiempos remotos, Yuni Ant, con más premura que al comienzo de la emisión, comprobó el reglaje de la máquina mnemotécnica y las indicaciones de los aparatos OES que velaban celosamente por el buen funcionamiento.

La voz impasible del intérprete electrónico continuó diciendo:

—Hemos recibido perfectamente la emisión de la estrella... —y de nuevo se oyeron una serie de cifras y unos sonidos intermitentes—, de un modo casual, fuera de las horas en que emite el Gran Circuito. Ellas no han descifrado el lenguaje del Circuito y gastan energía en vano, lanzando sus mensajes en las horas de silencio. Nosotros les hemos contestado en el período de sus emisiones; los resultados serán conocidos dentro de unas tres décimas de segundo... —la voz se calló. Los aparatos de señales continuaron encendidos, a excepción del circulillo verde.

—Hasta ahora se desconocen las causas de estas interrupciones. Puede que se deban al famoso campo neutro de los astronautas que se interpone entre nosotros —explicó Yuni Ant a Veda.

—Tres décimas de segundo galáctico significa cerca de seiscientos años de espera —rezongó enfurruñado Dar Veter—. ¿Y qué falta nos hace eso?

—Por lo que yo he podido comprender, la estrella con la que han enlazado es la Épsilon del Tucán, constelación del cielo austral —terció Mven Mas— que está situada a noventa parsecs, lo que constituye casi el límite de nuestra comunicación permanente. Más allá de Deneb no la hemos establecido aún.

—¿No captamos acaso el centro de la Galaxia y los cúmulos globulares? —preguntó Veda Kong.

—Sí, pero irregularmente, de un modo fortuito o por medio de las máquinas mnemotécnicas de otros miembros del Circuito que forman una cadena tendida a través de los espacios de la Galaxia —repuso Mven Mas.

—Las informaciones enviadas hace milenios y decenas de miles de años no se pierden en el espacio y acaban por llegar a nosotros —agregó Yuni Ant.

—Por consiguiente, ¿juzgamos de la vida y los conocimientos de las gentes de otros mundos muy distantes con un retraso que, por ejemplo, para la zona centro de la Galaxia es de veinte mil años?

—Sí; lo mismo cuando se transmiten las grabaciones por las máquinas mnemotécnicas de los mundos próximos que cuando son captadas por nuestras estaciones receptoras; los mundos lejanos aparecen ante nosotros tal y como eran en tiempos muy remotos. Vemos a personas muertas y olvidadas en sus respectivos mundos hace muchísimos años.

—¿Será posible que, a pesar de haber conseguido tan gran dominio sobre la naturaleza, no podamos hacer nada en este caso? —comentó Veda con infantil indignación—. ¿No seremos capaces de hallar más medios para alcanzar los mundos lejanos que los rayos ondulares o fotónicos?

—¡Yo comprendo perfectamente su afán, Veda! —exclamó Mven Mas.

—En la Academia de los Límites del Saber —terció en la conversación Dar Veter— se hacen proyectos para vencer el espacio, el tiempo, la atracción; se estudian las más profundas bases del Cosmos. Pero hasta ahora no han llegado a la fase de los ensayos y no han podido...

Inopinadamente, el circulillo verde se iluminó, y Veda volvió a sentir vértigo al ver hundirse la pantalla en el insondable abismo de los espacios cósmicos.

Los nítidos contornos de la imagen demostraban que se trataba de una grabación de máquina mnemotécnica y no de una captación directa.

Al principio, surgió la superficie de un planeta, visto indudablemente desde una estación exterior. Un sol inmenso, de un color violeta pálido y tan incandescente que parecía irreal, bañaba con sus penetrantes rayos las nubes azules de su atmósfera.

—Ésa es la Épsilon del Tucán, estrella de temperatura elevadísima, perteneciente a la clase B9 y setenta y ocho veces más luminosa que nuestro Sol —dijo Mven Mas en voz muy queda.

Dar Veter y Yuni Ant asintieron con la cabeza.

La sorprendente visión cambió, como si se contrajera y descendiese a ras de la tierra de un modo desconocido.

A gran altura, alzábanse las cúpulas de unas montañas que parecían de cobre fundido. Una roca o un metal ignoto, de estructura granulosa, refulgía a la luz deslumbradora del sol aquel. E incluso en la imperfecta transmisión de los aparatos, aquel inundo desconocido tenía un esplendor solemne, triunfal.

Los resplandores del sol rodeaban las cobrizas montañas de un halo rosáceo-argentado que se reflejaba, en ancho camino, sobre las lentas olas de un mar violeta. Sus aguas de amatista parecían densas y lanzaban rojos destellos, como un centelleo de pequeños ojos vivos. Las olas lamían el gran pedestal de una estatua gigantesca que, lejos de la orilla, se alzaba en orgullosa soledad. Era una figura de mujer, tallada en piedra de color grana, que, con la cabeza echada hacia atrás y como en éxtasis, tendía las manos hacia la ardiente bóveda del cielo. Podía ser muy bien la imagen de una hija de la Tierra, y su completo parecido con nuestras mujeres sorprendía tanto como la asombrosa belleza de la estatua. En su cuerpo, que parecía encarnar los sueños de los artistas terrenos, se armonizaban la vigorosa fuerza y la espiritualidad de cada una de sus líneas. La roja piedra pulida era como una llama de vida ignorada, y, por ello, misteriosa, fascinante.

Las cinco personas terrenas contemplaban en silencio aquel mundo maravilloso y nuevo. Del robusto pecho de Mven Mas escapó un largo suspiro: al lanzar la primera mirada a la estatua, los nervios del africano se habían puesto tensos, en gozosa espera.

Frente al monumento, en la orilla, unas torres de plata labrada marcaban el comienzo de una ancha escalinata blanca que ascendía leve sobre un bosque de esbeltos árboles de hojas turquesa.

—Deben tintinear, ¿verdad? —susurró Dar Veter al oído de Veda, señalando a las torres. Y ella bajó afirmativa la cabeza.

El aparato emisor del nuevo planeta continuaba ofreciendo, uno tras otro, nuevos cuadros silenciosos.

Por un segundo, se columbraron unos muros blancos, con anchas cornisas, en los que se abría un gran portal de piedra azul, y la pantalla se desplegó en una sala alta de techo, inundada de intensa luz. El nacarado matiz de las acanaladas paredes daba a todos los objetos una nitidez singular. Llamó la atención de los terrenos un grupo de personas que se encontraban ante un reluciente panel verde esmeralda.

El color rojo de fuego de su piel correspondía al de la estatua que se alzaba en el mar. Aquello no causó extrañeza a los habitantes de la Tierra, pues algunas tribus de indios de Centroamérica tenían —según las fotografías en colores que se conservaban de la antigüedad— la misma tonalidad de piel, aunque un poco menos oscura.

Había dos mujeres y dos hombres. Ambas parejas iban vestidas de distinta forma. Los que se hallaban más cerca del panel verde llevaban unas vestiduras cortas, doradas, que parecían elegantes monos con varios cierres de cremallera. Los otros dos estaban envueltos, de pies a cabeza, en capas idénticas del mismo matiz nacarado que las paredes.

Los dos primeros tañían, con suaves y plásticos movimientos, unas cuerdas tendidas oblicuamente junto al extremo izquierdo del panel. La pared, de esmeralda pulimentada o de vidrio, se tornaba ¡transparente. Al compás de sus movimientos, nítidas imágenes se sucedían, flotando en el cristal. Surgían y desaparecían con tanta rapidez, que su sentido era captado con dificultad incluso por observadores tan expertos como Yuni Ant y Dar Veter.

En aquella sucesión de montañas cobrizas, océanos violeta y bosques turquesa se adivinaba la historia del planeta. Animales y plantas —unas veces, monstruosos e incomprensibles; otras, soberbios y espléndidos— desfilaban como espectros del pasado. Muchos se asemejaban a aquellos cuyos restos guardaban, a modo de anales, los

estratos de la corteza terrestre. Larga era la escala ascendente de formas de vida, de continuo perfeccionamiento de la materia viva. Aquel interminable camino de evolución parecía a los seres de la Tierra aún más prolongado, áspero y penoso que su propia genealogía, bien conocida por cada uno de ellos.

En la espectral claridad del aparato iban apareciendo nuevos cuadros: fuego de grandes hogueras, amontonamientos de rocas en las llanuras, luchas con bestias feroces, solemnes exequias y ritos religiosos. La figura de un hombre, cuyo cuerpo cubría una piel de fiera, ocupó la pantalla en toda su altura. Apoyándose con una mano en una lanza y alzando la diestra hacia las estrellas con amplio ademán, pisaba fuertemente el cuello de un monstruo vencido, de ásperas crines en el espinazo, que, abiertas las fauces, mostraba sus largos y afilados colmillos. En el plano posterior, una hilera de hombres y mujeres, cogidos de la mano por parejas, parecían cantar.

Las visiones animadas desaparecieron cediendo lugar a la superficie oscura y pulida de la pared de piedra.

Entonces, los de las vestiduras doradas se apartaron a la derecha y su sitio fue ocupado por la otra pareja. Con un movimiento rapidísimo, se despojaron de sus capas, y sus cuerpos rojos ondularon como llamas vivas sobre el fondo irisado de los muros. El hombre tendió ambas manos hacia la mujer, ella le respondió con una alegre sonrisa tan arrogante y deslumbradora, que los moradores de la Tierra no pudieron menos de sonreír también. Y allá lejos, en la nacarada sala de aquel mundo infinitamente remoto, empezaron a bailar los dos una danza lenta. Más que una danza era aquello una serie de rítmicas poses destinadas, por lo visto, a mostrar la perfección, la belleza de líneas y plástica elasticidad de los cuerpos de los bailarines. Sin embargo, por la cadenciosa sucesión de los movimientos, se presentía una música majestuosa y triste al propio tiempo, como un himno a la gran legión de innumerables víctimas anónimas que habían sido inmoladas en aras de la evolución de la vida hasta llegar a tan admirable ser pensante: el hombre.

Mven Mas creía oír aquella melodía, percibir aquel abanico de notas altas y puras sostenido por el vibrante y acompasado ritmo de los sonidos graves. Veda Kong apretó la mano de Dar Veter, pero él no lo advirtió siquiera. Yuni Ant miraba inmóvil, con la respiración contenida, mientras unas gotas de sudor perlaban su despejada frente.

La gente del Tucán se parecía tanto a la de la Tierra, que, poco a poco, se iba perdiendo la impresión de otro mundo. Mas aquellas personas rojas eran de una belleza consumada que aún no habían alcanzado todos en el globo terráqueo y sólo vivía en los sueños y obras de los artistas, tomando corporeidad en muy contados seres singularmente hermosos.

«Cuanto más penosa y larga es la vía de la ciega evolución animal hasta llegar al ser pensante, tanto más perfectas y adecuadas son las formas superiores de la vida y, en consecuencia, tanto más bellas —pensaba Dar Veter—. Desde hace mucho tiempo los terrenos hemos comprendido que la belleza es la conveniencia de la estructura, instintivamente percibida y bien adaptada a un fin determinado. Y cuanto más diverso es el fin, más bella es la forma; esas gentes rojas deben de ser más inteligentes y hábiles que nosotros. Tal vez su civilización se haya basado más en el desarrollo del propio hombre, de su potencia física y espiritual, que en el progreso de la técnica. Durante largos años nuestra cultura continuó siendo netamente técnica, y hasta que no advino la sociedad comunista no emprendió definitivamente la senda del perfeccionamiento del propio hombre, y no tan sólo de sus máquinas, casas, alimentos y distracciones.»

Cesó la danza. La joven piel roja avanzó al centro de la sala, y el rayo visual del aparato concentróse en ella sola. Sus abiertos brazos y su rostro se alzaron.

Los ojos de los terrenos siguieron involuntariamente la mirada de la muchacha. La sala no tenía techo alguno, o tal vez fuera aquello una ilusión óptica, hábilmente lograda, pues allí se veía un cielo tachonado de estrellas tan grandes y refulgentes, que no debían de

ser reales. La disposición de las constelaciones extrañas no evocaba ninguna asociación conocida. La muchacha agitó la mano izquierda y en su índice apareció una bolita azul. Acto seguido, brotó de ésta un rayo de argentada luz que se convirtió en un enorme puntero, cuyo circular extremo luminoso se iba fijando en una u otra estrella de aquel dosel. Y al instante, el panel de esmeralda mostraba una imagen inmóvil, en gran escala. El rayo indicador se desplazaba lentamente, haciendo surgir, con igual lentitud, vistas de planetas desiertos o habitados. Las extensiones pedregosas o los arenales brillaban con triste, desolado fulgor a la luz de soles rojos, azules, violáceos, amarillos. A veces, los rayos de un astro singular, de color gris plomo, daban vida en sus planetas a achatadas cúpulas y espirales cargadas de electricidad que flotaban como medusas en la densa atmósfera anaranjada o en el océano. En el mundo del sol rojo crecían unos árboles de inconmensurable altura y viscosa corteza negra que tendían hacia el cielo, como en desesperada imploración, miríadas de retorcidas ramas. Otros planetas estaban inundados por completo de oscuras aguas. Enormes islas vivientes, animales o vegetales, navegaban por doquier agitando en la serena superficie sus innumerables tentáculos vellosos.

—No tienen en sus cercanías planetas con formas superiores de vida —dijo de pronto Yuni Ant, que no apartaba los ojos de la carta de aquel desconocido cielo cubierto de estrellas.

—No es cierto —objetó Dar Veter—. Por un lado, tienen un sistema astral plano, una de las formaciones recientes de la Galaxia. Pero nosotros sabemos que los sistemas planos y esféricos, antiguos y nuevos, se alternan frecuentemente. Y en efecto, por el lado de Erídano cuentan con un sistema poblado de seres pensantes que forma parte del Circuito...

—El VVR 4955+MO 3529... etcétera —terció Mven Mas—. Pero ¿por qué no lo saben ellos?

—Ese sistema se adhirió al Gran Circuito hace doscientos setenta y cinco años, y esta información fue enviada antes —respondió Dar Veter.

La joven piel roja del mundo lejano dejó caer del dedo la bolita azul y volvióse hacia los espectadores con los brazos abiertos, como si se dispusiera a abrazar a alguien que se encontrase, invisible, ante ella. Echó un poco hacia atrás la cabeza y los hombros, igual que una mujer terrena al hacer un apasionado llamamiento. Los labios, entreabiertos, se movieron, pronunciando unas palabras inaudibles. Y así quedó inmóvil, exhortante, lanzando a las frías tinieblas de los espacios intersidiales su ardiente imploración humana a sus hermanos, los hombres de otros mundos.

Y de nuevo, su esplendorosa belleza dejó maravillados a los observadores terrenos. Aquella muchacha no tenía las severas facciones, como cinceladas en bronce, de los pieles rojas de la Tierra. Su cara, redonda; la nariz no grande; los enormes ojos azules, muy separados, y la pequeña boca la asemejaban más bien a las mujeres de nuestros pueblos nórdicos. Sus espesos cabellos, negros y ondulados, eran suaves. Todos los rasgos de su rostro y líneas de su cuerpo denotaban una firmeza alegre, natural, dando la sensación de una gran fuerza.

—¿Será posible que no sepan nada del Gran Circuito? —inquirió Veda Kong, casi sollozando, inclinándose ante su bella hermana del Cosmos.

—En la actualidad, deben ya de saberlo —repuso Dar Veter—. Pues lo que estamos viendo ahora ocurrió hace trescientos años.

—Son ochenta y ocho parsecs de distancia —comentó Mven Mas, con su retumbante voz de bajo—, ochenta y ocho. Todas las personas que hemos visto murieron hace tiempo.

Y como confirmando sus palabras, la visión de aquel mundo maravilloso se esfumó, mientras se apagaba el circulillo verde indicador del enlace. La transmisión por el Gran Circuito había terminado.

Los espectadores permanecieron atónitos unos instantes. El primero en recobrase fue Dar Veter. Mordiéndose los labios con pena, dio vuelta al pomo grana. Un profundo toque de gong anunció que la columna de energía dirigida había sido desconectada, advirtiendo a los ingenieros de las centrales energéticas que era preciso verter de nuevo en sus canales habituales el poderoso torrente de fluido. Y después de haber hecho con los aparatos todas las operaciones necesarias, el director de las estaciones exteriores se volvió hacia sus compañeros.

Yuni Ant, arqueadas las cejas, pasaba unas hojas llenas de signos.

—¡Hay que mandar inmediatamente al Instituto del Cielo Austral la parte del mnemograma con la carta estelar representada en el techo! —dijo dirigiéndose al joven ayudante de Dar Veter.

Éste miró a Yuni Ant con asombro, como si acabara de despertarse de un sueño extraordinario.

El grave hombre de ciencia ocultó una sonrisa: ¿acaso la visión aquella no había sido en verdad un bello sueño acerca de un mundo maravilloso, enviado a través del espacio hacía tres siglos? Un sueño que verían, con toda nitidez, miles de millones de personas en la Tierra y en las estaciones de la Luna, de Marte y de Venus.

—Tenía usted razón, Mven Mas —manifestó Dar Veter sonriendo—, al decir antes de la emisión que hoy ocurriría algo extraordinario. Por vez primera, en los cuatrocientos años que el Gran Circuito existe para nosotros, de las profundidades del Universo ha surgido un planeta poblado de seres que son hermanos nuestros no sólo de mente, sino de cuerpo. ¡El descubrimiento me llena de gozo! ¡Bien comienza su labor! Los antiguos habrían visto en ello un buen presagio y nuestros psicólogos dirían que se ha producido una coincidencia de circunstancias que ha propiciado la confianza y el entusiasmo con respecto a la labor futura...

Dar Veter cayó en la cuenta de que la reacción nerviosa experimentada le había vuelto locuaz. Y como en la Era del Gran Circuito la locuacidad se consideraba uno de los más vergonzosos defectos del hombre, el director de las estaciones exteriores calló sin terminar la frase.

—Sí, sí... —repuso distraído Mven Mas.

Y Yuni Ant, que había advertido cierta indiferencia en el tono de su voz y languidez en sus ademanes, prestó atención. Veda Kong tocó con un dedo la mano de Dar Veter y le señaló al africano con la cabeza.

«¿No será demasiado impresionable para esto?», pensó por un instante Dar Veter, y miró con fijeza a su sucesor.

Pero Mven Mas, que había presentido las ocultas dudas de sus compañeros, irguió el cuerpo y volvió a ser el hombre de antes, atento, buen conocedor de su profesión. La escalera rodante los llevaba ya arriba, hacia los amplios ventanales y el cielo tachonado de estrellas que, de nuevo, estaba tan lejos como estuviera en los treinta milenios de existencia del hombre, mejor dicho, de su especie denominada Homo sapiens.

Mven Mas y Dar Veter debían quedarse en el observatorio.

Veda Kong le dijo en un susurro al director saliente que nunca olvidaría la noche aquella.

—¡Yo misma me he sentido tan insignificante! —exclamó con una sonrisa que contradecía sus tristes palabras.

Dar Veter comprendió lo que ella tenía presente, y negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que si la mujer roja la hubiese visto a usted, Veda, se habría sentido orgullosa de su hermana. Desde luego, ¡nuestra Tierra no tiene que envidiar a su mundo! —concluyó, radiante de amor el rostro.

—Bueno, eso, querido amigo, es porque usted me mira con buenos ojos —replicó Veda sonriente—. ¡Pregúntele a Mven Mas!... —y, bromeando, se tapó los ojos con la mano y desapareció tras una curva del muro.

Cuando Mven Mas quedó al fin solo, despuntaba ya el alba. Una luz grisácea se derramaba en el aire fresco y sereno, mientras el mar y el cielo adquirían igual transparencia de cristal: argentada en las aguas, rosácea en el firmamento.

Mven Mas permaneció largo rato en la terraza del observatorio, contemplando los contornos de los edificios, apenas conocidos.

A alguna distancia, sobre una meseta de poca altura, se alzaba un gigantesco arco de aluminio, cruzado por nueve filas de barras paralelas de igual metal; los espacios entre ellas estaban cubiertos con vidrios de materias plásticas de un color crema opalino y blanco argentado. Aquello era el edificio del Consejo de Astronáutica. Ante él se elevaba un monumento a los primeros hombres que habían penetrado en los espacios del Cosmos. Entre nubes y remolinos erguía el vertical escarpe de una montaña coronada por una astronave de tipo antiguo: un cohete pisciforme, cuya aguda proa estaba enfilada hacia unas alturas inaccesibles aún. Una cadena de hombres —pilotos de naves-cohetes, físicos, astrónomos, biólogos, audaces autores de novelas fantásticas— ascendían en espiral a costa de sobrehumanos esfuerzos, apoyándose unos en otros... La aurora teñía ya de rojo el casco de la vieja astronave y los leves contornos calados de los edificios, y Mven Mas continuaba aún midiendo a grandes pasos la terraza del observatorio. Nunca había experimentado una emoción tan intensa. Educado con arreglo a las normas generales de la Era del Gran Circuito, habíase templado físicamente merced a un severo entrenamiento y realizado con éxito los trabajos de Hércules. Así se llamaban, en recuerdo de los bellos mitos de la antigua Hélade, las difíciles tareas que habían de cumplir todos los jóvenes al terminar los estudios escolares. Si las cumplían, se los consideraba dignos de ingresar en un centro superior de enseñanza.

Mven Mas había dotado de agua una mina del Tíbet occidental, repoblado un bosque de araucarias en la meseta de Nahebt, en América del Sur, y exterminado unos tiburones que habían reaparecido junto a las costas de Australia: la forja que le diera la propia vida y sus relevantes dotes le habían permitido soportar largos años de intenso estudio y prepararse para trabajos duros, de responsabilidad. Aquel día, en la primera hora de su nueva labor, el encuentro con un mundo afín a la Tierra había hecho surgir en su alma algo nuevo. Mven Mas advertía con inquietud que en su interior se abría un abismo a cuyo borde venía caminando toda su vida sin sospechar que existiera. ¡Con qué ansia infinita deseaba volver a ver la estrella Épsilon del Tucán, aquel mundo que parecía haber surgido de uno de los más bellos cuentos de la humanidad terrestre! ¡Nunca podría olvidar a la muchacha de la piel roja, el llamamiento de sus brazos tendidos, sus dulces labios entreabiertos!...

Y el hecho de que la inmensa distancia, de doscientos noventa años-luz, que le separaba de aquel mundo maravilloso fuese infranqueable, inaccesible a todas las posibilidades de la técnica terrenal, lejos de disminuir su anhelo, lo hacía más ardiente.

En el alma de Mven Mas había nacido algo que vivía con vida propia y escapaba al control de su voluntad, a los mandatos de la serena razón. El africano aún no había amado nunca; abismado en sus estudios, había vivido casi como un ermitaño sin experimentar nada semejante a la extraña desazón y el singular gozo que le causara la visión de aquel día, a través de los inmensos campos del espacio y del tiempo.

Capítulo III - PRISIONEROS DE LAS TINIEBLAS

En las columnas anaranjadas de los indicadores del anamesón las gruesas agujas negras marcaban «cero». El curso de la astronave continuaba invariable hacia la estrella de hierro, pues la velocidad era todavía grande y el navío cósmico proseguía su marcha incesante en dirección a aquel siniestro cuerpo celeste, invisible al ojo humano.

Erg Noor, con ayuda del astronauta, temblando de la tensión y de la debilidad, se sentó

ante la máquina calculadora. Los motores planetarios, desconectados por el piloto-robot, se habían callado.

—Ingrid, ¿qué es una estrella de hierro? —preguntó en voz baja Key Ber, que permanecía inmóvil y en pie, a la espalda de la astrónomo.

—Una estrella invisible de la clase espectral T, apagada, pero que no se ha enfriado aún por completo o no ha empezado a caldearse de nuevo. Emite ondas largas de la parte calorífica del espectro; su luz infrarroja, negra para nosotros, sólo es visible a través del inversor electrónico. Una lechuza, que ve los rayos térmicos infrarrojos, podría percibirla.

—¿Y por qué se la llama estrella de hierro?

—Porque en su espectro y composición hay una gran cantidad de ese metal. Por ello, cuando la estrella es grande, su masa y su campo gravitatorio son enormes. Me temo que ésta sea precisamente una de ellas...

—¿Qué ocurrirá ahora?

—No lo sé. Ya ves que no tenemos combustible. Y sin embargo, continuamos volando derechos hacia la estrella. Hay que reducir la velocidad de la Tantra hasta una milésima de la unidad absoluta para poder desviar la nave lo suficiente. Si tampoco alcanza el combustible planetario, seguiremos aproximándonos gradualmente a la estrella, hasta caer... —Ingrid movió nerviosa la cabeza, con brusca sacudida, y Ber acarició cariñoso su brazo desnudo, trémulo.

El jefe de la expedición pasó al cuadro de comando y se abismó en la observación de los aparatos. Todos guardaban silencio, sin atreverse a respirar siquiera; también callaba Niza Krit, que acababa de despertarse y había comprendido instintivamente la gravedad de la situación. El combustible podía bastar tan sólo para aminorar la marcha de la nave, pero a ésta, al perder velocidad, le sería cada vez más difícil liberarse sin motores de la tenaz atracción de la estrella de hierro. Si la Tantra no se hubiera acercado tanto y Lin hubiese caído a tiempo en la cuenta... Mas ¿qué consuelo podían dar ya aquellos vanos razonamientos?

Al cabo de unas tres horas, Erg Noor se decidió al fin. La Tantra trepidó estremecida por el potente golpeteo de los motores iónicos a chorro. Pasaron una hora, dos, tres, cuatro... La marcha de la nave disminuía de continuo. El jefe hizo un movimiento imperceptible. Toda la tripulación sintió una terrible angustia. El espantoso astro castaño desapareció de la pantalla delantera para surgir de nuevo en otra. Las cadenas invisibles de la atracción continuaban tendiéndose hacia la nave y repercutiendo en los aparatos. Erg Noor tiró bruscamente de las palancas. Los motores se detuvieron.

—¡Nos hemos liberado! —exclamó Peí Lin, con un suspiro de alivio.

El jefe volvió con lentitud los ojos hacia él:

—¡No! Sólo nos queda la última reserva de combustible para la revolución orbital y la toma de tierra.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¡Esperar! He desviado un poco la astronave, pero pasamos demasiado cerca. Tiene lugar una lucha entre la atracción de la estrella y la disminución de la velocidad de la Tantra. Ahora vuela como un lunnik. Si consigue alejarse, marcharemos hacia el Sol. Claro que el viaje se alargará mucho. Dentro de unos treinta años, podremos mandar la señal de socorro, y ocho años más tarde vendrá la ayuda...

—¡Treinta y ocho años! —susurró Ber al oído de Ingrid, con voz apenas perceptible.

Ella le dio un fuerte tirón de la manga y le volvió la espalda.

Erg Noor reclinó la espalda en el sillón y dejó caer las manos sobre las rodillas. La gente callaba, los aparatos cantaban su tenue cancioncilla. Otra melodía, discordante, y por ello cargada de amenazas, mezclábase con los sonos de los instrumentos de navegación. La llamada casi audible de la estrella de hierro y la fuerza real de su masa negra perseguían tenaces al navío cósmico, impotente ya.

A Niza Krit le ardían las mejillas, su corazón palpitaba acelerado. Aquella pasiva espera era insoportable para la muchacha.

...Las horas trascurrían lentamente. A medida que iban despertándose, los miembros de la expedición entraban uno tras otro en el puesto central de comando. Y el número de gente silenciosa fue aumentando hasta que se congregaron allí las catorce personas de la tripulación.

El frenado de la nave era inferior a la velocidad necesaria para vencer la fuerza de atracción. El navío cósmico no podía escapar de la estrella de hierro. La gente, olvidada del sueño y la comida, no abandonaba el puesto de comando. Continuó allí muchas horas angustiosas, mientras el curso se curvaba más y más. Cuando la astronave hubo entrado rauda en la elipse de la órbita fatal, todos vieron con claridad cuál sería la suerte de la Tantra.

Un alarido inesperado los estremeció. El astrónomo Pur Hiss se había levantado de un salto y agitaba las manos furioso. Su rostro, demudado, no parecía de un hombre de la Era del Gran Circuito. El miedo, la compasión hacia sí mismo y el ansia de venganza habían borrado los rasgos del intelectual, del científico.

—¡Él, él tiene la culpa! —vociferaba señalando a Peí Lin—. ¡Ese alcorocho, ese imbécil, cabeza de chorlito!... —y el astrónomo quedó cortado, ahogándose de coraje, mientras trataba de recordar los insultos, caídos en desuso hacía tiempo, de sus remotos antepasados.

Niza, que estaba a su lado, se apartó de él con repugnancia. Erg Noor se puso en pie.

—Las censuras a un compañero no servirán para sacarnos del trance. Han pasado ya los tiempos en que las faltas podían ser intencionadas. Y en este caso —Noor dio vuelta con descuido a la manija de la máquina calculadora—, como ven ustedes, las probabilidades de error son de un treinta por ciento. Si agregamos a eso la inevitable depresión propia del final de la guardia y la conmoción producida por el balanceo de la astronave, no dudo que usted, Pur Hiss, habría cometido la misma falta.

—¿Y usted? —preguntó el astrónomo, algo aplacada su ira.

—Yo no. Yo he tenido ocasión de ver a un monstruo igual que ése en la 36ª expedición astral... Soy culpable por haberme confiado al conducir yo mismo la astronave por una región inexplorada y no haber previsto todo, limitándome a unas simples instrucciones.

—¿Y cómo podía usted saber que ellos iban a meterse en esa región durante su ausencia? —terció Niza.

—Yo debía saberlo —repuso con firmeza Erg Noor, rechazando la amistosa ayuda que Niza le ofrecía—. Mas de esto sólo tiene objeto hablar en la Tierra...

—¡En la Tierra! —clamó Pur Hiss, con tan agudo grito, que el propio Peí Lin frunció perplejo el entrecejo—. ¡Decir eso cuando todo está perdido y estamos condenados a muerte!

—No nos espera la muerte, sino una lucha enconada —repuso Erg Noor con sangre fría, dejándose caer en el sillón ante el pupitre de comando—. ¡Siéntense! Hasta que la Tantra no dé una revolución y media, no tenemos ninguna prisa... Todos obedecieron en silencio, y Niza cambió con el biólogo una sonrisa, triunfante a pesar de lo desesperado del momento.

—La estrella tiene sin duda un planeta; yo creo que incluso dos, a juzgar por la curva de intensidad de la atracción. Esos planetas, como ustedes ven —y el jefe de la expedición trazó con rapidez un cuidado esquema—, deben de ser grandes y, por consiguiente, poseer una atmósfera. Pero nosotros, de momento, no tenemos precisión de tomar tierra, disponemos aún de bastante oxígeno disgregado en átomos.

Erg Noor calló, para concentrar sus pensamientos. —Nos convertiremos en satélite del planeta, describiendo una órbita en torno a él. Si su atmósfera resulta respirable, cuando consumamos nuestro aire tendremos suficiente combustible planetario para tomar tierra y lanzar un mensaje. En seis meses calcularemos la dirección, transmitiremos los datos

obtenidos acerca de Zirda y pediremos que venga una astronave de salvamento en socorro de nuestro navío.

—Si el salvamento se consiguiera... —dijo Pur Hiss, contrayendo el rostro para contener una alegría naciente.

—¡Seríamos dichosos! —asintió Erg Noor—. Pero, de todos modos, ése es un objetivo claro. Y hay que poner en juego todas las fuerzas para lograrlo. Ustedes dos, Pur Hiss e Ingrid, hagan las observaciones y cálculos sobre las dimensiones de los planetas. Ber y Niza calcularán, con arreglo a la masa de los mismos, la velocidad de escape y, en consonancia con ella, la velocidad orbital y el radio óptimo de revolución de la nave.

Los exploradores empezaron sus preparativos para una eventual toma de tierra. El biólogo, el geólogo y el médico se pusieron a preparar para su lanzamiento una estación-robot de sondeo, mientras los mecánicos regulaban los aparatos de radar y los reflectores de aterrizaje y montaban un satélite para el envío de un mensaje a la Tierra.

Después del pavor y la desesperanza experimentados, el trabajo marchaba magníficamente, interrumpiéndose tan sólo durante el brusco balanceo de la nave en los vértices de gravitación. Pero la Tantra había disminuido tanto su velocidad, que sus bandazos no eran ya mortales para los tripulantes.

Pur Hiss e Ingrid determinaron la presencia de dos planetas. Hubo que renunciar a acercarse al exterior, enorme, frío, rodeado de una atmósfera muy densa y seguramente tóxica que amenazaba con la muerte. Y de elegir la forma de perecimiento, era mejor arder junto a la superficie de la estrella de hierro que hundirse en las tinieblas de una atmósfera amoniacal después de haber incrustado la astronave en una capa de hielo de mil kilómetros de espesor. El sistema solar tenía también planetas gigantes tan terribles como aquél: Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno.

La Tantra seguía acercándose sin cesar a la estrella. Al cabo de diecinueve días, se apreciaron las dimensiones del planeta interior: era mayor que la Tierra. Situado cerca de su sol de hierro, corría por su órbita con velocidad vertiginosa; su año no debía de exceder de dos o tres meses terrestres. La estrella invisible T lo caldeaba sin duda suficientemente con sus rayos negros. Si tenía atmósfera, la vida sería allí posible. En tal caso, la toma de tierra en él ofrecería singulares peligros...

Una vida extraña, desarrollada en las condiciones de otros planetas y siguiendo otras vías de evolución, dentro de la forma general para el Cosmos de los cuerpos albuminoideos, era extraordinariamente perniciosa para los habitantes de la Tierra. Las defensas de los organismos contra los desechos nocivos y las bacterias morbosas, inmunidad creada en nuestro planeta a lo largo de millones de siglos, eran impotentes ante formas de vida ajenas. Y recíprocamente, los seres vivos de otros planetas corrían en el nuestro igual peligro.

La actividad esencial de la vida animal —devorar matando y matar devorando— se manifestaba, al contacto de animales de mundos diferentes, con una ferocidad y una crudeza abominables. Las más raras enfermedades, fulminantes epidemias, insectos dañinos que se multiplicaban con una rapidez inusitada y lesiones espantosas acompañaban a los primeros exploradores de planetas habitados, pero no por seres humanos. Y los mundos poblados por seres pensantes realizaban multitud de experiencias y preparativos antes de establecer comunicación directa por medio de astronaves. Nuestra Tierra, alejada de las zonas centrales, compactas de la Galaxia, donde la vida bullía exuberante, no había sido visitada aún por mensajeros de planetas de otras estrellas, representantes de otras civilizaciones. El Consejo de Astronáutica había tomado hacía poco las medidas necesarias para recibir a los amigos procedentes de estrellas no lejanas del Serpentario, el Cisne, la Osa Mayor y el Ave del Paraíso.

Erg Noor, preocupado ante la eventualidad de un encuentro con una vida desconocida, ordenó que se sacasen de los apartados almacenes los medios de defensa biológica.

La Tantra había equilibrado al fin su velocidad orbital con la del planeta interior de la

estrella de hierro y empezaba a girar en torno a él. La superficie del planeta —mejor dicho, de su atmósfera—, borrosa, parda, esclarecida por los reflejos de la enorme estrella castaño-rojiza, tan sólo era visible a través del inversor electrónico. Todos los tripulantes sin excepción trabajaban en sus puestos, junto a los aparatos.

La temperatura de las capas superiores de la atmósfera, en la parte iluminada, es de 320° Kelvin³.

Revolución alrededor de su eje: 20 días, aproximadamente.

Los detectores señalan la presencia de agua y tierra.

Espesor de la atmósfera: 1.700 kilómetros.

Masa específica: 43,2 veces superior a la de la Tierra.

Los datos se sucedían, aclarando cada vez más el carácter del planeta.

Erg Noor iba anotando las cifras recibidas, para calcular el régimen orbital. 43,2 masas terrestres; ello quería decir que el planeta era grande. Su fuerza de atracción aplastaría la nave contra el terreno. Y las personas quedarían reducidas a la condición de moscas pegadas a un papel engomado...

El jefe de la expedición recordó los espantosos relatos —mitad legendarios, mitad ciertos— acerca de las viejas astronaves que, por diversas causas, habían ido a parar a planetas gigantes. En tales casos, los navíos cósmicos de poca velocidad y débil combustible perecían con frecuencia. Rugían los motores y estremecíase convulsa la desdichada nave que, incapaz de escapar, quedaba como pegada a la superficie del planeta. La nave no sufría daño, pero los huesos de sus tripulantes se rompían con terrible crujido, y el inenarrable espanto de aquellos seres humanos se (transmitía en los entrecortados gritos de sus últimos mensajes, en el postrer adiós.

A la tripulación de la Tantra no amenazaba tan triste suerte mientras siguiera girando en torno del planeta. Mas si había que posarse en su superficie, sólo las personas muy robustas podrían arrastrar su propio peso en aquel refugio donde se verían condenados a pasar decenas de años... ¿Podrían sobrevivir en semejantes condiciones, bajo una agobiadora, aplastante pesantez, en la noche eterna del sombrío sol infrarrojo y en una densísima atmósfera? No obstante, a pesar de todo, aquello no era aún la muerte, constituía una esperanza de salvación. Además, ¿no había dónde elegir!

La Tantra iba describiendo su órbita cerca del límite de la atmósfera. Los científicos de a bordo no podían dejar escapar la ocasión de investigar aquel planeta, desconocido hasta entonces, que se encontraba, relativamente, no lejos de la Tierra. Su parte iluminada —mejor dicho, recalentada— distinguíase de la otra no sólo por su temperatura, bastante más alta, sino por las enormes acumulaciones de electricidad que influían grandemente incluso sobre los poderosos detectores, deformando sus indicaciones. Erg Noor decidió estudiar el planeta con ayuda de estaciones-bombas. Fue lanzada una de observación física, y el autómatas facilitó una información sorprendente: la presencia de oxígeno libre en una atmósfera neono-azoadada y la existencia de vapores de agua y de una temperatura de doce grados sobre cero. Tales condiciones eran, en general, parecidas a las terrestres, únicamente la presión de la espesa capa de la atmósfera era superior en 1,4 veces a la normal de nuestro globo y la fuerza de la gravedad excedía a la de la Tierra en más de dos veces y media.

—¡Ahí se puede vivir! —dijo el biólogo con una tenue sonrisa, luego de comunicar al jefe los datos de la estación.

—Si nosotros podemos vivir en un planeta tan sombrío y pesado, seguramente vivirán ya algunos seres pequeños y dañinos.

A la quince vuelta de la astronave, prepararon otra estación-bomba, dotada de una potente teleemisora. Mas, lanzada en las sombras, la estación desapareció, sin emitir señal alguna, cuando el planeta había girado ya 120°.

³ 0° Kelvin equivalen a -273° Celsius. (N. del T.)

—Ha caído en el océano —constató la geóloga Bina Led, mordiéndose los labios con pena.

—Habrà que explorar con el detector principal antes de lanzar un robot-televisor. ¡Sólo tenemos dos!

La Tantra evolucionaba sobre el planeta emitiendo un hacesillo de rayos radiactivos que recorría los vagos contornos deformados de los continentes y los mares. Columbróse una inmensa llanura que se adentraba en el océano o separaba dos mares casi en la línea ecuatorial. Los rayos se deslizaban zigzagueantes sobre una zona de doscientos kilómetros de anchura. De pronto, un punto brillante surgió en la pantalla del detector. Una aguda pitada, que sacudió los tensos nervios de los tripulantes, vino a confirmar que no se trataba de una alucinación.

—¡Metal! —exclamó la geóloga—. Un yacimiento a cielo abierto.

Erg Noor meneó la cabeza:

—Por rápida que haya sido la aparición, yo he tenido tiempo de observar la nitidez de sus contornos. Eso es un gran trozo de metal, un meteorito o...

—¡Una nave! —dijeron a un tiempo Niza y el biólogo.

—¡Fantasías! —atajó al punto Pur Hiss.

—Tal vez sea una realidad —replicó Erg Noor.

—De todos modos, es inútil discutir —manifestó Pur Hiss, sin dar su brazo a torcer—. No se puede comprobar con nada. Pues no vamos a tomar tierra...

—Lo comprobaremos dentro de tres horas, cuando lleguemos de nuevo sobre esa llanura. Fíjense, ese objeto metálico se encuentra en el lugar que yo habría elegido también para la toma de tierra... Ahí precisamente arrojaremos una estación televisora. ¡Regulen el rayo del detector con una antelación de seis segundos!

El plan trazado por el jefe de la expedición se realizó felizmente, y la Tantra recomenzó su vuelta de tres horas alrededor del tenebroso planeta. Esta vez, al llegar sobre la llanura continental, la astronave recibió las informaciones del tele-robot. Todos clavaron la mirada en la iluminada pantalla. Chascó el rayo visual al conectarse y empezó a moverse casi imperceptiblemente, como un ojo humano, marcando los contornos de los objetos, muy lejos, allá abajo, en aquel negro abismo de mil kilómetros de profundidad. Key Ber se imaginó, como si la estuviera viendo, la pequeña cabeza de la estación que giraba, semejante a un faro, emergiendo de la sólida coraza. En la zona alumbrada por el rayo del autómata y mostrada en la pantalla aparecían despeñaderos de no mucha hondura, colinas y sinuosos baches negros que eran fotografiados al instante. De improviso, pasó rauda una cosa pisciforme, refulgente, y la oscuridad se restableció en torno a una meseta escalonada que el luminoso haz había arrancado de las tinieblas.

—¡Una astronave! —el grito escapó a la vez de varias gargantas.

Niza dirigió a Pur Hiss una mirada triunfante. La pantalla se apagó. La Tantra volvió a alejarse de la estación televisora automática, pero el biólogo Eon Tal ya había fijado la película de la fotografía electrónica. Con dedos trémulos de impaciencia, la metió en el proyector de la pantalla hemisférica. Sus paredes interiores reflejaron la imagen ampliada.

Allí estaban los conocidos contornos de la proa, en forma de gigantesco cigarro puro, la abultada popa y la alta cresta del receptor de equilibrio... Por muy inverosímil que pareciera aquella visión, aquel inconcebible encuentro en el planeta de las tinieblas, ¡se trataba en efecto de una auténtica astronave terrestre! Posada horizontalmente, en posición de aterrizaje normal, permanecía apoyada sobre sus potentes soportes, indemne, como si acabara de descender al planeta de la estrella de hierro.

La Tantra daba vueltas en torno al planeta, muy rápidamente, debido a su proximidad al mismo, lanzando señales que quedaban sin respuesta. Pasaron varias horas. En el puesto central de comando se habían reunido de nuevo los catorce miembros de la expedición. Erg Noor, que estaba sentado, en profunda meditación, se levantó.

—Tengo el propósito de aterrizar. Tal vez nuestros hermanos necesiten ayuda, quizá

su nave esté averiada y no puedan emprender el regreso a la Tierra. En ese caso, nosotros los recogeremos, nos aprovisionaremos de anamesón y así saldremos todos del trance. Enviar un cohete de salvamento no tiene objeto. Pues el cohete no podría proveernos de combustible y gastaríamos tanta energía, que luego no tendríamos bastante para lanzar una llamada a la Tierra.

—¿Y si ellos han tenido que ir a parar ahí por falta de anamesón? —insinuó con tiento Peí Lin.

—En tal caso, deben de quedarles cargas planetarias iónicas. No han podido gastarlas por completo. Ya ven que la astronave se encuentra en posición normal; ello demuestra que han aterrizado con los motores planetarios. Tomaremos combustible iónico y emprenderemos de nuevo el vuelo. Luego, una vez en la posición orbital, llamaremos a la Tierra y esperaremos su socorro. Si nos acompaña la suerte, no tendremos que aguardar más que ocho años. Y si conseguimos anamesón, habremos vencido.

—Quizá su combustible planetario no sea de cargas iónicas, sino fotónicas... —advirtió, dudoso, uno de los ingenieros.

—Entonces, podremos utilizarlo en los motores principales, si permutamos los platillos reflectores de los motores auxiliares.

—Por lo que veo, tiene usted previsto todo —hubo de reconocer el ingeniero.

—Quedará el riesgo del aterrizaje y la estancia en ese inhóspito planeta —rezongó Pur Hiss—. ¡Da espanto hasta pensar en ese mundo tenebroso!

—Quedará el riesgo, desde luego, pero éste existe ya en nuestra situación actual y no creo que lo agravemos. En cuanto al planeta en el que va a tomar tierra nuestra astronave, no es tan malo como parece. ¡Lo que hace falta es que la nave se salve!

Erg Noor miró a la esfera del nivelador de velocidad y acercóse rápidamente al cuadro de comando. El jefe de la expedición permaneció en pie unos instantes ante las palancas, escalas y clavijas. Los dedos de sus grandes manos se movían como los de un músico que arrancase acordes de su instrumento; tenía la espalda levemente encorvada e impasible el rostro.

Niza Krit se acercó a él, le tomó con audacia la mano derecha y la puso sobre su tersa mejilla, ardiente de emoción. Erg Noor inclinó agradecido la cabeza y, luego de acariciar los espléndidos cabellos de la muchacha, se irguió.

—Vamos a las capas inferiores de la atmósfera, ¡a aterrizar! —dijo en voz alta, conectando la sirena para dar la señal.

El bramido se expandió por toda la nave, y los tripulantes corrieron presurosos a sus puestos para incrustarse en los asientos hidráulicos flotantes.

Erg Noor se hundió en el blando abrazo del sillón de aterrizaje que había surgido, por un escotillón, ante el cuadro de comando. Empezaron a resonar tenantes los motores planetarios, y la astronave se precipitó aulladora hacia las rocas y los océanos del desconocido planeta.

Los detectores y los reflectores infrarrojos exploraban las tinieblas allí abajo; unas luces rojas brillaban en el altímetro junto a la cifra dada: 15.000 metros. No era de esperar la existencia de montañas de más de diez kilómetros de altura en aquel planeta, donde las aguas y el calor del sol negro ejercían sobre el terreno su acción niveladora como en la Tierra.

Desde la primera evolución, se advirtieron en la mayor parte del planeta, en vez de montañas, solamente insignificantes elevaciones un poco más altas que las de Marte. Por lo visto, la orogénesis había cesado casi por completo o se había interrumpido.

Erg Noor desplazó en dos mil metros el limitador de altura del vuelo y encendió los potentes proyectores. Un inmenso océano, verdadero mar de espanto, se extendía bajo la astronave. Sus olas, de un color negro intenso, se elevaban para hundirse al punto en las profundidades ignotas.

El biólogo, enjugándose la frente, sudorosa del esfuerzo, procuraba captar el reflejo

luminoso de las olas con un aparato supersensible que determinaba el albedo —poder reflector de una superficie esclarecida— a fin de determinar la salinidad o la mineralización de aquel mar tenebroso.

A la negrura brillante de las aguas, sucedió otra negrura mate: empezaba la tierra firme. Los rayos cruzados de los proyectores abrían entre los muros de las tinieblas un estrecho sendero en el que surgían súbitamente diversos colores: tan pronto los manchones amarillentos de los arenales como la superficie verde grisácea de las ondulaciones rocosas.

La Tantra, guiada por una mano experta, volaba rauda sobre el continente...

Por fin, Erg Noor encontró la misma llanura. Era demasiado baja para poder ser calificada de meseta. Pero se veía a las claras que no podrían alcanzarla las posibles mareas y tempestades del mar oscuro, pues se alzaba, sobre unas depresiones del terreno, a una altura de unos cien metros.

El detector delantero de la izquierda dio una pitada. La Tantra enfiló sus proyectores en la dirección indicada. Se distinguía con nitidez la astronave aquella. Era de primera clase. Su proa, recubierta de cristalino iridio anisótropo, refulgía a la luz de los proyectores como si fuera nueva. No había en sus cercanías construcciones provisionales ni luces. Sombría e inerte, la astronave no daba señal alguna de haber advertido la proximidad de su hermana. Los rayos de los proyectores se deslizaron más lejos y brillaron intensos al reflejarse, como en un espejo azul, en un enorme disco con resaltos en espiral. El disco estaba inclinado de canto y parcialmente hundido en la tierra negra. Por un instante, los observadores creyeron ver que, tras él, asomaban unas rocas y, más allá, la oscuridad se hacía más densa. Aquello debía de ser un precipicio o un pronunciado tajo que se perdía en la profunda depresión del terreno...

Un ensordecedor bramido de la Tantra hizo vibrar todo su casco. Erg Noor quería aterrizar lo más cerca posible de la astronave descubierta y advertía a la gente que pudiera encontrarse allá abajo, en la zona peligrosa: a un millar de metros a la redonda del lugar del aterrizaje. El estruendo de los motores planetarios fue tan grande, que se oyó incluso en el interior de la nave; en las pantallas apareció una nube de partículas incandescentes, elevadas del terreno. El suelo empezó a alzarse bruscamente y a inclinarse hacia atrás. Sin ruido ni oscilación alguna, las charnelas hidráulicas volvieron los asientos de los sillones hasta ponerlos perpendiculares a sus paredes, en posición vertical ahora.

Unos enormes soportes articulados saltaron del fondo del casco y, luego de dilatarse, fueron los primeros en recibir el contacto de la tierra extraña. Una sacudida, un choque, otra sacudida, y la Tantra cabeceó para quedar inmóvil al mismo tiempo que se paraban por completo los motores. Erg Noor alzó la mano hacia el cuadro de comando, que se encontraba sobre su cabeza, y dio vuelta a la manija de recogida de los soportes. Lentamente, con breves sacudidas, la astronave empezó a posarse de proa hasta tomar su anterior posición horizontal. El aterrizaje había terminado. Como siempre, había producido tan gran conmoción en los tripulantes, que éstos tuvieron que permanecer algún tiempo reclinados en sus sillones antes de recobrarla de ella.

Un terrible peso oprimía a todos. Como después de una grave enfermedad, apenas podían incorporarse. Sin embargo, el infatigable biólogo ya había tomado una muestra de aire.

—Es respirable —anunció—. ¡Voy a examinarlo al microscopio!

—No vale la pena —le repuso Erg, abriendo la envoltura del sillón de aterrizaje—. Sin escafandras no se puede abandonar la nave, pues tal vez haya aquí esporas y virus muy peligrosos.

Junto a la salida, en la cámara de esclusas, había preparadas de antemano escafandras biológicas y las llamadas «armaduras saltadoras», de acero, revestidas de cuero y dotadas de un motor eléctrico, así como de muelles y amortiguadores, que se

ponían sobre las escafandras para poder desplazarse cuando la fuerza de la gravedad era demasiado grande.

Todos, después de seis años de vagabundeo por los espacios intersiderales, ardían en deseos de sentir la tierra bajo sus plantas, aunque fuera extraña. Key Ber, Pur Hiss, Ingrid, la médico Luma y dos mecánicos-ingenieros debían quedarse a bordo, de guardia junto a la radio, los proyectores y los aparatos.

Niza estaba parada a un lado, con el casco en las manos.

—¿Por qué vacila usted, Niza? —le preguntó el jefe, en tanto comprobaba la pequeña estación de radio que llevaba en lo alto del casco—. ¡Vamos hacia la astronave!

—Yo... —la muchacha se cortó—. A mí me parece que está muerta, que yace ahí desde hace mucho tiempo. Otra catástrofe, una víctima más del implacable Cosmos. Ya sé que eso es inevitable, pero siempre da pena... Sobre todo, después de lo de Zirda y de lo del Algrab...

—Puede que esa muerte nos dé la vida —replicó Pur Hiss, volviendo el catalejo panorámico de foco corto hacia la otra nave, que continuaba sumida en la oscuridad.

Ocho viajeros pasaron con esfuerzo a la cámara de transición y se detuvieron, esperando.

—¡Inyecten aire! —ordenó Erg Noor a los que quedaban en la Tantra, separados ya de sus compañeros por un muro impenetrable.

Cuando la presión en el interior de la cámara fue de diez atmósferas, los cabestrantes hidráulicos tiraron de la soldada puerta y la arrancaron de cuajo. La presión del aire lanzó fuera de la cámara a la gente, sin dejar penetrar el menor elemento nocivo del mundo extraño en aquel trocito de la Tierra. La puerta se volvió a cerrar con ímpetu y estruendo. Un proyector trazó un camino luminoso por el que los exploradores echaron a andar, arrastrando con dificultad sus piernas de muelles y sus pesados cuerpos. Al final del luminoso camino, se alzaba la enorme nave hallada. Aquellos mil quinientos metros les parecieron terriblemente largos, debido a su impaciencia y al duro traqueteo de los torpes saltos sobre un terreno escabroso, lleno de pequeñas piedras y muy recalentado por el negro sol.

A través de la densa atmósfera, saturada de humedad, brillaban débilmente las estrellas, semejantes a blancos lunares desvaídos. En vez del radiante esplendor del Cosmos, el cielo de aquel planeta sólo mostraba los tenues trazos de las constelaciones. Y aquellos farolillos rojos, de mortecina luz, no podían disipar las tinieblas de la superficie del planeta.

En la profunda oscuridad circundante, la quieta astronave se destacaba con singular relieve. La gruesa capa de borazón y circonio que recubría su casco, estaba desgastada en algunas partes. Seguramente, la astronave había viajado mucho por el Cosmos.

Eon Tal lanzó una exclamación que resonó en todos los radioteléfonos. Señalaba con la mano a una puerta abierta, como una boca negra, y un pequeño ascensor, bajado. En la tierra, junto al ascensor y bajo la nave, crecía algo: unas plantas sin duda. Sus gruesos tallos se elevaban casi a un metro de altura y estaban rematados por unas copas negras de hojas o flores —no se sabía con certeza—, de forma parabólica y bordes dentados, como piñones de una máquina. Aquel negro engranaje inmóvil tenía un aspecto siniestro. El mudo boquete de la puerta impresionaba aún más. Las plantas intactas y aquella puerta abierta indicaban que los seres humanos no pasaban por allí desde hacía tiempo ni protegían ya su islote terrestre de las asechanzas de aquel mundo extraño.

Erg Noor, Eon y Niza entraron en el ascensor. El jefe movió la palanca de la puesta en marcha. El mecanismo funcionó obediente, con un leve chirrido, y llevó rápido a los tres exploradores a la cámara de paso, que estaba abierta de par en par. Después, subieron también los demás. Erg Noor transmitió a la Tantra la orden de apagar el proyector. Al instante, el pequeño grupo se perdió en el abismo de las tinieblas. El mundo del sol de hierro abatía sobre ellos, envolvente, como si quisiera tragarse aquel minúsculo foco de

vida terrestre incrustado en la superficie del enorme planeta oscuro.

Encendiéronse las lámparas giratorias en lo alto de los cascos. La puerta de la cámara de paso, que conducía al interior de la nave, estaba cerrada, pero no con llave, y cedió fácilmente. Los exploradores entraron en el pasillo central. Se orientaban sin dificultad en los oscuros pasadizos, pues la estructura de la astronave no se diferenciaba apenas de la de la Tantra.

—Esta nave fue construida hace unas decenas de años —dijo Erg Noor, acercándose a Niza.

La muchacha volvió la cabeza. A través del silicol del casco, el rostro en penumbra del jefe parecía enigmático.

—Me ha venido una idea absurda —siguió diciendo Erg Noor—. ¿Y si resulta que es...?

—¡El Argos! —gritó Niza, olvidándose del micrófono, y vio que todos se volvían hacia ella.

El grupo de exploradores penetró en la biblioteca-laboratorio, estancia principal de la nave, y luego, en el puesto central de comando, situado más cerca de la proa. Embutido en su armadura —esqueleto, con torpes pasos, tambaleándose y chocando contra las paredes—, el jefe llegó al cuadro de distribución de electricidad. Los aparatos estaban conectados, pero no había corriente. En la oscuridad sólo brillaban los indicadores y signos fosforescentes. Erg Noor encontró el conector de averías, y al instante, entre el asombro general, se encendió una luz mortecina que a todos pareció deslumbradora. Debió de surgir también junto al ascensor, porque en los radioteléfonos de los cascos se oyó la voz de Pur Hiss que preguntaba sobre los resultados del reconocimiento. Le contestó la geóloga Bina. El jefe se detuvo pasmado en el umbral del puesto central de comando. Niza, siguiendo su mirada, vio arriba, entre las pantallas delanteras, una inscripción doble —en lengua terrestre y en el código del Gran Circuito—: Argos. Más abajo, se alineaban los signos galácticos de la Tierra y las coordenadas del sistema solar.

La astronave desaparecida hacía ochenta años había sido hallada en el sistema de aquel sol negro, desconocido hasta entonces, que se había tomado durante mucho tiempo por una simple nube opaca.

El reconocimiento de los locales no reveló las huellas de la tripulación. Los depósitos de oxígeno no estaban agotados, las reservas de agua y de comida habrían bastado para subsistir varios años más, pero en ninguna parte había vestigios ni restos de los tripulantes del Argos.

En algunos sitios —en los pasillos, el puesto central y la biblioteca—, se veían unas chorreaduras extrañas, oscuras. En el suelo de la biblioteca también había una mancha grande —una sinuosa capa de varios estratos— como la huella de un líquido vertido y evaporado luego. En la popa, en la sala de máquinas, unos cables arrancados pendían ante la abierta puerta del fondo, y los soportes masivos, de bronce fosfórico, de los refrigeradores estaban muy retorcidos. Como en todo lo restante la nave se encontraba intacta, aquellas averías, que para producirse requerían un golpe muy potente, eran inexplicables. Los exploradores buscaron en vano, hasta quedar rendidos, las causas de la desaparición y muerte cierta de los tripulantes.

Sin embargo, se hizo un descubrimiento de extraordinaria importancia: las reservas de anamesón y de cargas iónicas planetarias que se conservaban a bordo aseguraban el despegue de la Tantra del pesado planeta y el regreso a la Tierra.

La noticia, transmitida inmediatamente a la Tantra, disipó la desesperanza que se había apoderado de la tripulación desde que la aeronave quedara cautiva de la estrella de hierro. Ya no había necesidad de largos trabajos para enviar un mensaje a la Tierra. Pero, en cambio, habrían de hacer enormes esfuerzos para transbordar los depósitos de anamesón. La tarea, ardua de por sí, se convertía en aquel planeta, de una pesantez casi tres veces superior a la de la Tierra, en una empresa que requería gran inventiva y capacidad ingenieril. Pero la gente de la Era del Gran Circuito, lejos de temer a los

problemas difíciles, sentía un gran placer en resolverlos.

El biólogo sacó del magnetófono, en el puesto central, la bobina inacabada del diario de a bordo. Erg Noor y la geóloga abrieron la caja de caudales principal, herméticamente cerrada, donde se guardaban los resultados de la expedición del Argos. Era un pesado fardo que contenía multitud de filmes fotono-magnéticos, de diarios, observaciones y cálculos astronómicos. Mas los tripulantes de la Tantra, que eran ellos mismos investigadores, no podían demorar ni por un instante el examen de aquel precioso hallazgo.

Muertos de cansancio, se reunieron en la biblioteca de la Tantra con sus compañeros, que ardían de impaciencia. Allí, en el ambiente habitual, sentados a la cómoda mesa, bajo una clara luz, la macabra oscuridad que los rodeaba y la astronave abandonada, sin vida, parecían una espantosa visión de pesadilla. A todos oprimía, sin cesar ni un instante, la pesantez del pavoroso planeta, y al hacer cada movimiento, los astronautas contraían de dolor el rostro. Sin una gran práctica, era muy difícil adaptar el propio cuerpo a los movimientos del «esqueleto» de acero, accionado por palancas. Ello hacía que el andar fuera acompañado de tirones y violentas sacudidas. Y aunque la marcha no fuese larga, la gente volvía rendida. La geóloga Bina Led debía de haber sufrido una leve conmoción cerebral; mas, a pesar de ello, apoyóse pesadamente sobre la mesa y, frotándose las sienes, se negó a marcharse sin oír la última bobina del diario de a bordo. Por aquellas grabaciones, conservadas ochenta años en la nave muerta sobre el terrible planeta, Niza esperaba conocer algo inaudito, sorprendente. Se imaginaba los roncós gritos pidiendo auxilio, los gemidos de dolor, las trágicas palabras de despedida. Cuando del aparato salió una voz sonora y fría, la muchacha se estremeció. Ni siquiera Erg Noor, gran especialista en todo lo referente a los vuelos intersiderales, conocía a ningún tripulante del Argos. Llevando a bordo solamente jóvenes, la astronave había emprendido su audacísimo raid a Vega sin entregar al Consejo de Aeronáutica la acostumbrada película de los integrantes de la tripulación.

La voz desconocida relataba los acontecimientos ocurridos siete meses después del último mensaje enviado a la Tierra. Un cuarto de siglo antes, al cruzar un cinturón de hielo cósmico en el límite del sistema de Vega, el Argos había sufrido una avería. Taponada la brecha abierta en la popa, la astronave continuó su viaje, pero el accidente había alterado el supersensible reglaje del campo de protección de los motores. Tras una lucha de veinte años, hubo que detenerlos. El Argos siguió volando por inercia, durante cinco años más, hasta que la inexactitud natural del curso la desvió. Entonces fue lanzado el primer mensaje. Se disponían a mandar el segundo cuando la nave cayó en el radio de acción del sistema de la estrella de hierro. Luego le ocurrió lo que a la Tantra, con la sola diferencia de que el Argos, privado de sus motores de marcha, no pudo reemprender el vuelo. Tampoco podía convertirse en satélite artificial del planeta, pues los motores planetarios de aceleración, situados en la parte de popa, estaban tan inservibles como los de anamesón. El Argos tomó tierra felizmente en la baja meseta costera. La tripulación acometió las tres tareas más apremiantes: reparar los motores —si era posible—, enviar un llamamiento a la Tierra, pidiendo socorro, y estudiar el planeta desconocido. Antes de que hubieran terminado el montaje de la torreta de lanzamiento del cohete, los exploradores empezaron a desaparecer misteriosamente. Los enviados para buscarlos no regresaron tampoco. Entonces cesó la exploración del planeta; únicamente salían del Argos todos juntos, para ir a construir la torreta, y permanecían largo rato metidos en la hermética astronave durante los descansos de aquel trabajo, terriblemente agotador a causa de la fuerza de gravedad. En su afán de lanzar el cohete cuanto antes, ni siquiera empezaron a examinar otra astronave, cercana a la suya, que debía de encontrarse allí desde hacía mucho tiempo.

«¡El disco!», pasó fugaz por la mente de Niza. Sus ojos se encontraron con los del jefe, que, comprendiendo su pensamiento, asintió con la cabeza. De los catorce tripulantes del

Argos, sólo ocho habían quedado con vida. Más adelante, en el diario hablado había una interrupción de tres días; después de ésta, lo reanudó una voz aguda de mujer joven:

«Hoy, día doce del séptimo mes del año trescientos veintitrés del Circuito, nosotros, los supervivientes, hemos terminado los preparativos para el lanzamiento del cohete-emisor. Mañana, a esta misma hora...»

Key Ber, instintivamente, miró a la graduación horaria al borde de la cinta, que iba devanándose: las cinco de la mañana, hora del Argos, pero ¿a qué hora de aquel planeta correspondería?...

«Enviaremos, siguiendo una trayectoria bien calculada... —la voz se cortó; luego, surgió de nuevo, más apagada y débil, como si la mujer se hubiera alejado del receptor—. ¡Conecto! ¡Otra vez!...»

El aparato calló, pero la cinta continuó devanándose. Los oyentes intercambiaron una mirada de ansiedad.

—¡Algo ha ocurrido!... —exclamó Ingrid Ditra.

Unas palabras presurosas, entrecortadas, salieron del magnetófono: «Se han salvado dos... Ella, Laik, no ha saltado lo bastante... el ascensor... ¡No han podido cerrar más que la segunda puerta! El mecánico Saj Kton se arrastra hacia los motores... utilizaremos los planetarios... Ellos, aparte de la furia y el espanto, no son nada. ¡Sí, nada!...»

Durante algún tiempo, la bobina de la cinta siguió girando silenciosa; luego, la misma voz volvió a hablar:

«Parece que Kton no ha podido llegar. Estoy sola, pero sé lo que hay que hacer. Antes de empezar —la voz se hizo más firme, adquiriendo gran fuerza de convicción—: Hermanos, oíd mi advertencia: si encontráis al Argos, no abandonéis nunca la nave.»

La desconocida dio un suspiro y dijo en voz queda, como para sí misma:

«Hay que averiguar qué ha sido de Kton. Cuando vuelva, explicaré con más detalle...»

Oyóse un chasquido seco, y la cinta continuó devanándose unos veinte minutos más, hasta el final de la bobina. Pero los aguzados oídos esperaron en vano: la mujer no explicó nada más, porque seguramente tampoco había vuelto más.

Erg Noor desconectó el aparato y, dirigiéndose a sus compañeros, dijo:

—¡Nuestras hermanas y nuestros hermanos muertos nos salvan la vida! ¿No percibís, acaso, la mano del fuerte hombre de la Tierra? Resulta que en la astronave hay anamesón. Y, por añadidura, hemos recibido la advertencia del peligro mortal que aquí nos acecha. Ignoro cuál será, pero debe de ser esta vida extraña. Si se tratase de fuerzas y elementos del Cosmos, éstos no sólo habrían matado a los tripulantes, sino averiado la nave. Después de recibir una ayuda semejante, sería una vergüenza que no salváramos la Tantra y no llevásemos a la Tierra los descubrimientos hechos por el Argos y por nosotros. ¡Que el grandioso trabajo de los muertos y su lucha de medio siglo contra el Cosmos no sean vanos!

—¿Y cómo piensa usted tomar el combustible sin salir de la nave? —preguntó Key Ber.

—¿Por qué sin salir? Usted sabe que eso no es posible y que tendremos que salir y trabajar a la intemperie. Pero ya estamos prevenidos y tomaremos precauciones...

—Me lo imagino —le interrumpió el biólogo Eon Tal—. Una barrera de protección en torno al lugar de los trabajos.

—¡No sólo allí, sino en todo el trayecto entre las dos naves! —agregó Pur Hiss.

—¡Desde luego! Como no sabemos lo que nos acecha, haremos una barrera doble: radiactiva y eléctrica. Tenderemos unos cables a lo largo de todo el camino y formaremos un pasillo de luz. Detrás del Argos está el cohete abandonado, cuya energía será suficiente para el tiempo que duren los trabajos.

La cabeza de Bina Led chocó contra la mesa. La médica y el segundo astrónomo, venciendo la fuerza de gravedad, se acercaron a la compañera desvanecida.

—¡No tiene importancia! —dictaminó Luma Lasvi—. Una ligera conmoción e hipertensión. Ayúdenme a llevarla al lecho.

Y si al mecánico Taron no se le hubiera ocurrido emplear una carretilla automática, aquel simple traslado habría requerido mucho tiempo. En ella, los ocho exploradores fueron llevados a sus respectivos lechos, pues ya era hora de descansar; de lo contrario, la hipertensión de sus organismos, no adaptados a las nuevas condiciones, se convertiría en enfermedad. Y en aquellos momentos críticos, cada miembro de la expedición era insustituible.

Pronto, dos carretillas automáticas, de las que se utilizaban para toda clase de transportes y construcción de carreteras, empezaron a allanar, enganchadas, el camino entre ambas astronaves. Unos potentes cables estaban tendidos a ambos lados del trazado. Junto a las dos astronaves, habían sido instaladas unas torretas de observación rematadas por gruesas campanas transparentes de silicoboro. En su interior se encontraban los observadores, que lanzaban periódicamente, a lo largo del camino, los rígidos y mortíferos rayos de las cámaras pulsatorias. Durante los trabajos, la intensa luz de los proyectores no se apagaba ni un instante. En la quilla del Argos fue abierta la gran escotilla, desmontáronse unos mamparos, y los hombres se dispusieron a hacer descender sobre las carretillas cuatro depósitos de anamesón y treinta cilindros de cargas iónicas. Su paso a bordo de la Tantra era empresa bastante más ardua.

Esta astronave no era posible abrirla como el inanimado Argos, pues al hacerlo, se daría entrada a todos los gérmenes de la vida extraña, mortales sin duda. Por ello, se limitaron a preparar la escotilla y, después de apartar los mamparos interiores, transportaron a la Tantra los balones de aire líquido del Argos. Según el plan trazado, desde el momento en que se abriera la escotilla hasta que terminase la carga de los depósitos, se debía ventilar constantemente la galería receptora con un gran chorro, a fuerte presión, de aire comprimido. Además, la astronave estaría protegida por una emanación radiactiva en cascada.

Poco a poco, los hombres se iban acostumbrando a trabajar embutidos en sus «esqueletos» de acero y a la fuerza de la gravedad, superior en casi tres veces a la de la Tierra. Los insoportables dolores que les atenazaban al principio los huesos, se habían atenuado.

Pasaron varios días terrestres. Aquel «nada» misterioso seguía sin aparecer. La temperatura del aire circundante empezó a descender bruscamente. Desencadenóse un huracán que fue arreciando de hora en hora. Era que el sol negro se ponía: la rotación del planeta llevaba al continente en que se encontraban las astronaves hacia el lado «nocturno». Las corrientes convectivas, la emisión calorífica del océano y el abrigo de la espesa atmósfera amortiguaban el descenso de la temperatura; sin embargo, mediada la «noche» planetaria, sobrevino una intensa helada. Se conectaron los calentadores de las escafandras, y los trabajos continuaron. Se logró descender del Argos el primer depósito, que fue llevado a la Tantra cuando se desencadenaba un nuevo huracán, el de la «salida del sol», más fuerte que el de la «puesta». La temperatura ascendía por encima de cero, ráfagas de aire compacto traían enormes masas acuosas, unos relámpagos rasgaban de continuo el cielo. El huracán había adquirido tal fuerza, que la astronave empezó a vacilar a los embates del terrible viento. Los hombres concentraron todos sus esfuerzos en afianzar el depósito bajo la quilla de la Tantra. El pavoroso bramido del huracán iba en aumento, en la meseta se alzaban peligrosos torbellinos, muy parecidos a los tornados del golfo de Guinea. En la franja de luz había surgido una gigantesca tromba de nieve y polvo que hincaba el embudo de su cima en la baja bóveda celeste, sombría, salpicada de lunares. A su empuje, las líneas de corriente de alta tensión se habían roto, y los chispazos azulencos de los cortacircuitos fulguraban entre los enrollados cables. La luz amarillenta del proyector del Argos se apagó, como una vela al sople del viento.

Erg Noor ordenó que suspendiesen el trabajo y se refugiaran en la Tantra.

—¡Pero allí queda un observador! —exclamó la geóloga Bina Led, señalando a la lucecilla, apenas perceptible, de la torreta de silicoboro.

—Lo sé, allí está Niza, yo voy ahora —repuso el jefe de la expedición.

—No hay corriente, y ese «nada» ha empezado a hacer de las suyas —objetó Bina, seriamente.

—Si el huracán actúa sobre nosotros, también actuará sin duda sobre ese «nada». Estoy seguro de que hasta que no amaine la tempestad no habrá ningún peligro. En cuanto a mí, soy aquí tan pesado, que no me llevará el viento si voy a rastras, bien pegado al terreno. ¡Hace tiempo que quería sorprender a ese «nada» desde la torreta!

—¿Me permite que vaya con usted? —dijo el biólogo, acercándose de un salto al jefe.

—Vamos, pero sólo usted y nadie más.

Los dos hombres avanzaron a rastras largo rato, aferrándose a las asperezas y las hendiduras de las rocas, procurando no caer en el radio de los torbellinos. El huracán se esforzaba tenaz en arrancarlos del terreno, darles la vuelta y arrastrarlos. Una vez lo consiguió, pero Erg Noor agarró a Eon, que rodaba ya, echóse de bruces sobre él y se asió con sus guantes ganchudos al borde de una peña.

Niza abrió el portillo de su torreta, y los dos hombres penetraron con dificultad, el uno tras el otro. Aquello estaba templado y en calma, la torreta se mantenía en pie firmemente, bien apuntalada en previsión de tempestades.

A la muchacha astronauta, de hermosos cabellos rojizos y ondulados, le produjo inquietud y alegría la llegada de sus compañeros. Reconoció honradamente que la perspectiva de pasar la jornada a solas con la borrasca en un planeta extraño no le era muy agradable.

Erg Noor comunicó a la Tantra que habían llegado felizmente, y el proyector de la astronave se apagó. En aquellas primitivas tinieblas brillaba solamente la débil lucecilla del interior de la torreta. Retemblaba el terreno de los embates de la tempestad, de los rayos y truenos, de las terribles trombas que se alzaban una tras otra. Niza, sentada en un sillón giratorio, apoyaba la espalda contra un reóstato. El jefe de la expedición y el biólogo se habían instalado a sus pies en el saliente anular de la base de la torreta. Voluminosos, debido a sus escafandras, ocupaban casi todo el sitio.

—Propongo que echemos un sueño —oyóse queda, en los radioteléfonos, la voz de Erg Noor—. Hasta el alba negra, quedan aún sus buenas doce horas; únicamente entonces amainará el huracán y empezará el suave calor.

Sus compañeros aceptaron de buena gana. Agobiados por la triple pesantez, encogidos en las rígidas armaduras que les oprimían y encerrados en la angosta torreta, sacudida por la tempestad, los tres se durmieron: ¡tan grandes son las facultades de adaptación del organismo humano y las fuerzas de resistencia que guarda!

De vez en cuando, Niza se despertaba para comunicar al tripulante de guardia en la Tantra noticias tranquilizadoras, y se quedaba de nuevo adormecida. El huracán había disminuido sensiblemente, el terreno no retemblaba ya. Ahora podía aparecer el «nada», mejor dicho, el «algo» aquel. Los observadores de la torreta tomaron unas PA —píldoras para la atención—, a fin de confortar su deprimido sistema nervioso.

—La astronave extraña es mi obsesión continua —confesó Niza—. Ardo en deseos de saber quiénes son ellos, de dónde vienen, cómo han llegado aquí...

—Y yo también —repuso Erg Noor—. Hace ya mucho tiempo que se transmiten por el Gran Circuito relatos sobre las estrellas de hierro y sus planetas-trampa. En las partes más pobladas de la Galaxia, donde las astronaves vuelan con frecuencia desde hace largos años, hay planetas con astronaves perdidas. Muchas viejas naves quedaron adheridas a esos planetas, numerosas y horripilantes son las historias que se cuentan acerca de ellas, historias que se han convertido hoy día en casi consejas y leyendas sobre la ruda conquista del Cosmos. Tal vez haya en este planeta astronaves de tiempos aún más remotos, aunque en nuestra zona, poco poblada, el encuentro de tres navíos sea un fenómeno completamente extraordinario. En las inmediaciones de nuestro Sol no se conocía ninguna estrella de hierro; nosotros hemos descubierto la primera.

—¿Piensa usted empezar el reconocimiento de la astronave discoidal? —inquirió el biólogo.

—¡Desde luego! ¡Sería imperdonable en un científico desaprovechar una ocasión semejante! Las astronaves discoidales no se conocen en las regiones habitadas que confinan con la nuestra. Esta, procedente sin duda de muy lejos, ha debido de vagar por la Galaxia durante milenios, después de la muerte de sus tripulantes o de haber sufrido una avería irreparable. Puede que los datos que recojamos en ella aclaren muchos de los mensajes transmitidos por el Gran Circuito... Su forma es rara, de espiral discoidea, y los resaltos de su superficie son muy pronunciados. En cuanto terminemos el transbordo del Argos, nos ocuparemos de esa curiosidad; por ahora, no podemos prescindir de un solo hombre.

—Sin embargo, nosotros hemos reconocido el Argos en unas horas...

—Yo he examinado ya el disco con el estereotelescopio. Está herméticamente cerrado, no se ve ninguna abertura. Penetrar en cualquier navío cósmico, bien protegido contra fuerzas mucho más potentes que todos los elementos de la naturaleza terrestre, es empresa muy difícil. Prueben a introducirse en la Tantra cuando esté cerrada, a través de su coraza metálica, de estructura cristalina modificada, o a través de su cubierta de borazón... Eso es tarea más ardua que asaltar una fortaleza. Y la cosa se complica aún más cuando se trata de una astronave extraña, cuyos principios de construcción se desconocen. Pero intentaremos desentrañar el enigma.

—¿Y cuándo examinaremos lo hallado en el Argos? —preguntó Niza—. Allí debe de haber interesantísimas observaciones sobre los mundos maravillosos de que se hablaba en el mensaje.

El radioteléfono transmitió la risa bonachona del jefe: —A mí, que sueño desde niño con Vega, la impaciencia me consume más que a nadie. Pero ya tendremos tiempo para ello en el viaje de vuelta a la Tierra. Ante todo, hay que escapar de las tinieblas, de este infierno, como se decía en la antigüedad. Los exploradores del Argos no habían tomado tierra anteriormente; de lo contrario, habríamos encontrado en sus almacenes de colecciones multitud de objetos procedentes de otros planetas. Recuerden que, después de un minucioso reconocimiento, sólo hemos hallado filmes, mediciones y grabaciones, muestras de aire y balones de polvo explosivo...

Erg Noor calló y prestó atención. Ni siquiera los sensibles micrófonos captaban ya ruido de viento: la tempestad se había calmado. Fuera, a través de la tierra, percibíase un susurro crujiente que repercutía en las paredes de la torreta.

El jefe movió la mano, y Niza, comprendiendo el ademán, apagó la luz. En la torreta, calentada por las emanaciones infrarrojas, la oscuridad parecía densa como un líquido negruzco; diríase que estaban en el fondo de un océano. A través de la recia y transparente campana de silicoboro, los astronautas vieron con nitidez unas lucecillas centelleantes, de color castaño. Las lucecillas se encendían formando por un segundo pequeñas estrellas de rayos grana o verde oscuro que se apagaban para volver a lucir. Las estrellitas aquellas se alineaban en cadenillas que se enrollaban en anillos o en ochos y se deslizaban silenciosas por la superficie de la campana, tersa y dura como el diamante. Los exploradores sintieron en los ojos unas punzadas extrañas y un agudo dolor momentáneo a lo largo de los grandes nervios del cuerpo, como si los cortos rayos de las estrellitas castañas se clavasen en ellos igual que agujas.

—Niza —dijo Erg Noor en un susurro—, ponga el regulador al máximo de incandescencia y dé toda la luz de golpe.

La torreta se llenó de azulada y clara luz terrestre. Los tres, deslumbrados por ella, no veían nada o casi nada. Sin embargo, Niza y Eon habían advertido —aunque tal vez aquello fuera una figuración suya— que, por el lado derecho de la torreta, las sombras, en lugar de retirarse de pronto, se quedaban allí un instante, formando como un dilatado cuerpo oscuro con numerosos tentáculos. Aquel «algo» recogió en un segundo sus

tentáculos y retrocedió veloz, con el muro de las sombras, rechazado por la luz. Erg Noor no había visto nada, pero no tenía fundamentos para no confiar en la rápida reacción de sus jóvenes compañeros.

—¿No serán espectros? —conjeturó Niza—. ¿Fantasmagóricas condensaciones de las sombras en torno a cargas de alguna energía como la de nuestros rayos globulares, por ejemplo, en vez de formas de vida? Puesto que aquí todo es negro, los rayos deben de ser también negros.

—Su suposición es poética —replicó Erg Noor—, pero tiene pocos visos de realidad. En primer término, es evidente que ese «algo» nos ha atacado, ansioso de nuestra carne viviente. Él o sus congéneres han sido los que han exterminado a la tripulación del Argos. Si él es organizado y estable, si puede desplazarse en la dirección necesaria y acumular y emanar energía, no cabe duda de que no se trata de ningún fantasma aéreo. Eso es una creación de la materia viva, ¡e intenta devorarnos! El biólogo se adhirió a las deducciones del jefe: —A mí me parece que aquí, en el planeta de las tinieblas, la oscuridad existe sólo para nosotros, pues nuestros ojos no son sensibles a los rayos infrarrojos de la parte calorífica del espectro; otros rayos, los amarillos y los azules, deben actuar intensamente sobre ese ser. Su reacción es tan instantánea, que nuestros desaparecidos compañeros del Argos no podían advertir nada al iluminar el sitio de la agresión... Cuando se dieron cuenta ya era tarde, y, agonizantes, tampoco pudieron contar nada...

—Ahora repetiremos la experiencia, por muy desagradable que sea la aproximación de ése.

Niza apagó la luz, y de nuevo los tres observadores quedaron sumidos en la profunda oscuridad, esperando la aparición de aquel ser del mundo de las tinieblas.

—¿De qué estará armado? ¿Por qué su acercamiento se percibe a través de la campana y de la escafandra? —se preguntó el biólogo en voz alta—. ¿Tendrá una forma especial de energía?

—Las formas de energía son muy pocas, y ésta es, sin duda, electromagnética. Pero sus modificaciones son, indiscutiblemente, múltiples y muy diversas. Ese ser posee alguna arma que actúa sobre nuestro sistema nervioso. ¡Y no es difícil imaginarse lo que significará el contacto de uno de esos tentáculos con un cuerpo indefenso!

Erg Noor se encogió y Niza Krit sintió un escalofrío interno al ver las cadenitas de lucecillas castañas que se aproximaban rápidamente, por tres lados.

—¡Ese ser no está solo! —exclamó en voz baja Eon—. Tal vez no convenga dejarles que rocen la campana.

—Tiene usted razón. Pongámonos de espaldas a la luz y miremos cada uno a su respectivo lado. ¡Niza, encienda!

Esta vez, cada uno de los exploradores tuvo tiempo de observar particularidades sueltas con las que, sumadas, se pudo formar una idea general de aquellos seres. Se asemejaban a gigantescos acalefos que flotaban, a poca altura del terreno, moviendo sus espesos flecos colgantes. Algunos tentáculos, demasiado cortos en relación con las dimensiones de los monstruos, medían apenas un metro. De cada uno de los ángulos de sus cuerpos romboidales partían dos sinuosos tentáculos, bastante más largos. En el arranque de éstos, el biólogo observó unas enormes ampollas fosforescentes, levemente iluminadas por dentro, que parecían esparcir por los tentáculos grandes chispas en forma de estrellas.

—Observadores, ¿por qué encienden y apagan la luz? —resonó de pronto, dentro de los cascos, la clara voz de Ingrid—. ¿Necesitan ayuda? La tempestad ha terminado; nosotros vamos a empezar a trabajar. Ahora salimos para allá.

—¡De ninguna manera! —ordenó severo el jefe—. Hay un gran peligro. ¡Llame a todos!

Erg Noor les habló de los terribles acalefos. Luego de cambiar impresiones, los exploradores decidieron sacar y transportar en una carretilla parte de uno de los motores planetarios. Unos chorros de fuego, de trescientos metros de longitud, corrieron por la

pedregosa llanura, barriendo todo a su paso. No había transcurrido media hora, cuando los hombres tendían, ya reparados, los cables rotos. La defensa había sido restablecida. Estaba claro que el anamesón debía ser cargado antes de que llegase la noche planetaria. A costa de sobrehumanos esfuerzos, se logró hacerlo, y la gente, extenuada, después de cerrar herméticamente las escotillas, desapareció tras la indestructible coraza de la astronave, escuchando tranquilamente las trepidaciones. Los micrófonos traían de fuera el estruendoso bramido del huracán, y ello hacía que aquel pequeño mundo, profusamente iluminado y al abrigo de las fuerzas tenebrosas, pareciera aún más comfortable.

Ingrid y Luma habían desplegado la pantalla estereoscópica. La elección del filme había sido acertada. Las aguas azules del Océano Indico chapoteaban a los pies de los espectadores, sentados en la biblioteca. Celebrábanse los Juegos de Poseidón, competición mundial de toda clase de deportes náuticos. En la Era del Gran Circuito, todas las gentes eran tan amigas del mar como los pueblos de los países costeros de antaño. Saltos, natación, zambullidas con planchas a motor y balsas de vela. Millares de cuerpos jóvenes, bronceados por el sol, sonoras canciones, alegres risas y las marchas triunfales a la llegada a la meta...

Niza se inclinó hacia el biólogo, que, a su lado, permanecía absorto en sus pensamientos, perdida el alma en la infinita lejanía del dulce planeta natal, con su naturaleza sometida.

—Eon, ¿ha participado usted alguna vez en tales competiciones?

El biólogo fijó en ella su mirada perpleja.

—¿Qué? ¿En tales? No, nunca. Estaba pensativo y no la comprendí al pronto.

—¿Acaso no pensaba usted en eso? —preguntó la muchacha señalando a la pantalla—. ¿Verdad que la percepción de la belleza de nuestro mundo es extraordinariamente deliciosa, después de las tinieblas, las tempestades y los negros calefos eléctricos?

—Sí, desde luego. Y ello hace aumentar el deseo de atrapar a un calefo de esos. Precisamente me estaba rompiendo la cabeza para encontrar el modo de conseguirlo.

Niza se apartó del biólogo, que reía satisfecho, y al volverse, encontró la sonrisa de Erg Noor.

—¿Usted también estaba meditando en cómo capturar ese horror negro? —inquirió burlona.

—No, pensaba en la exploración de la astronave discoidal.

El pícaro fulgor de sus ojos casi irritó a la muchacha.

—¡Ahora comprendo por qué los hombres de la antigüedad se dedicaban a la guerra! Yo creía que eso no era más que pura fanfarronería de vuestro sexo fuerte... como se le consideraba en la sociedad mal organizada.

—No tiene usted completa razón, aunque comprenda en parte nuestra antigua psicología. Pero yo, cuanto más hermoso y adorable es mi planeta, más deseos siento de servirle. De plantar jardines, extraer metales, producir energía, obtener alimentos, crear música, de manera que, cuando yo desaparezca, quede un trocito real de lo hecho por mis manos y mi cerebro. Yo conozco solamente el Cosmos, el arte de la astronáutica, y con ello puedo servir a mi querida humanidad. Pero el objetivo no es el vuelo mismo, sino la adquisición de nuevos conocimientos, el descubrimiento de nuevos mundos, de los cuales haremos algún día planetas tan hermosos como nuestra Tierra. ¿Y usted, Niza, a qué sirve? ¿Por qué le atrae también, tan fuertemente, el misterio de la astronave discoidal? ¿Sólo por curiosidad?...

Con impetuoso movimiento, la muchacha venció el peso de sus cansados brazos y tendió las manos hacia el jefe. Éste las tomó entre las suyas, grandes, y las acarició dulcemente. A Niza se le arreboló el rostro, su rendido cuerpo se llenó de nuevo vigor. Y como el día aquel, momentos antes del peligroso aterrizaje, apretó su mejilla contra la

mano de Erg Noor, perdonando al propio tiempo al biólogo su aparente traición a la Tierra. Para demostrar definitivamente su acuerdo con ambos, Niza les comunicó una idea que se le acababa de ocurrir: aplicar a un depósito de agua una tapa de cierre automático y meter en él, como cebo, uno o dos vasos con sangre fresca. Mas, para ello, no se recurriría a las reservas de sangre conservada del botiquín de a bordo; cada uno de los astronautas daría voluntariamente la cantidad necesaria. Si aquel «ser negro» penetraba en el depósito y la tapa se cerraba de golpe, se insuflaría, con un balón preparado al efecto, un gas terrestre inerte y se soldaría bien el borde de la tapa.

Eon quedó admirado de la inventiva de la «chicuela pelirroja».

Erg Noor, por su parte, se puso a regular un robot antropomorfo y preparó una potente cortadora electrohidráulica, con cuya ayuda pensaba penetrar en la astronave discoidal de la lejana estrella.

En la oscuridad, habitual ya, las tempestades habían cesado; al frío intenso había sucedido un leve calor. El «día», de doscientas diez y seis horas, había comenzado. Quedaba trabajo para cuatro días terrestres: el embarque de las cargas iónicas, de algunas otras reservas y valiosos instrumentos. Además, Erg Noor consideraba necesario tomar algunos efectos personales de la tripulación pericida, para llevarlos a la Tierra, después de una desinfección cuidadosa, y entregarlos como recuerdo a los familiares de los muertos. Como en la Era del Gran Circuito la gente no acostumbraba a llevar consigo mucho equipaje, el transporte de aquellos objetos a la Tantra no ofrecía dificultad.

Al quinto día, desconectaron la corriente, y el biólogo, en unión de dos voluntarios — Ingrid y Key Ber—, se encerró en la torreta de observación próxima al Argos. Los seres negros se presentaron casi inmediatamente. El biólogo, que había adaptado en la debida posición una pantalla infrarroja, podía observar a los mortíferos acalefos. De pronto, uno de ellos se acercó al depósito-trampa, y luego de recoger sus tentáculos y contraerse en una bola, empezó a deslizarse en su interior. Inopinadamente, otro rombo negro apareció junto a la boca abierta del depósito. El primer monstruo dilató sus tentáculos, y las chispas de forma de estrella surgieron con inusitada rapidez, uniéndose en franjas de titilante luz grana que, en la pantalla de rayos invisibles, refulgieron como relámpagos verdes. El primer llegado se apartó un poco, y entonces el segundo se contrajo al instante, haciéndose un ovillo, y se dejó caer al fondo del depósito. El biólogo tendió la mano hacia el botón, pero Key Ber le detuvo. El primer acalefo se apelotonó también y siguió a su compañero. Dentro del depósito, se encontraban ya dos terribles acalefos. Sólo quedaba asombrarse de lo mucho que podían reducir su volumen aparente. El botón fue oprimido, la tapa se cerró bruscamente, y al momento, cinco o seis monstruos negros se pegaron por todas partes al enorme depósito revestido de circonio. El biólogo dio la luz y comunicó a los de la Tantra que conectasen el sistema de protección. Los fantasmas negros se esfumaron al instante, como de costumbre, pero esta vez dos quedaban cautivos bajo la hermética tapa del depósito.

El biólogo salió de la torreta, acercóse, tocó la tapa, levemente, y una tremenda sacudida estremeció sus nervios con tal fuerza, que le hizo prorrumpir en alaridos de dolor. Su brazo izquierdo cayó para quedar colgante, paralizado.

El mecánico Taron se puso una escafandra ultrarrefractaria. Sólo entonces se pudo insuflar en el depósito ázoe terrestre puro y soldar la tapa. Los grifos también fueron soldados; luego, recubrieron el depósito de tela aislante y lo metieron en la cámara de colecciones. La victoria había costado cara: el biólogo no recobraba el movimiento del brazo, pese a todos los esfuerzos del médico. Eon Tal sufría mucho, pero no quería renunciar a la visita a la espiro nave. Erg Noor, rindiendo tributo a su insaciable afán de investigaciones, no pudo dejarle en la Tantra.

Resultó que el espirodisco —huésped llegado de remotos mundos— se encontraba más lejos del Argos de lo que pareciera a los exploradores al principio. La luz de los proyectores, difusa en la lejanía, había falseado las dimensiones de la nave. Era un

ingenio verdaderamente colosal, de no menos de cuatrocientos cincuenta metros de diámetro. Y hubo que retirar cables del Argos para prolongar hasta él el sistema defensivo. La enigmática astronave se alzaba sobre la gente como un muro vertical que se perdía allá en la altura del tenebroso cielo tachonado de lunares. Unos nubarrones, negros como el carbón, se arremolinaban ocultando un tercio de la parte superior del descomunal disco. La capa verde, como de malaquita, que lo recubría, estaba muy cuarteada y tenía cerca de un metro de espesor. Bajo las grietas se columbraba un metal de vivo color celeste que se traslucía, azulado, en los lugares en que la malaquita estaba desconchada. La cara del disco vuelta hacia el Argos presentaba una prominencia cilíndrica en espiral, de unos veinte metros de ancho y cerca de diez de alto. La otra cara, hundida en las tinieblas, parecía más abombada y formaba un casquete esférico, adosado al disco, de treinta metros de espesor. De esta cara también sobresalía un alto cilindro en espiral, semejante a un tubo de rosca incrustado en el casco de la nave.

El canto del enorme disco estaba profundamente hundido en la tierra. Al pie de aquel vertical muro metálico vieron una piedra fundida que se había esparcido por el suelo como espeso alquitrán.

Muchas horas perdieron los exploradores buscando inútilmente alguna entrada o escotilla. Pero ésta debía de estar tapada por la capa de malaquita o una costra de óxido, o tan hábilmente cerrada, que no se percibía la menor juntura en la superficie de la nave. Tampoco encontraron los orificios para los instrumentos ópticos ni las toberas del sistema de ventilación.

La roca metálica parecía ser impenetrable. Previendo aquello, Erg Noor decidió hender el casco de la nave con ayuda de la cortadora electrohidráulica, capaz de hender los más duros y viscosos revestimientos de las astronaves terrestres. Después de un breve cambio de impresiones, todos acordaron hacer un corte en la cima del cilindro espiral. Precisamente allí debía de haber algún vacío, un tubo o un pasadizo circular por el que se podría llegar a los compartimientos interiores de la astronave sin riesgo de tropezar con una serie de mamparos.

Un estudio profundo del espirodisco sólo podría hacerlo una expedición especial. Y para su envío al peligroso planeta había que demostrar, previamente, que en el interior de aquel huésped, llegado de mundos remotos, se conservaban intactos los aparatos y documentos, todos los enseres de quienes habían cruzado insondables espacios, en comparación con los cuales los vuelos de las astronaves terrestres no eran más que primeras, tímidas excursiones al Cosmos.

El cilindro espiral de la otra cara del disco llegaba hasta la misma tierra. Llevaron allí el proyector y los cables de alta tensión. La luz azulenta, reflejada por el disco, se difundía en tenue bruma por la llanura y se remontaba a unas formaciones altas y oscuras, de vagos contornos, seguramente rocas, cortadas por una garganta de impenetrables sombras. Ni el pálido reflejo de las diminutas estrellas ni los rayos de luz del proyector daban la impresión de que hubiera materia sólida en aquel portón de las tinieblas. Allí debía empezar la vertiente hacia la baja planicie observada al aterrizar.

Con sordo ronquido, llegó la carretilla automática y descargó el único robot universal de que disponía la Tantra. Insensible a la triple pesantez, el robot se acercó rápidamente al disco y se paró ante él, como un hombre grueso, de piernas cortas, cuerpo largo y enorme cabeza inclinada amenazadora hacia adelante.

Obedeciendo al mando de Erg Noor, alzó con sus cuatro extremidades superiores la pesada máquina cortadora y quedó plantado, abiertas las piernas, dispuesto a realizar la peligrosa empresa.

—El robot será dirigido solamente por Key Ber y por mí, que llevamos escafandras de ultraprotección—ordenó por el radioteléfono el jefe de la expedición—. Los otros, los de escafandras biológicas, que se aparten lo más posible...

El jefe no terminó la frase. Algo avasallador irrumpió en su conciencia y le oprimió el

corazón con tremenda angustia, obligándole a doblar las piernas. Su orgullosa voluntad humana se había convertido en ciega sumisión. Bañado en pegajoso sudor, echó a andar como hipnotizado hacia el portón de las tinieblas. El grito de Niza, que resonó vibrante en su radioteléfono, le hizo recobrar el conocimiento. Se detuvo, pero la tenebrosa fuerza que había penetrado en su psiquis le empujó de nuevo hacia adelante.

Key Ber y Eon Tal, que se encontraban junto al borde del círculo luminoso, avanzaron también en unión del jefe, con igual lentitud, deteniéndose de vez en cuando, como si lucharan consigo mismos. Allí delante, en el umbral de las negras sombras, entre los remolinos de niebla, removiéndose, surgió un cuerpo fantástico, incomprensible para la mente humana, y por ello, más espantoso. Aquello no era el ser de forma de acalefo, conocido ya; de la penumbra gris venía hacia los exploradores una cruz negra de anchos brazos y con una protuberancia elipsoidal en medio. En sus extremos brillaban unas lentes convexas, fulgurantes a la luz del proyector, que rasgaba con esfuerzo el velo de las acuosas emanaciones. El pie de la cruz se hundía en la depresión no iluminada del terreno.

Erg Noor, acelerando su andar, se adelantó a los otros y, al llegar a unos cien pasos de aquel incomprensible objeto, cayó a tierra. Antes de que los atónitos compañeros pudieran darse cuenta de que su jefe corría peligro de muerte, la cruz negra se alzó a mayor altura que el círculo de cables tendidos e inclinóse, como el tallo gigantesco de una planta, con el evidente propósito de alcanzar a Erg Noor por encima del campo de protección.

Con una furia que le daba fuerzas de atleta, Niza se acercó de un salto al robot y empezó a dar vueltas a las manijas de dirección, situadas en la nuca del autómeta. Despacio, como vacilando, el robot empezó a elevar la cortadora. Entonces la muchacha, perdidas las esperanzas de poder dirigir la complicada máquina, se abalanzó hacia adelante para cubrir con su cuerpo el del jefe. Los tres extremos de la cruz lanzaron unos chorros luminosos, zigzagueantes, parecidos a rayos. La joven cayó sobre Erg Noor, con los brazos muy abiertos. Mas, por fortuna, el robot ya había vuelto la cortadora, cuya boca, con una afilada cuchilla en su interior, apuntaba al centro de la cruz negra. El monstruo se encogió convulso, como cayendo hacia atrás, y desapareció en las impenetrables sombras, al pie de las rocas. Erg Noor y sus dos camaradas volvieron en sí al punto y, tomando en brazos a la muchacha, retrocedieron para guarecerse tras el espirodisco. Los compañeros, recobra dos de su estupor, traían ya presurosos un motor planetario convertido en improvisado cañón. Con una cruel rabia que no había experimentado hasta entonces, Erg Noor lanzó las destructoras radiaciones contra la garganta de las rocas, barriendo toda la planicie inferior con singular cuidado, para no dejar fuera de su acción ni un metro cuadrado de terreno. Eon Tal, de rodillas ante la inmóvil muchacha, le hacía quedas preguntas por el radioteléfono, esforzándose en divisar sus facciones a través del casco de silicol. La joven astronauta yacía inmóvil, con los ojos cerrados. El auricular no transmitía respiración alguna.

—¡El monstruo ha matado a Niza! —gritó consternado al ver venir a Erg Noor.

La estrecha hendidura visual del casco de ultraprotección no permitía distinguir los ojos del jefe.

—Llévela inmediatamente a la Tantra y que la asista Luma —la voz de Erg Noor tenía un timbre más metálico que nunca—. Ayude usted a la médica a determinar la naturaleza de las lesiones... Nosotros seis nos quedaremos para terminar la exploración. Que el geólogo vaya con usted y recoja por el camino, desde el disco hasta la Tantra, trozos de rocas de todas clases. No podemos permanecer más tiempo en este planeta. Aquí hay que realizar las búsquedas en tanques de ultraprotección. Y como no los tenemos, no haríamos más que condenar a toda la expedición a una muerte cierta. Tome una tercera carretilla automática, ¡y dese prisa!

Erg Noor se volvió y, sin mirar atrás, dirigióse hacia la astronave-disco. El «cañón» se

emplazó en vanguardia. El ingeniero-mecánico, en pie tras él, oprimía el botón cada diez minutos y soltaba un torrente de fuego, conduciéndolo todo él en arco hasta el mismo borde del disco. El robot aplicó la cortadora al vértice de la segunda espira exterior del cilindro, que allí, junto al borde hundido en tierra, se encontraba al nivel del pecho del autómatas.

El estruendo llegó incluso a través de las gruesas escafandras de ultraprotección. Por la parte elegida de la capa de malaquita, empezaron a aparecer, sinuosas, unas pequeñas grietas. Trozos de aquella sólida costra saltaron golpeando sonoros el cuerpo metálico del robot. Las incisiones laterales de la cortadora separaron una gran placa, poniendo al descubierto una superficie granulosa de vivo color celeste, agradable incluso a la luz del proyector. Luego de señalar un cuadrado lo suficientemente grande para el paso de un hombre con escafandra, Key Ber obligó al robot a hacer una profunda incisión en el metal azul, que no llegó a atravesarlo. El robot trazó una nueva línea que formaba ángulo con la primera, e imprimió a la cuchilla de la cortadora un movimiento de vaivén, aumentando así la presión. El corte en el metal se profundizó más de un metro. Cuando el auxiliar mecánico hubo trazado el tercer lado del cuadrado, los rebordes de las incisiones empezaron a volverse hacia afuera.

—¡Cuidado! ¡Atrás todos! ¡Cuerpo a tierra! —gritó en el micrófono Erg Noor al tiempo que paraba el robot y retrocedía.

El grueso trozo de metal se retorció de pronto, como la escindida hojalata de un bote de conservas. Una gran llama irisada, de un fulgor inimaginable, brotó impetuosa de la abertura siguiendo la tangente al abultamiento de la espira. Aquella desviación y la circunstancia de que el metal azul se fundiese al momento, tapando de nuevo el boquete, salvaron a los desdichados exploradores. Del potente robot no quedó más que un informe amasijo de metal fundido, del que salían, lastimosas, unas piernas cortas. Erg Noor y Key Ber escaparon con vida gracias a las escafandras que se habían puesto previamente. La explosión lanzó a los dos hombres lejos de la extraña astronave, dispersó a los demás, volcó el «cañón» y rompió los cables de alta tensión.

Recobrados de la conmoción, los astronautas comprendieron que habían quedado indefensos. Afortunadamente, yacían protegidos por la luz del intacto proyector. Aunque nadie había sufrido daño, Erg Noor decidió que bastaba con aquello. Abandonando los instrumentos innecesarios, los cables y el proyector, los exploradores montaron en la carretilla que no había tenido avería alguna y se retiraron presurosos a su astronave.

Aquella feliz coincidencia de circunstancias, al abrir imprudentemente la nave ajena, se había producido de un modo fortuito, no dependiente de la previsión del jefe. Un segundo intento habría tenido consecuencias mucho más lamentables... ¿Y Niza, la querida astronauta, qué sería de ella?... Erg Noor confiaba en que la escafandra hubiese debilitado la fuerza mortífera de la cruz negra. Pues el contacto del acalefo negro no había matado al biólogo... Pero allí, lejos de los grandes institutos de medicina terrestres, ¿podrían ellos hacer frente a los efectos de aquella arma desconocida?...

En la cámara de transición, Key Ber se acercó al jefe y le señaló la parte posterior de la hombrera izquierda. Erg Noor volvióse hacia los espejos, que siempre se encontraban en todas las cámaras de transición, a fin de que los tripulantes se observasen obligatoriamente en ellos al volver de explorar un planeta extraño. La hombrera, formada por una fina tira de aleación de circonio y titanio, se había desgarrado. Por el roto asomaba un trozo de metal azul celeste que se había incrustado en el doblez aislante sin perforar la capa interior de la escafandra. Con gran esfuerzo se consiguió extraer el trozo de metal. A costa de un gran peligro y por azar, en definitiva, se había conseguido una muestra del enigmático metal de la astronave espirodiscoidal. El preciado hallazgo sería llevado a la Tierra.

Al fin, liberado de la escafandra, podía Erg Noor entrar —mejor dicho, penetrar a duras penas bajo la agobiadora pesantez del terrible planeta— en el interior de su astronave.

Todos los miembros de la expedición le aguardaban con enorme impaciencia. Habían observado la catástrofe en los estereovisófonos, y no necesitaban preguntar nada sobre los resultados del intento.

Capítulo IV - EL RÍO DEL TIEMPO

Veda Kong y Dar Veter estaban en la pequeña plataforma circular de un giróptero que se deslizaba lento por el aire, sobre las infinitas estepas. Un suave vientecillo ondulaba la hierba espesa, esmaltada de flores, como un mar de amplias olas. Lejos, a la izquierda, se divisaba un rebaño de ganado blanquinegro, obtenido por el cruzamiento de yacs, vacas y búfalos.

Los pequeños oteros, los apacibles ríos, los anchos valles, todo respiraba calma y libertad en aquel llano y estable sector de la corteza terrestre que antiguamente llevaba el nombre de depresión de Siberia Occidental.

Dar Veter contemplaba soñador aquella tierra que en un tiempo estuviera cubierta de interminables, tediosos pantanos y de los bosques, de febles espaciados árboles, del Norte siberiano. Veía mentalmente el cuadro de un viejo pintor, que le había dejado, desde la infancia, una impresión imborrable.

Sobre un alto promontorio ceñido por el brazo de un gran río, se alzaba, solitaria y gris de los años, una iglesia de madera que parecía contemplar desvalida la inmensidad de los campos y los prados. La fina cruz de su cúpula negreaba bajo las franjas de unos pesados nubarrones que se abatían sobre la tierra. Tras la iglesia, en un pequeño cementerio, unos cuantos abedules y sauces inclinaban sus alborotadas copas al embate del viento. Sus combadas ramas casi tocaban las cruces semiderruidas, derribadas por el tiempo y las tempestades sobre la hierba mojada y lozana. Al otro lado del río se amontonaban, como ingentes bloques de piedra, unas compactas nubes de un color gris liliáceo. Las anchurosas aguas brillaban con fríos fulgores de hierro. Aquellos mismos fulgores se expandían por doquier. Lejanías y cercanías estaban mojadas por las tenaces lluvias otoñales de las inmensas llanuras del Norte, gélidas e inhóspitas. Y todas las tonalidades del cuadro, azuladas, grises, verdes, evocaban las enormes extensiones de tierra yerma donde el hombre llevaba una vida dura, pasando hambre y frío, y sentía con singular rigor la soledad característica de los lejanos tiempos de la sinrazón humana.

Y a Dar Veter le parecía que el cuadro aquel —expuesto en el museo, en la profundidad de la transparente cabina protectora, renovado y esclarecido por invisibles rayos de luz— era como una ventana abierta a un pasado muy remoto.

En silencio, miró a Veda. La joven mujer, posada una mano en la barandilla de la plataforma, gacha la cabeza, observaba pensativa los altos tallos de hierba, que el viento inclinaba. Brillaban argentadas las estipas plumosas, con anchos y lentos reflejos cambiantes, mientras la plataforma circular del giróptero volaba despacio sobre la estepa. Pequeños remolinos cálidos envolvían inesperadamente a los viajeros, agitando los cabellos y el vestido de Veda y echando traviosos su ardiente aliento a los ojos de Veter. Pero el nivelador automático funcionaba más rápido que el pensamiento humano, y la plataforma volante tan sólo se estremecía u oscilaba un poco.

Dar Veter se inclinó sobre el marco del cursógrafo. La cinta del mapa se deslizaba rauda, reflejando el avance de los viajeros: tal vez hubieran ido demasiado lejos hacia el Norte. Habían cruzado hacía tiempo el paralelo sesenta y pasado la confluencia del Irtysh y el Obi, y se aproximaban a unas elevaciones del terreno denominadas Altozanos de Siberia.

El inmenso paisaje estepario era familiar a los dos viajeros, que habían trabajado cuatro meses en las excavaciones de unos antiguos túmulos en las tórridas estepas de las estribaciones del Altai. Los investigadores del pasado parecían haberse sumido en los

inmemoriales tiempos en que sólo cruzaban raramente aquellos parajes algunos destacamentos de jinetes armados.

Veda se volvió y señaló en silencio hacia adelante. Allí, entre las corrientes de aire recalentado, flotaba un oscuro islote, como arrancado del terreno. Al cabo de unos minutos, el giróptero se acercaba ya a una pequeña colina que debía de ser la escombrera de una antigua mina abandonada. No quedaba ni rastro de las construcciones mineras, tan sólo aquel montículo cubierto de cerezos silvestres.

De pronto, la circular plataforma volante se inclinó bruscamente.

Dar Veter, maquinalmente, asió de la cintura a Veda y se abalanzó al borde alzado de la plataforma. El giróptero se puso horizontal, una fracción de segundo, para caer pesadamente al pie de la colina. Los amortiguadores actuaron, y el contragolpe lanzó a Veda y Dar Veter a la ladera, en medio de la espesura de los punzantes arbustos. Tras de unos instantes de silencio, por la estepa, muda, expandióse, profunda y melodiosa, la risa de Veda. Dar Veter, imaginándose su propia cara, llena de arañazos y de asombro, se apresuró a asegurar a Veda, con desbordante alegría, que estaba sana y salva y que la cosa había terminado felizmente.

—No en vano se prohíbe volar en los girópteros a más de ocho metros de altura —dijo Veda con voz entrecortada por leve jadeo—. Ahora lo comprendo...

—Estas máquinas, en cuanto se estropean, se derrumban, y ya no queda más esperanza que los amortiguadores. ¡Qué se le va a hacer! Es el merecido pago a cambio de su ligereza y reducidas dimensiones. Aunque tal vez tengamos que pagar algo más por todos los felices vuelos realizados... —añadió Dar Veter con una indiferencia un poco fingida.

—¿Qué, concretamente? —inquirió Veda, poniéndose seria.

—El impecable funcionamiento de los aparatos de estabilidad implica una gran complejidad de los mecanismos. Temo que, para desenvolverme en ellos, necesite mucho tiempo. Habrá que salir de apuros con los medios de nuestros más pobres antepasados...

Con un pícaro fulgor en los ojos, Veda tendió la mano, y Dar Veter levantó fácilmente a la joven mujer. Descendieron hasta el giróptero caído, curáronse los arañazos con un líquido cicatrizante y pegaron sus desgarradas vestiduras. Dar Veter acostó a Veda a la sombra de un arbusto y se puso a buscar las causas de la avería. Como se figuraba, algo había ocurrido al nivelador automático, cuyo dispositivo de bloqueo había desconectado el motor. Apenas abrió el cárter, vio con claridad que no se podría hacer la reparación, pues ello requería abismarse largo tiempo en el estudio de una electrónica extremadamente complicada. Dando un suspiro de contrariedad, enderezó la cansada espalda y miró de reojo hacia el arbusto a cuyo pie, hecha un ovillo, dormitaba confiada Veda Kong. La cálida estepa, en toda la extensión que la vista abarcaba, estaba desierta. Dos grandes aves de rapiña planeaban lentas sobre la neblina ondulante y azul...

La dócil máquina se había convertido en un inerte disco que yacía impotente sobre la tierra seca. Y una extraña sensación de soledad, de aislamiento del mundo, se apoderó de Dar Veter.

Mas, al propio tiempo, no tenía miedo de nada. Que llegase la noche; entonces la visibilidad sería mayor; verían sin duda alguna luz y se dirigirían hacia ella. Ambos habían emprendido el vuelo sin equipaje, sin llevar radioteléfono, lámparas ni comida...

«Hubo un tiempo en que en la estepa se podía perecer de hambre si no se habían traído grandes reservas de provisiones... ¡E incluso agua!», pensaba el exdirector de estaciones exteriores, llevándose la mano a los ojos para protegerlos de la intensa luz. Reparó en una franja de sombra del cerezo silvestre, cerca de Veda; tendióse tranquilamente sobre la tierra y percibió en su cuerpo la picazón de las secas hierbas que atravesaban su ligero traje de verano. El suave susurro del viento y el bochorno le sumieron en un dulce sopor. Sus pensamientos fluían lentamente y en su memoria se iban sucediendo, también despacio, cuadros de tiempos muy remotos; en interminable

caravana, desfilaban pueblos antiguos, tribus, hombres... Era como si de allá, del pasado, viniese un gran río de hechos, personas y vestimentas que fueran cambiando a cada instante.

—¡Veter! —oyó en su modorra la llamada de la voz querida, y al momento se despertó e incorporóse.

El sol, como una bola roja, tocaba ya la ensombrecida línea del horizonte y no se percibía ni el más leve soplo de viento.

—Veter, dueño mío —bromeaba Veda, inclinándose ante él al modo de las antiguas mujeres de Asia—. ¿No me haréis la merced de despertaros y de acordaros de mí?

Mediante unos ejercicios gimnásticos, Dar Veter acabó de ahuyentar el sueño. Veda estuvo de acuerdo con sus planes de esperar hasta la noche. La oscuridad los sorprendió discutiendo animadamente su trabajo anterior. De pronto, Dar Veter observó que Veda se estremecía. Las manos de ella estaban heladas, y él comprendió que el ligero vestido no la protegía en absoluto del frescor de la noche en aquellos nórdicos lugares.

Como la noche estival del paralelo sesenta era clara, ambos pudieron recoger unas brazadas de ramiza, con las que hicieron un gran montón.

Chasqueó sonora una descarga eléctrica, arrancada por Dar Veter del potente acumulador del giróptero, y poco después, la luminosa llama de la hoguera hacía más densas las sombras que les circundaban y prodigaba a los dos su vivificante calor.

Veda, encogida hacía un instante, se dilató de nuevo como una flor al sol, y ambos se abandonaron a un ensueño casi hipnótico. En algún lugar recóndito del alma quedaba inextinguible, a través de cientos de milenios en que el fuego había sido el principal amparo y salvación del hombre, una sensación de bienestar y sosiego que renacía ante la hoguera cada vez que el frío y las tinieblas rodeaban al ser humano...

—¿Qué la deprime, Veda? —preguntó Dar Veter, rompiendo el silencio.

—Estaba recordando a aquella, a la del pañuelo... —repuso ella quedo, sin apartar los ojos de las brasas.

Él comprendió al punto. La víspera de su vuelo habían terminado, en las estepas de la región del Altai, la excavación de un gran túmulo escítico. En el interior de un sarcófago, se encontraba el esqueleto de un viejo jefe, rodeado de huesos de caballos y de esclavos, recubiertos de tierra del túmulo. El viejo jefe yacía con su espada, su escudo y su coraza; a sus pies, había otro esqueleto, todo contraído, de una mujer muy joven. Un pañuelo de seda, que en un tiempo ciñera estrechamente la cara y el cuello, estaba adherido al cráneo. A pesar de todos los artificios empleados, no se había podido conservar el pañuelo; pero en los minutos transcurridos antes de que se deshiciera en polvillo, se había logrado reproducir con exactitud las facciones del bello rostro, impresas en la seda miles de años antes. El pañuelo había transmitido además un detalle espantoso: las huellas de los desorbitados ojos de la mujer, estrangulada sin duda con aquel mismo pañuelo y arrojada al sepulcro del marido para que le acompañase en los ignotos caminos de ultratumba. Ella tenía entonces no más de diecinueve años; él, no menos de setenta, edad avanzada para aquellos tiempos.

Dar Veter recordó la viva discusión que se entabló acerca del hallazgo entre los jóvenes miembros del grupo arqueológico de Veda. ¿La mujer había seguido al esposo de grado o por fuerza? ¿Y para qué? ¿En nombre de qué? Si había sido a impulsos de un gran y fiel amor, ¿qué falta hacía inmolarse, en vez de guardarlo como el mejor recuerdo del difunto en el mundo de los vivos?

Entonces, había tomado la palabra Veda Kong. Fijos en el túmulo los ojos, ardientes, se esforzaba en penetrar con su inteligente mirada en las profundidades de los tiempos pasados.

Tratad de comprender a aquellas gentes. La extensión de las antiguas estepas era en verdad infinita para los únicos medios de locomoción existentes en la época: caballos, camellos, bueyes. Y aquella inmensidad la poblaban únicamente nómadas, criadores de

ganado, los cuales no sólo no tenían nexo alguno entre sí, sino que vivían en perpetua hostilidad. Multitud de agravios y rencores se iban acumulando de generación en generación; todo forastero era un enemigo; toda tribu, un futuro botín de ganado y esclavos, es decir, de hombres que trabajaban a la fuerza, como las bestias bajo el látigo... Aquel régimen social engendraba, por una parte, una gran libertad, completamente desconocida entre nosotros, para el individuo en cuanto a sus mezquinas pasiones y deseos, y, por otra parte, una restricción extrema en las relaciones humanas y una increíble estrechez de pensamientos. Cuando el pueblo o la tribu estaban constituidos por un pequeño número de personas capaces de alimentarse de la caza y la recolección de frutos, aquellos nómadas libres vivían en continuo temor de ser atacados y reducidos a la esclavitud o exterminados por sus belicosos vecinos. Pero si el país se encontraba aislado de los demás y contaba con una población numerosa, capaz de crear una gran fuerza militar, las gentes pagaban también con su libertad las garantías contra las incursiones armadas, pues en tales Estados poderosos se desarrollaban siempre el despotismo y la tiranía. Así ocurrió en el antiguo Egipto, en Asiría y Babilonia.

Las mujeres, en particular las guapas, eran en la antigüedad presa y juguete de los fuertes. No podían subsistir sin un dueño y defensor.

Sus propios anhelos y voluntades significaban tan poco, tan terriblemente poco, que ¡quién sabe!... Tal vez la muerte pareciera el menos penoso de los destinos...

Respondiendo a sus pensamientos, Veda se acercó más y empezó a remover lentamente las encendidas ramas, siguiendo con la mirada el correr de las azulencas lengüecillas de fuego. —¡Cuánta valentía y paciencia había que tener en aquellos tiempos para conservar la propia dignidad, para elevarse en la vida, en lugar de descender!... — exclamó Veda Kong en quedo susurro.

—Yo creo —objetó Dar Veter— que nosotros exageramos un poco los rigores de la vida antigua. Pues a más de ser habitual para todos, su misma desorganización daba lugar a contingencias diversas. La voluntad y la fuerza del hombre arrancaban de aquella vida chispas de románticos gozos, como el eslabón del pedernal.

—Tampoco concibo —dijo Veda— cómo nuestros antepasados tardaron tanto en comprender la sencilla ley de que el destino de la sociedad depende solamente de nosotros mismos y que el carácter de ésta lo determina el grado de evolución moral e ideológica de sus miembros, dependiente de la economía.

—...Y que la forma consumada de organización científica de la sociedad no es una simple acumulación cuantitativa de las fuerzas productivas, sino un grado cualitativo. Aunque todo eso es tan sencillo... —añadió Dar Veter—. Y además, la comprensión de la interdependencia dialéctica, de que las nuevas relaciones sociales son tan imposibles sin hombres nuevos como los hombres nuevos sin una economía nueva. Entonces, esa comprensión condujo a que la tarea principal de la sociedad fuese la educación, el desarrollo físico y espiritual del ser humano. ¿Cuándo aconteció eso en definitiva?

—En la Era del Mundo Desunido, a fines del Siglo del Desgajamiento, poco después de la Segunda Gran Revolución. —¡Fue una suerte que no ocurriese más tarde! Pues la destructiva técnica de la guerra...

Dar Veter calló y volvió la cabeza hacia el oscuro calvero que se extendía a la izquierda, entre la hoguera y la ladera de la colina. Unas recias pisadas y un fuerte resollar entrecortado, que se oían muy cerca, obligaron a los dos viajeros a levantarse de un salto.

Un torazo negro surgió ante la hoguera. El resplandor de las llamas encendió, con reflejos sangrantes, sus ojos, desorbitados de furia. Dando bufidos y escarbando con las pezuñas la tierra seca, el monstruoso animal se disponía a embestir. A la pálida luz, el toro parecía enorme; su cabeza, gacha, se asemejaba a un bloque de granito y su abultado lomo, de músculos salientes, se alzaba como una montaña. Ni Veda ni Dar Veter se habían visto nunca frente a la fuerza mortífera y ciega de una bestia cuyo cerebro

obtuso estaba cerrado a los imperativos de la razón.

Veda, apretadas las manos contra el pecho, permanecía en pie, inmóvil, como hipnotizada por aquella aparición surgida súbitamente de las sombras. Dar Veter, obedeciendo a un poderoso instinto, se plantó ante el toro, protegiendo con su cuerpo el de la mujer, como hicieran miríadas de veces sus antepasados. Pero las manos del hombre de la nueva era estaban desarmadas.

—Veda, salte a la derecha... —y apenas hubo pronunciado estas palabras, el animal arremetió contra ellos.

Los cuerpos bien entrenados de los dos viajeros podían competir en rapidez con la agilidad primitiva del toro. La mole pasó de largo, y penetró en la espesura de los arbustos, haciendo crujir las ramas, mientras Veda y Dar Veter retrocedían a unos pasos del giróptero. A alguna distancia de la hoguera, la noche no era tan oscura, y el vestido de Veda se divisaba sin duda desde lejos. El toro salió impetuoso de los arbustos. Dar Veter alzó a su compañera con destreza, y ella, de un salto, se encontró en la plataforma del giróptero. Mientras el animal se volvía torpemente, excavando la tierra con sus pezuñas, ya estaba Dar Veter sobre la máquina voladora, al lado de Veda. Ambos cambiaron una fugaz mirada, y él no leyó en los ojos de ella más que una sincera admiración. El cárter del motor estaba abierto desde la tarde, cuando Dar Veter intentaba desentrañar los secretos de aquel ingenioso mecanismo. Poniendo en tensión sus enormes fuerzas, arrancó de la barandilla de la plataforma un cable del campo nivelador, introdujo su extremo desnudo bajo el resorte del contacto principal del transformador y apartó prudentemente a Veda. Entre tanto, el toro enganchó la barandilla con un cuerno y el giróptero se balanceó del tremendo tirón. Dar Veter tocó con el otro extremo del cable una fosa nasal del bruto. Fulguró un rayo amarillo, resonó un golpe sordo y el furioso animal se derrumbó pesadamente.

—¡Lo ha matado usted! —gritó indignada Veda.

—¡No creo, la tierra está seca! —repuso, sonriendo satisfecho, el ingenioso héroe.

Y en confirmación de sus palabras, el toro lanzó un débil mugido, levantóse y, sin volver la cabeza, escapó a un trotecillo vacilante, como avergonzado de su derrota. Los viajeros volvieron a la hoguera. Una nueva brazada de ramiza reavivó las mortecinas llamas.

—Ya no tengo frío —dijo Veda—. Subamos a la colina.

La cima del montículo ocultaba el fuego; las pálidas estrellas del verano nórdico, semejantes a diminutas bolillas, se difuminaban en el horizonte.

Al Oeste, no se veía nada; al Norte, en las laderas de unos cerros, parpadeaban unas filas de lucecillas apenas perceptibles; al Sur, también muy lejos, brillaba, como un astro luminoso, el faro de la torre de observación de unos ganaderos.

—Mala suerte; habrá que caminar toda la noche... —rezongó Dar Veter.

—No, no, ¡mire allí! —dijo Veda señalando hacia Oriente, donde habían surgido de pronto cuatro luces dispuestas en cuadrado. Se encontraban a unos kilómetros, pocos. Una vez tomada la dirección, orientándose por las estrellas, descendieron a la hoguera. Veda Kong se detuvo ante las mortecinas ascuas, como si quisiera grabar algo en su memoria.

—Adiós, hogar nuestro... —dijo soñadora—. Seguramente los nómadas tenían siempre viviendas parecidas, inestables, efímeras. Yo también he sido hoy una mujer de aquella época.

Volvióse hacia Dar Veter y, confiada, le puso la mano en el cuello.

—¡He sentido tan intensamente la necesidad de defensa!... No tenía miedo, ¡no! Era una especie de fascinante sumisión a la fuerza del destino...

Alzó los brazos y, entrelazadas las manos en la nuca, estiróse elástica ante el fuego. Un instante después, sus ojos, velados por las lágrimas, recobraban su pícaro fulgor.

—Bueno, condúzcame, ¡héroe mío! —bromeó, y su voz grave tenía un tono impreciso,

enigmático y tierno.

La noche clara, saturada de los aromas de las hierbas, cobraba vida con el susurro de las bestezuelas al deslizarse y los gritos de las aves nocturnas. Veda y Dar Veter caminaban con cuidado, temerosos de caer en alguna madriguera invisible o de hundirse en una quebrada de la tierra seca. Los penachos de las estipas plumosas cosquilleaban en los tobillos. Dar Veter escudriñaba atento en las sombras cada vez que los negros cúmulos de los arbustos emergían en la estepa.

Veda rió bajito.

—Quizá hubiera sido conveniente traerse el acumulador y el cable...

—Es usted frívola, Veda —replicó bonachón Dar Veter—. ¡Más frívola de lo que yo creía!

La joven mujer se puso seria de pronto.

—He sentido su protección de un modo demasiado intenso...

Y empezó a hablar —mejor dicho, a pensar en voz alta— acerca de las futuras actividades de su grupo expedicionario. La primera etapa de los trabajos, en los túmulos de la estepa, había terminado ya; sus colaboradores volvían a sus ocupaciones anteriores o dirigíanse a otras nuevas. En cuanto a Dar Veter, estaba libre, por no haber elegido otro trabajo, y podía seguir a su amada. A juzgar por las noticias que habían llegado a su conocimiento, Mven Mas se desenvolvía bien. Pero aun en el caso de que el trabajo marchase mal, el Consejo de Astronáutica no restituiría tan pronto a Dar Veter en aquel cargo. En la Era del Gran Circuito no se consideraba provechoso mantener a la gente largo tiempo en la misma labor. Ello embotaba lo más preciado del ser humano: la inspiración creadora, y únicamente después de un prolongado intervalo, se podía volver a la anterior ocupación.

—Después de seis años de relación con el Cosmos, ¿no le ha parecido mezquino y monótono nuestro trabajo? —preguntó Veda mientras su mirada, clara y atenta, buscaba la de Dar Veter.

—Ese trabajo no tiene nada de mezquino ni de monótono —replicó Dar Veter—, pero no me proporciona la tensión a que estoy acostumbrado. Me vuelve apacible, demasiado tranquilo, ¡como si me curaran con sueños azules!

—¿Azules?... —repitió ella, y su entrecortado aliento dijo a Dar Veter más de lo que hubiera podido decirle el invisible arrebol de sus mejillas.

—Yo empezaré a explorar unas antiguas cavernas —añadió Veda, cambiando de tema—. Pero antes hay que formar un nuevo equipo de excavadores voluntarios. Entre tanto, iré a unas excavaciones submarinas; mis compañeros me han llamado para que les ayude.

Dar Veter comprendió y su corazón comenzó a palpar fuertemente, de alegría. Mas al instante ocultó sus sentimientos en algún recóndito lugar del alma y acudió en ayuda de Veda preguntándole sereno:

—¿Se refiere usted a las excavaciones de la ciudad sumergida al Sur de Sicilia? Yo he visto cosas magníficas, procedentes de allí, en el Palacio de la Atlántida.

—No, ahora realizamos trabajos en las costas orientales del Mediterráneo, del Mar Rojo y junto al litoral de la India. Búsquedas de los tesoros históricos que se conservan bajo el agua, desde la cultura cretense-hindú hasta el advenimiento de los Siglos Sombríos.

—Lo que se escondía o, con mayor frecuencia, era arrojado al mar cuando se hundían los islotes de civilización al empuje de nuevas fuerzas, poderosas en su bárbara lozanía, ignorantes y despreocupadas, todo eso lo concibo —dijo pensativo Dar Veter, que seguía observando la blanquecina planicie—. Y comprendo también la enorme destrucción de la cultura antigua, cuando los viejos Estados, fuertes por su conexión con la naturaleza, fueron incapaces de cambiar nada en el mundo, de acabar con la esclavitud, cada vez más repugnante y con la capa parasitaria de la sociedad...

—Y entonces, las gentes cambiaron la esclavitud de la Edad Antigua por el feudalismo y la noche religiosa medieval —prosiguió Veda, completando el pensamiento de él—. Mas ¿qué es lo que no entiende?

—No me imagino bien la cultura cretense-hindú.

—Usted no está al corriente de las últimas investigaciones. Huellas de esa cultura se encuentran ahora en una inmensa extensión que, incluyendo la isla de Creta, el Sur de Asia Central y la India del Norte, abarca desde América hasta la China Occidental.

—No suponía que, en tiempos tan remotos, pudiera haber ya escondrijos para los tesoros del arte, como en Cartago, Grecia o Roma.

—Pues venga conmigo y lo verá —dijo Veda en voz baja.

Dar Veter caminaba a su lado, sin responder. Se iniciaba una pendiente suave. Cuando llegaron a lo alto del cerro, Dar Veter se detuvo inesperadamente.

—Gracias por su invitación, iré...

Veda, un poco incrédula, volvió la cabeza, mas en la penumbra de la noche nórdica los ojos de su compañero eran oscuros, impenetrables.

Remontado el declive, las luces resultaron estar muy cerca. Metidas en fanales polarizantes, no esparcían sus rayos y parecían hallarse más lejos de lo que en realidad estaban. La iluminación concentrada testimoniaba un trabajo nocturno. El rumor característico de una corriente de alta tensión se hacía cada vez más intenso. Los contornos de unas vigas caladas brillaban con argentados reflejos a la luz de las altas lámparas azules.

Un prolongado bramido los hizo detenerse: el robot de protección se había puesto en funcionamiento.

—¡Peligro, tiren a la izquierda, no se acerquen a la línea de postes! —gritó el altavoz invisible.

Ambos torcieron sumisos hacia un grupo de casitas blancas, transportables.

—¡No miren en dirección al campo! —continuó, solícito, el autómatas.

Las puertas de dos casitas se abrieron a un tiempo, y dos haces de luz, cruzados, se tendieron sobre el oscuro camino. Varios hombres y mujeres acogieron cordiales a los caminantes, asombrándose de que utilizaran un medio de locomoción tan primitivo, y de noche por añadidura.

La estrecha cabina —donde se entrecruzaban unos chorrillos de agua aromosa, saturada de gas y electricidad, que cosquilleaba en la piel, punzantes y juguetones— era un lugar placentero.

Los caminantes, refrescados y lozanos, volvieron a encontrarse en el comedor.

—¡Veter, querido, estamos entre colegas!

Veda escanció una bebida dorada en unas alargadas copas, que al momento se empañaron del frescor.

—¡«Diez tonos»! —exclamó jubiloso, tendiendo la mano hacia su copa.

—Señor vencedor del toro, se está usted volviendo salvaje en la estepa —protestó Veda—. Le estoy comunicando unas interesantes noticias, ¡y usted no piensa más que en el ágape!

—¿Excavaciones, aquí? —inquirió dudoso Dar Veter.

—Sí, pero no arqueológicas, sino paleontológicas. Se estudian los animales fósiles de la época permiana, que se remonta a doscientos millones de años. Un espanto en comparación con nuestros pobres milenios...

—¿Y los estudian directamente, sin desenterrarlos? ¿Cómo es eso?

—Sí, directamente. Pero yo misma no sé aún cómo se hace.

Uno de los que estaban sentados a la mesa, hombre enjuto, de rostro amarillento, terció en la conversación:

—Ahora, nuestro grupo releva a otro. Acabamos de terminar las operaciones preliminares y vamos a comenzar la radiografía...

—¿Con rayos duros? —conjeturó Dar Veter.

—Si no están ustedes muy cansados, les recomiendo que vean los trabajos. Mañana desplazaremos la plataforma, y eso no ofrecerá ya interés.

Veda y Dar Veter aceptaron con alegría. Los hospitalarios anfitriones se levantaron de la mesa y llevaron a los huéspedes a la casa de al lado. Allí, en unos nichos, con esferas indicadoras sobre cada uno de ellos, había unos trajes de protección.

—La ionización de nuestros potentes tubos es muy grande —dijo en tono de disculpa una mujer alta, un poco cargada de espaldas, en tanto ayudaba a Veda a ponerse el traje de compacto tejido y el casco transparente y le ajustaba a la espalda unas bolsas con baterías.

A la luz polarizada, cada montículo de la ondulada estepa se perfilaba con una nitidez extraña. Más allá del campo, cercado en cuadro por unas finas varillas metálicas, oyóse como un gemido sordo. El terreno se abombó y hendióse formando un embudo, de cuyo centro emergió un cilindro refulgente de afilada punta cónica. Una rosca surcaba su pulida superficie y en su extremo anterior giraba una complicada electrofresa de un metal azulenco. El cilindro se alzó por encima de los bordes del embudo, dio la vuelta, mostrando las paletas posteriores, agitadas por rápido movimiento, y empezó a hundirse de nuevo, unos metros más allá del embudo, hincando perpendicularmente su reluciente punta en la tierra.

Dar Veter observó que dos cables seguían al cilindro: uno aislado y el otro sin recubrir, reluciente. Veda le tiró de la manga y señaló con la mano hacia delante, pasada la cerca de varillas de magnesio. Otro cilindro, igual al primero, surgió de la tierra; luego, con el mismo movimiento, basculó hacia la izquierda y desapareció en el terreno como si se hubiera sumergido en el agua. El hombre de tez amarilla les hizo señas de que se apresurasen.

—Lo he reconocido —dijo en voz baja Veda, apretando el paso para alcanzar al grupo—. Es Liao Lan, un paleontólogo que ha descubierto el enigma de cómo se había poblado el continente asiático en la era paleozoica.

—¿Es de origen chino? —preguntó Dar Veter al recordar la mirada de sus ojos negros, estrechos y un poco oblicuos—. Da vergüenza confesarlo, pero no conozco sus trabajos.

—Ya veo que no está usted fuerte en paleontología terrestre —repuso Veda—. Seguramente conocerá mejor la de otros mundos siderales.

Por la memoria de Dar Veter empezaron a desfilar raudas innumerables formas de vida: millones de raros esqueletos en las profundidades de la tierra rocosa de diversos planetas, vestigios de tiempos inmemoriales, ocultos en los estratos de cada mundo habitado. Eran recuerdos de un remoto ayer recogidos por la propia naturaleza antes de la aparición del ser pensante, que poseía, a más de la facultad de rememorar, la de reproducir las cosas olvidadas...

Estaban ya sobre una pequeña plataforma sujeta al extremo de un medio arco calado, vertical. En el centro del suelo había una gran pantalla mate. Las ocho personas tomaron asiento en unos bancos bajos, colocados en torno a la pantalla, y quedaron silenciosas, expectantes.

—Ahora terminarán los «topos» su faena —anunció Liao Lan—. Como ustedes habrán adivinado, ellos pasan a través de las rocas el cable desnudo y tejen una red metálica. Los esqueletos de animales fósiles yacen dentro de la porosa capa de asperón, a una profundidad de catorce metros. Más abajo, a diecisiete metros, toda la superficie está cubierta por la red metálica, conectada a unos inductores de gran potencia. Ello crea un campo reflector que lanza los rayos X a la pantalla, donde aparece la imagen de los huesos fosilizados.

Dos grandes bolas metálicas giraron sobre sus enormes soportes. Encendiéronse los proyectores y el bramido de la sirena anunció peligro. Una corriente continua de un millón de voltios expandió el frescor del ozono, dando a los contactos, aisladores y suspensiones

un resplandor azulado.

Con aparente descuido, Liao Lan daba vuelta a las manijas y oprimía los botones del cuadro de comando. La gran pantalla se esclarecía cada vez más, y en sus profundidades iban pasando lentas unas siluetas confusas, diseminadas por el campo visual. Cesó el movimiento, y los borrosos contornos de una gran mancha ocuparon casi toda la pantalla, precisándose.

Unas cuantas manipulaciones más en el cuadro de comando, y ante los espectadores apareció el esqueleto de un ser desconocido, rodeado de una tenue aureola. Las anchas garras ganchudas estaban recogidas bajo el cuerpo, la larga cola se enrollaba en anillo. Saltaba a la vista el extraordinario grosor y tamaño de los huesos, de dilatados extremos retorcidos y apófisis para la inserción de los poderosos músculos. El cráneo, con las mandíbulas apretadas, dejaba al descubierto los enormes dientes delanteros. Visto desde arriba, el monstruo tenía el aspecto de una mole ósea de superficie desigual, llena de hoyos. Liao Lan cambió la distancia focal y amplió la imagen: toda la pantalla fue ocupada por la cabeza de un reptil antediluviano que había vivido, hacía doscientos millones de años, en las orillas del río que existía allí entonces.

Las paredes de la bóveda craneana tenían como mínimo veinte centímetros de espesor. Sobre las órbitas, las cavidades temporales y las protuberancias de los parietales se destacaban unas excrescencias óseas. En el occipucio se alzaba un gran cono con la enorme cuenca de la mollera. Liao Lan dio un fuerte suspiro de admiración.

Dar Veter miraba con fijeza la desgarrada osamenta del antiquísimo animal. El acrecentamiento de la fuerza muscular originaba el engrosamiento de los huesos, sometidos a una pesada carga, mientras que el aumento de peso del esqueleto requería un nuevo reforzamiento de los músculos. Aquella dependencia directa, propia de los organismos primitivos, llevaba el desarrollo de multitud de animales a un callejón sin salida, hasta que algún perfeccionamiento fisiológico importante les permitía suprimir las viejas contradicciones y elevarse a un grado superior de evolución. Parecía increíble que tales seres pudieran encontrarse entre los ascendientes del hombre, cuyo cuerpo magnífico era de una movilidad y una destreza extraordinarias.

Dar Veter observaba los abultados arcos superciliares, reveladores de la obtusa ferocidad del reptil permiano, y comparaba aquello con la grácil Veda, de ojos claros que brillaban en un rostro vivaracho e inteligente... ¡Qué inmensa diferencia en la organización de la materia viva! Sin querer, miró de reojo tratando de distinguir bajo el casco las facciones de Veda, y cuando se volvió de nuevo hacia la pantalla, ya había en ella otra imagen. Era el cráneo, ancho, parabólico y liso como un plato, de un anfibio, de una antigua salamandra condenada a yacer en el agua turbia y cálida de un tremedal permiano en espera de que algo comestible se acercase a conveniente distancia. Entonces, con rápida arrancada, atrapaba la presa, chascaba la boca al cerrarse... y de nuevo, la inmovilidad paciente, infinita, absurda. Dar Veter sentía una irritación imprecisa; aquellas pruebas de la interminable y cruel evolución de la vida le abatían. Enderezóse, y Liao Lan, al advertir su estado de ánimo, les propuso que volviesen a la casa, a descansar un rato. Veda, cuya curiosidad era insaciable, apartó con esfuerzo sus ojos de la pantalla cuando vio que los científicos se apresuraban a conectar las máquinas para el fotografiado electrónico y la grabación sonora, simultáneos, a fin de economizar la potente energía.

Poco después, Veda se echaba en un ancho diván de la sala de la casita destinada a las mujeres. Dar Veter, antes de acostarse, paseó un rato por la llana plazoleta, frente a la casa, evocando las impresiones de la jornada.

La mañana norteña había lavado con su rocío la polvorienta hierba. El impasible Liao Lan, al volver de su trabajo nocturno, invitó a los huéspedes a ir al aeródromo cercano en un «elf», pequeño automóvil de acumuladores. La base de aviones saltadores de retropropulsión se encontraba sólo a cien kilómetros al Sudeste, en el delta del Trom-

Yugán. Veda pidió que la pusieran en comunicación con su grupo expedicionario, pero resultó que en las excavaciones no había una emisora lo bastante potente. Desde que nuestros antepasados comprendieron el daño de las emanaciones radiactivas y establecieron un régimen estricto, las emisiones dirigidas requerían aparatos mucho más complicados, especialmente para las conversaciones a larga distancia. Además, el número de estaciones se había reducido de modo considerable. Liao Lan decidió enlazar con la torre-observatorio de ganaderos más próxima. Estas torres comunicaban entre sí por medio de emisiones dirigidas y podían transmitir cualquier mensaje a la estación central de su región. La joven practicante que conducía el «elf» y debía regresar con él al campo de los paleontólogos aconsejó a los viajeros que pasasen por la torre, y así podrían hablar ellos mismos por el televisófono (TVF). Dar Veter y Veda aceptaron de muy buena gana. El fuerte viento levantaba a un lado nubéculas de polvo y azotaba los cortos y espesos cabellos de la joven chófer. Apenas habían en el asiento, de tres plazas, pues el gran cuerpo del ex director de las estaciones exteriores dejaba a sus compañeras menos espacio. La fina silueta de la torre de observación se columbraba imprecisa en el despejado cielo azul. Pronto, el «elf» se detuvo a la entrada de la torre, cuyas patas metálicas, muy abiertas, sostenían una marquesina de plástico, bajo la que estaba parado otro coche igual. La caja del ascensor atravesaba la marquesina por su centro. La diminuta cabina los subió por turno, pasando por el piso dedicado a vivienda, hasta la cima, donde fueron recibidos por un joven tostado por el sol y casi desnudo. La súbita turbación de la resuelta muchacha chófer indicó a Veda que la sagaz propuesta de aquella paleontólogo de cortos cabellos tenía raíces más profundas... La redonda pieza, de paredes de cristal, oscilaba sensiblemente, mientras la ligera torre vibraba, con monótono sonido, como una cuerda tensa. El techo y el suelo estaban pintados de color oscuro. A lo largo de las ventanas, había unos estrechos tableros con prismáticos, máquinas calculadoras y cuadernos de apuntes. Desde aquella altura de noventa metros se divisaba un enorme sector de la estepa, hasta los límites de visibilidad de las torres vecinas. Desde allí se observaban de continuo los ganados y se hacía el cómputo de las reservas de forraje. Formando círculos concéntricos verdes, resaltaba en la estepa el laberinto de las empalizadas bordeando las sendas por las que, dos veces al día, era conducido el ganado lechero. La leche, que no se agriaba nunca como la de las gacelas africanas, era recogida y congelada allí mismo, en unos frigoríficos subterráneos donde podía conservarse largo tiempo. La conducción del ganado se efectuaba con ayuda de unos «elfes» adjuntos a cada torre. Los observadores podían estudiar durante las guardias; por ello, en su mayoría, eran aún alumnos. El joven ligero de ropa llevó a Veda y a Dar Veter, por una escalera de caracol, al piso destinado a vivienda que, sujeto por unas vigas cruzadas, pendía unos metros más abajo. Aquel local estaba dotado de paredes aislantes, impenetrables al sonido, y los viajeros se encontraron en completo silencio. Tan sólo el constante balanceo les recordaba que la estancia se hallaba a una altura peligrosa a la menor imprudencia.

Otro muchacho estaba trabajando precisamente en el puesto de radio. El complicado peinado y el policromo vestido de su interlocutora, reflejada en la pantalla, revelaban que estaba comunicando con la estación central, pues los trabajadores de la estepa llevaban ligeros monos cortos. La muchacha de la pantalla enlazó con la red de circunvalación, y poco después, en el TVF de la torre, apareció la cara triste y la figura menudita de Miiko Eygoro, la primera ayudante de Veda Kong. Sus ojos, oscuros y oblicuos como los de Liao Lan, reflejaron gozoso asombro, mientras su pequeña boca se entreabría de la sorpresa. Un segundo más tarde, su rostro se tornaba de nuevo impasible y sólo denotaba sostenida atención. Cuando Dar Veter volvió a la cima de la torre, sorprendió a la muchacha paleontólogo en animada charla con el primer joven, y salió al balcón circular que rodeaba la estancia de cristal. El húmedo frescor de la mañana había sido sustituido hacía tiempo por el bochorno del mediodía que quitaba brillantez a los colores y allanaba

los pequeños accidentes del terreno. La estepa se extendía ancha y libre bajo un cielo cálido y límpido. A Dar Veter le acometió otra vez la confusa nostalgia del Norte, de las tierras húmedas de sus antepasados. Acodado en la barandilla del movedizo balcón, el ex director de las estaciones exteriores percibía, con más fuerza que nunca, la realización de los sueños de los antiguos. Los rigores de la naturaleza habían sido rechazados hacia el Norte, muy lejos, por la mano del hombre, y el calor vivificante del Sur expandíase por aquellas llanuras ateridas en un tiempo bajo las frías nubes.

Veda Kong entró en la habitación de cristal y anunció que el operador de la radio se encargaría de llevarlos a su destino. La muchacha de los cabellos cortos dirigió a la historiadora una larga mirada de agradecimiento. A través de la transparente pared, se veía la ancha espalda de Dar Veter, abismado en la contemplación.

—¿Piensa usted —oyó tras él— tal vez en mí?

—No, Veda. Estaba pensando en un postulado de la antigua filosofía hindú, que dice: El mundo no ha sido creado para el hombre, y éste sólo se hace grande cuando comprende todo el valor y la belleza de otra vida, de la vida de la naturaleza...

—No le entiendo, eso es incompleto.

—¿Incompleto? Quizá. Yo añadiría que sólo al hombre le ha sido dada la facultad de comprender no sólo la belleza de la vida, sino sus lados duros, sombríos. ¡Y únicamente él es capaz de soñar y crear una vida mejor!

—Ahora sí le he entendido —dijo Veda en voz baja. Y luego de una larga pausa, agregó—: Ha cambiado usted, Veter.

—Claro que he cambiado. Han sido cuatro meses removiendo con una simple pala las pesadas piedras y los troncos medio podridos de sus túmulos. Y sin querer, empieza uno a mirar a la vida más simplemente y a apreciar sus sencillas alegrías...

—No bromeé, Veter —repuso Veda, con ceño—. Le estoy hablando en serio. Cuando yo le conocí gobernando toda la fuerza de la Tierra, hablando con mundos lejanos... Allí, en sus observatorios, parecía usted un ser sobrenatural de la antigüedad, ¡un dios!, como decían nuestros antepasados. Pero aquí, en nuestro modesto trabajo, igualado a otros muchos, usted... —Veda no terminó la frase.

—Yo ¿qué? —inquirió con curiosidad—. ¿He perdido mi grandeza? Entonces, ¿qué habría dicho si me hubiera visto antes de mi traslado al Instituto de Astrofísica, cuando era maquinista de la Vía Espiral? ¿En esa profesión hay también menos grandeza? ¿O al verme de mecánico de cosechadoras de frutos en los trópicos?

Veda dio suelta a una sonora risa.

—Voy a descubrirle un secreto de mi adolescencia. Cuando yo estaba en la escuela del tercer ciclo, mi ideal era el maquinista de la Vía Espiral. No me imaginaba a nadie más poderoso que él—... Mire, ahí viene el operador de la radio. ¡En marcha, Veter!

Antes de tomar a bordo a Veda y Dar Veter, el aviador preguntó una vez más si su estado de salud les permitiría soportar la brusca aceleración del aparato saltador. Siempre cumplía estrictamente estas instrucciones. Cuando hubo recibido por segunda vez afirmativa respuesta, instaló a ambos en los profundos sillones, situados en la transparente proa del avión, parecido a una gigantesca gota de agua. Veda se sentía muy incómoda, pues los asientos estaban muy echados hacia atrás en la alzada carlinga. Resonó vibrante el gong, anunciando la partida. Un poderoso resorte lanzó el aparato poniéndolo en posición casi vertical, y el cuerpo de Veda se hundió lentamente en el sillón como en un líquido elástico. Dar Veter volvió con esfuerzo la cabeza para dirigir a su compañera una animadora sonrisa. El piloto puso en marcha el motor. Oyóse un prolongado rugido, una gran pesantez se expandió por todo el cuerpo, y el aparato gotiforme salió disparado, trazando en el aire un arco a veintitrés mil metros de altura. Parecían haber transcurrido solamente unos minutos, cuando los viajeros, débiles las piernas, descendían ya del avión frente a sus casitas de la estepa cercana al Altai, mientras el aviador agitaba la mano indicándoles que se alejasen más. Dar Veter dedujo

que allí, a diferencia de en la base, a falta de catapulta, habría que despegar directamente de la tierra. Tomando a Veda de la mano, corrió hacia Miiko Eygoro, que salió presurosa a su encuentro. Las dos mujeres se abrazaron, como después de una larga separación.

Capítulo V - UN CABALLO EN EL FONDO DEL MAR

El mar estaba tibio, cristalino, apenas ondulado por las olas, de un color glauco, de espléndido fulgor. Dar Veter se adentró en él y, con el agua al cuello, abrió los brazos para mantenerse en pie sobre el fondo en declive. Al mirar a la refulgente lejanía, por encima del lomo de las suaves olas, le pareció de nuevo que se diluía en el agua convirtiéndose en parte integrante del inmenso líquido elemento. Traía al mar una pena escondida en el alma desde hacía tiempo: el dolor de la separación del Cosmos, con su apasionante grandeza y su océano de conocimientos e ideas, el pesar de la falta de aquella dedicación austera de cada día de la vida. Su existencia transcurría de un modo muy distinto. El amor creciente a Veda embellecía las jornadas de trabajo inhabitual, atenuando las nostalgias de un cerebro acostumbrado al libre pensamiento y excelentemente entrenado en la labor. Con entusiasmo de colegial, se abismaba en las investigaciones históricas. El río del tiempo, reflejado en su mente, le ayudaba a sobrellevar el cambio de vida. Agradecía a Veda que, con un tacto digno de ella, hubiera organizado aquellos viajes en giróptero por un país transformado por el trabajo del hombre. Y cuanto había perdido se tornaba pequeño en la magnitud de las labores terrenales, como en la inmensidad del mar. Dar Veter se resignaba a lo irreparable, que suele ser lo más difícil de aceptar...

Una voz dulce, casi infantil, le llamó. Dar Veter reconoció a Miiko y, echando atrás los brazos, tendióse boca arriba sobre la superficie, en espera de la pequeña muchacha. Ella, de un rápido salto, se tiró al mar. De sus cabellos, negros como la endrina, caían gruesas gotas, mientras su cuerpo tomaba bajo la translúcida capa de agua un matiz verdoso. Luego, los dos juntos nadaron al encuentro del sol, hacia un islote, solitario y desierto, que se alzaba como un peñasco negro a un kilómetro de la orilla. En la Era del Gran Circuito, todos los niños, criados junto al mar, se hacían excelentes nadadores. Dar Veter poseía además, en este aspecto, aptitudes innatas. Al principio, nadó despacio, temeroso de que Miiko se cansase; pero la muchacha se deslizaba a su lado con facilidad y despreocupación. Algo intrigado por la destreza de la joven, Dar Veter fue aumentando el ritmo. Mas incluso cuando nadaba ya con todas sus fuerzas, Miiko no se quedó atrás, y su encantadora carita inmóvil continuaba serena. Empezó a oírse el sordo chapoteo de las olas en las rocas de la isla. Dar Veter hizo la plancha, y la muchacha, tomando impulso, describió un círculo y volvió hacia él.

—Miiko, ¡nada usted maravillosamente! —exclamó admirado y, luego de aspirar aire a pleno pulmón, contuvo la respiración.

—Nado peor que buceo —confesó la muchacha, y Dar Veter quedó sorprendido de nuevo.

—Mis antepasados eran japoneses —siguió diciendo Miiko—. Hubo en tiempos una tribu en la que todas las mujeres eran pescadoras de perlas y algas alimenticias. Aquel oficio fue transmitiéndose de generación en generación, hasta convertirse, durante un milenio, en un consumado arte. En mí se ha manifestado ahora de un modo casual.

—Nunca hubiera supuesto...

—¿Que una descendiente lejana de pescadoras de perlas y algas llegase a ser historiadora? En nuestra familia existía una leyenda. Hace más de mil años, hubo un pintor japonés que se llamaba Yanaguihara Eygoro.

—¡Eygoro! Entonces, su nombre...

—Es un caso raro en nuestros días, cuando se da a los niños cualquier nombre cuyo

sonido sea grato. Por cierto que todos procuran elegir sonidos o palabras de las lenguas que hablaban los pueblos de que descienden. Su nombre, si no me equivoco, es de raíces rusas. ¿Verdad?

—¡Exactamente! Y no sólo de raíces, sino de palabras enteras. La primera, Dar, significa don, presente y la segunda, Veter quiere decir viento...

—Yo desconozco el sentido del mío. Pero desde luego el pintor existió. Mi bisabuelo encontró uno de sus cuadros en un museo. Es un lienzo grande, puede usted verlo en mi casa. Para un historiador, ofrece interés. En él están representadas con nitidez la vida dura y viril, la pobreza y sencillez del pueblo... ¿Qué, seguimos nadando hacia adelante?

—¡Espere un momento, Miiko! ¿Dice usted que hubo mujeres buceadoras?

—Sí. Y el pintor se enamoró de una de ellas y quedóse a vivir para siempre en la tribu. Sus hijas se dedicaron también, toda su vida, a la pesca de perlas y algas. Mire ¡qué isla tan extraña! Parece un depósito circular o una torreta baja para la producción de azúcar.

—¿De azúcar? —repitió Dar Veter, conteniendo la carcajada—. Cuando yo era pequeño, estas islas desiertas me fascinaban. Se alzan solitarias en medio del mar. Encierran secretos en sus oscuros o inextricables bosques. En ellas puede hallarse todo lo imaginable, cuanto se ansia en los sueños.

La argentina risa de Miiko fue la recompensa a sus palabras. La muchacha, silenciosa, un poco triste de ordinario, estaba desconocida. Avanzando con audacia y alegría hacia las chapoteantes olas, continuaba siendo un enigma para Veter, hermética, distinta por completo a la diáfana Veda, cuyo arrojo era más bien expresión de una espléndida confianza que de una tenacidad auténtica.

Entre los grandes bloques de piedra, junto a la misma orilla, había unas galerías submarinas, soleadas y profundas. Recubiertas de oscuras esponjas, tapizadas con el terciopelo verde de las algas, conducían a la parte oriental del islote, donde se abría una oscura y enigmática sima. Dar Veter lamentó no haber pedido a Veda un mapa detallado del litoral. Las balsas de la expedición marítima brillaban al sol, junto al promontorio del Oeste, a unos kilómetros de ellos. Más cerca, se divisaba una playa de arena en suave pendiente, donde descansaban todos los miembros del grupo expedicionario. Aquel día se cambiaban los acumuladores de las máquinas. Y Veter se había entregado al infantil placer de explorar islas desiertas.

Un gran acantilado de andesita se cernía amenazador sobre los nadadores. Las roturas de las rocas eran recientes, pues un temblor de tierra había derrumbado hacía poco el sector quebrantado del litoral. La marejada era fuerte. Miiko y Dar Veter estuvieron nadando largo rato en las sombrías aguas de la costa oriental, hasta que encontraron un liso saliente de piedra al que trepó la muchacha con ayuda de su compañero.

Las gaviotas, alarmadas, volaron raudas en varias direcciones. El batir de las olas hacía retemblar las moles de andesita. No había el menor rastro de la presencia del hombre, ni huellas de animales; tan sólo desnudas rocas y espinosos arbustos.

Los nadadores subieron a la cima del islote para contemplar el furor de las olas que rompían abajo; luego descendieron de allí. Un olor acre emanaba de los arbustos emergentes de las quebradas. Tendido sobre la cálida piedra, Dar Veter miraba perezoso el agua que se extendía al Sur del saliente.

Agachada, al borde mismo de la roca, Miiko escudriñaba la hondura. No había allí bajíos ni amontonamientos de piedras desprendidas. El abrupto acantilado se alzaba sobre el agua oscura, aceitosa. El sol arrancaba de sus aristas cegadores destellos. Y donde la luz, cortada por la roca, penetraba vertical en el agua cristalina, apenas se columbraba el oscilante fondo llano, de clara arena.

—¿Qué está usted viendo, Miiko?

La muchacha, absorta en sus pensamientos, no se volvió al pronto.

—Nada. A usted le atraen las islas desiertas; a mí, el fondo del mar. Y también me parece que en él se puede encontrar siempre algo interesante, hacer algún

descubrimiento.

—Entonces, ¿por qué trabaja usted en la estepa?

—Tengo motivos. Para mí el mar es un gozo tan grande, que no puedo estar constantemente con él. Como tampoco es posible escuchar de continuo la música preferida. En cambio, luego, los reencuentros son más preciados...

Dar Veter asintió con la cabeza.

—¿Qué, buceamos hasta allí? —preguntó Veter, señalando al blanco claror de la hondura.

Miiko enarcó las cejas, de ordinario alzadas junto a las sienes.

—¿Podrá usted? Aquí la profundidad es de veinticinco metros por lo menos. Eso sólo está al alcance de un experto buceador...

—Lo intentaré... ¿Y usted?

En vez de responder, Miiko se puso derecha, miró en derredor, eligió una piedra grande y la llevó hasta el borde de la roca.

—Primero, déjeme probar a mí. No es mi costumbre bucear con una piedra. Pero quizá haya corriente, pues el fondo está demasiado limpio...

La muchacha alzó los brazos, inclinóse y se enderezó echando hacia atrás el cuerpo. Dar Veter observaba sus movimientos respiratorios, para repetirlos. Miiko no volvió a pronunciar palabra. Después de hacer unos cuantos ejercicios más, tomó la piedra y se precipitó en la oscura sima, como en un abismo.

Pasado más de un minuto, Dar Veter empezó a sentir una vaga inquietud, pues la intrépida muchacha no reaparecía. Buscó a su vez una piedra, deduciendo que para él debía ser bastante más grande. Acababa de levantar un trozo de andesita, de cuarenta kilos, cuando Miiko emergió de las aguas. Respiraba con dificultad y parecía muy cansada.

—Ahí... ahí... hay un caballo —profirió jadeante.

—¿Cómo? ¿Qué caballo?

—La estatua de un caballo enorme..., en un nicho natural. Voy a examinarlo debidamente.

—Miiko, eso es difícil. Volvamos a la playa. Tomaremos unos aparatos de buceo y una lancha.

—¡No, no! Quiero hacerlo yo misma. Ahora. Será una victoria mía, y no de los aparatos. Luego llamaremos a todos.

—Pero ¡yo voy con usted! —decidió Dar Veter, agarrando su pedrusco.

Miiko sonrió.

—Tome una más pequeña. Ésta. ¿Y la respiración?

Dar Veter, sumiso, hizo los ejercicios y se tiró al mar con el pedrusco en las manos. El agua le golpeó en la cara y lo volvió de espaldas a Miiko, oprimiéndole el pecho con un dolor sordo que repercutía en los oídos. Se sobrepuso a él apretando las mandíbulas y poniendo todos sus músculos en tensión. La penumbra, gris y fría, se hacía más densa allí abajo; la alegre luz del día se apagaba rápidamente. La fuerza gélida y hostil del fondo le dominaba, sentía mareos y unas punzadas en los ojos. De pronto, la firme mano de Miiko le tocó el hombro, y sus pies rozaron la compacta arena, de tenues reflejos argentados. Al volver la cabeza con esfuerzo hacia donde le indicaba la muchacha, se tambaleó de la sorpresa y soltó el pedrusco; al momento, fue lanzado hacia arriba. Envuelto en roja neblina, sin ver nada, no recordaba cómo había salido a la superficie. Convulso, intentó recobrar la respiración normal. Poco después, los efectos de la presión submarina desaparecieron y en su memoria resurgió lo que había visto. ¡Cuántos detalles habían captado sus ojos y recogido su cerebro en un solo instante!

Las negras cumbres de dos rocas se juntaban formando gigantesca ojiva bajo la cual se erguía la figura de un caballo de colosales dimensiones. Ni una alga ni una concha se habían adherido a la pulida superficie de la estatua. El ignoto escultor, deseoso ante todo

de representar la fuerza, había agrandado la parte anterior del cuerpo, ensanchando desmesuradamente el pecho del bruto, y elevado su combado cuello. La pata delantera izquierda estaba alzada y avanzaba la redonda rodilla doblada, mientras el enorme casco casi tocaba su pecho. Las otras tres patas se afianzaban tensas en el suelo, dando la impresión de que el caballo iba a abatirse sobre el que lo observaba y a aplastarle con su fantástico peso. Sobre el combado cuello se erizaban las crines, semejantes a crestas montañosas, la cabeza casi se apoyaba en el pecho, y bajo la agachada frente miraban amenazadores los ojos, con un rencor maligno reflejado también en las pequeñas orejas, pegadas a la testa de aquel pétreo monstruo.

Cerciorada de que Dar Veter había recobrado ya el aliento, Miiko le dejó tendido sobre la lisa piedra y se zambulló de nuevo en el agua. Por fin, cansada de las profundas inmersiones y contenta del soberbio hallazgo, la muchacha se sentó al lado de su compañero y permaneció callada largo rato, junto a él, hasta que la respiración se hizo normal.

—Sería interesante saber cuántos años tiene esa estatua —dijo Miiko pensativa.

Dar Veter se encogió de hombros al recordar lo que más le había sorprendido.

—¿Por qué el caballo no está cubierto de algas y conchas?

Miiko se volvió hacia él con rapidez.

—¡En efecto! Yo he visto ya hallazgos semejantes. Resultó que habían sido recubiertos de una sustancia que impedía la adherencia a ellos de seres vivos. Por consiguiente, la estatua debe de ser de fines del último siglo de la Era del Mundo Desunido.

En el mar, entre la orilla y el islote, apareció un nadador. Al acercarse, alzóse un poco del agua y saludó afectuoso, agitando las manos. Dar Veter vio el ancho pecho y la reluciente piel oscura de Mven Mas. Poco después, la alta figura negra trepaba a la roca y una sonrisa plena de bondad iluminaba el mojado rostro del nuevo director de las estaciones exteriores. Saludó a la pequeña Miiko con una rápida inclinación de cabeza y a Dar Veter con amplio y natural ademán.

—Ren Boz y yo hemos venido, por un día, a pedirle consejo.

—¿Ren Boz?

—Es un físico de la Academia de los Límites del Saber...

—Le conozco un poco. Trabaja en la esfera de las relaciones mutuas entre el espacio y el campo. ¿Dónde lo ha dejado usted?

—En la orilla. Él no nada tan bien como usted, al menos...

Un ligero chapoteo interrumpió las palabras de Mven Mas.

—¡Voy a ver a Veda! —gritó Miiko desde el agua.

Dar Veter sonrió cariñoso a la muchacha.

—¡Lleva un descubrimiento! —le explicó a Mven Mas, y empezó a contarle el hallazgo del caballo submarino.

El africano le oía sin interés. Sus largos dedos palpaban el mentón. Y Dar Veter leyó en sus ojos inquietud y esperanza.

—¿Tiene usted alguna preocupación seria? Entonces, ¿a qué demorar el asunto?

Mven Mas aprovechó la invitación. Sentado al borde de la roca, sobre el abismo que ocultaba el enigmático caballo, comenzó a hablar de sus terribles dudas. Su entrevista con Ren Boz no había sido casual. La visión del magnífico mundo de la Épsilon del Tucán no le abandonaba ni un instante. Y desde aquella noche acariciaba una ilusión: aproximarse a aquel mundo, venciendo a toda costa la enorme distancia que le separaba de él. Para que la emisión y recepción de informaciones, señales y vistas no requiriesen ya seiscientos años, plazo inaccesible para la vida humana. Sentir el pulso y el aliento de aquella vida hermosa, tan análoga a la nuestra, tender la mano a nuestros hermanos de allá, a través de la inmensidad del Cosmos. Mven Mas había concentrado toda su atención en el estudio de los problemas no resueltos y de los ensayos no terminados que venían realizándose, desde hacía ya mil años, en la investigación del espacio como

función de la materia. El problema que soñaba Veda Kong la noche de su primera intervención por el Gran Circuito...

En la Academia de los Límites del Saber, dirigía esas investigaciones Ren Boz, joven físico-matemático. Su entrevista con Mven Mas y la amistad ulterior entre ambos eran debidas a la comunidad de afanes.

Ren Boz consideraba que el problema estaba ya lo suficientemente estudiado para pasar a la experimentación. El ensayo, como todo lo relativo a las dimensiones cósmicas, no podía ser efectuado en laboratorio. La magnitud de la cuestión exigía un experimento en gran escala. Ren Boz había llegado al convencimiento de que era preciso hacerlo por medio de las estaciones exteriores, utilizando toda la energía terrestre, incluso la estación de reserva de energía Qui, de la Antártida.

Al mirar con fijeza a Mven Mas y ver sus febriles ojos y el temblor de las aletas de su nariz, Dar Veter tuvo la sensación del peligro.

—¿Usted necesita saber qué haría yo en su lugar? —formuló tranquilo la decisiva pregunta.

Mven Mas asintió con la cabeza y se pasó la lengua por los resechos labios.

—Yo no realizaría el experimento —manifestó Dar Veter, recalcando las palabras, indiferente a la mueca de dolor del africano, tan fugaz, que habría pasado inadvertida a un interlocutor menos atento.

—¡Me lo figuraba! —exclamó impetuoso Mven Mas.

—Entonces, ¿por qué daba importancia a mi consejo?

—Creía que conseguiríamos convencerle.

—Bueno, ¡pues inténtenlo! Vayamos a la orilla a reunimos con los camaradas. Seguramente, estarán preparando los aparatos de buceo para ver el caballo.

Veda cantaba, acompañada de dos voces femeninas desconocidas.

Al divisar a los nadadores, los llamó, infantil, con la mano. La canción se interrumpió. Dar Veter reconoció a una de las mujeres: era Evda Nal. Por primera vez la veía sin la blanca bata de médico. Su esbelta figura se destacaba por la blancura de la piel, no tostada aún del sol. Por lo visto, la famosa psiquiatra había estado muy ocupada últimamente. Sus cabellos, negros como la endrina, partidos por una raya en medio, estaban recogidos junto a las sienes. Los pómulos salientes sobre las mejillas un poco hundidas destacaban los ojos alargados, negros, de penetrante mirada. Su rostro recordaba vagamente a una esfinge del antiguo Egipto, aquella que, desde tiempos inmemoriales, estuviera en un extremo del desierto ante las pirámides, tumbas de los faraones del más antiguo Estado de la Tierra. Diez siglos después de que el desierto hubiese desaparecido, sobre las arenas rumoreaban bosquecillos y vergeles, y la esfinge estaba cubierta por un gran fanal que no ocultaba los hoyos de su cara, roída por el tiempo.

Dar Veter, recordando que Evda Nal descendía de peruanos o de chilenos, la saludó a la manera antigua de los sudamericanos adoradores del Sol.

—El trabajo con los historiadores le ha sido provechoso —bromeó Evda—. Debe darle las gracias a Veda...

Dar Veter se volvió presuroso hacia su encantadora amiga, pero ella le tomó del brazo y le condujo adonde estaba una mujer completamente desconocida.

—¡Le presento a Chara Nandi! Todos nosotros somos huéspedes suyos y del pintor Kart San, pues ellos viven aquí desde hace ya un mes. Su estudio ambulante se encuentra al fondo de la ensenada.

Dar Veter tendió la mano a la joven mujer, que le miraba con sus azules ojazos. Por un instante, quedó suspenso de admiración: había en aquella mujer algo que la diferenciaba de todas las demás. Estaba en pie entre Veda Kong y Evda Nal, cuya belleza, pulida por un intelecto preclaro y una larga labor reglamentada de investigación científica, palidecía, sin embargo, ante la maravillosa y radiante hermosura de la desconocida.

—Su nombre se parece algo al mío —comentó Dar Veter.

Las comisuras de los pequeños labios temblaron de la contenida risa.

—Sí, lo mismo que usted a mí.

Dar Veter miró por encima de la abundante cabellera negra, espesa, reluciente y un poco ondulada, de la joven mujer y dirigió a Veda una ancha sonrisa.

—Veter, usted no sabe decir galanterías a las mujeres —dijo Veda picara, ladeada la cabeza.

—¿Es preciso eso ahora, cuando ha desaparecido la necesidad del engaño?

—Es preciso —terció en la conversación Evda Nal—. ¡Y lo será siempre!

—Mucho me agradecería que me lo explicasen —repuso Dar Veter, frunciendo levemente el entrecejo.

—Dentro de un mes, pronunciaré mi discurso de otoño en la Academia de las Penas y de las Alegrías. En él hablaré mucho de la importancia de las emociones directas... —y Evda Nal hizo una inclinación de cabeza a Mven Mas, que se acercaba.

El africano, según su costumbre, caminaba a pasos iguales, silenciosos. Dar Veter observó que las mejillas morenas de Chara se teñían de vivo arrebol, como si el sol de que estaba impregnado todo su cuerpo asomase, de súbito, a través de la bronceada piel.

Mven Mas saludó con indiferencia.

—Voy a traer a Ren Boz. Está sentado sobre aquella piedra.

—Vayamos allí —propuso Veda—, y al encuentro de Miiko, que ha ido en busca de los aparatos. Chara Nandi, ¿nos acompaña usted?

La muchacha negó con la cabeza.

—Ya viene mi dueño y señor. El sol se ha puesto, pronto empezará el trabajo...

—Es penoso posar, ¿verdad? —preguntó Veda—. ¡Una verdadera hazaña! Yo no podría.

—Yo también creía lo mismo. Pero cuando la idea del pintor apasiona, participa una misma en la creación. Busca el modo de encarnar la imagen... ¡En cada movimiento o línea hay millares de matices! Y hay que atraparlos como los sonidos fugitivos de la música...

—¡Chara, usted es un tesoro para un pintor!

—¡Un tesoro! —repitió una fuerte voz de bajo, interrumpiendo a Veda—. ¡Si supieran cómo lo encontré!... ¡Es algo increíble! —y el pintor Kart San agitó en alto el puño poderoso. Sus claros cabellos se esparcieron al viento, su atezado rostro enrojeció.

—Acompáñenos, si tiene tiempo —le rogó Veda—, y nos lo contará.

—Yo soy mal narrador. Sin embargo, esto es interesante. Me ocupo de la reconstitución de diversos tipos raciales existentes en la antigüedad, hasta la misma Era del Mundo Desunido. Después del éxito de mi cuadro «La hija de Gondwana», ardía en deseos de crear otro tipo racial. La belleza del cuerpo es la mejor expresión de una raza a través de generaciones de vida sana y pura. Antiguamente, cada raza tenía su ideal, su canon de belleza, que se venía estableciendo ya desde los tiempos del salvajismo. Tal es la concepción que tenemos de esto los pintores, a quienes se nos considera rezagados de las cimas de la cultura... Así se nos debió de considerar siempre, incluso en las cavernas de la Edad de Piedra. Pero me estoy desviando del tema... Concebí un cuadro titulado «La hija de Tetis», mejor dicho, del Mediterráneo. Me asombraba que en los mitos de la Grecia antigua, de Creta, de Mesopotamia, de América, de la Polinesia, los dioses procedieran del mar. ¿Hay algo más maravilloso que el mito heleno de Afrodita, la diosa del Amor y la Belleza de los antiguos griegos? Hasta su propio nombre:

Afrodita Anadiómene, nacida de la espuma, emergida del mar... ¡Una diosa que nació de la espuma fecundada por el fulgor de las estrellas sobre el mar, en la noche! ¿Qué pueblo ha inventado algo más poético?...

—Del fulgor de las estrellas y la espuma del mar —repitió en un susurro Chara. Veda Kong miró con disimulo a la muchacha.

Su perfil neto, como tallado en madera o en piedra, evocaba los pueblos antiguos. La nariz, pequeña y recta, ligeramente redondeada; la frente, un poco inclinada hacia atrás; el tesonero mentón y, en particular, la gran distancia entre la nariz y la oreja, todos los rasgos característicos de los viejos moradores de la cuenca del Mediterráneo estaban reflejados en el rostro de Chara.

Veda la examinó discretamente, de pies a cabeza, y decidió que todo en ella era un poco «excesivo». La piel, demasiado tersa; el talle, demasiado fino; las caderas, demasiado anchas... Manteníase muy erguida, lo que destacaba su busto firme. Tal vez fuera aquella acentuación lo que buscaba el artista.

Mas cuando una barrera rocosa le cerró el paso, Veda cambió de opinión inmediatamente: Chara Nandi saltaba de piedra en piedra con la ligereza y gracia de una bailarina.

«Sin duda, hay en sus venas sangre india —pensó Veda—. Se lo preguntaré luego...»

—Para crear «La hija de Tetis» —continuó el pintor—, necesitaba familiarizarme con el mar, habituarme a él por entero, pues mi cretense deberá salir del mar como Afrodita, pero de manera que todos lo comprendan. Cuando me disponía a pintar «La hija de Gondwana», trabajé tres años en una explotación forestal del África Ecuatorial. Terminado el lienzo, me puse a trabajar de mecánico en una motora postal, y estuve repartiendo el correo, a través del Atlántico, durante dos años. Llevaba la correspondencia a todas esas factorías pesqueras, salinas y fábricas de sustancias albuminoideas que se encuentran allí, flotando sobre enormes balsas metálicas.

»Una tarde, yo conducía la motora por el Atlántico central, al Oeste de las Azores, donde una contracorriente se junta con la corriente septentrional. Allí corren siempre grandes olas, una tras otra, tremendas, como cadenas montañosas. Mi lancha motora tan pronto se lanzaba contra las nubes bajas, como volaba sobre las simas que se abrían entre las olas. Rugía la hélice; yo estaba de pie en el alto puente, junto al timonel. Y de pronto... ¡Nunca lo olvidaré!

»Imagínense, una ola más grande que las otras venía rauda a nuestro encuentro. Y en su lomo, bajo las mismas nubes compactas y cernidas, de un color rosáceo con nacarados reflejos, se alzaba una muchacha cuyo cuerpo parecía de bronce rojizo... La ola avanzaba silenciosa, y ella se deslizaba sola, henchida de orgullo, en medio del océano infinito. Mi motora se elevó a gran altura y pasamos veloces frente a la muchacha, que agitaba la mano saludándonos afectuosa. Entonces advertí que se mantenía sobre un lat, una de esas planchas con acumulador y motor que se gobiernan con los pies.

—Las conozco —repuso Dar Veter—. Sirven para deslizarse sobre las olas.

—Lo que más me sorprendió fue que, alrededor, no hubiera nada; tan sólo nubes bajas, el mar, desierto en cientos de millas a la redonda, la luz vespertina y la muchacha sobre la ola enorme. Aquella muchacha era...

—¡Chara Nandi! —exclamó Evda Nal—. Ya me lo suponía... Pero ¿de dónde había salido?

—¡Claro que no de la espuma y del fulgor de las estrellas! —repuso Chara, dando suelta a su risa, argentina—. De una fábrica de albúminas, simplemente. Nos encontrábamos entonces al borde de la zona de los sargazos, donde se cría la clorella. Yo trabajaba allí de biólogo.

—Supongámoslo —asintió conciliador Kart San—. Pero desde aquel momento usted fue para mí la hija del Mediterráneo, surgida de la espuma, y el modelo forzoso para mi cuadro. Llevaba esperándola un año entero.

—¿Nos permite que vayamos a ver el lienzo? —rogó Veda Kong.

—Desde luego, pero no a las horas de trabajo; es mejor por la tarde. Yo pinto muy despacio y no puedo soportar la presencia de nadie mientras estoy creando.

—¿Emplea usted pinturas?

—Nuestro trabajo ha cambiado poco en los milenios de existencia de la pintura. Las

leyes ópticas y el ojo del hombre son los mismos. Se ha agudizado la percepción de algunos matices e inventado las pinturas cromocatóptricas, con reflejos internos, y algunos métodos de armonización de colores. Pero, en general, los pintores de la más remota antigüedad trabajaban como yo. Y en ciertos aspectos, mejor... Hay que tener paciencia, y saber creer; nos hemos vuelto demasiado impetuosos y faltos de fe en nuestra razón. Y para el arte, la ingenuidad es preferible a veces... ¡Bueno, me he puesto a divagar otra vez! Debo marcharme, ya es hora... Vamos, Chara.

Todos se detuvieron para seguir con la mirada al pintor y a su modelo.

—Ahora ya sé quién es —murmuró Veda—. Yo he visto su cuadro «La hija de Gondwana».

—Y yo también —dijeron a un tiempo Evda Nal y Mven Mas.

—¿De Gondwana, el país de los gondos? —preguntó Dar Veter—. De esa región de la India, ¿verdad?

—No. Del nombre colectivo de los continentes meridionales, del país de la antigua raza negra.

—¿Y cómo es esa «Hija de los negros»?

—El cuadro es sencillo: ante una llanura de la estepa, a la luz de un sol deslumbrador, una muchacha negra sale de la linde de un amenazador bosque tropical. La mitad de la cara y del cuerpo, firme, como de bronce, está iluminada intensamente; la otra mitad, en densa penumbra. Un collar de blancos colmillos de fiera rodea su alto cuello, lleva los cortos cabellos recogidos sobre la nuca y ceñidos por una corona de flores escarlata. Con la mano derecha alzada, aparta de su camino la última rama de árbol y con la izquierda retira de la rodilla un tallo espinoso. El cuerpo en movimiento, la respiración libre, el vigoroso impulso de la mano revelan la despreocupación de una vida juvenil que se funde con la naturaleza en un todo, siempre móvil como un torrente... Y esta fusión se concibe como un saber, como un conocimiento instintivo del mundo... En los oscuros ojos, dirigidos a la lejanía por encima del mar de hierba azulenca, hacia los vagos contornos de las montañas, se percibe, se siente la inquietud, la espera anhelosa de grandes pruebas en el mundo nuevo que acaba de abrirse ante ella.

Evda Nal calló.

—¿Y cómo pudo Kart San transmitir todo eso? —preguntó Veda Kong—. Tal vez, por medio de las finas cejas fruncidas, del cuello levemente inclinado hacia adelante, de la nuca, desnuda e indefensa. Sus maravillosos ojos están llenos de la sabiduría de la naturaleza antigua... Y lo más extraño es esa impresión simultánea de fuerza despreocupada, danzarina, y de ansia de conocer.

—¡Lástima que yo no lo haya visto! —se lamentó Dar Veter, lanzando un suspiro—. Habrá que ir al Palacio de la Historia. Veo los colores del cuadro, pero no acabo de imaginarme la pose de la muchacha.

—¿La pose? —repitió Evda Nal, parándose—. Pues mire, aquí tiene a «La hija de Gondwana»... —se quitó de los hombros la toalla, alzó el brazo derecho en arco, echóse un poco hacia atrás y se puso de medio lado hacia Dar Veter. La larga pierna, ligeramente levantada, inició un leve paso que no acabó de dar, y quedó inmóvil rozando la tierra con la punta de los dedos. Y al instante, su flexible cuerpo se transfiguró, pleno de belleza y lozanía.

Todos se habían detenido sin ocultar su admiración. Dar Veter exclamó:

—Evda, ¡yo no me figuraba!... Es usted peligrosa como la hoja de un puñal medio desnudo.

—Veter, ¡otra vez son torpes sus galanterías! —bromeó Veda riendo—. ¿Por qué «medio» y no «del todo»?

—Tiene perfecta razón —le defendió Evda Nal, ya la misma de antes—. Precisamente, no del todo. Nuestra nueva conocida, la encantadora Chara Nandi, sí que es la hoja refulgente de un puñal completamente desnudo, hablando en el lenguaje épico de Dar

Veter.

—¡Me resisto a creer que alguien pueda compararse con usted! —resonó tras una roca una voz enronquecida.

Evda Nal fue la primera en advertir unos cabellos rojizos, recortados, y unos ojos de un color azul pálido que la miraban extasiados. Nunca había visto ella, en rostro alguno, semejante expresión de arrobamiento.

—Soy Ren Boz —dijo con timidez el pelirrojo, cuando su cuerpo, enjuto, de mediana estatura, se hubo alzado tras el peñasco.

—Le buscábamos —repuso Veda, tomando al físico del brazo—. ¡Aquí tiene a Dar Veter!

Ren Boz se puso colorado, y ello hizo que las abundantes pecas de su cara y cuello se destacaran más.

—Me he entretenido arriba —se disculpó, señalando a la rocosa vertiente—. Allí hay una tumba antigua.

—En ella yace un célebre poeta de tiempos muy remotos —explicó Veda.

—Tiene una inscripción tallada, aquí está —y el físico desplegó una lámina de metal. Pasó por ella una regla corta, y en la superficie mate fueron apareciendo cuatro líneas de signos azules.

—¡Oh, son letras europeas! Caracteres empleados hasta la implantación del alfabeto lineal universal. Su forma absurda es heredada de los pictogramas, aún más antiguos. Pero esta lengua yo la conozco.

—¡Pues lea, Veda!

—¡Unos minutos de silencio! —ordenó, y todos se sentaron sumisos en las piedras.

Veda Kong empezó a leer:

«Se apagan con el tiempo, se hunden en el espacio pensamientos, hechos, sueños, barcos...

*Mas yo me llevo, en mi viaje eterno,
¡lo que la Tierra tiene de más bello!...»*

—¡Magnífico! —exclamó Evda Nal, irguiéndose sobre las rodillas—. Un poeta contemporáneo no hablaría con más claridad de la fuerza del tiempo. Me gustaría saber cuál de los dones de la Tierra consideraba mejor y se llevó consigo, en sus pensamientos, antes de la muerte.

A lo lejos, apareció una canoa, de plástico transparente, con dos personas.

—Son Miiko y Sherlis, un mecánico del lugar. No; me he equivocado —rectificó Veda—. ¡Es el propio Frit Don, el jefe de la expedición marítima! Hasta la noche, Veter, se quedarán solos los tres. Yo me llevo a Evda.

Las dos mujeres corrieron hacia las leves olas y empezaron a nadar juntas en dirección al islote. La canoa viró hacia ellas, pero Veda le hizo con la mano señas de que siguiera adelante. Ren Boz, inmóvil, observaba embelesado a las nadadoras.

—¡Despiértese, Ren, y hablemos del asunto! —le gritó Mven Mas, y el físico sonrió turbado y dócil.

La explanada de arena compacta, entre dos cadenas rocosas, se convirtió en sala de conferencias científicas. Ren Boz, armado de un trozo de concha, escribía y trazaba. Excitado, se echaba de bruces sobre la arena, para borrar con su cuerpo lo trazado en ella, y reemprendía su obra. Mven Mas mostraba su asentimiento o animaba al físico con breves exclamaciones. Dar Veter, hincados los codos en las rodillas, se enjugaba el sudor que asomaba a su frente a causa del esfuerzo para comprender al que hablaba. Por fin, el físico pelirrojo calló y, jadeante, se sentó en la arena.

—Sí, Ren Boz —dijo Dar Veter, después de un prolongado silencio—; ¡ha hecho usted un gran descubrimiento!

—¿Yo solo?... Hace ya mucho tiempo que el viejo matemático Heisenberg formuló el principio de la indeterminación, de la imposibilidad de determinar exactamente el lugar de las partículas ínfimas. Pero lo imposible se ha hecho posible merced a la comprensión de las transiciones recíprocas, es decir, gracias al cálculo repagular. Por aquel mismo tiempo se descubrió la nube anular mesónica de núcleo atómico y el estado transitorio entre el nucleón y ese anillo; es decir, se llegó a los umbrales de la noción de la antigravitación.

—Supongamos que sea así. Yo no soy muy entendido en matemáticas bipolares, y menos aún en su parte referente al cálculo repagular, al estudio de los límites de transición. Pero lo que usted ha hecho en materia de las funciones umbrías es algo absolutamente nuevo, aunque poco comprensible para nosotros, los no doctos en este aspecto. Sin embargo, yo concibo la grandeza del descubrimiento. Sólo que... —Dar Veter no acabó la frase.

—¿Qué, concretamente? —preguntó alarmado Mven Mas.

—¿Cómo hacer la experiencia? A mí me parece que no tenemos posibilidades de crear un campo electromagnético de tanta intensidad...

—¿Para equilibrar el campo de gravitación y obtener el estado transitorio?—inquirió Ren Boz.

—Precisamente. Y en ese caso el espacio situado más allá de los límites del sistema continuará fuera de nuestra influencia.

—Cierto. Pero, según las reglas de la dialéctica, la solución hay que buscarla siempre en lo opuesto. Si se consigue la sombra antigravitatoria no por el método discontinuo, sino por el vectorial...

—¡Oh, eso es una idea!... Pero ¿cómo?

Ren Boz trazó rápidamente tres líneas rectas, un estrecho sector y cortó todo ello con un arco de gran radio.

—Esto se sabía ya antes de las matemáticas bipolares. Hace varios siglos se le llamaba el problema de las cuatro dimensiones. Por aquel entonces estaba aún difundido el concepto de las múltiples dimensiones del espacio; desconocían las propiedades umbrías de la gravitación, intentaban asimilarlas a los campos electromagnéticos y creían que los puntos singulares significaban la desaparición de la materia o su transformación en algo inexplicable. ¿Cómo podían imaginarse el espacio conociendo tan mal la índole de los fenómenos? Sin embargo, nuestros antepasados adivinaron, ¿se da usted cuenta?, comprendieron que si, por ejemplo, la distancia de una estrella A al centro de la Tierra, siguiendo esta línea OA, es de veinte quintillones de kilómetros, la distancia a esa misma estrella, siguiendo el vector OV, equivale a cero... Prácticamente, no será cero, sino una magnitud tendente a cero. Y decían que el tiempo se reducía a cero si la velocidad del movimiento era igual a la de la luz... ¡Pues el cálculo coclear también ha sido descubierto muy recientemente!

—El movimiento espiral se conocía hace miles de años —indicó con prudencia Mven Mas.

Ren Boz hizo un ademán de desdén.

—El movimiento, ¡pero no sus leyes! Pues bien, si el campo de gravitación y el electromagnético son dos aspectos de una misma propiedad de la materia, si el espacio es función de la gravitación, la función del campo electromagnético es el antiespacio. La transición de una a otra de la función umbría vectorial del espacio cero, conocido en el lenguaje corriente con la denominación de velocidad de la luz. Y yo considero posible obtener el espacio cero en cualquier dirección. Mven Mas quiere alcanzar la Épsilon del Tucán. A mí me da lo mismo, con tal de hacer el experimento. ¡Con tal de hacerlo! —repitió el físico bajando los párpados, de cortas pestañas rubias, con aire de cansancio.

—Para ese experimento necesitan ustedes no sólo las estaciones exteriores y la energía terrestre, como decía Mven Mas, sino también una instalación especial. ¡Yo no creo que pueda montarse con facilidad y rapidez!

—En ese terreno hemos tenido suerte. Se puede utilizar la de Kor Yull, en las inmediaciones del Observatorio del Tíbet, donde hace ciento setenta años se realizaron experiencias para la investigación del espacio. Hará falta un pequeño reequipamiento, y en cuanto a los auxiliares voluntarios, yo dispondré en cualquier momento de cinco mil, diez mil, veinte mil. Bastará que los llame, para que pidan permiso y se presenten.

—Verdaderamente, tienen ustedes previsto todo. Sólo queda una cosa, la más seria: el peligro del experimento. Los resultados pueden ser de lo más imprevisto, pues con arreglo a las leyes de los grandes números, no es posible realizar la experiencia en pequeña escala. Hay que pasar inmediatamente a la escala extraterrestre...

—¿Y que hombre de ciencia teme al riesgo? —replicó Ren Boz, encogiéndose de hombros.

—¡Yo no me refiero al factor personal! Sé que se presentarán a millares en cuanto lo requiera la peligrosa y desconocida empresa. Pero el experimento englobará las estaciones exteriores, los observatorios, todo el ciclo de aparatos que han costado a la humanidad un trabajo gigantesco; aparatos que han abierto una ventana al Cosmos e iniciado a los terrenos en la vida, las actividades creadoras y el saber de otros mundos habitados. Esa ventana es una realización grandiosa del genio humano. ¿Y tenemos derecho ustedes y yo, tiene derecho cualquier otro hombre o grupo de personas a correr el riesgo de cerrarla aunque sólo sea temporalmente? Yo quisiera saber si se sienten ustedes con tal derecho y en qué se basan para ello.

—Yo lo tengo —afirmó Mven Mas levantándose—, y lo baso en lo siguiente... Usted ha participado en excavaciones... ¿Acaso esos miles de millones de osamentas desconocidas en tumbas ignoradas no nos llaman, no nos exigen y reprochan? A mí se me aparecen esos miles de millones de vidas humanas extinguidas, cuya juventud, belleza y goce de existir se fueron en un instante como se va la arena entre los dedos de la mano, ¡y reclaman que se despeje la gran incógnita del tiempo, que se entable la lucha con él! La victoria sobre el espacio es también la victoria sobre el tiempo. ¡Por eso estoy seguro de que tengo razón y de la grandeza de la empresa proyectada!

—Pues mi impulso es distinto —dijo Ren Boz—. Pero esto constituye otro aspecto de la misma cuestión. El espacio en el Cosmos continúa siendo insuperable; separa los mundos, nos impide encontrar planetas parecidos al nuestro por su población y formar con ellos una sola familia plena de dicha y fuerza. Ello sería la más grandiosa transformación después de la Era de la Unificación Mundial, de aquel tiempo en que la humanidad suprimió al fin la absurda división en que vivían sus pueblos para fundirse en un todo único, realizando así un gigantesco ascenso a un nuevo grado de dominio de la naturaleza. Cada paso en esta vía nueva vale más que todo lo restante, que todas las demás investigaciones y conocimientos.

Apenas hubo callado Ren Boz, tomó de nuevo la palabra Mven Mas:

—Yo tengo, por añadidura, un motivo personal. Cuando yo era joven, cayó en mis manos una recopilación de viejas novelas históricas. En ella había una dedicada a sus antepasados, Dar Veter. Habían sido atacados por uno de esos grandes conquistadores de antaño, salvajes exterminadores de seres humanos, que tanto abundaban en la historia de la humanidad en las épocas de las sociedades primitivas. La novela hablaba de un joven fuerte que quería, con un amor sin límites, a una muchacha. Su adorada fue hecha prisionera y llevada a lo que entonces se llamaba el «destierro». Imagínese usted: hombres y mujeres, atados, eran conducidos, como el ganado, al país de los invasores. La geografía de la Tierra no la conocía nadie, los únicos medios de locomoción eran los caballos de silla y las bestias de carga. Nuestro planeta era a la sazón más enigmático y vasto, más peligroso e infranqueable que hoy día el Universo. El joven héroe buscó a su amada durante años y años, vagando a la ventura, corriendo toda suerte de riesgos en el corazón de las montañas de Asia. Difícil es expresar la impresión que produjo aquel libro en mi alma de adolescente, pero hasta hoy me parece que sería capaz de salvar todos los

obstáculos del Cosmos, ¡con tal de conseguir el objetivo amado!

Dar Veter esbozó una sonrisa.

—Yo me hago cargo de sus sentimientos, pero no comprendo qué relación lógica existe entre esa novela rusa y su afán de dominar el Cosmos. La actitud de Ren Boz me es más comprensible. Aunque usted me ha prevenido de que se trata de un motivo personal...

Dar Veter calló. Su silencio se prolongaba tanto, que Mven Mas empezó a removerse inquieto.

—Ahora caigo en la cuenta —reanudó sus consideraciones Dar Veter— de por qué antes los hombres fumaban, bebían, tomaban narcóticos para animarse en los momentos de indecisión, de zozobra, de soledad. Ahora, yo también estoy solo e indeciso. No sé qué decirles. ¿Quién soy yo para prohibir esa grandiosa experiencia? Pero, al propio tiempo, ¿puedo autorizarla? Deben dirigirse al Consejo, y entonces...

—¡No, eso no! —repuso Mven Mas, levantándose, y su enorme cuerpo se puso en tensión como ante un peligro mortal—. Conteste a nuestra pregunta: ¿haría usted el experimento? Como director de las estaciones exteriores. No como respondería Ren Boz... ¡Su asunto es diferente!

—¡No! —contestó Dar Veter con firmeza—. Yo esperaré aún.

—¿A qué?

—¡A que se construyese un centro experimental en la Luna!

—¿Y la energía?

—Como el campo de atracción lunar es más pequeño y más reducida la escala de la experiencia, podría bastar con la energía de unas cuantas estaciones Q.

—De todos modos, para eso haría falta un centenar de años, ¡y yo no le vería jamás!

—Usted no. Mas para la humanidad no es de tanta importancia que se haga ahora o a la generación siguiente.

—Pero para mí eso sería el fin, ¡el fin de mis sueños! Y para Ren Boz...

—Para mí sería la imposibilidad de comprobar por medio de la experimentación y, por consiguiente, de corregir, de continuar la obra.

—¡Una sola opinión no vale nada! Diríjanse al Consejo.

—El Consejo ha decidido ya, con las ideas y palabras de usted. No hay que esperar nada de él —dijo en voz baja Mven Mas.

—Tiene usted razón. El Consejo se negará también.

—No le pregunto más. Me considero culpable; Ren y yo hemos hecho recaer sobre usted todo el peso de la decisión.

—Es mi deber, como mayor en experiencia. No es culpa suya que la tarea haya resultado tan grande y peligrosa en extremo. Ello me entristece y apena...

Ren Boz fue el primero en proponer el regreso al campamento provisional de la expedición. Los tres, abatidos, echaron a andar arrastrando los pies por la arena y deplorando cada uno a su manera el haber tenido que renunciar al inaudito experimento. Dar Veter miraba de reojo a sus compañeros y pensaba que él era el que más sufría. Había en lo hondo de su ser un temerario arrojo con el que venía luchando toda su vida. Se parecía en algo a los antiguos bandoleros: ¿por qué había sentido con tanta plenitud el goce de la astuta liza con el toro?... Y su alma se sublevaba contra la decisión tomada, decisión sensata, pero no intrépida.

Capítulo VI - LA LEYENDA DE LOS SOLES AZULES

La médica Luma Lasvi y el biólogo Eon Tal salieron del camarote-enfermería. Erg Noor se abalanzó hacia ellos.

—¿Cómo está Niza?

—Viva, pero...

—¿Se muere?

—Por ahora no. Tiene una parálisis general. Están afectados todos los nervios de la medula espinal, el sistema parasimpático, los centros de asociación y sensorios. La respiración es lentísima, pero regular. El corazón da un latido cada cien segundos. Esto no es la muerte, sino un colapso completo que puede prolongarse indefinidamente.

—¿El conocimiento y los dolores están excluidos?

—Sí.

—¿En absoluto? —inquirió el jefe.

Su mirada era imperiosa, penetrante, pero la médica no se turbó y repuso:

—¡En absoluto!

Erg Noor miró interrogante al biólogo. Éste asintió con la cabeza.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Mantenerla en un medio a temperatura constante, en reposo absoluto, bajo una luz débil. Si el colapso no progresa... eso será una especie de sueño... y no importa que dure hasta la Tierra... Allí, la hospitalizaremos en el Instituto de Corrientes Neurológicas. Pues la lesión ha sido causada por una corriente. La escafandra está perforada en tres lugares. ¡Menos mal que Niza no respiraba apenas!

—Yo vi los agujeros y los tapé con mi emplasto —dijo el biólogo.

Erg Noor le estrechó el brazo en silencio, agradecido.

—Sin embargo... —prosiguió Luma—, mejor sería abandonar cuanto antes el campo de gravitación acrecentada... Y al propio tiempo, lo más peligroso no es la aceleración al emprender el vuelo, sino la vuelta a la fuerza de gravedad normal.

—Comprende. Teme usted que el pulso se haga aún más lento. ¿Pues esto no es un péndulo que acelera sus oscilaciones en un campo de gravitación acrecentada?...

—En conjunto, el ritmo de los impulsos en el organismo obedece a las mismas leyes. Si los latidos del corazón disminuyen hasta uno por cada doscientos segundos, la afluencia de sangre al cerebro no será suficiente, y...

Erg Noor, abismado en sus meditaciones, se había olvidado de los que le rodeaban; al volver de su ensimismamiento, dio un hondo suspiro.

Sus colaboradores le aguardaban pacientes.

—¿No sería una solución someter el organismo a la hipertensión en una atmósfera enriquecida de oxígeno? —preguntó el jefe, cauteloso, y las sonrisas satisfechas de Luma y Eon Tal le advirtieron ya que la idea era buena.

—Saturar de gas la sangre, bajo una mayor presión parcial, es un remedio magnífico... Claro que tomaremos medidas contra la trombosis, y entonces, aunque sólo haya un latido cada doscientos segundos, no importará. La regularización vendrá luego...

Eon mostró, bajo el bigote negro, los fuertes dientes blancos, y su severo rostro tomó al momento una expresión juvenil, alegre y despreocupada.

—El organismo quedará inconsciente, pero vivo —aseguró Luma, más tranquilizada—. Vamos a preparar la cámara. Quiero utilizar la gran vitrina de silicol que estaba destinada para Zirda. En ella cabe un sillón flotante, que servirá de lecho durante el despegue. Cuando la aceleración cese, instalaremos a Niza definitivamente.

—En cuanto estén preparados, comuníquenlo al puesto de comando. No nos detendremos aquí ni un minuto más. ¡Basta de tinieblas y de pesantez en este mundo negro!...

Todos se dirigieron presurosos a distintos compartimientos, luchando cada uno como podía con la agobiadora fuerza de gravedad del planeta negro.

Y las señales de despegue resonaron como una marcha triunfal.

Nunca habían experimentado los tripulantes una sensación de alivio tan placentera como la que sintieron al hundirse en el blando abrazo de los sillones de aterrizaje. Pero alzar el vuelo, desprenderse del pesado planeta era empresa ardua y peligrosa. La

aceleración necesaria para el despegue se encontraba en el límite de la resistencia humana, y el más leve error del piloto podía dar lugar al perecimiento de todos.

Entre el formidable rugido de los motores planetarios, Erg Noor condujo la astronave siguiendo la tangente al horizonte. Las palancas de los sillones hidráulicos descendían más y más bajo la creciente pesantez. Parecía que de un momento a otro iban a llegar al tope, y entonces, como bajo una prensa, la tremenda aceleración rompería los frágiles huesos humanos. Las manos del jefe, que pulsaban los botones de los aparatos, se habían vuelto terriblemente pesadas. Pero los recios dedos accionaban, y la Tantra, describiendo un suave arco gigantesco, se elevaba cada vez más en las densas tinieblas para salir a la negrura translúcida del infinito. Erg Noor no apartaba los ojos de la línea roja del nivelador horizontal, que oscilaba en equilibrio inestable, indicando que la nave se disponía a pasar del ascenso al descenso, siguiendo la trayectoria de caída. El pesado planeta no dejaba aún a la nave escapar de su cautiverio. Erg Noor decidió poner en marcha los motores de anamesón, de una potencia capaz de liberar al navío cósmico de las garras de cualquier planeta. La tintineante vibración obligó a la Tantra a estremecerse. La línea roja se elevó en una decena de milímetros sobre cero. Un poco más, y...

Por el periscopio de observación de la parte superior del casco, el jefe de la expedición vio que la astronave se cubría de una fina capa de llamas azulencas que se deslizaban con lentitud hacia la popa. ¡La atmósfera había sido atravesada! En el inmenso vacío, siguiendo la ley de la superconductibilidad, las corrientes eléctricas residuales fluían por el mismo casco de la Tantra.

Las estrellas habían aguzado de nuevo sus puntas, y la astronave liberada volaba, alejándose cada vez más del terrible planeta. A cada segundo, disminuía la fuerza de atracción. Los cuerpos se tornaban más ligeros. El aparato de gravitación artificial empezó a entonar su cancioncilla, y su tensión terrestre ordinaria parecía extraordinariamente pequeña después de aquellos interminables días bajo la prensa del planeta tenebroso. Los tripulantes saltaron de sus sillones. Ingrid, Luma y Eon bailaban los más difíciles pasos de una danza fantástica. Pero pronto llegó la reacción inevitable, y la mayor parte de la tripulación quedó sumida en breve sueño reparador. Solamente permanecían despiertos Erg Noor, Peí Lin, Pur Hiss y Luma Lasvi. Había que calcular la trayectoria provisional de la Tantra y describir una curva gigantesca, perpendicular al plano de rotación del sistema de la estrella T, para evitar sus cinturones glacial y meteorítico. Después, se podría lanzar la astronave a la velocidad sublumínica normal y acometer la larga labor de fijar el verdadero curso.

La médica observaba el estado de Niza después del despegue y la vuelta a una fuerza de gravedad normal para los seres terrenos. Pronto pudo tranquilizar a todos con la noticia de que las pausas entre las pulsaciones eran de ciento diez segundos. En una atmósfera superoxigenada, aquello no constituía peligro de muerte. Luma Lasvi pensaba recurrir al tiratrón, estimulante electrónico de la actividad cardíaca, y a otros neurosecretores.

La vibración de los motores de anamesón hizo gemir durante cincuenta y cinco horas las paredes de la astronave, hasta que los contadores señalaron una velocidad de novecientos setenta millones de kilómetros por hora, próxima ya al límite de seguridad. El alejamiento de la estrella de hierro aumentaba en más de veinte mil millones de kilómetros cada día terrestre. Difícil es describir la grata sensación de alivio que experimentaban los trece viajeros después de las duras pruebas soportadas: el planeta muerto, la desaparición del Algrab y, por último, la angustia de aquel terrible sol negro. La alegría de la liberación no era, sin embargo, completa: el tripulante catorce, la joven Niza Krit, yacía inmóvil, presa de un letargo cercano a la muerte, en un aislado sector del camarote-enfermería...

Cinco mujeres de la Tantra —Ingrit, Luma, joven, segundo ingeniero electrónico, la geóloga y Yone Mar, profesora de gimnasia rítmica, que ejercía además las funciones de

distribuidora de los alimentos, operadora aérea y coleccionista de los materiales científicos— se reunieron como para unas exequias antiguas. El cuerpo de Niza, liberado por completo de sus vestiduras, fue lavado con unas soluciones TM y AS; luego, lo tendieron sobre un grueso tapiz, cosido a mano, de blandas esponjas del Mediterráneo. Pusieron el tapiz sobre un colchón neumático y lo cubrieron con una campana de silicol rosáceo. Un aparato de precisión —el termobarooxistato— podía mantener, durante años, la temperatura, la presión y el régimen de aire precisos en el interior de la gruesa campana. Unos blandos salientes de caucho mantenían a Niza en la misma posición, que Luma Lasvi pensaba cambiar una vez al mes. Lo que más había que temer eran las consecuencias de una larga y absoluta inmovilidad en el lecho. Por ello, Luma decidió someter a observación el cuerpo de Niza y renunciar a un sueño prolongado durante el año o dos que duraría el viaje. El estado cataléptico de la paciente continuaba. Lo único que había conseguido Luma Lasvi era acelerar el pulso hasta una pulsación por minuto. Y aquel éxito, por pequeño que fuera, evitaba a los pulmones una perniciosa saturación de oxígeno.

Pasaron cuatro meses. La astronave seguía su verdadera trayectoria, exactamente calculada, que contorneaba la región de los meteoritos libres. La tripulación, extenuada por las peripecias y el enorme trabajo, estaba sumida en un sueño que había de durar siete meses. Esta vez no eran tres, sino cuatro personas las que velaban: a Erg Noor y Pur Hiss, que estaban de guardia, se habían agregado Luma Lasvi y el biólogo Eon Tal.

El jefe de la expedición, que había logrado salir de la situación más difícil en que se encontrara una astronave terrestre en todos los tiempos, se sentía solo. Era la primera vez que cuatro años de viaje hasta la Tierra le parecían interminables. No trataba de forjarse ilusiones, de engañarse a sí mismo, porque sólo en nuestro planeta tenía esperanza de salvar a su Niza.

Venía demorando largamente algo que debía haber hecho al siguiente día de emprender el vuelo; la proyección de los estereofilmes electrónicos del Argos. Erg Noor quería ver y oír con Niza las primeras noticias de los espléndidos mundos, de los planetas que rodeaban a la estrella azul y de las noches estivales de la Tierra. Deseaba que Niza estuviese con él cuando se realizasen los más audaces y románticos sueños del pasado y el presente: el descubrimiento de nuevos mundos siderales, futuras islas lejanas de la humanidad...

Aquellos filmes —rodados a ocho parsecs del Sol, hacía ochenta años, y guardados en la astronave descubierta en el planeta negra de la estrella T— se conservaban en perfecto estado. Y la estereopantalla semiesférica llevó a los cuatro espectadores de la Tantra a la región donde la azul Vega brillaba alta, esplendorosa.

Con rapidez, cambiaban los breves temas: aparecía, agrandándose, el astro de deslumbrantes fulgores azules; sucedíanse cuadros instantáneos, descuidados, de la vida de la nave. El jefe de la expedición, extraordinariamente joven para el cargo —tendría a lo sumo veintiocho años—, trabajaba ante la máquina calculadora. Astronautas aún más jóvenes realizaban las observaciones. Se mostraban las obligatorias pruebas deportivas y danzas rítmicas ejecutadas diariamente por los tripulantes con precisión de acróbatas. Una voz burlona explicaba que la campeona, durante todo el viaje a Vega, continuaba siendo la bióloga. Y en efecto, aquella muchacha de cabellos cortos, del color del lino, combaba de un modo prodigioso su espléndido cuerpo, magníficamente desarrollado, exhibiendo los más difíciles ejercicios.

Al ver aquellas imágenes, completamente reales, que conservaban la naturalidad del colorido, se olvidaba que aquellos jóvenes astronautas, tan alegres y enérgicos, habían sido devorados hacía mucho tiempo por los terribles monstruos del planeta de la estrella de hierro.

La sucinta crónica de la vida de la expedición pasó en un abrir y cerrar de ojos. Los amplificadores de luz del aparato de proyección empezaron a susurrar zumbantes: el

astro violeta brillaba con una claridad tan intensa, que hasta su pálido reflejo en la pantalla obligó a los espectadores a ponerse gafas de protección. La estrella gigantesca, muy aplanada, casi tres veces mayor que el Sol por su diámetro y masa, giraba vertiginosamente a la velocidad ecuatorial de trescientos kilómetros por segundo. Aquel globo de un gas de indescriptible refulgencia, con una temperatura de once mil grados en su superficie, extendía a millones de kilómetros sus alas de arisado fuego. Parecía que los rayos de Vega, como potentes lanzas, de millones de kilómetros de longitud, volaban por el espacio atravesando y destruyendo cuanto encontraban en su camino. En lo hondo de su resplandor se ocultaba el planeta más próximo a la estrella azul. Mas ninguna nave de la Tierra o de sus vecinos del Circuito podía llegar a aquel océano de fuego. A la proyección visual siguió un informe verbal sobre las observaciones efectuadas, y en la pantalla aparecieron las líneas semiespectrales de unos planos estereométricos que indicaban la situación del primero y del segundo planeta de Vega. El Argos ni siquiera había podido aproximarse al segundo, situado a cien millones de kilómetros de la estrella.

Unas monstruosas protuberancias, emergidas de las profundidades de aquel océano de transparentes llamas violeta —la atmósfera sideral—, tendían en el espacio sus destructores brazos, abrasándolo todo. Era tan grande la energía de Vega, que emitía la luz de los quanta máxima, parte violeta e invisible del espectro. A los ojos humanos, incluso protegidos por un triple filtro, les daba una espantosa impresión de irrealidad, de la presencia de un fantasma, casi invisible, portador de un peligro mortal... Tempestades de luz se desencadenaban, superando la atracción de la estrella. Sus repercusiones lejanas sacudían y balanceaban el Argos. Los contadores de rayos cósmicos y de otras radiaciones duras dejaron de funcionar. En el interior de la nave, a pesar de su coraza, empezó a producirse una ionización peligrosa. Y allí dentro de la astronave, se podía conjeturar únicamente la furia con que se precipitaba en los abismales espacios aquel tremendo torrente de rayos y el inútil derroche de quintillones de kilovatios de aquella energía.

El jefe del Argos conducía prudentemente la astronave hacia el tercer planeta, muy voluminoso, pero revestido tan sólo de una fina capa de atmósfera transparente. Por lo visto, el ígneo aliento de la estrella azul había quitado el manto de gases ligeros, que se extendía, como una larga cola de débil brillo, tras la parte oscura del planeta. Las corrosivas emanaciones del flúor, el veneno del óxido de carbono y la densidad de los gases inertes hacían que en aquella atmósfera no pudiera subsistir, ni un segundo, nada terrestre.

De las entrañas del planeta salían agudos picos, afiladas crestas, cuarteados muros, casi verticales, de bloques rojos como heridas o negros como simas. En las planicies de luva, barridas por furiosos torbellinos, se divisaban quebradas y abismos que emanaban candente magma y parecían venas de fuego escarlata.

A gran altura, se alzaban densas nubes de ceniza, de un deslumbrante color azul celeste en la parte iluminada y negras, impenetrables, en la parte sombría. Gigantescos rayos, de miles de kilómetros de longitud, fulguraban zigzagueantes en todas direcciones, testimoniando la intensa saturación eléctrica de aquella atmósfera sin vida.

Veíase el pavoroso fantasma violeta del enorme sol, y el cielo negro, medio cubierto por un halo irisado, mientras abajo, en el planeta, se extendían unas sombras carmesíes en contraste con los caóticos amontonamientos de rocas, los llameantes surcos, sinuosidades y círculos de fuego y el continuo resplandor de unos relámpagos verdes...

Los estereotelescopios transmitían aquel cuadro y los filmes electrónicos lo recogían con una precisión imparcial ajena al ser humano.

Pero, a más de los aparatos, estaban allí los viajeros, seres vivos, sensibles, y su razón protestaba contra aquellas insensatas fuerzas de destrucción y acumulación de la materia inerte y discernía la hostilidad de aquel mundo de fuego cósmico desencadenado. Absortos por el espectáculo, los cuatro astronautas intercambiaron unas aprobatorias

miradas cuando la voz comunicó que el Argos se dirigía hacia el cuarto planeta.

Unos segundos más tarde, bajo los telescopios de la quilla del navío aparecía, agrandándose, el último planeta de Vega, de unas dimensiones semejantes a las de la Tierra. El Argos descendía casi verticalmente. Sin duda, los viajeros habían decidido explorar a toda costa el último planeta, última esperanza de descubrir un mundo que, aunque no fuera magnífico, sería al menos apto para la vida.

Erg Noor se sorprendió a sí mismo pronunciando mentalmente el concesivo modo adverbial. Seguramente, el mismo curso habían seguido los pensamientos de quienes habían gobernado el Argos y examinado con sus potentes telescopios la superficie del planeta.

«¡Al menos!»... Aquellas tres sílabas guardaban el adiós a los sueños de ver los espléndidos mundos de Vega, de hallar planetas-perlas en el fondo del océano cósmico. Para ello, unos habitantes de la Tierra se habían recluido voluntariamente, para cuarenta y cinco años, en la astronave, y habían abandonado, por más de sesenta años, el planeta en que nacieran.

Pero, cautivado por el espectáculo, Erg Noor no pensó en aquello al instante. La pantalla semiesférica le atraía con sus profundidades, llevándole sobre la superficie del planeta infinitamente lejano. Para gran desdicha de los exploradores —de los muertos y de los vivos—, el planeta se asemejaba a Marte, vecino más próximo de la Tierra en el sistema solar y conocido desde la infancia. La misma envoltura gaseosa, fina y transparente; el mismo cielo verde negruzco, siempre sin nubes; la misma superficie plana de continentes desiertos con cadenas de derruidas montañas. Pero en Marte las noches eran gélidas y los días se distinguían por los bruscos cambios de temperatura. Había allí pantanos poco profundos, parecidos a enormes charcos, que, por las fuertes evaporaciones, habían quedado casi secos; lluvias menudas y muy poco frecuentes, leves escarchas, una flora mortecina y una fauna extraña, sin vigor, subterránea.

En cambio, las jubilosas llamas del sol azul recalentaban tanto el planeta, que todo él exhalaba el abrasador aliento de los más cálidos desiertos de la Tierra. El vapor de agua ascendía en cantidad ínfima a las capas superiores de la envoltura aérea, y las inmensas llanuras tan sólo eran sombreadas por los remolinos de las corrientes térmicas que agitaban sin cesar la atmósfera. El planeta, como los restantes, giraba con rapidez. La refrigeración nocturna había convertido las rocas en un océano de arena, cuyos inmensos manchones —anaranjados, violeta, verdes, azulados o de cegadora blancura— extendíanse por doquier y parecían de lejos mares o imaginaria maleza. Las desmoronadas cordilleras, más altas que las de Marte, pero tan muertas como ellas, estaban revestidas de una brillante corteza negra o de color castaño. El sol azul, con sus potentes radiaciones ultravioleta, destruía los minerales y volatilizaba los elementos ligeros.

Diríase que las refulgentes arenas de las planicies lanzaban llamas. Erg Noor recordó que, en la antigüedad, cuando los hombres de ciencia no constituían la mayoría, sino solamente un grupo insignificante de la población terrestre, los escritores y los artistas soñaban a menudo con las gentes de otros planetas, adaptadas a la vida en temperaturas elevadas. Aquello era hermoso y poético, aumentaba la fe en el poderío del ser humano. Los habitantes de los planetas de los soles azules, caldeados por su ígneo aliento, ¡recibían a sus hermanos de la Tierra!... Gran impresión había producido a muchos, entre ellos a Erg Noor, un cuadro que se conservaba en el museo de un centro oriental de la zona Sur, destinada a las viviendas. Veíase en el lienzo una planicie de arena escarlata con brumas en el horizonte, un cielo gris en llamas y, bajo él, unas figuras humanas, sin rostro, metidas en escafandras refractarias que proyectaban unas sombras azul-negras, de contornos extraordinariamente acusados. Estaban paradas en poses muy dinámicas, rebosantes de sorpresa, ante la esquina de una gran construcción metálica, calentada casi al rojo vivo. Al lado, había una mujer desnuda de esparcidos cabellos bermejos. Su

clara piel relucía con fulgores aún más intensos que los de la arena: las sombras lila y grosella destacaban cada línea de su figura que se alzaba como una bandera de victoria de la vida sobre las fuerzas del Cosmos.

Audaz era el sueño, pero completamente irreal, pues estaba en contradicción con todas las leyes del desarrollo biológico, conocidas ahora, en la época del Circuito, con mucha más profundidad que en los tiempos en que fue pintado el cuadro.

Erg Noor se estremeció cuando la superficie del planeta, reflejada en la pantalla, vino rauda a su encuentro. El desconocido piloto del Argos se disponía a descender. Muy cerca, se deslizaban conos de arena, negras rocas, yacimientos de unos refulgentes cristales verdes. La astronave giraba en espiral, regularmente, alrededor del planeta, de un polo al otro. No había ningún rastro de agua ni de vida vegetal; si al menos lo hubiera, por primitiva que ésta fuese. ¡Otra vez «al menos»!...

Y surgió la nostálgica tristeza de la soledad, de la nave perdida en las lejanías muertas, bajo el poder de la estrella de las llamas azules... Erg Noor sentía como suya la esperanza de los que habían hecho el filme observando el planeta en busca, al menos, de una vida pasada. Todo el que había aterrizado en planetas muertos, desérticos, sin agua ni atmósfera, conocía bien aquellas afanosas búsquedas de presuntas ruinas, vestigios de ciudades y construcciones en los contornos casuales de quebradas y rocas sueltas, inertes, o en los despeñaderos de montañas donde jamás existiera vida alguna.

Pasaba rápida por la pantalla la tierra del lejano mundo, calcinada, sin un solo lugar umbrío, arrasada por furiosos torbellinos. Y Erg Noor, consciente del fracaso de los remotos sueños, se esforzaba en comprender cómo había podido surgir aquel falso concepto acerca de los calcinados mundos de la estrella azul.

—Nuestros hermanos terrenos quedarán decepcionados —dijo en voz baja el biólogo, que se había aproximado al jefe— cuando sepan la verdad. Millones de personas de la Tierra han contemplado a Vega en el transcurso de muchos milenios. En las noches estivales del Norte, todos los jóvenes enamorados y soñadores tendían la mirada hacia el cielo. En verano, Vega, esplendorosa y azul, brilla casi en el cenit, ¿cómo no deleitarse en su contemplación? Hace miles de años, la gente sabía ya bastante acerca de las estrellas. Mas, por una extraña orientación de sus pensamientos, no sospechaba que casi todas las estrellas de rotación lenta y campo magnético potente tenían planetas, del mismo modo que casi todos los planetas tienen satélites. Los hombres desconocían esta ley, pero soñaban con sus hermanos de otros mundos y, ante todo, con los de Vega, el sol azul. Yo recuerdo unos bellos versos, traducidos de una lengua antigua, consagrados a los semidioses de la estrella azul.

—Yo sueño con Vega desde aquel mensaje del Argos —dijo el jefe, volviéndose hacia Eon Tal—. Y ahora está claro que la milenaria atracción subyugante de los maravillosos y lejanos mundos cegaba a multitud de hombres sabios y prudentes y a mí mismo.

—¿Cómo descifra usted ahora el mensaje del Argos?

—Simplemente así: «Los cuatro planetas de Vega carecen por completo de vida. No hay nada más hermoso que nuestra Tierra. ¡Qué dicha será volver a ella!»

—¡Tiene usted razón! —exclamó el biólogo—. ¿Por qué no se le habrá ocurrido a nadie antes?

—Puede que se le haya ocurrido a alguien, pero no a nosotros, los astronautas, y quizá, tampoco al Consejo. Sin embargo, eso nos hace honor, ¡pues es el sueño audaz, y no la decepción escéptica, lo que triunfa en la vida!

El vuelo circundante del planeta había terminado en la pantalla. A continuación, vinieron las informaciones grabadas por la estación automática enviada para analizar las condiciones en la superficie del mismo. Luego, se oyó una fortísima explosión: era que habían lanzado una bomba geológica. Hasta la astronave llegó una gigantesca nube de partículas minerales. Aullaron las bombas al recoger el polvo en los filtros de los canales aspiradores laterales. Varias muestras de polvillo mineral, procedente de las arenas y

montañas del planeta calcinado, llenaron las probetas de silicol; el aire de las capas superiores de la atmósfera fue encerrado en balones de cuarzo.

Después, el Argos emprendió el viaje de regreso, que debería durar treinta años y que el destino le impidió terminar. Y ahora era su camarada terrestre quien habría de llevar a las gentes todo lo que habían conseguido, con tanto esfuerzo, paciencia y arrojo, los audaces exploradores muertos...

La continuación de las informaciones grabadas —seis bobinas de observaciones— debían ser estudiadas por los astrónomos de la Tierra, y lo más esencial sería transmitido por el Gran Circuito.

Nadie quiso ver los filmes referentes a la suerte ulterior del Argos: su lucha encarnizada contra la avería y la estrella T y el último carrete sonoro, especialmente trágico, pues las propias emociones eran todavía demasiado recientes. Decidieron aplazar la proyección para el día en que todos los tripulantes estuvieran despiertos. Sobrecargados de impresiones, los astronautas de guardia se fueron a descansar un poco, dejando al jefe en el puesto central de comando.

Erg Noor ya no pensaba en el frustrado sueño. Trataba de valorar aquellas amargas migajas de saber conseguidas para la humanidad a costa de tanto esfuerzo y tan grandes sacrificios de dos expediciones: la del Argos y la suya. ¿O serían amargas solamente ¡a, consecuencia de la tremenda desilusión?

Por vez primera, Erg Noor veía a su magnífico planeta natal como un inagotable tesoro de espíritus humanos cultivados, afanosos de saber, libres de los pesares y peligros de la naturaleza o de la sociedad primitiva. Los padecimientos, las búsquedas, los fracasos, los errores y las decepciones subsistían aún en la época del Circuito, pero habían sido trasladados a un plano superior de creaciones en las ciencias, el arte y la construcción... Sólo merced a los conocimientos y al trabajo creador, la Tierra se había liberado de los horrores del hambre, la superpoblación, las enfermedades infecciosas y los animales dañinos. Habíase salvado del agotamiento de los combustibles, de la falta de elementos químicos útiles, de la muerte prematura y de la debilidad física de las gentes. Y aquellas migajas de saber que llevaba la Tantra eran también una aportación al poderoso alud del pensamiento que daba, cada decenio, un nuevo paso adelante en la organización de la sociedad y en el conocimiento de la naturaleza.

Erg Noor abrió la caja de caudales donde se guardaba el diario de navegación de la Tantra y sacó el cofrecillo que contenía el metal de la astronave discoidea. El pesado trozo, de un claro color azul celeste, descansaba compacto en la palma de la mano. Erg Noor sabía que ni en el planeta natal ni en sus vecinos del sistema solar y estrellas próximas semejante metal no existía. Y aquello era una información más, quizá la de mayor importancia, fuera de la noticia del perecimiento de Zirda, que llevaban a la Tierra y al Circuito...

La estrella de hierro estaba muy próxima a la Tierra y, después de la experiencia del Argos y de la Tantra, la visita del planeta negro por una expedición preparada al efecto no sería ya tan peligrosa, por muchos que fuesen los acafeos y cruces negras existentes en aquella noche eterna. Habían abierto la astronave discoidal desacertadamente. Si hubieran tenido tiempo para pensar bien la empresa, habrían comprendido sobre el terreno que el enorme tubo en espiral era una parte del sistema de propulsión.

De nuevo, surgían en la memoria del jefe de la expedición los acontecimientos del último y nefasto día: Niza, tendida sobre él —que yacía indefenso cerca del monstruo— para protegerle como un escudo. Bien breve había sido el florecer de aquel amor joven que aunaba en sí la abnegada fidelidad de las mujeres antiguas de la Tierra y el arrojo inteligente y sin reservas de la época contemporánea...

Pur Hiss apareció silencioso tras el jefe para relevarle de la guardia. Erg Noor pasó a la biblioteca-laboratorio, pero en vez de seguir por el pasillo del compartimiento central que conducía a los dormitorios, abrió la pesada puerta del camarote-enfermería.

Una luz difusa, igual a la del día terrestre, brillaba centelleante en los armarios de silicol, llenos de frascos e instrumentos, en el metal de la instalación de Rayos X y de los aparatos de circulación sanguínea y de respiración artificiales. El jefe de la expedición apartó los cortinones, que llegaban hasta el techo, y se adentró en la penumbra. Una débil claridad, de luna, tomaba tonos cálidos en el cristal rosáceo de silicol. Dos estimulantes tiratrónicos, enchufados para el caso de un colapso súbito, mantenían, con un chasquido apenas perceptible, el latir del corazón de la muchacha paralizada. Dentro del fanal, a la luz rosáceo-argentada, la inmóvil Niza aparecía sumida en plácido sueño. Muchas generaciones de antepasados, que llevaron una vida sana, holgada y limpia, habían ido cincelandos, con suma perfección de orfebres, las líneas flexibles y vigorosas del cuerpo de la mujer, la más bella obra de la pujante vida terrestre. Desde tiempos remotos, las gentes sabían que les había cabido en suerte un planeta extraordinariamente rico en agua. El agua estimulaba la exuberancia de la vida vegetal, y ésta creaba enormes reservas de oxígeno libre. Entonces, empezó a fluir, como un torrente impetuoso, la vida animal, que durante cientos de millones de años fue perfeccionándose gradualmente, hasta que apareció el ser pensante: el hombre. La enorme experiencia histórica del desarrollo de la vida en los sistemas planetarios de innumerables mundos, vino a demostrar que cuanto más penoso y largo era el ciego camino evolutivo de la selección, más bellas resultaban las formas de los seres superiores, pensantes, y con mayor sutileza se perfilaba la conveniencia de su adaptación a las condiciones circundantes y a las exigencias de la vida, armonía en que reside precisamente la belleza.

Todo lo existente se mueve y evoluciona en espiral. Erg Noor se imaginaba, como si la estuviera viendo, esa grandiosa espiral de general ascenso, aplicada a la vida y a la sociedad humana. Y por primera vez comprendió, con sorprendente claridad, que cuanto más difíciles son las condiciones de vida y funcionamiento de los organismos, como máquinas biológicas, tanto más penoso es el camino de desarrollo de la sociedad, más se aprieta la espiral del ascenso y más se juntan sus espiras. Por consiguiente, cuanto más lento y homogéneo es el proceso, más se parecen unas a otras las formas que surgen.

El no tenía razón al correr en pos de los maravillosos planetas de los soles azules. ¡Mal había enseñado a Niza! El vuelo a los nuevos mundos no debía perseguir el fin de buscar y descubrir unos planetas deshabitados cualesquiera, que se habían formado por sí mismos, de un modo casual; lo importante era que la humanidad avanzase paso a paso, con sensatez, por toda la rama de la Galaxia en una marcha triunfal del saber y la belleza de la vida... de una belleza como la de Niza...

Abrumado por una súbita pena, se arrodilló ante el sarcófago de silicol en que yacía Niza. La respiración de la muchacha era imperceptible, las pestañas proyectaban unas sombras lilas bajo los ojos, muy cerrados, y los labios, un poco entreabiertos, mostraban el brillante blancor de los dientes. En el hombro izquierdo, junto al codo y en el comienzo del cuello, se divisaban unas pálidas manchas azuladas: huellas de la nociva corriente.

—¿Ves, recuerdas algo a través de tu sueño? —preguntaba acongojado, en un acceso de dolor, sintiendo que su voluntad se tornaba blanda como la cera, en tanto se le hacía un nudo en la garganta, que le impedía respirar.

Erg Noor, apretándose las entrelazadas manos con tal fuerza, que los dedos se amorataban, intentaba transmitir a Niza sus pensamientos, su ardiente llamada a la vida y a la dicha. Pero la muchacha de los cabellos rojizos y ondulados continuaba inmóvil, como una estatua de mármol rosado que reprodujera con toda perfección el modelo vivo.

La médica Luma Lasvi entró sin hacer ruido en la enfermería y presintió la presencia de alguien. Al apartar con cuidado los cortinones, vio al jefe de rodillas, inmóvil, como un monumento a los millones de hombres que hubieron de llorar a sus amadas. No era la primera vez que le encontraba allí, y una profunda compasión agitó su alma. Erg Noor se levantó sombrío. Luma se acercó presurosa a él y le dijo en emocionado susurro:

—Tengo que hablar con usted.

Erg Noor asintió con la cabeza y, entornando los ojos, pasó a la sala anterior de la enfermería. Sin aceptar la silla que la médica le ofrecía, siguió en pie, apoyada la espalda contra el soporte de un emisor de radiaciones en forma de cúpula.

Luma Lasvi, que era de pequeña estatura, enderezó el cuerpo afanosa de parecer más alta y grave en la conversación que se avecinaba. La mirada del jefe cortó sus preparativos.

—Usted sabe —empezó a decir la médica, vacilante— que la neurología moderna ha profundizado en el proceso de surgimiento de las emociones en el consciente y el subconsciente de la psiquis. El subconsciente cede a la acción que los remedios inhibitorios ejercen a través de las antiguas regiones del cerebro encargadas de la regulación química del organismo, incluido el sistema nervioso y, parcialmente, la actividad nerviosa superior.

Erg Noor arqueó las cejas. Y Luma Lasvi se dio cuenta de que su preámbulo era demasiado largo y detallado.

—Quería decir que la medicina tiene posibilidades de acción sobre los centros cerebrales que rigen las emociones fuertes. Yo podría...

El fulgor de los ojos de Erg Noor y su fugaz sonrisa denotaban que había comprendido.

—¿Usted quiere ejercer influencia sobre mi amor, liberándome así de mis padecimientos? —inquirió rápido.

La médica asintió con la cabeza.

Erg Noor le tendió la mano, agradecido, y denegó:

—Yo no renuncio a la riqueza de mis sentimientos por mucho que me hagan sufrir. Los padecimientos, cuando no son superiores a las propias fuerzas, llevan a la comprensión, y ésta, al amor. Tal es el ciclo... Gracias, Luma, es usted muy buena, ¡pero no hace falta ese remedio!

E impetuoso como siempre, salió de la estancia.

Con la premura de los casos de avería, los ingenieros y los mecánicos electrónicos reinstalaron en el puesto central y en la biblioteca, igual que trece años antes, las pantallas de TVF para transmisiones terrestres. La astronave había entrado en la zona donde se podían captar las radioondas de la red universal de la Tierra, difundidas por la atmósfera.

Las voces, los sonidos, las formas, los colores del planeta natal y querido reanimaban a los viajeros, aguijoneando su impaciencia, y la duración del vuelo cósmico se hacía cada vez más insoportable.

La astronave llamaba al satélite artificial 57 por la onda habitual de los largos espacios intersidiales y esperaba, de hora en hora, la respuesta de aquella potente estación de enlace entre la Tierra y el Cosmos.

Por fin, la llamada de la astronave llegó a la Tierra.

Toda la tripulación permanecía en vela junto a los receptores de radio. ¡Era el retorno a la vida después de trece años terrestres, o nueve dependientes, sin comunicación con el planeta en que nacieran! La gente escuchaba con insaciable avidez las informaciones terrestres. Por la red universal se discutían las nuevas e importantes cuestiones que, como de costumbre, planteaba todo el que quería.

Una propuesta, captada casualmente, del agrónomo Heb Ur había suscitado una discusión de seis semanas y los cálculos más complejos.

«Propuesta de Heb Ur. ¡Examinénela!» —resonaba la voz de la Tierra—. «Todos los que hayan meditado sobre el particular y trabajado en este aspecto, cuantos tengan ideas coincidentes o hayan llegado a conclusiones opuestas, ¡que digan su opinión!» La fórmula acostumbrada de las amplias discusiones públicas llenaba de júbilo a los viajeros. Heb Ur había propuesto al Consejo de Astronáutica un estudio sistemático de los planetas accesibles de las estrellas azules y verdes. A su parecer, aquellos eran mundos singulares, con radiaciones de gran potencia capaces de estimular químicamente los

compuestos minerales, inertes en las condiciones terrestres, a la lucha contra la entropía, es decir, a la vida. Ciertas formas especiales de vida de minerales más pesados que los gases se tornarían activas bajo los efectos de las elevadas temperaturas e intensas radiaciones de las estrellas de las clases espectrales superiores. Heb Ur consideraba natural el fracaso de la expedición a Sirio, que no descubrió allí rastro alguno de vida, porque esta estrella de rápida rotación era doble y carecía de un campo magnético potente. Nadie discutía con Heb Ur respecto a que las estrellas dobles no podían ser generadoras de sistemas planetarios del Cosmos, pero la esencia de la propuesta suscitó una viva oposición por parte de los tripulantes de la Tantra.

Los astrónomos de la expedición, con Erg Noor a la cabeza, redactaron y enviaron un mensaje en el que se expresaba la opinión de los primeros hombres que habían visto Vega en el filme rodado por los del Argos.

Y los terrícolas oyeron maravillados la voz de la astronave que se aproximaba.

La Tantra era contraria al envío de una expedición siguiendo los principios de Heb Ur. Las estrellas azules emitían en efecto una cantidad de energía, por unidad de superficie de sus planetas, suficiente para la vida de compuestos pesados. Pero cualquier organismo vivo era un filtro y una presa de energía que contrarrestaba la segunda ley de la termodinámica o entropía, creando estructuras, propiciando una gran complicación de las moléculas minerales y gaseosas simples. Esa complicación sólo podía surgir en un proceso de desarrollo histórico de enorme duración y, por consiguiente, a base de condiciones físicas muy constantes. Y precisamente esas condiciones faltaban en los planetas de las estrellas de elevadas temperaturas, donde las ráfagas y torbellinos de potentísimas radiaciones destruían rápidamente los compuestos complejos. Allí no había nada largamente duradero, ni podía haberlo, pese a que los minerales adquirirían la estructura cristalina más estable en la red atómica cúbica.

En opinión de la Tantra, Heb Ur repetía el razonamiento unilateral de los antiguos astrónomos, que no comprendían la dinámica del desarrollo de los planetas. Cada planeta perdía sus elementos ligeros, los cuales lanzábanse al espacio para dispersarse en él. Dicho fenómeno se producía especialmente bajo el tremendo calor de los soles azules y la presión de sus irradiaciones.

La Tantra citaba ejemplos y terminaba afirmando que el proceso de aumento de pesantez de los planetas de las estrellas azules impedía que surgiesen en ellos formas de vida.

El satélite artificial 57 transmitió directamente las objeciones de los científicos de la astronave al observatorio del Consejo.

Al fin llegó el instante que con tanta impaciencia esperaban Ingrid Ditra y Key Ber, como, por cierto, todos los miembros de la expedición. La Tantra empezó a aminorar la velocidad sublumínica de su vuelo y, dejando atrás el cinturón gélido del sistema solar, se aproximó a la estación para astronaves situada en Tritón. Aquella velocidad no era ya precisa, pues desde allí, desde el satélite de Neptuno, la Tantra, volando solamente a novecientos millones de kilómetros por hora, podría llegar a la Tierra en menos de cinco horas. Sin embargo, la aceleración de la arrancada se prolongaba tanto tiempo que, durante él, la nave que emprendiese el vuelo desde Tritón sobrepasaría el Sol y se alejaría a enorme distancia de éste.

A fin de economizar el precioso anamesón y de liberar a los navíos cósmicos de pesados equipos, dentro del sistema se volaba en planetonaves iónicas. Su velocidad no excedía de ochocientos mil kilómetros por hora para los planetas interiores y de dos millones y medio para los exteriores. Un viaje ordinario de Neptuno a la Tierra duraba de setenta y cinco a noventa días.

Tritón, casi tan voluminoso como los gigantescos satélites tercero y cuarto de Júpiter — Ganímedes y Calixto— y el planeta Mercurio, poseía por ello una fina capa atmosférica, compuesta especialmente de ázoe y ácido carbónico.

Erg Noor aterrizó en un polo de Tritón, en el sitio señalado, a cierta distancia del edificio —de anchas cúpulas— de la estación. Los cristales del sanatorio-lazareto refulgían sobre una planicie, al borde de un barranco horadado por las dependencias subterráneas. Allí, en pleno aislamiento de la gente, los viajeros debían guardar cuarentena. Durante la misma, expertos médicos examinaban atentamente sus cuerpos, en los que podía haber anidado alguna nueva infección. El peligro era demasiado grande para menospreciarlo. Por ello, cuantos habían aterrizado en otros planetas, incluso deshabitados, eran sometidos ineludiblemente a dicha observación, por mucho tiempo que hubieran permanecido en la astronave. El interior de ésta también era inspeccionado por los científicos del sanatorio, antes de que la estación autorizase el regreso a la Tierra. En cuanto a los planetas explorados por la humanidad desde hacía tiempo, como Venus, Marte y algunos asteroides, la cuarentena se guardaba en sus respectivas estaciones, antes de emprender dicho vuelo.

De todos modos, la estancia en el sanatorio era mucho más soportable que en la astronave. Laboratorios de estudios, salas de conciertos, baños combinados de electricidad, música, agua y oscilaciones ondulares, paseos cotidianos, con escafandras ligeras, por las montañas y alrededores del lazareto... Y, por último, se disfrutaba de la comunicación con el planeta natal, no siempre regular, cierto, ¡pero los mensajes sólo tardaban cinco horas en llegar a la Tierra!

El sarcófago de silicol en que yacía Niza lo trasladaron al sanatorio con toda clase de precauciones. Erg Noor y el biólogo Eon Tal fueron los últimos en abandonar la Tantra. Caminaban con facilidad, a pesar del lastre con que se habían cargado para no dar súbitos saltos a causa de la débil fuerza de gravedad de aquel planeta.

Se apagaron los proyectores que rodeaban el campo de aterrizaje. Tritón pasaba frente a la parte de Neptuno iluminada por el Sol. Y por débil que fuera la luz grisácea reflejada por Neptuno, el gigantesco espejo de este inmenso planeta, que se encontraba solamente a trescientos cincuenta mil kilómetros de Tritón, disipaba las tinieblas creando en su satélite una clara penumbra semejante al crepúsculo primaveral de las altas latitudes de la Tierra. Tritón daba una vuelta en torno a Neptuno —en sentido inverso a la rotación de éste, es decir, de Oriente a Occidente— en casi seis días terrestres, y sus períodos «diurnos» duraban cerca de setenta horas. Entre tanto, Neptuno tenía tiempo de dar cuatro vueltas alrededor de su eje; también la sombra del satélite se deslizaba rauda, perceptiblemente, por el borroso disco.

Casi a la vez, el jefe y el geólogo vieron una pequeña nave posada en la planicie, lejos del borde del barranco. No era un navío cósmico con su mitad posterior abultada y grandes crestas de equilibrio. A juzgar por su muy afilada proa y su estrecho casco, debía ser una planetonave, pero se diferenciaba de los conocidos contornos porque tenía un grueso anillo en la popa y una alta superestructura en forma de huso.

—¿Hay aquí otra nave en cuarentena? —inquirió Eon en tono casi afirmativo—. ¿Habrá cambiado el Consejo su costumbre?...

—¿De no enviar nuevas expediciones astrales antes del regreso de las anteriores? —añadió Erg Noor—. En realidad, hemos cumplido los plazos fijados, pero el mensaje que debíamos enviar desde Zirda se ha retrasado dos años.

—Tal vez se trate de una expedición a Neptuno... —conjeturó el biólogo.

Recorrieron los dos kilómetros de camino hasta el sanatorio y subieron a la amplia terraza, revestida de basalto rojo. En el cielo brillaba el diminuto disco del Sol, más refulgente que todas las estrellas. Se le veía bien desde allí, desde el polo del satélite sin movimiento de rotación. Un frío terrible, de ciento setenta grados bajo cero, se sentía a través de la caldeadora escafandra como los habituales rigores de un invierno polar de la Tierra. Grandes copas de amoniaco o de ácido carbónico congelados caían lentamente en la atmósfera inmóvil, dando a los alrededores la serena calma de un nevado paisaje terrestre.

Erg Noor y Eon Tal, como hipnotizados, seguían con la mirada la caída de los copos, igual que hicieran en remotos tiempos sus antepasados, habitantes de las latitudes templadas, para quienes las primeras nieves significaban el fin de las labores agrícolas. También aquella nieve extraordinaria anunciaba a los dos astronautas la terminación de sus trabajos y de su viaje.

El biólogo, obedeciendo a un sentimiento subconsciente, tendió la mano al jefe.

—Han terminado nuestras peripecias, ¡y estamos sanos y salvos gracias a usted!

Erg Noor denegó con brusco ademán.

—¿Acaso estamos todos sanos y salvos? ¿Y gracias a quién estoy yo vivo?

Eon Tal no se turbó.

—¡Estoy convencido de que Niza se salvará! Los médicos de aquí quieren empezar inmediatamente el tratamiento. Han recibido instrucciones del propio Grim Shar, el director del laboratorio de parálisis generales...

—¿Se sabe ya qué tiene ella?

—Todavía no. Pero está claro que Niza ha sido lesionada por una corriente de un género que altera el quimismo de los ganglios nerviosos de los sistemas autónomos. Si se encuentra el medio de neutralizar su efecto, extraordinariamente prolongado, la muchacha será curada. Pues nosotros hemos descubierto ya el mecanismo de las parálisis psíquicas persistentes, que durante tantos siglos se consideraron incurables. Éste es algún mal análogo, pero causado por un agente externo. Cuando se hagan experimentos con mis cautivos, estén vivos o muertos, ¿recobraré el movimiento de mi brazo?

La vergüenza contrajo el rostro del jefe de la expedición. En su dolor, se había olvidado de lo mucho que el biólogo hiciera por él. ¡Aquello era impropio de un hombre cabal! Tomó la diestra de Eon Tal, y los dos científicos se expresaron su mutua simpatía con un fuerte apretón de manos, siguiendo la antigua costumbre varonil.

—¿Cree usted que los órganos mortíferos de los acalefos negros y de esa asquerosidad cruciforme son del mismo género? —preguntó Erg Noor.

—No lo dudo. La prueba la tengo en mi brazo y en la mano —repuso el biólogo, sin advertir el retruécano—. En la acumulación y la modificación de la energía eléctrica se expresa la adaptación vital de esos seres negros, moradores de un planeta rico en electricidad. Son auténticos carniceros; en cuanto a sus víctimas, no las conocemos por ahora.

—Sin embargo, recuerde usted lo que nos ocurrió a todos, cuando Niza...

—Eso es otra cosa. He meditado mucho sobre el particular. Al aparecer la terrible cruz, se expandió un infrasonido potentísimo, emanante de ella, que anuló nuestra voluntad. En ese mundo de las tinieblas hasta los sonidos son también negros, inaudibles. Luego de subyugar la conciencia con el infrasonido, ese ser actúa con un poder hipnótico más fuerte que el de nuestras grandes serpientes, hoy desaparecidas, como la anaconda. Ahí tiene lo que estuvo a punto de costarnos la vida, de no haber sido por Niza...

El jefe de la expedición miró al lejano Sol, que también iluminaba en aquellos instantes la Tierra. El Sol, eterna esperanza del hombre, desde los tiempos prehistóricos de su existencia en medio de una naturaleza implacable. El Sol, símbolo de la fuerza luminosa de la razón, que disipa las tinieblas y ahuyenta los monstruos de la noche. Y un jubiloso rayo de esperanza alumbró su alma hasta el fin del viaje...

El director de la estación de Tritón fue al sanatorio en busca de Erg Noor. La Tierra llamaba al jefe de la expedición, y la llegada del director al prohibido recinto del lazareto significaba que el aislamiento había terminado y que la Tantra podía coronar su vuelo de trece años. El jefe regresó en seguida, más concentrado que de ordinario.

—Hoy mismo emprendemos el vuelo. Me han pedido que tome seis hombres de la planetonave Amat, que se queda aquí para explorar unos nuevos yacimientos en Plutón. Nosotros nos llevamos esa expedición y los materiales que ha recogido en dicho planeta.

—Esos seis hombres —continuó— reequiparon una planetonave corriente y han

realizado con ella una hazaña sin par. Descendieron al fondo de un verdadero infierno, soportando la densa atmósfera neono-metánica en Plutón. Volaban entre tempestades de nieve amoniaca, con riesgo de estrellarse a cada instante, en la oscuridad, contra las gigantescas agujas de hielo de agua, firme como el acero. Y lograron hallar un lugar en que asomaban unas montañas. El enigma de Plutón ha sido al fin resuelto: ese planeta no pertenece a nuestro sistema solar. Fue capturado por él al paso del Sol a través de la Galaxia. Ésa es la causa de que su densidad sea bastante mayor que la de todos los demás planetas lejanos. Los exploradores han descubierto minerales raros, de un mundo completamente ajeno. Pero más importante aún es que, sobre una cordillera, se han hallado vestigios de unas edificaciones, casi completamente destruidas, que testimonian la existencia de una civilización antiquísima. Los datos recogidos por los exploradores deben ser comprobados, claro está. Todavía hay que demostrar que esos materiales de construcción son obra de seres pensantes... Pero la asombrosa hazaña es indudable. Me siento orgulloso de que nuestra astronave lleve a esos héroes a la Tierra y ardo en deseos de oír sus relatos. Su cuarentena terminó hace tres días... —Erg Noor calló, fatigado de la larga narración.

—¡Pero ahí hay una grave contradicción! —exclamó Pur Hiss.

—¡La contradicción es la madre de la verdad! —repuso tranquilamente Erg Noor al astrónomo, repitiendo el viejo aforismo—. Bueno, ¡ya es hora de preparar la Tantra!

La avezada astronave despegó de Tritón con facilidad y partió rauda, siguiendo una gigantesca curva perpendicular al plano de la eclíptica. El camino recto hacia la Tierra era impracticable: cualquier nave habría perecido en la vasta zona de meteoritos y asteroides, fragmentos del planeta Faetón, que existiera en tiempos entre Marte y Júpiter y al que la fuerza de atracción de este coloso del sistema solar había hecho pedazos.

Erg Noor aceleraba. Aprovechando la enorme fuerza de la astronave y con el gasto mínimo de anamesón, había decidido llevar los héroes a la Tierra en cincuenta horas, en vez de en los setenta y dos días señalados habitualmente para ese viaje.

La emisión radiofónica de la Tierra llegaba a la astronave a través del espacio; el planeta aclamaba la victoria sobre las tinieblas de la estrella de hierro y sobre la noche del Plutón glacial. Los compositores ejecutaban sus romanzas y sinfonías en honor de la Tantra y de la Amat.

Triunfales melodías resonaban en el Cosmos. Las estaciones de Marte, de Venus y de los asteroides llamaban a la nave, sumando sus acordes al coro general de gloria a los héroes.

—Tantra, Tantra —oyóse al fin la voz del puesto del Consejo—. ¡Aterrice en El Homra!

El cosmopuerto central se encontraba en África del Norte, en el lugar de un antiguo desierto. Y la astronave se precipitó hacia allá, rasgando la atmósfera terrestre, bañada de sol.

Capítulo VII - SINFONÍA EN FA MENOR DE TONALIDAD CROMÁTICA 4,750

Grandes planchas de plástico transparente servían de cristales a una ancha terraza cubierta que daba al mediodía, al mar.

La luz pálida y mate del techo no rivalizaba con el claror de la luna, sino que lo completaba, atenuando la brusca negrura de las sombras. Casi todo el personal de la expedición marítima se había congregado allí. Únicamente los más jóvenes se divertían jugando en el mar, argentado por la luna. El pintor Kart San estaba allí con su bellissimo modelo. Frit Don, jefe de la expedición, agitando con bruscos movimientos de cabeza sus largos cabellos dorados, hablaba del caballo descubierto por Miiko. El estudio del material de la estatua, para averiguar el peso de ella, había dado resultados imprevistos. Bajo la capa exterior, de una aleación indeterminada, había oro puro. Si el caballo era macizo,

incluso descontando la masa de agua desplazada por él, su peso ascendería a cuatrocientas toneladas. Para sacar aquel monstruo, harían falta grandes barcos dotados de aparatos y máquinas especiales.

Algunos preguntaron cuál era la razón de aquel absurdo despilfarro del precioso metal, y un colaborador científico de la expedición les recordó una leyenda, hallada en los archivos históricos, sobre la desaparición de las reservas de oro de todo un país en los tiempos en que este metal equivalía al coste del trabajo. Los criminales gobernantes, que habían tiranizado y arruinado al pueblo, antes de huir a otro país —por aquel entonces, entre los pueblos existían unas barreras artificiales denominadas fronteras—, recogieron todo el oro del Estado y lo fundieron, haciendo con él una estatua que fue puesta en la plaza más populosa de la principal ciudad. Y nadie pudo encontrarlo. El historiador suponía que persona alguna había adivinado entonces qué clase de metal se ocultaba bajo la capa de aleación barata.

El relato suscitó animación. El hallazgo de aquella enorme cantidad de oro era un espléndido regalo a la humanidad. Aunque el pesado metal amarillo no era ya, desde hacía tiempo, el símbolo del valor, continuaba siendo muy preciso para la electrotécnica, la medicina y, especialmente, para preparar el anamesón.

En un rincón de la parte exterior de la terraza, estaban sentados, en estrecho corrillo, Veda Kong, Dar Veter, el pintor, Chara Nandi y Evda Nal. Junto a ellos tomó asiento con timidez Ren Boz, después de haber buscado en vano al desaparecido Mven Mas.

—Tenía usted razón al afirmar que el pintor, mejor dicho, el arte en general, va siempre, inevitablemente, a la zaga del impetuoso progreso de la ciencia y la técnica —decía Dar Veter.

—No me ha entendido usted —replicó Kart San—. El arte ha corregido ya sus errores y comprendido cuál es su deber ante la humanidad. He dejado de crear formas monumentales, deprimentes, de representar el fausto y la grandeza, que en realidad no existen, pues eso es lo exterior. El más importante deber del arte consiste en desarrollar el lado emotivo del ser humano. Sólo el arte tiene poder de preparar y disponer nuestra psique para las impresiones más complejas. ¿Quién no conoce esa maravillosa facilidad perceptiva que da una preparación previa con ayuda de la música, los colores, la forma?... ¡Y hasta qué punto es inaccesible, cerrada, el alma cuando se trata de penetrar en ella brutalmente, con violencia! Ustedes, los historiadores, saben mejor que nadie cuántas calamidades ha soportado la humanidad en su lucha para desarrollar y cultivar el lado emotivo de la psique.

—En el pasado lejano, hubo un período en que el arte tendía hacia las formas abstractas —indicó Veda Kong.

—El arte tendía hacia la abstracción, imitando a la razón, que tenía ya una primacía evidente sobre todo lo demás. Pero las artes no pueden ser expresadas abstractamente, a excepción de la música, que ocupa un lugar especial y es también absolutamente concreta a su manera. Aquél era un camino falso.

—¿Y cuál es, a su parecer, el verdadero?

—Yo creo que el arte es el reflejo de la lucha e inquietudes del mundo en los sentimientos de las gentes; a veces, una ilustración de la vida, pero bajo el control de la conveniencia debida. Esta conveniencia es precisamente la belleza, sin la cual yo no concibo la dicha ni el sentido de la vida. De lo contrario, el arte degenera fácilmente en caprichosas invenciones, sobre todo cuando no se tienen suficientes conocimientos de la vida y de la historia...

—Pues yo he deseado siempre —intercaló Dar Veter— que el arte se aplique a vencer y transformar el mundo, en vez de limitarse a percibirlo.

—¡De acuerdo! —exclamó Kart San—. Pero a condición de que eso se refiera no sólo al mundo exterior, sino, fundamentalmente, al mundo interior de las emociones del hombre. A su educación... haciéndole comprender todas las contradicciones...

Evda Nal puso sobre la mano de Dar Veter la suya, firme y cálida.

—¿A qué sueño ha renunciado usted hoy?

—A uno muy grande...

—Entre nosotros —prosiguió el pintor—, todos los que han visto obras del arte de masas de la antigüedad, como películas cinematográficas, grabaciones de representaciones teatrales o de exposiciones de pintura, aprecian, por comparación, la maravillosa finura, belleza y exquisitez de nuestros espectáculos, danzas y cuadros modernos, depurados de todo lo superfluo... Sin hablar de las épocas de decadencia.

—Es inteligente, pero prolijo —comentó en un susurro Veda Kong.

—Al pintor le es difícil expresar con palabras o fórmulas los complicadísimos fenómenos que ve y elige de lo que le rodea —explicó Chara Nandi, y Evda Nal asintió con la cabeza.

—Yo quisiera —continuó diciendo Kart San— recoger y unir en una sola imagen los granos puros de la bella sinceridad de los sentimientos, de las formas y de los colores esparcidos en diferentes individuos. Quisiera reconstituir los tipos antiguos en la más alta expresión de la belleza de cada raza del pasado remoto, de cuya mezcla se ha formado la humanidad contemporánea. Así, «La hija de Gondwana» es la unión con la naturaleza, el subconsciente conocimiento de la relación entre las cosas y los fenómenos, una psicología hondamente penetrada aún de instintos...

—En cuanto a «La hija de Tetis, o del Mediterráneo», son sentimientos ya muy desarrollados, de una amplitud intrépida y una infinita diversidad, pues aquí se trata ya de otro grado, superior, de fusión con la naturaleza a través de las emociones, y no de los instintos. La fuerza de Eros, franca y netamente sometida a la elevación del ser humano. Las antiguas civilizaciones de la cuenca del Mediterráneo, la cretense, la etrusca, la helénica, la protohindú, de cuyo seno surgió el tipo humano capaz de crear esa emotiva cultura. Cuan grande ha sido mi suerte de encontrar a Chara: en ella se entrelazan, casualmente, los rasgos de los antiguos greco-cretenses y de otros pueblos posteriores de la India Central.

Veda sonrió satisfecha de haber acertado, y Dar Veter le dijo en voz queda que sería difícil encontrar mejor modelo.

—Si me sale bien «La hija del Mediterráneo», ejecutaré, indefectiblemente, la tercera parte de mi proyecto: una mujer nórdica, de cabellos de oro o color castaño claro, ojos serenos y límpidos, que miran con fijeza al mundo, alta, un poco lenta de ademanes, semejante a una de esas mujeres antiguas de los pueblos ruso, escandinavo o inglés. Solamente después de ello podré pasar a la síntesis, a la creación de la imagen de la mujer actual, que reúne los mejores rasgos de estas tres antepasadas suyas.

—¿Y por qué pinta usted sólo «hijas», y no «hijos»? —preguntó Veda, sonriendo.

—¿Es que hay que explicar que la belleza es siempre más acabada en la mujer y más refinada por las leyes fisiológicas?... —repuso el pintor, frunciendo el ceño.

—Cuando vaya usted a pintar su tercer cuadro, fíjese bien en Veda Kong —le aconsejó Evda Nal—. Es poco probable que...

El pintor la interrumpió, levantándose de un salto.

—¿Cree usted que no lo veo? Mas lucho conmigo mismo para que no penetre en mí su imagen ahora, cuando estoy pleno de otra. Pero Veda...

—Sueña con la música —dijo ésta, enrojeciendo un poco—. ¡Lástima que el piano de aquí sea solar y esté enmudecido por la noche!

—¿Es del sistema que funciona a base de semiconductores que canalizan la luz solar? —inquirió Ren Boz, inclinando el cuerpo sobre el brazo del sillón—. En ese caso, yo podría adaptarlo a la corriente del receptor de radio.

—¿Eso requiere mucho tiempo? —preguntó Veda, alegrándose.

—Una hora como mínimo.

—No vale la pena. Dentro de una hora empieza la transmisión de las últimas noticias

por la red universal. Embebidos en el trabajo, hace dos noches que no enchufamos el receptor de radio.

—Entonces, cante usted algo, Veda —le rogó Dar Veter—. Kart San tiene ese eterno instrumento musical con cuerdas que data de los Siglos Sombríos de la sociedad feudal.

—Una guitarra —aclaró Chara Nandi.

—¿Y quién va a acompañarme?... Probaré yo, tal vez pueda...

—¡Yo sé tocarla! —dijo Chara, y se ofreció a ir por ella al estudio.

—Vayamos los dos —le propuso Frit Don.

Chara echó hacia atrás, con arrogancia, sus cabellos negros, abundantes y espléndidos. Sherlis tiró de una palanca y corrió la pared lateral de la terraza, dejando al descubierto un paisaje de la orilla oriental del golfo. Frit Don partía ya a grandes zancadas y saltos. Chara, la cabeza erguida, corría también. Y aunque la muchacha se rezagó al principio, ambos llegaron juntos al estudio. Desaparecieron por la negra boca de la puerta, y, al cabo de un segundo, volvían raudos, bordeando el mar a la luz de la luna, compitiendo tenaces en velocidad. Frit Don alcanzó el primero la terraza, pero Chara, irrumpiendo por la abertura lateral, se encontró en su interior antes que él.

Veda aplaudió entusiasmada:

—¡Ha vencido a Frit, al campeón de las pruebas primaverales de decatlón!

—Chara Nandi ha cursado en la Escuela Superior de Baile sus dos facultades: la de danzas antiguas y la de bailes modernos —comentó Kart San, en el mismo tono admirativo.

—Veda y yo también hemos estudiado danza, pero sólo en la escuela elemental —dijo Evda Nal, dando un suspiro.

—Como todo el mundo —replicó maligno el pintor.

Chara rasgueó lentamente la guitarra, alzado el breve y firme mentón. La aguda voz de la joven resonó nostálgica y vibrante como un llamamiento. Cantaba una nueva canción, recién llegada de la zona Sur, a un ensueño frustrado. Uniósese a la melodía la voz grave de Veda, que era como un luminoso rayo de anhelos en el que palpitaba y desfallecía la canción de Chara. El dúo resultaba magnífico, por el contraste de las dos cantantes, que se completaban de modo maravilloso. Dar Veter miraba alternativamente a las dos sin poder decidir a cuál de ellas embellecía más la canción: a Veda, en pie, acodada sobre el receptor de radio, baja la cabeza, como cediendo al peso de sus trenzas claras que la luna hacía de plata, o a Chara, inclinada hacia adelante, la guitarra sobre las redondas rodillas desnudas y el rostro tan bronceado por el sol, que destacaba la blancura de los dientes y el fulgor de los ojos, límpidos, de córneas azuladas.

Había terminado la canción. Chara pulsaba indecisa las cuerdas. Y Dar Veter apretó las mandíbulas. Aquella romanza era la misma que le alejara en un tiempo de Veda y que también atormentaba a ella.

Los sonos de la guitarra se sucedían intermitentes. Corrían los acordes unos en pos de otros y apagábanse impotentes sin llegar a fundirse. La entrecortada melodía era como el batir de las olas en la costa, que se expandían sobre los bancos de arena para refluir al instante, una tras otra, en el negro mar insondable. Chara, sin saber nada, iba reviviendo con su voz sonora las palabras de amor que volaban por los inmensos espacios gélidos, de estrella en estrella, tratando de encontrar, de percibir al amado... Él se había adentrado en el Cosmos, para acometer la hazaña de unas nuevas búsquedas, ¡y quizá no volviera jamás! Pero, al menos, ¡si ella pudiera conocer la suerte, darle aliento por un segundo con una ardiente súplica, un tierno pensamiento o un saludo cariñoso!...

Veda callaba. Chara, presintiendo algo malo, interrumpió la romanza, levantóse rápida, le dio al pintor la guitarra y, gacha la cabeza, se acercó con aire culpable a la mujer de rubios cabellos claros, que permanecía inmóvil.

Veda sonrió.

—¡Dance para mí, Chara!

Ésta asintió sumisa con la cabeza, pero en aquel momento intervino Frit Don:

—Las danzas pueden esperar. ¡Ya es la hora de la transmisión!

En la azotea del edificio, un telescopio alargó su tubo elevando a mucha altura el extremo con dos placas metálicas cruzadas y ocho hemisferios sobre el anillo terminal. La habitación se llenó de potentes sonidos.

La emisión empezó con la exhibición de una de las nuevas ciudades espirales de la zona Norte de viviendas. Entre los urbanistas dominaban dos tendencias arquitectónicas: la ciudad en forma de pirámide o la construida en espiral. Edificábase en lugares especialmente cómodos para la vida, donde se concentraba el servicio de las grandes fábricas automáticas, cuyos cinturones se alternaban con los círculos de arboledas y prados que rodeaban la ciudad, la cual debía dar obligatoriamente al mar o a un gran lago.

Las ciudades se erigían en las elevaciones del terreno y en forma escalonada, para que no hubiera ni una sola fachada que no estuviera plenamente abierta al sol, al viento, al cielo y las estrellas. Al otro lado de los edificios se encontraban los locales de las máquinas, los almacenes, los distribuidores, los talleres y las cocinas, que a veces penetraban hondamente en la tierra. Los partidarios de las ciudades piramidales consideraban que la superioridad de éstas era su relativamente poca altura, unida a una considerable capacidad, mientras que los constructores de ciudades espirales erigían sus obras a una altura de más de un kilómetro. Ante los miembros de la expedición marítima apareció una empinada espiral que refulgía al sol con sus millones de opalinas paredes de plástico, armaduras de piedra fundida, con bordes de porcelana, y puntales de metal bruñido. Cada espiral se elevaba desde la periferia hacia el centro. Las grandes manzanas de casas estaban separadas por profundos nichos verticales. A fantástica altura, se veían leves puentes colgantes, balcones y salidizos de jardines. Centelleaban los contrafuertes, que ensanchábanse hacia su base abrazando las enormes escalinatas. Estas conducían a parques escalonados, extendidos en abanico hacia el primer cinturón de espesas arboledas. Las calles también se alzaban en espiral por el perímetro de la urbe o en su interior, bajo cubiertas de cristal, sin que hubiera en ellas ningún vehículo: cadenas continuas de transportadores se deslizaban ocultas en acanaladuras longitudinales.

La gente —unos bulliciosos y reidores, otros serios y graves— iba rápida por las calles, paseaba tranquila bajo las arcadas o descansaba en miles de lugares apacibles: entre las columnatas, en los amplios rellanos de las hermosas escaleras, en los jardines colgantes, plantados en los salidizos...

El espectáculo de la gran urbe duró poco tiempo; comenzó la emisión hablada.

—Continúa la discusión del proyecto presentado por la Academia de Radiaciones Dirigidas —dijo el hombre que apareció en la pantalla— sobre la sustitución del alfabeto lineal por la grabación electrónica. El proyecto no encuentra aprobación unánime. La principal objeción que se hace es la complejidad de los aparatos de lectura. El libro dejaría de ser el amigo y acompañante inseparable del hombre. A pesar de sus aparentes ventajas, el proyecto será rechazado.

—¡Mucho tiempo llevan discutiendo! —comentó Ren Boz.

—La contradicción es grande —señaló Dar Veter—. Por una parte, la atrayente facilidad de la grabación, y por otra, la dificultad de la lectura.

El hombre de la pantalla prosiguió:

—Se confirma la noticia de ayer: la treinta y siete expedición astral ha hablado. Los viajeros regresan...

Dar Veter quedó inmóvil aturdido por la violencia de sus contradictorios sentimientos. Miró de reojo y vio que Veda Kong, muy dilatadas las pupilas, se levantaba lentamente. El aguzado oído de Dar Veter percibió la agitada respiración de la joven.

—...del cuadro cuatrocientos uno, y la astronave acaba de salir del campo negativo, a

una centésima de parsec de la órbita de Neptuno. El retraso de la expedición ha sido debido al encuentro con un sol negro. ¡No hay bajas entre los tripulantes! La velocidad de la nave —añadió el locutor— es de cerca de cinco sextos de la unidad absoluta. Llegarán a la estación de Tritón dentro de once días. ¡Esperen nuestras informaciones sobre los magníficos descubrimientos hechos!

La emisión continuó. Se sucedieron otras noticias, pero nadie escuchaba ya. Todos habían rodeado a Veda y la felicitaban.

Ella sonreía, arreboladas las mejillas, con una inquietud oculta en el fondo de los ojos. Acercóse también Dar Veter. Veda sintió la fuerte presión de su mano, entrañable y necesaria, y encontró una mirada franca. Hacía tiempo que no la había mirado así. Veda conocía bien el triste desvío que se traslucía en su anterior actitud con respecto a ella. Y sabía que él no leía en su rostro solamente gozo...

Dar Veter dejó con lentitud la mano de ella, sonrió a su manera, con su sin par sonrisa clara; alejose. Los compañeros comentaban animadamente la noticia. Veda, en medio del corro, observaba a Dar Veter con el rabillo del ojo. Y vio que Evda Nal se acercaba a él. Un minuto más tarde, Ren Boz se unió a ambos.

—¡Hay que buscar a Mven Mas, pues él no sabe nada todavía! —exclamó Dar Veter, como si cayera de pronto en la cuenta—. Venga conmigo, Evda. ¿Viene usted también, Ren?

—Y yo —dijo Chara Nandi, incorporándose a ellos—. ¿Me lo permiten?

Salieron hacia el dulce chapoteo de las olas. Dar Veter se detuvo, ofreciendo el rostro al frescor de la brisa, y dio un profundo suspiro. Al volverse, encontró la mirada de Evda Nal.

—Me marcharé, sin pasar por casa —respondió a la pregunta muda.

Evda le tomó del brazo. Los cuatro caminaron un rato en silencio.

—Estaba pensando —murmuró Evda—: ¿será ésa la mejor solución? Seguramente lo es y usted tiene razón. Si Veda...

No terminó la frase, pero Dar Veter, comprensivo, le estrechó la mano y se la acercó a la mejilla. Ren Boz los seguía, a prudente distancia de Chara, que le miraba de soslayo con sus grandes ojos, ocultando una burlona sonrisa, en tanto caminaba a largos pasos. De pronto, riendo por lo bajo, le ofreció al físico su brazo libre. Ren Boz se aferró a él con ansia que parecía cómica en hombre tan vergonzoso.

—¿Dónde buscaremos a su amigo? —inquirió Chara, deteniéndose al borde del agua.

Dar Veter advirtió, a la clara luz de la luna, unas huellas humanas sobre la mojada arena. Simétricas, separadas por espacios iguales, parecían impresas con una máquina.

—Ha ido hacia allá —dijo Veter señalando a unas peñas.

—Sí, éstas son sus huellas —confirmó Evda.

—¿Por qué está tan segura? —repuso Chara, dudosa.

—Fíjese en la regularidad de los pasos. Así andaban los cazadores primitivos o los que heredaron sus rasgos. Y yo creo que de todos nosotros, Mven, a pesar de su erudición, es el que está más cerca de la naturaleza. Aunque tal vez sea usted, Chara... —y Evda se volvió hacia la pensativa muchacha.

—¿Yo? ¡Oh, no! —y tendiendo el brazo hacia adelante, exclamó—: ¡Ahí está!

En la peña más cercana, se destacaba la inmensa figura del africano, reluciente a la luz de la luna, igual que un mármol negro bruñido. Mven Mas agitaba las manos con energía, como si amenazase a alguien. Los potentes músculos de su fornido cuerpo se destacaban netos, semejantes a bolas, bajo la brillante piel.

—¡Parece el espíritu de la noche, de los cuentos infantiles! —comentó en voz baja Chara, emocionada.

Al divisar a los que se acercaban, Mven Mas saltó de la peña para reaparecer al instante, vestido ya. En pocas palabras, Dar Veter le contó lo ocurrido. El africano manifestó su deseo de ver a Veda Kong inmediatamente.

—Vaya con Chara —dijo Evda—. Nosotros nos quedaremos aquí un poco...

Dar Veter se despidió de él con un gesto. La expresión del rostro del africano denotaba que éste había comprendido todo; en un arranque casi infantil, balbució unas palabras de adiós, hacía tiempo olvidadas. Dar Veter, emocionado y pensativo, se alejó en compañía de la silenciosa Evda. Ren Boz, lleno de turbación, quedó parado unos instantes; luego, echó a andar en pos de Mven Mas y Chara Nandi.

Evda y Dar Veter llegaron al promontorio que resguardaba el golfo de los embates del mar. Desde allí, se veían con nitidez las lucecillas que contorneaban las enormes balsas circulares de la expedición marítima.

Después de empujar hasta el agua una canoa transparente, Dar Veter se irguió ante Evda, aún más corpulento y vigoroso que el africano. Ella, alzándose de puntillas, besó al compañero que partía.

—Veter, yo estaré con Veda —le prometió, respondiendo a los pensamientos de él—. Volveremos juntas a nuestra zona y esperaremos allí la llegada de los astronautas. Cuando se coloque de nuevo, comuníquemelo; para mí será siempre un placer ayudarle...

Durante largo rato, Evda acompañó con la mirada a la canoa, que se adentraba en el mar de plata...

Dar Veter ganó la segunda balsa, donde todavía trabajaban los mecánicos para terminar cuanto antes la instalación de los acumuladores. A petición de Dar Veter, encendieron tres luces verdes, en triángulo.

Al cabo de una hora y media, el primer espiróptero que pasaba se detuvo sobre la balsa y soltó su ascensor. Dar Veter montó en él. Durante un segundo, al ascensor se le vio brillar bajo el iluminado fondo del espiróptero y, al instante, desapareció por la escotilla. Al amanecer, Dar entraba ya en su domicilio fijo, situado no lejos del observatorio del Consejo; aún no había tenido tiempo de cambiar de vivienda. Abrió los grifos de insuflación de aire en sus dos habitaciones. Unos minutos más tarde no quedaba ni mota del polvo acumulado. Luego, sacó de la pared el lecho, hizo girar la vivienda hacia la parte de donde venía el olor y el chapoteo del mar, a los que estaba acostumbrado en los últimos tiempos, y se durmió profundamente.

Despertó con la sensación de que el mundo entero había perdido sus encantos. Veda estaba lejos, y seguiría estándolo, mientras... ¡Pero él tenía el deber de ayudarla, de no complicar la situación!

Un gran chorro giratorio de agua fresca, electrizada, se abatió sobre él en el baño. Dar Veter estuvo bajo aquella ducha tanto rato, que llegó a sentir frío. Refrescado, acercóse al aparato de TVF, abrió sus espejeantes portezuelas y llamó a la estación más próxima de distribución de trabajo. En la pantalla apareció un rostro joven. El muchacho reconoció a Dar Veter y le saludó con un leve matiz de respeto, lo que era considerado como una muestra de exquisita cortesía.

—Yo quisiera un trabajo difícil y prolongado —empezó a decir Dar Veter—, algo que requiriese esfuerzo físico; en las minas antárticas, por ejemplo.

—Allí no hay ninguna vacante —repuso el informador con un dejo de pena—. Lo mismo ocurre en los yacimientos de Venus, de Marte y hasta de Mercurio. Ya sabe usted que los jóvenes afluyen de buen grado a los lugares donde la labor es más ardua...

—Sí, pero yo no me puedo contar en esa envidiable categoría... Bueno, ¿y qué vacantes hay ahora? Necesito ocupación inmediatamente.

—Si le atraen los trabajos mineros, hay sitios libres en las explotaciones diamantíferas de Siberia Central —comenzó a enumerar despacio el joven, consultando una lista invisible para Dar Veter—. Además, en las fábricas oceánicas flotantes de artículos alimenticios y en la estación solar de bombeo del Tíbet, pero allí el trabajo es ya fácil. En los otros sitios, tampoco ofrece grandes dificultades.

Dar Veter dio las gracias al informador; le pidió un poco de tiempo para pensarlo y que, entre tanto, le reservase la vacante en las explotaciones diamantíferas.

Una vez desconectada la estación de distribución, captó la Casa de Siberia, amplio centro de información geográfica de aquella zona. Su aparato de TVF enlazó con la máquina mnemotécnica de las últimas grabaciones, y ante Dar Veter empezaron a desfilar lentamente inmensos bosques. La antigua taiga pantanosa, de alerces que se alzaban poco compactos sobre un terreno siempre helado, había desaparecido; en su lugar se erguían tremendos gigantes forestales: los cedros siberianos y las secoyas norteamericanas, especie casi extinguida en un tiempo. Enormes troncos rojos se elevaban como una soberbia cerca, en torno a las colinas, tocadas con capirotes de cemento. Grandes tubos de acero, de diez metros de diámetro, salían reptantes de sus faldas y, combándose sobre las líneas divisorias de las aguas, alcanzaban los ríos próximos, cuyo caudal absorbían íntegramente con sus bocazas en forma de embudo. Resonaba el sordo gorgoteo de las colosales bombas. Centenas de miles de metros cúbicos de agua se precipitaban en las profundidades de las brechas diamantíferas, de origen volcánico, abiertas por ellos, y se arremolinaban rugientes, erosionando la roca, para volver a la superficie, dejando en las rejillas de las cámaras de lavado decenas de toneladas de diamantes. En largas salas, inundadas de luz, los hombres observaban sentados las esferas móviles de las máquinas clasificadoras. Las centelleantes piedrecillas caían en cascada por las aberturas calibradas de los cajones de recepción. Los operarios de las estaciones de bombeo vigilaban de continuo los indicadores de los aparatos que calculaban la resistencia, continuamente variable, de la roca, la presión y el débito del agua, la profundidad del tajo y la eyección de partículas sólidas. Dar Veter pensó que la radiante vista de los bosques bañados de sol no armonizaba con su estado de ánimo, y desconectó la Casa de Siberia. Al instante, resonó la señal de llamada, y en la pantalla surgió el informador de la estación de distribución.

—Quería ayudarle a puntualizar sus reflexiones. Acabamos de recibir una oferta: hay una vacante en las minas submarinas de titanio de la costa occidental de América del Sur. Éste es el trabajo más difícil de cuantos existen hoy... ¡Pero hay que ir allí con urgencia!

Dar Veter se alarmó.

—No tendré tiempo de pasar las pruebas en la sección más próxima de la Academia de Psicofisiología del Trabajo.

—Las pruebas anuales reglamentarias que usted ha pasado, en su anterior trabajo, le relevan de éstas.

—¡Envíe la comunicación y deme las coordenadas! —replicó con viveza Dar Veter.

—Punto KM40, estación 6L, ramificación Sur N.º 17 de la rama Oeste de la Vía Espiral. Lanzo la advertencia.

El rostro serio desapareció de la pantalla. Dar Veter recogió sus pequeños efectos personales y metió en un cofrecillo las películas donde estaban grabadas las imágenes y las voces de sus íntimos, así como sus propias reflexiones más importantes. Quitó de la pared una reproducción cromorrefleja de un antiguo cuadro ruso y, de la mesa, una estatuilla de bronce de la actriz Bello Gal, que se parecía a Veda Kong. Todo aquello, en unión de un poco de ropa, cupo perfectamente en un cajón de aluminio con unas redondas cifras en relieve y unos signos lineales en la tapa. Dar Veter marcó las coordenadas que le habían facilitado, abrió una trampa de la pared y dejó en el hueco el cajón, que desapareció al momento, llevado por una cinta sin fin. Luego, inspeccionó sus habitaciones. Desde hacía muchos siglos, no había en nuestro planeta personas encargadas especialmente del arreglo de los locales. Sus funciones las desempeñaba cada morador, lo que requería singular orden y disciplina por parte de todos ellos, como asimismo un sistema bien meditado de estructuración de las viviendas y edificios públicos y la automatización de su ventilación y limpieza.

Terminada la inspección, Dar Veter bajó la palanquilla que había junto a la puerta, indicando así a la estación distribuidora de locales que sus habitaciones quedaban libres, y salió. La galería exterior, encristalada con placas de un color blanco lechoso, estaba

caldeada por el sol, pero la brisa marina refrescaba como siempre la azotea. Los puentecillos para peatones, tendidos en la altura entre los enrejados edificios, parecían flotar en el aire e invitaban a pasear sin prisas, pero, de nuevo, no era Dar Veter dueño de sí mismo. El tubo de descenso automático le condujo al correo magneto-eléctrico subterráneo, y, desde éste, un vagoncillo le llevó a la estación de la Vía Espiral. Dar Veter no fue al Norte, al estrecho de Bering, por donde pasaba el arco de unión de la rama Oeste. Siguiendo aquel camino, hasta América del Sur, y sobre todo hasta un lugar tan meridional como la ramificación N.º 17, se tardaban cerca de cuatro días. En cambio, por las latitudes de las zonas de viviendas Norte y Sur pasaban líneas de espirópteros de carga que daban la vuelta al planeta a través de los océanos y enlazaban, por el camino más corto, las ramas de la Vía Espiral. Dar Veter fue por la rama central hasta la zona Sur de viviendas, con la esperanza de convencer al jefe de transportes aéreos de que él era una carga urgente. De este modo, a más de reducir el viaje a treinta horas, Dar Veter podría ver al hijo de Grom Orm, presidente del Consejo de Aeronáutica, que le había elegido mentor del chico.

El muchacho era ya mayor y, al año siguiente, debía emprender «los doce trabajos de Hércules». Entre tanto, trabajaba en el Servicio de Vigilancia, en los pantanos de África Occidental.

No había joven alguno que no soñara con pertenecer al Servicio de Vigilancia. ¡Qué apasionante era acechar la aparición de los tiburones en el océano, de los insectos dañinos, de los vampiros y los reptiles en los pantanos tropicales, de los microbios morbíficos en las zonas esteparia y forestal, descubrir y aniquilar estas terribles plagas del pasado de la Tierra que, misteriosamente, aparecían una y otra vez, resurgiendo de los apartados rincones del planeta! La lucha contra las formas nocivas de la vida proseguía sin tregua. Los microorganismos, insectos y hongos reaccionaban a los nuevos medios de exterminio produciendo nuevas especies que se resistían a los compuestos químicos más fuertes. Hasta la Era de la Unificación Mundial, no se había aprendido a emplear acertadamente los antibióticos enérgicos, sin dar lugar a consecuencias peligrosas.

«Si Dis Ken —pensaba Dar Veter— ha sido destinado a la vigilancia de los pantanos, se hará un buen trabajador desde los años mozos.»

El hijo de Grom Orm, como todos los niños de la Era del Circuito, se había educado en una escuela a orillas del mar, en la zona Norte. Allí mismo había pasado las primeras pruebas en la estación psicológica de la APT.

Al encomendar un trabajo a los jóvenes, se tenían siempre en cuenta las particularidades psicológicas de la juventud, sus impulsos hacia el futuro, elevado sentido de la responsabilidad y egocentrismo.

El enorme vagón se deslizaba raudo, sin ruido ni oscilaciones. Dar Veter subió al piso superior, con techo transparente. Allá abajo, lejos, y a ambos lados de la Vía, desfilaban, veloces, edificios, canales, bosques y cimas de montañas. La cinta de las fábricas automáticas, en el límite entre las zonas agrícola y forestal, refulgía al sol con sus cúpulas de vidrio «lunar». Los severos contornos de las colosales máquinas se columbraban a través de las paredes de cristal.

Pasó fugaz el monumento a Zhin Kand, inventor de un medio barato de obtención de azúcar artificial, y la arcada de la Vía empezó a cruzar los bosques de la zona agrícola tropical. Extendíanse inacabables, hasta perderse de vista, espesas franjas y selvas enteras de árboles de diversas formas y alturas, con follaje y cortezas de distintos matices. Por las llanas sendas que dividían los ingentes macizos de verdor, se deslizaban lentas las cosechadoras mecánicas, las máquinas de polinización y de recuento; innumerables cables brillaban como una descomunal telaraña. Hubo un tiempo en que el símbolo de la abundancia era el dorado trival. Pero en la Era de la Unificación Mundial se comprendió ya la desventaja económica de los cultivos anuales; el traslado de toda la agricultura a la zona tropical hizo innecesario el cultivar cada año plantas y arbustos, cosa

que requería mucha mano de obra y gran esfuerzo. Los árboles, vegetales vivaces que agotaban menos el terreno y resistían bien los rigores climáticos, constituían ya los cultivos fundamentales siglos antes de la Era del Circuito.

Árboles que proporcionaban grano para el pan, nueces, avellanas, piñones, bayas, miles de variedades de frutos ricos en proteínas, daban un quintal métrico de masa nutritiva por unidad. Inmensos vergeles, con una superficie de centenares de millones de hectáreas, rodeaban la Tierra en doble cinturón, verdadero cinturón de Ceres, la diosa mitológica de la agricultura. Entre ellos se encontraba la zona forestal ecuatorial, océano de húmedos bosques tropicales que aprovisionaba al planeta de madera de todas clases: blanca, negra, violeta, rosa, dorada, gris con reflejos de seda, dura como el hueso y blanda como la pulpa de la manzana, sumergible como la piedra y flotante como el corcho. Allí se obtenían decenas de variedades de resina, más baratas que las sintéticas y que al propio tiempo poseían valiosísimas cualidades industriales o curativas.

Las copas de los gigantes silvestres llegaban al nivel de la Vía, y un mar verde susurraba a ambos lados de ella. En sus umbrías profundidades, en medio de acogedores claros, escondíanse las casas sobre altos pilotes metálicos y las enormes máquinas, semejantes a monstruosas arañas, que conseguían transformar toda aquella vegetación salvaje, de ochenta metros de altura, en sumisas pilas de troncos y tablas.

Las redondas cimas de las célebres montañas del Ecuador aparecieron a la izquierda. Sobre una de ellas, el Kenia, se encontraba un puesto de transmisión del Gran Circuito. El mar de bosques refluyó a la izquierda, dejando sitio a una pedregosa llanura. A los lados, se alzaron unas construcciones azules de forma cúbica.

El tren se detuvo, y Dar Veter salió a la amplia plaza, pavimentada de cristal verde, de la Estación del Ecuador. Cerca del puente para peatones, tendido sobre las copas planas, gris azuladas, de unos cedros del Atlas, se erguía una pirámide de aplita blanca, como de porcelana, del río Lualabá. En su truncada cúspide había una estatua de un hombre, con mono de trabajo, de la Era del Mundo Desunido. Con la mano derecha empuñaba un martillo y con la izquierda elevaba hacia el pálido cielo ecuatorial un globo refulgente con los cuatro vástagos de las antenas de emisión. Aquello era un monumento a los constructores de los primeros sputniks de la Tierra, que habían realizado la gran hazaña laboral, plena de inventiva y audacia. Todo el cuerpo del hombre, echado hacia atrás, parecía dar impulso al globo para lanzarlo al firmamento y expresaba la inspiración del esfuerzo. Aquel esfuerzo se lo transferían las figuras de unas gentes, con vestiduras extrañas, que rodeaban el pedestal.

Dar Veter contemplaba siempre con emoción los rostros de aquellas estatuas. Sabía que los hombres que habían construido los primeros satélites artificiales y llegado a los umbrales del Cosmos eran rusos, es decir, pertenecían al mismo admirable pueblo del que procedía Dar Veter y que había sido el primero en emprender tanto la edificación de la nueva sociedad como la conquista del Cosmos...

Y, como siempre, Dar Veter se dirigía hacia el monumento para examinar una vez más los rasgos de los antiguos héroes, buscando parecidos y diferencias con los modernos. Bajo las aterciopeladas ramas argentadas de los leucodendros sudafricanos que encuadraban la pirámide, centelleante al sol con cegadores reflejos, aparecieron dos esbeltos jóvenes y detuviéronse al momento. Uno de ellos se abalanzó hacia Dar Veter para abrazarlo. Abarcando con el brazo la potente espalda, el muchacho contempló a hurtadillas las conocidas facciones de aquel rostro enérgico: la nariz grande, el mentón ancho, los labios dilatados en alegre sonrisa de sorpresa que contrastaba con la expresión algo sombría de los ojos de acero, bajo las juntas cejas.

Dar Veter examinó con aprobatoria mirada al hijo del hombre ilustre, constructor de estaciones en el sistema planetario del Centauro y presidente, desde hacía cinco trienios, del Consejo de Astronáutica. Grom Orm debía de tener, como mínimo, ciento treinta años, tres veces más que Dar Veter.

Dis Ken llamó a su compañero, un muchacho de cabellos negros.

—Tor An, mi mejor amigo, el hijo del compositor Zig Zor. Trabajamos los dos en los pantanos. Queremos hacer juntos «los trabajos de Hércules» y no separarnos jamás.

—¿Sigues con tu afición a la cibernética de la herencia? —preguntó Dar Veter.

—¡Desde luego! Tor, que es músico como su padre, la ha hecho aún mayor. Él y su novia... sueñan con dedicarse a una esfera en que la música ayuda a comprender la evolución del organismo vivo, es decir, a estudiar la sinfonía de su estructura.

—Eso es demasiado vago —le indicó Dar Veter, con ceño.

—Quizá Tor lo explique mejor —contestó turbado Dis—. Yo no puedo hacerlo aún...

El otro muchacho se puso colorado, pero aguantó la escudriñadora mirada.

—Dis quería hablarle del ritmo del mecanismo de la herencia. El organismo vivo, al formarse de la célula materna, se enriquece con acordes moleculares. El par espiral primitivo se desarrolla siguiendo un plan análogo al de la sinfonía. Dicho de otra manera: ¡el programa de formación del organismo, mediante las células vivas, es musical!

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Dar Veter, con exagerado asombro—. Pero, en ese caso, ¿toda la evolución de la materia orgánica e inorgánica se reduce, según vosotros, a una sinfonía colosal?!

—Sí, cuyo plan y ritmo son regidos por las leyes físicas fundamentales. Solamente hace falta comprender la estructura del programa y lo que informa ese mecanismo lírico-cibernético —confirmó, con juvenil suficiencia, Tor An.

—¿De quién es la idea?

—De mi padre, Zig Zor. Hace poco ha publicado su trece sinfonía cósmica en fa menor, de tonalidad cromática 4,750..

—¡La oiré sin falta! Me gusta el color azul... Bueno, pero vuestros proyectos inmediatos son «los trabajos de Hércules». ¿Sabéis ya cuáles os han sido señalados?

—Sólo los seis primeros.

—Naturalmente, los otros seis se señalan cuando han sido realizados los anteriores —les recordó Dar Veter.

—Tenemos que limpiar y hacer visitable el piso inferior de la cueva de Kong-i-Gut, en Asia Central —empezó a enumerar Tor An.

—Hacer un camino hasta el lago Mental, a través de la aguda cresta de la montaña —continuó Dis Ken—; repoblar un bosquecillo de viejos árboles del pan, en la Argentina; esclarecer las causas de la aparición de grandes pulpos en la región del reciente alzamiento surgido cerca de la Trinidad...

—¡Y aniquilarlos!

—Ese es el quinto. ¿Y cuál es el sexto?

Ambos jóvenes quedaron un poco cortados.

—Se ha reconocido que los dos tenemos aptitudes para la música —contestó, ruborizándose, Dis Ken—. Y nos han encargado que nos documentemos acerca de las antiguas danzas de la isla de Bali, a fin de reconstruir su música y coreografía...

—Por consiguiente, ¿vais a elegir danzarinas y a organizar un conjunto de baile? —precisó Dar Veter, riendo.

—Sí —confesó Tor An, con la vista baja.

—¡Interesante encargo! Mas ésa es una tarea colectiva, lo mismo que la del camino del lago.

—¡Oh, tenemos un buen grupo!... Pero quieren pedirle una cosa: que sea usted también su mentor. ¡Eso sería magnífico!

Dar Veter manifestó sus dudas de que pudieran llevar a cabo la sexta empresa. Sin embargo, los chicos, saltando de contento, le aseguraron gozosos que Zig Zor «en persona» había prometido asumir la dirección de la misma.

—Dentro de un año y cuatro meses, yo encontraré un gran quehacer en Asia Central —les anunció Dar Veter, observando con satisfacción sus juveniles rostros radiantes.

—¡Cuánto me alegro de que haya usted dejado de dirigir las estaciones! —exclamó Dis Ken—. ¡Yo ni siquiera pensaba que iba a trabajar con un mentor semejante!... —y de pronto, el muchacho enrojeció hasta tal punto, que su frente se perló de sudor. Tor se apartó de él, con gesto de reproche.

Dar Veter se apresuró a echar una mano al hijo de Grom Orm, para sacarle de su azoramiento.

—¿Tenéis mucho tiempo libre?

—Sólo nos han dado un permiso de tres horas. Hemos traído un enfermo de paludismo de nuestra estación del pantano.

—¿Todavía se dan tales casos? Yo creía...

—Con muy poca frecuencia, y solamente en los pantanos —le interrumpió Dis—. ¡Para eso estamos nosotros allí!

—Aún disponemos de dos horas. Vayamos a la ciudad. A vosotros, seguramente, os gustará ver la Casa de lo Nuevo.

—No, no. Nosotros quisiéramos... que nos contestara a unas preguntas. Las tenemos preparadas. ¡Y eso es tan importante para elegir camino!...

Dar Veter accedió, y los tres se dirigieron a una habitación de la Sala de Huéspedes, refrescada por una brisa marina artificial.

Dos horas más tarde, otro vagón llevaba ya a Dar Veter, adormecido de cansancio sobre un diván. Se despertó en la parada de la Villa de los Químicos. Un inmenso edificio, en forma de estrella de diez refulgentes puntas de cristal, se alzaba junto a unos grandes yacimientos de hulla. El carbón de piedra que se extraía de ellos era transformado en medicamentos, vitaminas, hormonas, sedas y pieles artificiales. Los residuos se destinaban a la preparación de azúcar. En una de las puntas del edificio, se obtenían del carbón metales raros, como el germanio y el vanadio. ¡Qué no encerraría el preciado mineral negro!

Un viejo compañero de Dar Veter, que trabajaba allí de químico, le recibió. Hubo en un tiempo tres alegres jóvenes mecánicos en una estación indonésica de máquinas cosechadoras de frutos de la zona tropical... Uno de ellos era ya químico y estaba al frente del gran laboratorio de una importante fábrica; otro continuaba siendo horticultor y había inventado un nuevo procedimiento de polinización; en cuanto al tercero, Dar Veter, volvía otra vez al seno de la Tierra, más hondo aún, a sus profundas entrañas. Aunque los dos amigos no estuvieron juntos más de diez minutos, aquel contacto directo era bastante más agradable que las entrevistas por medio de las pantallas de TVF.

El resto del viaje lo hizo con rapidez. El jefe de la línea aérea latitudinal, mostrando la benevolencia propia de todos los hombres de la época del Circuito, se dejó convencer fácilmente.

Dar Veter cruzó en avión el océano y se encontró en la rama Occidental de la Vía, al Sur de la ramificación 17, en cuyo extremo costero se transbordó a un out-board.

Altas montañas bordeaban el mar. En sus faldas, de suave pendiente, había unas mesetas escalonadas de piedra blanca que contenían el terreno, cubierto de hileras de pinos meridionales y widdringtonias, cuyo follaje bronceado y agujas azul-verdosas alternaban en alamedas paralelas. Más arriba, en las rocas desnudas, se divisaban oscuras quebradas a las que caía, como un fino polvillo, el agua de las cascadas. Por las mesetas se esparcían las casitas en espaciadas hileras, con sus tejados gris-azulencos, pintadas de color naranja o amarillo de oro.

Un promontorio artificial de arena se internaba lejos, en el mar y terminaba en una torre bañada por las olas. Ésta se erguía al borde de un acantilado que se hundía en el océano a una profundidad de un kilómetro. Del pie de la torre partía vertical hacia abajo un enorme tubo de hormigón cuyas gruesas paredes resistían a la fuerte presión abisal. Al llegar al fondo, penetraba en la cumbre de una montaña submarina, compuesta de rutilo —óxido de titanio— casi puro. Todo el beneficio del mineral se efectuaba bajo el agua y

las montañas, únicamente subían a la superficie los grandes lingotes de titanio puro y los residuos, que se expandían por ella enturbiándola en una amplia extensión. Aquellas olas amarillas y turbias balanceaban el out-board ante el desembarcadero, situado en la parte sur de la torre. Dar Veter aprovechó un momento propicio y saltó a una pequeña plazoleta, mojada de las salpicaduras. Luego, subió a una galería cubierta donde se habían congregado varias personas, salientes de guardia, para recibir al nuevo compañero. Los trabajadores de aquella mina, que a Dar Veter le pareciera tan aislada, no eran los sombríos anacoretas que él se había imaginado bajo la influencia de su estado de ánimo. Caras afables le sonreían alegres, aunque en ellas se reflejaba el cansancio del duro trabajo. Eran cinco hombres y tres mujeres, pues allí había también personal femenino...

Pasaron diez días. Dar Veter ya estaba acostumbrado a su nuevo trabajo.

La explotación tenía su propia central energética: en el fondo de unas viejas galerías del continente, se ocultaban unos generadores de energía nuclear del tipo E —llamada antiguamente del segundo tipo—, que por no emitir radiaciones residuales duras era conveniente para las instalaciones locales.

Un sistema complicadísimo de máquinas se adentraba en las pétreas entrañas de la montaña submarina penetrando de continuo en el frágil mineral rojo-parduzco. El trabajo más difícil era el del piso inferior del sistema, donde se realizaba la extracción y fraccionamiento automáticos de la roca. La maquinaria recibía señales del puesto central, que se encontraba arriba, donde se efectuaba la observación general sobre el funcionamiento de los aparatos de corte y trituración, el control de las variaciones de dureza y viscosidad del mineral y la verificación de los pozos de preparación hidráulica. La velocidad del grupo de máquinas extractoras y trituradoras se aumentaba o disminuía en dependencia del variable contenido de metal. Toda aquella labor de vigilancia y comprobación que efectuaban los mecánicos no se podía confiar a dispositivos automáticos, debido a la limitación del espacio protegido contra el mar.

Dar Veter era mecánico, encargado del reglaje y observación del grupo inferior. Sucediáanse las largas guardias diarias en cámaras en penumbra, llenas de esferas y cuadrantes, donde la bomba de aireación acondicionada luchaba a duras penas contra el agobiador bochorno, agravado por el aumento de la presión a causa de los inevitables escapes de aire comprimido.

Terminada la jornada, Dar Veter y su joven ayudante salían a la superficie, a respirar durante largo rato el aire puro en la terraza con balaustrada; después de bañarse y comer, volvía cada uno a su habitación en una de las casitas superiores. Dar Veter trataba de reanudar su estudio de una nueva rama de las matemáticas: la coclear. Le parecía haber olvidado su anterior contacto con el Cosmos. Como a todos los trabajadores de la mina de titanio, le gustaba acompañar con la mirada las balsas con los lingotes de aquel mineral, cuidadosamente apilados. Después de la reducción de los frentes polares, las tempestades eran mucho menos fuertes, y una gran parte del transporte marítimo se efectuaba en balsas remolcadas o automotrices. Cuando llegó el día de relevar el personal, Dar Veter se quedó allí con otros dos entusiastas de los trabajos mineros.

Nada es eterno en este variable mundo, y la mina hubo de paralizarse para la reparación correspondiente del grupo de máquinas de extracción y fraccionamiento. Dar Veter penetró por vez primera hasta el fondo de la explotación, donde solamente con una escafandra especial podía soportarse el calor, la elevada presión y el gas tóxico que escapaba de pronto por las fisuras. A la cegadora luz de la galería, las parduscas paredes de rutilo centelleaban con sus peculiares destellos diamantinos y lanzaban rojos fulgores, como unos ojos furibundos ocultos en la roca. Reinaba allí un silencio extraordinario. La perforadora electrohidráulica de chispa y los enormes discos —emisores de ondas ultracortas— permanecían inmóviles por primera vez en muchos meses. Al pie de ellos, aprovechando la ocasión, unos geofísicos que acababan de llegar estaban atareados

instalando sus aparatos, a fin de comprobar los contornos del yacimiento.

Arriba, cálidos y serenos, transcurrían los días del otoño meridional. Dar Veter fue a las montañas, donde sintió con singular fuerza la grandeza de aquellas moles de piedra que se alzaban inmóviles, en el decurso de milenios, ante el mar y el cielo. Rumoreaban las hierbas secas, con susurro de seda; de abajo, apenas llegaba el batir de las olas. El cuerpo cansado demandaba reposo, pero el cerebro captaba con ansia las impresiones del mundo, que se antojaban nuevas después del largo y penoso trabajo subterráneo.

El ex director de las estaciones exteriores, al aspirar el aroma de las rocas recalentadas y de las hierbas del desierto, creyó que aún le esperaba mucho bueno, tanto más, cuanto más fuerte fuera él mismo. Y le vino a la memoria una vieja sentencia popular:

Quien siembra la acción, recoge la costumbre. Quien siembra la costumbre, recoge el carácter.

Quien siembra el carácter, recoge el destino.

Sí, ¡la mayor lucha del hombre era la lucha contra el egoísmo! No había que combatirlo con máximas sentimentales ni con una moral bella, pero ineficaz, sino con la comprensión dialéctica de lo que el egoísmo significaba. Éste no era un engendro de algún espíritu maligno, sino el natural instinto de conservación del hombre primitivo, que había desempeñado tan gran papel en el salvajismo. Ahí estaba la causa de que en individualidades fuertes, brillantes, el egoísmo fuera también fuerte, con bastante frecuencia, y difícil de vencer. Pero esa victoria constituía una necesidad, quizá más imperiosa en la sociedad moderna. Por ello se dedicaban tantos esfuerzos y tiempo a la educación y se estudiaba con sumo cuidado la estructura de la herencia de cada uno. En la grandiosa mezcla de razas y pueblos que habían creado una sola familia en el planeta, surgían de pronto, de las ignotas profundidades de la herencia, los más inesperados rasgos del carácter de los antepasados. Producíanse sorprendentes desviaciones psíquicas que tenían sus orígenes en los tiempos de grandes calamidades de la Era del Mundo Desunido, cuando los hombres no guardaban precauciones en las pruebas y empleo de la energía nuclear, lesionando así la herencia de multitud de personas...

Dar Veter también había tenido una larga genealogía, innecesaria ya. El estudio de los antepasados se había sustituido por el análisis directo de la estructura del mecanismo hereditario, análisis que en el tiempo presente adquiriría mayor importancia debido a la longevidad. A partir de la Era del Trabajo General, los hombres vivían hasta ciento setenta años, y ya se vislumbraba que los trescientos no eran el límite de la vida humana...

El susurro de unas piedrecillas al rodar arrancó a Dar Veter de sus vagas y complejas meditaciones. Por la vertiente descendían dos personas: la operaría de la sección de electro-fundición, mujer callada y tímida, y el ingeniero del servicio exterior, hombre pequeño y vivaracho. Los dos, colorados de la rápida marcha, saludaron al pasar con la intención de seguir su camino, pero Dar Veter los detuvo.

—Hace tiempo quería pedirle —dijo, dirigiéndose a la operaría— que ejecutara la trece sinfonía cósmica en fa menor azul. Usted ha tocado mucho para nosotros, pero nunca esa obra musical.

—¿La de Zig Zor? —inquirió la mujer, y como Dar Veter asintiera, ella se echó a reír.

—Hay pocas personas en la Tierra capaces de interpretarla... El piano solar de triple teclado es demasiado pobre, y todavía no está hecha la transposición... Yo dudo de que la hagan alguna vez. Pero ¿por qué no pide usted a la Casa de la Música Superior que pongan la grabación? Nuestro receptor es universal y de bastante potencia.

—Yo no sé cómo se hace eso —barbotó Dar Veter—. Antes, no...

—¡Yo la pediré esta noche! —le prometió y, luego de tenderle la mano a su acompañante, continuó el descenso.

Durante el resto del día, Dar Veter tuvo el presentimiento de que iba a acontecer algo trascendental. Con extraña impaciencia aguardaba las once de la noche, hoja fijada por la

Casa de la Música Superior para la transmisión de la sinfonía.

La operaria de la electrofundición, como directora de la velada, colocó a Dar Veter y a otros aficionados en el campo focal de la pantalla semiesférica de la sala de conciertos, frente a la rejilla de plata de la caja de resonancia. Apagó la luz, después de explicar que ésta impediría apreciar bien la parte cromática de la sinfonía, la cual sólo podía ejecutarse en una sala especialmente equipada, mientras que allí, por fuerza, veríase constreñida al espacio interior de la pantalla.

En las tinieblas, percibíase solamente la débil claridad de la pantalla y apenas se oía el constante fragor del mar. Allá, en la infinita lejanía, surgió un sonido grave y tan denso que parecía tener corporeidad. Se hacía cada vez más fuerte, conmoviendo la estancia y los corazones; luego descendió de pronto, aumentando de tono, y desgranose al punto, esparcido en millones de añicos de cristal. Unas chispas minúsculas, de anaranjados destellos, rasgaron las sombras. Aquello era como la descarga del rayo primitivo que fundiera por primera vez, hacía millones de siglos, las combinaciones simples de carbono en moléculas más complejas que habían de ser base de la materia orgánica y de la vida.

A continuación, se alzó una ola de agitados sonidos desacordes, y un coro de mil voces cantó el dolor, la nostálgica tristeza, la desesperación, matizados de unos tenues fulgores purpúreos y escarlata que se encendían y apagaban con celeridad.

En la sucesión de las breves notas, que vibraban con brusquedad, observase un movimiento circular ascendente, y una confusa espiral de fuego gris se elevó sinuosa a gran altura. De súbito, el torbellino del coro fue hendido por unas notas largas, arrogantes y sonoras, plenas de impetuosa fuerza.

Los vagos contornos ígneos del espacio eran atravesados por las nítidas líneas azules de unas flechas de fuego que volaban en las insondables tinieblas, más allá de la espiral, para hundirse en la noche del espanto y el silencio.

Oscuridad y silencio: tal era el final de la primera parte de la sinfonía.

Antes de que los oyentes, un poco aturcidos, tuvieran tiempo de pronunciar una palabra, se reanudó la música. Anchas cascadas de potentes sonidos, acompañados de cegadores reflejos multicolores, caían, cada vez más bajos y débiles, mientras se apagaban, en melancólico ritmo, las luces centelleantes. De nuevo, algo estrecho y afilado palpó impetuoso en las cascadas, y otra vez las luces azules empezaron a danzar en ascensión rítmica.

Dar Veter, maravillado, percibió en los sonidos azules la tendencia a la complicación de ritmo y de formas, y pensó que no había mejor manera de reflejar la primitiva lucha de la vida contra la entropía... Escalones, diques y filtros contenían la caída de la energía a los niveles inferiores. «¡Así es, así precisamente! ¡Ahí están los primeros impulsos de la muy compleja organización de la materia!»

Las flechas azules se unieron en una zarabanda de figuras geométricas, de formas cristalinas y de enrejados que se complicaban proporcionalmente a las combinaciones de tonos menores, o se esparcían y agrupaban de nuevo para desvanecerse súbitos en la penumbra gris.

La tercera parte de la sinfonía se inició con una lenta sucesión armónica de notas graves, a cuyo compás se encendían y apagaban unos faroles azules que se hundían en el abismo infinito del espacio y el tiempo. La afluencia de sonos profundos, amenazadores, aumentaba y su ritmo se hacía más frecuente convirtiéndose en una melodía entrecortada, siniestra. Las luces azules se inclinaban como flores sobre sus finos e ígneos tallos. Abatíanse tristes al embate de los sonos de cobre, broncos y retumbantes, que se iban extinguiendo. Pero las filas de aquellos farolillos o lucecillas se hacían cada vez más compactas, y sus tallos más gruesos. Dos franjas de fuego perfilaban ya un camino que se perdía en la negrura inacabable, mientras en la inmensidad del Universo expandíanse, doradas y sonoras, las voces de la vida, animando con su calor magnífico la sombría indiferencia de la materia en movimiento. La oscura

senda se convertía en un río, en un torrente gigantesco de llamas azules, en el que rielaban, como arabescos cada vez más caprichosos, los multicolores reflejos.

Las sutiles combinaciones superiores de armoniosas curvas y de superficies esféricas eran tan bellas como los tensos acordes escalonados y ascendentes, cuya sucesión aumentaba con suma rapidez la complejidad de la sonora melodía, que resonaba más y más fuerte...

Dar Veter sentía mareos y no podía seguir todos los matices de la música y la luz. Tan sólo captaba las líneas generales de aquella obra grandiosa. En el océano de agudas notas límpidas, cristalinas, cabrilleaba, gozosa y espléndida, la potente luz azul. El tono iba en continuo crescendo. La melodía siguió girando vertiginosa en espiral ascendente, hasta que se quebró de pronto en cegadora explosión de fuego.

La sinfonía había terminado, y Dar Veter comprendió al fin qué era lo que le faltaba durante aquellos largos meses. Le faltaba el trabajo lo más cerca posible del Cosmos, de la espiral —que giraba en constante ascenso— de la tendencia humana hacia el futuro. Desde la sala de conciertos fue directamente al puesto de conferencias televisofónicas y llamó a la estación central de distribución de trabajo de la zona Norte de viviendas. El joven informador que había enviado a Dar Veter a las minas, le reconoció y se alegró de verle.

—Esta mañana le han llamado del Consejo de Astronáutica, pero no he podido establecer contacto con usted. Ahora mismo le pongo en comunicación.

La pantalla se apagó para volver a iluminarse al instante, y en ella surgió Mir Om, primer secretario de los cuatro del Consejo. Estaba muy serio, incluso triste, al menos así le pareció a Dar Veter.

—¡Ha ocurrido una gran desgracia! El satélite artificial 57 ha perecido. El Consejo le confía una misión extraordinariamente difícil. Le enviaré ahora mismo una planetonave iónica. ¡Esté preparado!

Dar Veter permaneció inmóvil de estupor, ante la pantalla apagada.

Capítulo VIII - OLAS ROJAS

En el amplio balcón del Observatorio soplaba libre el viento. Traía de África, a través del mar, el incitante aroma de las flores tropicales, que despertaba inquietos anhelos. Mven Mas, por muchos esfuerzos que hacía no lograba adquirir esa serena firmeza, exenta de toda duda, tan necesaria la víspera de una gran prueba. Ren Boz le había comunicado desde el Tíbet que el reequipamiento de la instalación de Kor Yull estaba terminado. Los cuatro observadores del satélite artificial 57 habían accedido de buen grado a arriesgar su vida con tal de colaborar en una experiencia que desde hacía largos años no se efectuaba en la Tierra.

Pero el experimento se realizaba sin autorización del Consejo y una amplia discusión previa de todas las posibilidades, lo que daba a la empresa el agrídulce aliciente de una reserva furtiva, tan impropia de los hombres contemporáneos.

El grandioso fin que perseguían parecía justificar todas aquellas medidas, y sin embargo... ¡mejor hubiera sido tener completamente limpia la conciencia! Surgía el antiquísimo conflicto humano entre el fin y los medios para conseguirlo. La experiencia de miles de generaciones demostraba que había que saber determinar el límite de transición con igual exactitud que lo hacía el cálculo repagular en las abstractas cuestiones de las matemáticas. Mas ¿cómo conseguir esa exactitud en el dominio de la intuición y la moral?...

El caso de Bet Lon le quitaba el sueño al africano. Hacía treinta y dos años, Bet Lon, célebre matemático de nuestro planeta, había descubierto que ciertos síntomas de desviación en la acción recíproca de potentes campos de fuerza debían obedecer a la

existencia de dimensiones paralelas. El matemático aquél hizo una serie de curiosas experiencias sobre la desaparición de objetos. La Academia de los Límites del Saber encontró un error en sus fórmulas y dio una explicación completamente distinta en cuanto a los orígenes de los fenómenos observados. Bet Lon era hombre de gran inteligencia, hipertrofiada a expensas de la moral, débilmente desarrollada en él, y de la inhibición de los deseos. Enérgico y egoísta, decidió continuar sus experiencias en el mismo sentido. Para obtener pruebas decisivas, incorporó a sus experiencias a unos jóvenes voluntarios, gente intrépida, dispuesta a cualquier sacrificio con tal de servir a la ciencia. Aquellos muchachos desaparecían sin dejar rastro alguno, lo mismo que los objetos, y ni uno solo dio desde «el más allá» las señales de vida que esperaba el cruel matemático. Después de haber enviado a «la nada», es decir, a una muerte cierta, a un grupo de doce personas, Bet Lon fue entregado a los tribunales. El delincuente supo demostrar su convicción de que los desaparecidos seguían vagando, vivos, por otra dimensión y afirmó que había actuado únicamente con el asentimiento de sus víctimas. Condenado al exilio, pasó diez años en Mercurio y luego se recluyó en la isla del Olvido, apartándose del mundo. En opinión de Mven Mas, el caso de Bet Lon se parecía al suyo. En aquella ocasión también se trataba de una experiencia secreta, prohibida por razones científicas, y la similitud desagradaba grandemente al director de las estaciones exteriores.

Dos días más tarde tendría lugar la transmisión por el Circuito, y después quedaría libre una semana para llevar a cabo la experiencia.

Mven Mas alzó los ojos al cielo. Las estrellas le parecieron más brillantes y entrañables que nunca. A muchas las conocía por sus antiguos nombres, como a viejas amigas. ¿No eran acaso, desde tiempos inmemoriales, amigas del hombre, al que guiaban en su camino, elevando sus pensamientos y alimentando sus sueños?

Allí estaba una estrellita pálida que declinaba hacia el horizonte del Norte: la Polar o Gama de Cefeo. En la Era del Mundo Desunido formaba parte de la Osa Menor, pero el viraje del extremo de la Galaxia, en unión del sistema solar, se efectuaba en dirección a Cefeo. Arriba, en la Vía Láctea, desplegadas las alas, el Cisne, una de las constelaciones más interesantes del cielo boreal, tendía ya hacia el Sur su largo cuello. En ella relucía la bella estrella doble que los antiguos árabes llamaban Albireo. En realidad, eran tres estrellas, la doble, Albireo I y Albireo II, enorme, azul y lejana, con un gran sistema planetario. Ésta se encontraba casi a la misma distancia de la Tierra que Deneb, gigantesco astro blanco, situado a la cola del Cisne y cuatro mil ochocientos veces más luminoso que nuestro Sol. En la última transmisión, nuestro fiel amigo 61 del Cisne había captado una advertencia de Albireo II, que conservaba extraordinario interés, a pesar de haber sido recibida cuatrocientos años después de su emisión. Un célebre explorador cósmico de Albireo II, cuyo nombre, transcrito en letras terrestres, era Vlijj oz Ddiz, había perecido en la región de la Lira al encontrar el más terrible peligro del Universo: la estrella Ookr. Los científicos de la Tierra incluían esos astros en la clase E, llamada así en honor de Einstein, ilustre físico de la antigüedad, que había previsto la existencia de esos cuerpos celestes. Su suposición fue largamente discutida e incluso se llegó a establecer un límite de masa estelar, denominado límite Chandrasekahr. Pero este astrofísico de los tiempos antiguos basaba solamente sus cálculos en la mecánica elemental de la atracción y la termodinámica general, sin tener absolutamente en cuenta la compleja estructura electromagnética de las estrellas gigantes y supergigantes. Y precisamente las fuerzas electromagnéticas eran las que condicionaban la existencia de las estrellas E, que competían en magnitud con colosos rojos de la clase M como Antarés y Betelgeuse, aunque se distinguían de ellos por una mayor densidad, aproximadamente igual a la del Sol. Su descomunal fuerza de atracción detenía la emisión de rayos, impidiendo que la luz abandonase la estrella para expandirse por el espacio. Aquellas enormes masas misteriosas existían en el Universo desde los tiempos más remotos, absorbiendo furtivas en su océano inerte todo cuanto caía en los irresistibles tentáculos de su atracción. En la

antiguísima mitología hindú se llamaba «Noches de Brahma» a los períodos de inacción del Dios supremo; a ellos sucedían, según creencia de los antiguos, los «Días» o períodos de actividad creadora. Aquello se asemejaba en realidad al largo proceso de acumulación de materia que culminaba con el caldeamiento de la superficie de la estrella hasta llegar a la clase O —cero, es decir, a cien mil grados, aunque dicho proceso no tuviera relación alguna con la divinidad—. El resultado final era una deflagración formidable que lanzaba y esparcía por el espacio nuevas estrellas con nuevos planetas. Así había hecho explosión en un tiempo la nebulosa del Cangrejo, cuyo diámetro era de cincuenta billones de kilómetros. Su explosión igualaba en fuerza a la simultánea de un cuatrillón de mortíferas bombas de hidrógeno de la Era del Mundo Desunido.

Las estrellas E, completamente oscuras, se adivinaban en el espacio tan sólo por su fuerza de atracción y la astronave que pasaba cerca de uno de aquellos monstruos estaba irremisiblemente perdida. Las estrellas invisibles infrarrojas de la clase espectral T constituían también un peligro en la ruta de los navíos cósmicos, así como las nubes opacas de grandes partículas y los cuerpos completamente enfriados de la clase TT.

Mven Mas consideraba que la creación del Gran Circuito, que enlazaba los mundos poblados de seres racionales, había sido una grandiosa revolución para la Tierra y cada uno de los planetas habitados. Además, significaba ante todo una victoria sobre el tiempo, sobre la corta duración de la vida humana, cuya brevedad no permitía a los terrenos ni a sus otros hermanos de pensamiento penetrar en las profundidades del espacio. Cada mensaje enviado por el Circuito era un mensaje al porvenir, porque el pensamiento humano remitido en esta forma seguiría atravesando el espacio hasta llegar a sus regiones más alejadas. La posibilidad de explorar estrellas muy remotas se hacía real, se trataba solamente de una cuestión de tiempo. Recientemente se había recibido una comunicación de una estrella inmensa, pero muy distante, denominada la Gama del Cisne, y la comunicación había tardado en llegar más de nueve mil años; sin embargo, era comprensible para los terrenos y había podido ser descifrada por los miembros del Circuito, cuya mentalidad era de un carácter afín. En cambio, la cuestión variaba por completo cuando el mensaje procedía de sistemas y cúmulos estelares globulares más antiguos que nuestros sistemas planos.

Lo mismo ocurría con respecto al centro de la Galaxia, en cuya nube estelar axial había una colosal zona de vida en millones de sistemas planetarios que no conocían las sombras de la noche y estaban eternamente iluminados por las irradiaciones de dicho centro. De allí se habían recibido incomprensibles mensajes, cuadros de estructuras complejas, inexplicables con arreglo a los conceptos terrestres. La Academia de los Límites del Saber llevaba ya cuatrocientos años tratando en vano de descifrarlos. Tal vez... —y al africano se le cortó el aliento ante la inesperada conjetura—. Tal vez las informaciones que llegaban de los sistemas planetarios cercanos, miembros del Circuito, fuesen de la vida interna de cada uno de los planetas habitados, de sus ciencias, técnica y obras de arte, mientras que los viejos mundos lejanos de la Galaxia mostrasen el movimiento externo, cósmico, de su ciencia y de su vida. ¿Cómo reorganizaban a su albedrío los sistemas planetarios?... «Barrían» el espacio limpiándolo de meteoritos que estorbaban el vuelo de las astronaves, los arrojaban en unión de los planetas exteriores, fríos, inhóspitos, sobre el astro central y prolongaban las irradiaciones de éste o elevaban de intento la temperatura de sus soles. Y cuando aquello no era suficiente, se reorganizaban los sistemas planetarios vecinos, donde creábanse condiciones óptimas para el desarrollo de civilizaciones gigantescas.

Mven Mas se puso en comunicación con el depósito de grabaciones mnemotécnicas del Gran Circuito y marcó la cifra correspondiente a una información lejana. Por la pantalla empezaron a pasar lentamente unos cuadros extraños, llegados a la Tierra procedentes del cúmulo estelar globular de la Omega del Centauro, el segundo en proximidad al sistema solar, del que le separaban tan sólo seis mil ochocientos parsecs. La luz de sus

claras estrellas había atravesado el Universo durante veintidós mil años hasta llegar a los ojos del hombre terrestre.

Una compacta niebla azul se extendía en capas iguales hendidas por negros cilindros verticales que giraban con bastante rapidez. De modo apenas perceptible, los cilindros se estrechaban de vez en cuando por el medio formando unos conos de poca altura unidos por sus vértices. Entonces, la niebla azul se desgarraba en nítidas hoces de fuego que daban vertiginosas vueltas alrededor del eje de los conos; el color negro ascendía esfumándose en la altura, mientras se alzaban unas enormes columnas de cegadora blancura, entre las cuales asomaban, como oblicuos bastidores, unos alargados prismas verdes de afiladas aristas.

El africano se frotó la frente, haciendo esfuerzos para captar algo asequible a la mente terrena.

Los alargados prismas verdes se enrollaron en espirales a las columnas blancas y se deshicieron de pronto en una cascada de brillantes bolas que relucían con metálico fulgor y se iban juntando hasta formar un amplio anillo. El anillo aquel empezó a aumentar de tamaño, tornándose más ancho y alto.

Mven Mas sonrió enigmático y, luego de desconectar la grabación, abismóse de nuevo en sus meditaciones.

«Por falta de mundos habitados o, más bien, de contacto con ellos en las latitudes superiores de la Galaxia, los hombres de la Tierra no podemos aún desgajarnos de nuestra oscurecida zona ecuatorial galáctica. No podemos emerger del polvo cósmico en que están sumidas nuestra estrella-Sol y sus vecinas. Por ello, nos es más difícil que a otros conocer el Universo...»

Volvió la mirada hacia el horizonte. Al Sur de la Osa Mayor, bajo los Lebreles, esparcíase la Cabellera de Berenice. Aquello era el «polo norte» de la Galaxia. Precisamente en aquella dirección se abría una gran puerta al anchuroso espacio exterior, como asimismo en el punto opuesto del cielo, en el Taller del Escultor, no lejos de la célebre estrella Fomalhaut, donde se encontraba el «polo sur» del sistema. En la región periférica que contenía nuestro Sol, el espesor de las espiras de la Galaxia era sólo de seiscientos parsecs. Bastaba con atravesar de trescientos a cuatrocientos parsecs, perpendicularmente al plano del ecuador de la Galaxia, para elevarse sobre el nivel de aquella colosal rueda estelar. Aquel camino, infranqueable para las astronaves, no era un insuperable obstáculo para las transmisiones del Circuito. Pero ningún planeta de las estrellas situadas en aquellas regiones había conectado hasta la fecha con la gran red de comunicación...

Las eternas conjeturas y preguntas sin respuesta quedarían solventadas para siempre si se consiguiese llevar a cabo otra grandiosa revolución científica: vencer por completo al tiempo, salvar cualquier distancia en cualquier lapso, posar la planta del dueño y señor del Universo en los infinitos espacios del Cosmos. Y entonces, no sólo nuestra Galaxia, sino los demás archipiélagos siderales estarían tan próximos a nosotros como aquellos islotes del Mediterráneo, que chapoteaba, abajo, en las tinieblas de la noche. Allí estaba la justificación de la temeraria empresa ideada por Ren Boz, y que iba a realizar él, Mven Mas, director de las estaciones exteriores de la Tierra. Pero ¡si hubieran podido fundamentar mejor el proyecto para obtener la autorización del Consejo...

Las luces anaranjadas de la Vía Espiral se habían tornado blancas: eran las dos de la madrugada, hora en que se intensificaba el tráfico. Mven Mas recordó que al día siguiente era la Fiesta de las Copas Flamígeras, a la que había sido invitado por Chara Nandi. No podía olvidar a aquella muchacha de piel rojo bronceada y exquisita flexibilidad juncal que conociera a orillas del mar. Era como una flor de sinceridad y apasionados impulsos, rara en una época de sentimientos bien disciplinados. El director de las estaciones exteriores volvió a su despacho, llamó al Instituto de Metagaláctica, que prestaba servicio nocturno, y pidió que le enviaran a la noche siguiente los estereo-telefilmes de varias galaxias.

Recibida la conformidad, subió a la azoteílla de la fachada interior, donde se encontraba su aparato de saltos a gran distancia. Le gustaba aquel deporte, no muy extendido, en el que había alcanzado bastante maestría. Después de ajustarse a la cintura la correa del balón de helio, el africano, de un ágil salto, se lanzó al espacio, poniendo en marcha por un segundo la hélice, que funcionaba con un acumulador ligero. Describió en el aire una curva de unos seiscientos metros, se posó en un saledizo de la Casa de la Alimentación y saltó otra vez. En cinco saltos, llegó a un pequeño jardín que se encontraba en la escarpada falda de una montaña caliza, quitóse el aparato sobre una torreta de aluminio y deslizóse a tierra por una pértiga, hacia su duro lecho, al pie de un enorme plátano. Arrullado por el susurro de las anchas hojas, se quedó dormido.

La Fiesta de las Copas Flamígeras debía su nombre a un conocido poema del poeta e historiador Zan Sen, que había descrito una antigua costumbre hindú. Se elegía a las mujeres más bellas, y éstas ofrecían a los héroes que marchaban a la guerra espadas y copas con llameante resina aromosa. Las espadas y las copas habían caído en desuso hacia tiempo, y perduraban solamente como símbolo del heroísmo. Las hazañas se multiplicaban sin límite entre la intrépida población, plena de energías, de nuestro planeta. La enorme capacidad de trabajo —que en el pasado únicamente poseían hombres de singulares dotes a los que se llamaba genios—, dependía por entero de la fortaleza física y abundancia de hormonas estimulantes. El cuidado de la salud, durante miles de años, había hecho que el hombre corriente fuera semejante a los héroes antiguos, ávidos de proezas, amor y saber.

La Fiesta de las Copas Flamígeras era la fiesta primaveral de la mujer. Todos los años, en el cuarto mes después del solsticio de invierno —o sea en abril del calendario antiguo— las más encantadoras mujeres de la Tierra mostraban en público sus danzas, canciones y ejercicios gimnásticos. Los finos matices de belleza de las diferentes razas, que se manifestaban en la mezclada población del planeta, resplandecían allí en inagotable diversidad, como múltiples facetas de maravillosas gemas, proporcionando inmenso deleite a los espectadores, entre los que figuraban desde los hombres de ciencia e ingenieros, fatigados de una labor asidua, hasta los inspirados artistas o los alumnos, todavía adolescentes, de las escuelas del tercer ciclo. No menos hermosa era la fiesta otoñal masculina de Hércules, que se celebraba en el noveno mes. Los jóvenes que habían llegado a su mayoría de edad rendían cuentas de sus «trabajos de Hércules». Posteriormente, se tomó la costumbre de someter al juicio público en esos días las obras y realizaciones notables efectuadas durante el año. La fiesta pasó a ser general —de las mujeres y de los hombres— y se dividió en los días de la Bella Utilidad, del Arte Superior, de la Audacia Científica y de la Fantasía. En un tiempo, Mven Mas había sido proclamado héroe del primero y tercer día...

El africano llegó a la monumental Sala Solar del Estadio Tirreno en el preciso momento en que actuaba Veda. Encontró el noveno sector del cuarto radio, donde estaban sentadas Evda Nal y Chara Nandi, y se puso a la sombra de una arcada a escuchar la voz grave de Veda. Toda vestida de blanco, muy alzada la cabeza de cabellos claros, tendido el rostro hacia las gradas altas, cantaba una jubilosa tonada, y a Mven Mas le parecía que ella era la encarnación de la primavera.

Cada espectador oprimía uno de los cuatro botones instalados ante él. En el techo se encendían unas luces doradas, azules, esmeralda o rojas que indicaban al artista la apreciación que se daba a su trabajo, sustituyendo así los ruidosos aplausos de los antiguos tiempos.

Veda, al terminar su canción, fue recompensada con un vivo resplandor de luces doradas y azules, entre las que se perdían algunas esmeraldas. Arrebolada, como siempre que se emocionaba, se unió a sus amigas. Entonces se acercó Mven Mas, que fue acogido afectuosamente.

Buscó con la mirada a su maestro y antecesor, pero Dar Veter no aparecía por parte

alguna.

—¿Dónde han escondido ustedes a Dar Veter? —preguntó en broma a las tres mujeres.

—¿Y dónde ha metido usted a Ren Boz? —repuso Evda Nal, y el africano rehuyó la penetrante mirada.

—Veter está escarbando el suelo de América del Sur, para extraer titanio —explicó caritativa Veda Kong, y un temblor impreciso estremeció su rostro.

Chara Nandi, con ademán protector, atrajo hacia sí a la bellísima historiadora y, cariñosa, apretó su mejilla contra la de ella. Los rostros de las dos mujeres, tan diferentes, se asemejaban, hermanados por la misma dulce ternura.

Las cejas de Chara, rectas bajo la despejada frente, parecían las desplegadas alas de un pájaro cernido en el espacio y armonizaban con los alargados ojos. Las de Veda se alzaban hacia las sienes.

«Una ave levanta el vuelo», comparó mentalmente el africano.

La espesa cabellera de Chara, negra y brillante, que caía sobre la nuca, esparciéndose por los hombros, acentuaba el tono severo de los alisados cabellos de Veda, recogidos en alto peinado.

Chara miró al reloj de la cúpula de la sala y se levantó.

Su vestido asombró a Mven Mas. Una estrecha malla de platino rodeaba los tersos hombros de la muchacha dejando ver el cuello. Bajo las clavículas, la malla se cerraba con un reluciente broche de turmalina roja.

Los pechos, firmes, turgentes, como dos espléndidas pomos de maravilloso trazo, estaban casi descubiertos. Una franja de terciopelo morado pasaba entre ellos, desde el broche hasta el cinturón. Otras franjas iguales, que mantenían tensas unas cadenillas enlazadas en la desnuda espalda, cruzaban por en medio cada seno. Ceñía el breve talle un albo cinturón, tachonado de estrellas negras, con una hebilla de platino en forma de media luna. Sujeta por atrás al cinturón pendía una especie de media falda larga de gruesa seda blanca, ornada igualmente de negras estrellas. La danzarina no llevaba joya alguna, salvo las refulgentes hebillas de sus zapatitos negros.

—Pronto me toca a mí —dijo Chara imperturbable, dirigiéndose hacia los arcos de la entrada a escena. Lanzó una mirada al africano y desapareció seguida de un murmullo de interés y de millares de ojos.

En el escenario apareció una gimnasta. Era una muchacha, admirablemente formada, que no tendría más de dieciocho años. Aureolada por una luz de oro, ejecutó al compás de la música una verdadera cascada de saltos, vuelos y rápidas vueltas en el aire para quedar inmóvil, en inconcebible equilibrio, durante los pasajes armoniosos y lentos de la melodía. Los espectadores manifestaron su aprobación encendiendo infinidad de luces doradas, y Mven Mas pensó que a Chara Nandi no le sería fácil actuar después de un éxito semejante. Un poco inquieto, observó a la multitud de enfrente, y de pronto vio en el tercer sector al pintor Kart San. Éste le saludó con una alegre despreocupación que el africano consideró inoportuna, pues ¿quién, sino él, que había pintado «La hija del Mediterráneo», tomando a Chara como modelo, debía sentir mayor preocupación por la suerte de ella en aquel momento?

Apenas hubo decidido el africano que en cuanto terminase la experiencia iría a ver el cuadro, se apagaron las luces de arriba. El transparente suelo de cristal orgánico iluminóse con resplandor grana, como el hierro candente. De las candilejas brotaron surtidores de luces rojas que se agitaban y corrían en oleadas al ritmo de la melodía, donde el canto agudo de los violines era acompañado por los graves sonos de las cuerdas de cobre. Levemente aturdido por el ímpetu y la fuerza de la música, Mven Mas no advirtió al pronto que en el centro de aquel suelo en llamas había surgido Chara y empezado su danza con una cadencia tan rápida, que mantenía en suspenso a los espectadores.

Mven Mas se preguntó con espanto qué iba a ocurrir si la música requería aún mayor celeridad de movimientos. Ella danzaba no sólo con los pies y los brazos, todo su cuerpo respondía a la llamada de la ardiente música con el aliento, no menos cálido, de la vida. Y el africano pensó que si todas las mujeres de la antigua India eran como Chara, el poeta tenía razón al compararlas con copas flamígeras y dar este nombre a la fiesta femenina.

Los reflejos del escenario y el suelo daban al bronceado rojizo de Chara tonos de resplandeciente cobre. Y el corazón de Mven Mas empezó a palpar con violencia. Aquella tonalidad de piel la había visto por vez primera en los habitantes del maravilloso planeta de la Épsilon del Tucán. Precisamente entonces había conocido la existencia de cuerpos humanos tan espiritualizados, que eran capaces de transmitir con sus movimientos, con sutilísimos cambios de bellas formas, los más hondos matices del sentimiento, de la fantasía, de la pasión, de la jubilosa plegaria...

El africano, que tenía puesto todo su afán en aquella inaccesible lejanía de noventa parsecs, acababa de comprender que en el inmenso tesoro de belleza de la humanidad terrena podían hallarse flores tan divinas como la admirable visión del lejano planeta, guardada por él con sumo cuidado. Pero aquel irrealizable anhelo, acariciado largamente, no podía desaparecer tan pronto. Al tomar el aspecto de la mujer de piel roja, hija de la Épsilon del Tucán, Chara había hecho aún más fuerte la tenaz decisión del director de las estaciones exteriores.

Evda Nal y Veda Kong, que eran excelentes bailarinas y veían por primera vez las danzas de Chara, estaban maravilladas de su arte. Veda, en la que alentaba el antropólogo y el historiador de las razas antiguas, llegó a la conclusión de que en el pasado remoto las mujeres de Gondwana, de países meridionales, habían sido siempre más numerosas que los hombres, diezmados por las luchas con multitud de terribles fieras. Más tarde, cuando en los países meridionales de densa población se formaron los Estados despóticos del antiguo Oriente, muchísimos hombres morían también en las continuas guerras frecuentemente provocadas por el fanatismo religioso o los caprichos de los tiranos. Las hijas del Sur llevaban una vida dura, en la que se iba puliendo su perfección. En cambio en el Norte, donde los habitantes eran pocos y la naturaleza pobre, no existía el despotismo estatal de los Siglos Sombríos. Los hombres se conservaban en mayor número y las mujeres, más apreciadas, vivían con más dignidad.

Veda observaba cada ademán de Chara y advertía en sus movimientos una sorprendente dualidad: eran a la vez dulces y rapaces. La dulzura provenía de su cadencia suave y de la flexibilidad prodigiosa de su cuerpo, mientras que la impresión de rapacidad era debida a las bruscas transiciones, vueltas y paradas, que realizaba con vertiginosa rapidez de fiera. Aquella agilidad furtiva la habían heredado las morenas hijas de Gondwana en milenios de enconada lucha por la existencia. Y sin embargo, ¡cuan armoniosamente se conjugaba en Chara con los rasgos, firmes y suaves, cretense-helenos!

A la breve lentitud del adagio se unieron los sonos discordantes, cada vez más acelerados, de unos instrumentos de percusión. El impetuoso ritmo de ascenso y descenso de los sentimientos humanos se reflejaba en la danza con movimientos plenos de emoción que alternaban con inmovilidades de estatua. El despertar de los sentimientos adormecidos, su explosión fulminante, una extenuación agotadora, la muerte, y, de nuevo, el renacer; otra vez las pasiones tumultuosas e ignotas, la vida encadenada y en lucha con la marcha irrefrenable del tiempo, con la determinación, precisa e indeclinable, del deber y el destino. Evda Nal percibía cuan entrañable le era el fondo psicológico de aquella danza, y un cálido arrebol coloreaba sus mejillas, mientras se le cortaba el aliento... Mven Mas ignoraba que la suite del ballet había sido compuesta expresamente para Chara Nandi, pero no temía ya a aquel ritmo huracanado que la muchacha seguía sin esfuerzo. Las olas rojas envolvían su cuerpo de cobre, arrancando destellos grana de sus fuertes piernas, para perderse en los sombríos pliegues del vestido entre los rosados

reflejos de la blanca seda. Sus brazos, echados hacia atrás, iban quedando inmóviles, lentamente, sobre la cabeza. Y de pronto, el torbellino de impetuosas notas altas se interrumpió, sin final alguno, y se apagaron las luces rojas. En la elevada cúpula encendióse la luz corriente. La muchacha, cansada, inclinó la cabeza, y sus espesos cabellos le cubrieron el semblante. Al momento, un resplandor iluminó la sala —en dorado centelleo de miles de luceros— y oyóse un rumor sordo: los espectadores, en pie, tributaban a Chara el más alto honor que se podía rendir a un artista, alzando y bajando las manos, juntas sobre la cabeza. Y Chara, impasible antes de su actuación, se turbó, apartó del rostro los cabellos y echó a correr, fija la mirada en las gradas superiores.

Los directores de la fiesta anunciaron un entreacto. Mven Mas salió lanzado en busca de Chara, mientras Veda Kong y Evda Nal se dirigían hacia la monumental escalinata, de opaco cristal —esmalte azul celeste y un kilómetro de anchura—, que descendía del estadio al mismo mar. El crepúsculo, claro y fresco, invitaba a las dos mujeres a bañarse, siguiendo el ejemplo de miles de espectadores.

—No en vano me llamó la atención Chara Nandi, en cuanto la conocí —dijo Evda Nal—. Es una gran artista. ¡Acabamos de ver la danza de la fuerza de la vida! Eso debía de ser el Eros de los antiguos...

—Ahora comprendo la razón que tenía Kart San al afirmar que la belleza es más importante de lo que nos parece. En ella está la dicha y el sentido de la vida. ¡Certeras palabras! Y su definición también es cierta —asintió Veda, quitándose los zapatos y hundiendo los pies en el agua tibia que chapoteaba en los escalones.

—Cierta cuando la fuerza psíquica es engendrada por un cuerpo sano, pleno de energía —rectificó Evda Nal, en tanto se despojaba del vestido, y arrojóse a las transparentes olas.

Veda le dio alcance y ambas nadaron hacia una enorme isla de caucho, que brillaba argentada a kilómetro y medio del estadio. Su superficie plana, al mismo nivel del mar, estaba bordeada de hileras de conchas de nacarado plástico, lo suficientemente grandes para proteger del sol y del viento a tres o cuatro personas, aislándolas por completo de sus vecinos.

Ambas mujeres se echaron sobre el blando fondo balanceante de la «concha», a respirar el aire eternamente fresco del mar.

—Desde que nos vimos en la costa, ¡se ha tostado usted mucho! —comentó Veda, observando a su amiga—. ¿Ha estado junto al mar o ha tomado píldoras de pigmentación bronceína?

—Es de las píldoras PB —confesó Evda—. Sólo he estado al sol ayer y hoy.

—¿No sabe verdaderamente dónde está Ren Boz? —inquirió Veda.

—Sobre poco más o menos, lo sé, y ello es bastante para sentirme intranquila —repuso quedo Evda Nal.

—¿Es que usted querría?... —Veda no terminó la pregunta, y Evda, alzando lentamente los ojos, la miró de frente, a la cara.

—Ren Boz me parece un chiquillo inexperto, desvalido —prosiguió, vacilante, Veda—. En cambio, usted es una mujer entera y con una gran inteligencia que no desmerece de la de cualquier hombre. Se percibe siempre en usted una voluntad tensa, de acero.

—Eso mismo me dijo Ren Boz. Pero su apreciación acerca de él es errónea y tan unilateral como el propio Ren Boz. Es un hombre audaz con un talento extraordinario y una enorme capacidad de trabajo. Incluso hoy día, hay pocas personas como él en nuestro planeta. En comparación con sus aptitudes, sus demás cualidades parecen poco desarrolladas, porque son análogas a las de la gente media e incluso más infantiles. Tiene usted razón al calificarle de chiquillo, lo es pero al propio tiempo se trata de un héroe, en toda la acepción de la palabra. Fíjese en Dar Veter, él también tiene algo de chiquillo, pero ello se debe a exceso y no a falta de fuerza física, como le pasa a Ren.

—¿Y qué opina usted de Mven? —indagó Veda—. Ahora ya le conoce usted mejor,

¿verdad?

—Mven Mas es una bella combinación de inteligencia fría y ardientes pasiones arcaicas.

Veda Kong soltó una carcajada.

—¿Cómo aprendería yo a caracterizar con tanta exactitud?

—La psicología es mi profesión —dijo Evda, encogiéndose de hombros—. Pero permítame que le haga a mi vez una pregunta. ¿Sabe usted que Dar Veter me agrada mucho?...

—¿Y teme las soluciones a medias? —repuso Veda arrebolándose—. Esté tranquila, en este caso no habrá esas fatales soluciones. Todo está claro como el agua... —y, bajo la escrutadora mirada de la psicóloga, continuó serena—: En cuanto a Erg Noor... nuestros caminos se separaron hace tiempo. Mas yo no podía ceder a un nuevo amor mientras él estuviera en el Cosmos, no podía alejarme de él, debilitando así la esperanza, la fe en su regreso. Ahora, esto es ya una realidad. Erg Noor lo sabe todo, pero sigue su camino.

Evda Nal abarcó con su fino brazo los rectos hombros de Veda.

—Entonces, ¿es Dar Veter?...

—¡Sí! —contestó Veda con firmeza.

—¿Y él lo sabe?

—No. Más tarde, cuando la Tantra esté aquí... Bueno, ¿no es hora ya de volver? —se inquietó Veda.

—Para mí ya es hora de dejar la fiesta —contestó Evda Nal—. Mi permiso se acaba. Me espera un nuevo y gran trabajo en la Academia de las Penas y de las Alegrías, y aún tengo que ir a ver a mi hija.

—¿Tiene usted una hija mayorcita?

—De diecisiete años. Mi hijo es mucho mayor. Yo he cumplido el deber de toda mujer normalmente desarrollada y fecunda: tener dos hijos como mínimo. Me gustaría tener un tercero, ¡pero ya criado! —exclamó, mientras una sonrisa de amoroso cariño iluminaba su rostro, pensativo, y entreabría sus labios, de curvo trazo.

—Pues yo me imaginaba un lindo niño de ojos grandes... con una boquita tan acariciadora y sorprendida como la de usted... pero con pecas y chatillo —dijo picara Veda, perdida la mirada en la lejanía.

Luego de una pausa, su amiga le preguntó:

—¿No tiene usted aún nuevo trabajo?

—No, espero a la Tantra. Después habrá una expedición larga.

—¿Quiere venir conmigo a ver a mi hija? —Le propuso Evda, y Veda aceptó de buena gana.

Todo un muro del Observatorio estaba ocupado por una pantalla semiesférica, de siete metros, para la proyección de fotografías y filmes tomados por los potentes telescopios. Mven Mas puso una vista panorámica de un sector del cielo, cercano al polo norte de la Galaxia, banda meridional de constelaciones desde la Osa Mayor hasta el Cuervo y el Centauro. Allí, en los Lebreles, la Cabellera de Berenice y Virgo, se encontraban multitud de galaxias, islas siderales del Universo en forma de ruedas planas o discos. Muchas de ellas se habían descubierto sobre todo en la Cabellera de Berenice: aislados, regulares e irregulares, en distintas posiciones y proyecciones, a veces a inimaginables distancias de miles de millones de parsecs y en ocasiones formando enormes «nubes» de decenas de miles de galaxias. Las más grandes llegaban a tener de veinte a cincuenta mil parsecs de diámetro, como nuestra isla estelar o galaxia NN891G5 + SB23, que antiguamente se llamaba M—31 o Nebulosa de Andrómeda. Esta se divisa desde la Tierra, a simple vista, como una nubécula borrosa de débil luminosidad. Hacía mucho tiempo que los hombres habían desentrañado el misterio de aquella nubécula. Se trataba de un gigantesco sistema estelar, de forma de rueda y una vez y media mayor que nuestra enorme Galaxia.

El estudio de la Nebulosa de Andrómeda, a pesar de estar separada por cuatrocientos cincuenta mil parsecs de los observadores terrestres, había contribuido grandemente al conocimiento de nuestra propia Galaxia.

Mven Mas recordaba desde su infancia magníficas fotografías de distintas galaxias, obtenidas por inversión electrónica de las imágenes ópticas o mediante radiotelescopios que penetraban aún más lejos en las profundidades del Cosmos, como los de Pamir y la Patagonia, cada uno de los cuales tenía cuatrocientos kilómetros de diámetro. Las galaxias, inmensas acumulaciones de miríadas de estrellas, situadas a millones de parsecs unas de otras, siempre habían despertado en él un ardiente deseo de conocer las leyes de su estructura, la historia de su surgimiento y su ulterior destino. Interesábale ante todo la cuestión que apasionaba a todos los habitantes de la Tierra: la vida en los innumerables sistemas planetarios de aquellas islas del Universo, las llamas del pensamiento y del saber que allí brillaban, las civilizaciones humanas en aquellos espacios del Cosmos infinitamente lejanos. Tres estrellas, denominadas por los antiguos árabes Sirrhah, Mirrhah y Alrnah-alfa, beta y gamma de Andrómeda —situadas en línea recta ascendente— surgieron en la pantalla. A ambos lados de aquella línea se extendían dos galaxias cercanas: la colosal Nebulosa de Andrómeda y la bella espiral M—33 en la constelación del Triángulo. Mven Mas no quiso contemplar de nuevo sus conocidos contornos luminosos y cambió el cliché metálico.

Ya estaba allí, en la constelación de los Lebreles, otra galaxia conocida desde la remota antigüedad y denominada entonces NGK5194 o M—51. Situada a millones de parsecs, era una de las pocas que se veían desde nuestro globo «de plano», perpendicular al de la «rueda». Era un núcleo denso y refulgente, de millones de estrellas, con dos ramas espirales. Los largos extremos, que partían en sentido opuesto a través de decenas de miles de parsecs, se hacían cada vez más tenues y confusos hasta desaparecer en la noche sideral. Entre las ramas principales, alternando con los negros abismos de las masas de materia opaca, extendíanse cortas cadenas de condensaciones estelares y nubes de gas fosforescente, curvadas como alabes de una turbina.

Bellísima era la gigantesca galaxia NGK 4565, en la constelación de la Cabellera de Berenice. Se la veía de canto a una distancia de siete millones de parsecs. Inclineda hacia un lado, como un pájaro que planea, expandía lejos su fino disco, que debía de constar de ramas espirales, mientras en su centro brillaba un núcleo esférico, muy comprimido, semejante a una compacta masa luminosa. Advertíase con nitidez que aquellas islas estelares eran sumamente planas, y la galaxia podía compararse con la fina rueda de un mecanismo de relojería. Los bordes de la rueda se columbraban borrosos, como si se esfumaran en las insondables tinieblas del espacio. En uno de los bordes de nuestra Galaxia, igual a aquéllos, se encontraban el Sol y una minúscula partícula de polvo —la Tierra—, ligada por la fuerza del saber a multitud de mundos habitados, que desplegaba las alas del pensamiento humano sobre la eternidad del Cosmos.

Dando vuelta a una manija, Mven Mas cambió de cuadro y proyectó la galaxia NGK 4594, de la constelación de Virgo, que siempre le había interesado más que ninguna y también se veía en su plano ecuatorial. Aquella galaxia, situada a diez millones de parsecs, se parecía a una gruesa lente de ígnea masa estelar envuelta en gas luminoso. Cruzaba la convexa lente, por su ecuador, una gruesa franja negra de densa materia opaca. La Galaxia se asemejaba a una misteriosa linterna que alumbrara desde el fondo de un abismo.

¿Qué mundos se ocultaban en sus radiaciones, más intensas que las de otras galaxias y que alcanzaban, por término medio, la clase espectral F? ¿Había allí habitantes de poderosos planetas, cuyo pensamiento luchase, como el nuestro, por desentrañar los misterios de la naturaleza?

El mutismo absoluto de las inmensas islas siderales crispaba los puños de Mven Mas. Y el africano se daba cuenta de la descomunal distancia: ¡la luz tardaba treinta y dos

millones de años en llegar a aquella galaxia! ¡Para el intercambio de informaciones se necesitaban sesenta y cuatro millones de años!

Mven Mas rebuscó afanoso entre las bobinas, y en la pantalla se encendió un gran círculo de clara luz entre espaciadas y mortecinas estrellas. Una negra franja irregular lo dividía en dos, acentuando el fulgor de las ígneas masas que se extendían a ambos lados de la negrura. Esta se ensanchaba por sus extremos oscureciendo el vasto campo de gas incandescente que aureolaba el círculo luminoso. Tal era la fotografía —obtenida con los más inverosímiles artificios de la técnica— de las galaxias en choque de la constelación del Cisne. Aquella colisión de gigantescas galaxias, iguales por su tamaño a la nuestra o a la Nebulosa de Andrómeda, se conocía de antiguo como fuente de radiactividad —quizá la más poderosa— de la parte del Universo accesible a los terrenos. Colosales torrentes de gas corrían raudos engendrando campos electromagnéticos de una potencia tan inconcebible, que expandían por todo el ámbito del Universo la noticia de una catástrofe titánica. La propia materia enviaba aquella señal de desgracia por una emisora natural de mil quintillones de kilovatios. Mas la distancia hasta las galaxias era tan grande, que aquella fotografía proyectada en la pantalla sólo mostraba el estado en que se encontraban hacía cientos de millones de años. El aspecto actual de aquellas galaxias, que se interpenetraban, lo verían únicamente los terrícolas al cabo de infinitud de tiempo, si para entonces existía aún la humanidad. El africano dio un salto y apoyó las manos en la maciza mesa con tal fuerza, que sus articulaciones crujieron.

Los plazos de millones de años para el intercambio de mensajes, inaccesibles a decenas de miles de generaciones y que significaban el fatal «nunca» incluso para nuestros más lejanos descendientes, podrían desaparecer del golpe de una varita mágica. Y la varita mágica era el descubrimiento de Ren Boz y la experiencia que iban a hacer.

¡Puntos del Universo situados a las más inconcebibles distancias quedarían al alcance de la mano!

Los astrónomos de la antigüedad consideraban que las galaxias corrían en distintas direcciones. La luz de las lejanas islas estelares que llegaban a los telescopios terrestres se alteraba: las ondas luminosas se dilataban, convirtiéndose en ondas rojas. Aquel enrojecimiento de la luz era testimonio de que las galaxias se alejaban del observador. Los antiguos, acostumbrados a interpretar los fenómenos de un modo rígido y unilateral, habían ideado la teoría de la dispersión o de la explosión del Universo, sin comprender aún que veían solamente un aspecto del gran proceso de destrucción y creación. Precisamente un solo aspecto —la destrucción y la dispersión, es decir, el paso de la energía a los grados inferiores según la segunda ley de la termodinámica— era percibido por nuestros sentidos y los aparatos destinados a ampliarlos. El otro aspecto —la acumulación, la concentración y la creación— pasaba desapercibido para los hombres, ya que la propia vida extraía su fuerza de la energía difundida por las estrellas-soles, lo que condicionaba nuestra percepción del mundo circundante. Sin embargo, el potente cerebro humano logró también penetrar en los enigmáticos procesos de creación de los mundos en nuestro Universo. Pero en aquellos remotos tiempos se creía que cuanto más lejos de la Tierra se encontraba una galaxia, tanto mayor era la velocidad de su alejamiento. Según ellos, con el adentramiento de las galaxias en el espacio, su velocidad llegaba a ser cercana a la de la luz. El límite de visibilidad del Universo era la distancia desde donde las galaxias parecían haber alcanzado la velocidad de la luz, pero en realidad, los terrenos no recibirían de ellas luz alguna y no podrían verlas nunca. Se conocían ya las verdaderas causas del enrojecimiento de la luz. Éstas eran varias. De las lejanas islas siderales sólo llegaba la luz que emitían sus brillantes centros. Aquellas colosales masas de materia estaban cercadas por campos electromagnéticos anulares que actuaban muy fuertemente sobre los rayos luminosos, tanto por su potencia como por su extensión, la cual iba amortiguando gradualmente las vibraciones de la luz, convirtiéndolas en ondas que se distendían y tornaban rojas. Los astrónomos sabían desde hacía mucho tiempo

que la luz de las estrellas muy compactas enrojecía, las rayas del espectro se desplazaban hacia la extremidad roja, y la estrella correspondiente daba la impresión de que se alejaba. Así ocurría, por ejemplo, con la segunda componente de Sirio, el enanillo blanco Sirio B. Cuanto más se alejaba la galaxia, mayor era la centralización de las radiaciones que nos llegaban y más pronunciado su desplazamiento hacia el extremo rojo del espectro.

Por otro lado, las ondas luminosas, en su inmenso recorrido por el espacio, «se balanceaban» fuertemente, y los cuantos de luz perdían parte de su energía. Ahora, el fenómeno estaba ya estudiado: las ondas rojas podían ser también ondas fatigadas, «viejas» de luz ordinaria. Y si hasta ondas luminosas que todo lo penetraban «envejecían» en el inacabable camino, ¿qué esperanza tenía el hombre de salvarlo si no atacaba a la misma gravitación por su antítesis, siguiendo los cálculos matemáticos de Ren Boz? La zozobra había disminuido. ¡Tenía razón al realizar el inaudito experimento!

Mven Mas, como de ordinario, salió al gran balcón del Observatorio y empezó a pasear por él con rápidas zancadas. En sus cansados ojos brillaban aún las remotas galaxias que enviaban a la Tierra sus olas rojas como señales en demanda de socorro y llamamientos al cerebro omnipotente del hombre. Mven Mas rió por lo bajo, lleno de confianza en sí mismo. Aquellos rayos rojos estarían un día tan próximo del ser humano como los que arrancaban destellos de roja luz escarlata, plena de vida, del cuerpo de Chara Nandi en la Fiesta de las Copas Flamígeras, aquella Chara que inesperadamente se le había aparecido como la imagen de la cobriza hija de la Épsilon del Tucán, la muchacha de sus sueños.

Y al orientar el vector de Ren Boz, lo haría precisamente hacia la Épsilon del Tucán, no sólo con la esperanza de ver aquel mundo espléndido, sino además, ¡en honor de ella, su representante en la Tierra!

Capítulo IX - UNA ESCUELA DEL TERCER CICLO

La escuela del tercer ciclo se encontraba en el Sur de Irlanda. Anchos campos, viñedos y robledales descendían de las verdes colinas hacia el mar. Veda Kong y Evda Nal, que habían llegado a la hora de los estudios, iban despacio por el pasillo circular que rodeaba las clases, situadas en el perímetro del redondo edificio. Como el día estaba nublado y caía una lluvia menuda, las lecciones se daban en los locales cerrados, en vez de en las praderas, al pie de los árboles, como de ordinario.

Veda Kong —que bajo la influencia del ambiente se sentía de nuevo una colegiala— se escondía a escuchar junto a las entradas, construidas, como en la mayoría de las escuelas, sin puertas, en los salientes de las paredes dispuestas en forma de bastidores de teatro. Evda Nal imitó a su amiga. Las dos mujeres se asomaban con sigilo a las clases, procurando encontrar la hija de Evda y que no las vieran.

En la primera clase advirtieron un vector, trazado con tiza azul en todo el muro y rodeado de una espiral que se enrollaba a lo largo de él. Dos sectores de la espiral estaban circundados de elipses transversales en las que había inscrito un sistema de coordenadas rectangulares.

—¡Ya están aquí las matemáticas bipolares! —exclamó Veda con cómico espanto.

—¡Esto es algo más! —objetó Evda—. ¡Detengámonos un minuto!

—Ahora, que ya conocemos las sombrías funciones del movimiento coclear, o espiral progresivo, que han surgido siguiendo el vector —explicaba un profesor ya entrado en años, de ojos profundos y ardientes—, pasaremos a la noción del «cálculo repagular». El nombre de este cálculo procede de una antigua palabra latina que significa «barrera», más exactamente, tránsito de una calidad a otra, tomado en su aspecto bilateral —y el profesor mostró una ancha elipse, secante de la espiral—. Dicho de otro modo, es el

estudio matemático de los fenómenos de transición recíproca.

Veda Kong se ocultó tras el saliente de la pared y tiró de su amiga, agarrándola de la mano.

—¡Esto es nuevo! Corresponde a la parte de que hablaba Ren Boz a orillas del mar.

—La, escuela siempre enseña a los alumnos lo más nuevo y rechaza de continuo lo viejo. Si la joven generación repitiese los viejos conceptos, ¿cómo podríamos asegurar un progreso rápido? Se pierde muchísimo tiempo en transmitir a los niños los conocimientos de nuestros mayores. Transcurren decenios hasta que el joven adquiere una instrucción completa y es apto para la ejecución de grandiosas empresas. Esta pulsación de las generaciones, en que se avanza un paso y se retroceden nueve décimas hasta que el nuevo relevo crece y se capacita, es para el ser humano la más dura ley biológica de la muerte y del renacer. Mucho de lo que hemos aprendido en el dominio de las matemáticas, la física y la biología ha envejecido. Otra cosa es su historia, ésa envejece más despacio, porque ella misma es viejísima.

Se asomaron a otra clase. La profesora, que estaba de espaldas a ellas, y los escolares, pendientes de la conferencia, no se dieron cuenta. Eran robustos muchachos y muchachas de diecisiete años. El carmín de sus mejillas denotaba la atención profunda con que escuchaban la lección.

—Nosotros, la humanidad, hemos pasado por las más rudas pruebas —la voz de la profesora tenía trémolos de emoción—. Y hasta el presente, lo principal de la historia que estudiamos en la escuela es el análisis de los errores de la humanidad y sus consecuencias. Hemos pasado por una complicación insoportable de la vida y los objetos de uso corriente hasta llegar a la simplificación máxima. La complicación de la existencia condujo a la simplificación de la cultura espiritual. No debe haber ninguna clase de objetos superfluos que aten al ser humano, cuyos sentimientos y percepciones son mucho más sutiles y complejos en la vida sencilla. Todo lo relativo a satisfacer las necesidades cotidianas es meditado y resuelto por las más preclaras mentes, así como los problemas más importantes de la ciencia. Hemos seguido el camino general de evolución del mundo animal, que tendía a liberar la atención mediante la automatización de los movimientos y el desarrollo de los reflejos en la actividad del sistema nervioso del organismo. La automatización de las fuerzas productivas en la sociedad ha creado un sistema reflejo análogo de dirección en la producción de carácter económico y permitido a multitud de personas dedicarse a lo que es hoy el trabajo fundamental del ser humano: las investigaciones científicas. La naturaleza nos ha dado un gran cerebro investigador, aunque al principio éste se dedicase únicamente a la búsqueda de alimentos y a la averiguación de si eran o no comibles.

—¡Muy bien! —dijo Evda Nal en un susurro, y en aquel momento advirtió a su hija.

La muchacha, sin sospechar nada, miraba pensativa a la ondulada superficie del cristal que impedía ver el exterior.

Veda Kong, curiosa, la comparaba con la madre. Los mismos lisos cabellos, largos y negros, pero en la hija, entrelazados por un cordoncillo azul celeste y recogidos en dos grandes rodetes. Igual óvalo del rostro, que se estrechaba abajo y tenía algo de infantil a causa de la frente, demasiado ancha, y de los salientes pómulos. Una chaquetilla de seda artificial, blanca como la nieve, acentuaba el color cetrino de la piel y la intensa negrura de los ojos, cejas y pestañas. Un collar de coral grana resaltaba la originalidad indiscutible de su fisonomía.

La hija de Evda llevaba, como todos los alumnos de la clase, unos pantalones anchos y cortos que sólo se diferenciaban por unos flecos rojos a lo largo de las costuras laterales.

—Es un adorno hindú —respondió bajito Evda Nal a la sonrisa interrogante de su amiga.

Apenas ambas mujeres hubieron retrocedido al pasillo, la profesora salió de la clase. En pos de ella salieron impetuosos algunos alumnos, entre ellos, la hija de Evda. La

muchacha se paró de pronto al ver a la madre, cuyo orgullo y constante ejemplo quería imitar. Evda ignoraba que en la escuela existía un círculo de admiradores suyos que habían decidido seguir en la vida el mismo camino que la célebre psicóloga.

—¡Mamá! —susurró la muchacha y, luego de lanzar una mirada tímida a la acompañante, se abrazó a su madre.

La profesora se detuvo y acercóse más.

—Debo informar al Consejo de la escuela —dijo, sin hacer caso del gesto de protesta de Evda Nal—. Sacaremos algún provecho de su visita.

—Mejor será que saquen ustedes provecho de ésta... —bromeó Evda, presentando a Veda Kong.

La profesora de historia se arreboló, rejuveneciéndose al instante.

—¡Magnífico! —exclamó, procurando conservar el tono ejecutivo—. Pronto se celebrará la fiesta de la nueva promoción. De su marcha a la vida. Los consejos de Evda Nal y una breve conferencia de Veda Kong sobre las civilizaciones y razas antiguas serán un gran regalo para nuestros jóvenes. ¿Verdad que sí, Rea?

La hija de Evda palmeó de contento. La profesora se fue, a leve paso gimnástico, a las oficinas, que se encontraban en un cuerpo del edificio, largo y recto.

—Rea, ¿quieres dejar hoy la lección laboral y dar conmigo un paseo por el jardín? —propuso Evda a su hija—. Ya no tendré tiempo de volverte a ver antes de la elección de tus «trabajos de Hércules». Y la última vez no decidimos nada en concreto...

Rea, sin decir palabra, tomó a su madre del brazo. Los estudios, en cada ciclo de la escuela, se alternaban siempre con lecciones de trabajo manual. Aquel día tocaba una de las lecciones preferidas de la muchacha: el pulido de cristales ópticos, pero ¿podía haber algo más interesante y de mayor importancia que la llegada de su madre?

Veda Kong se dirigió hacia el pequeño observatorio astronómico, que se divisaba a lo lejos, dejando solas a la madre y a la hija. Rea, apretándose cariñosa contra el robusto brazo de su madre, caminaba pensativa.

—¿Dónde está tu pequeño Kai? —preguntó Evda, y la muchacha se puso triste.

Kai era su alumno. Los mayores frecuentaban las escuelas cercanas del primero o del segundo ciclo y cuidaban de los pequeños que habían elegido para ejercer sobre ellos su tutela. El sistema de educación completa exigía que se prestase a los maestros una ayuda también integral.

—Kai ha pasado al segundo ciclo y se ha marchado lejos. Me da tanta pena... ¿Por qué se nos traslada de un sitio a otro cada cuatro años, de ciclo en ciclo?

—¿Tú no sabes que la psique se cansa y embota a causa de las impresiones monótonas?

—Sí, pero lo que yo no comprendo es por qué al primero de los cuatro ciclos de tres años se le denomina ciclo cero, pues en él también se realiza un importantísimo proceso de educación e instrucción de los niños de uno a cuatro años...

—Es una denominación vieja y desacertada. Sin embargo, nosotros procuramos no cambiar, salvo caso de necesidad extrema, los términos establecidos. Estos cambios siempre dan lugar a gastos innecesarios de energía humana. Y evitarlo es un deber de todos, sin excepción alguna.

—Bueno, pero la división en ciclos, en cada uno de los cuales se estudia y se vive aparte de los demás, con los continuos desplazamientos, es también un gran gasto de energías. ¿Verdad?

—Ese gasto se compensa con creces con la aguzación de las percepciones y del beneficioso efecto de la instrucción, que, de lo contrario, decaería irremisiblemente. Vosotros, los pequeños, a medida que crecéis y recibís educación, os vais convirtiendo en seres de cualidades diferentes. La vida conjunta de grupos de distinta edad impide la debida enseñanza e irrita a los propios escolares. Nosotros hemos reducido la diferencia al mínimo, separando a los niños en cuatro ciclos, según su edad, y a pesar de ello, eso

no es aún lo más perfecto... Pero hablemos primero de tus proyectos y tus cosas. Yo tendré que daros a todos una conferencia, y tal vez en ella disipe tus dudas.

Y Rea empezó a confiar a la madre los secretos de su alma con la franqueza propia de los niños de la Era del Circuito, que no habían experimentado nunca el agravio de la burla o de la incompreensión. La muchacha era la viva imagen de una juventud que no sabía aún nada de la vida, pero que estaba ya pletórica de soñadoras esperanzas. Al cumplir los diecisiete años, la joven terminaba sus estudios en la escuela e iniciaba el trienio de los «trabajos de Hércules», que realizaría entre los mayores. Después de éstos, se determinarían definitivamente sus aficiones y aptitudes. A continuación, debía cursar dos años de enseñanza superior que daban derecho a trabajar independientemente en la profesión elegida. En el transcurso de su larga vida, el hombre y la mujer adquirían cinco o seis especialidades de instrucción superior, cambiando el género de trabajo periódicamente, pero de la elección de las primeras y difíciles actividades —«los trabajos de Hércules»— dependía mucho. Por ello eran elegidos después de una cuidadosa meditación y, obligatoriamente, con la ayuda de un consejero mayor en edad.

—¿Habéis pasado ya las pruebas psicológicas de fin de estudios? —preguntó Evda, fruncidas las cejas.

—Sí. Yo he tenido de 20 a 24 en los primeros ocho grupos; 18 y 19 en el décimo y en el trece, ¡e incluso 17 en el grupo decimoséptimo! —contestó con orgullo Rea.

—¡Excelentes notas! —exclamó gozosa Evda—. Tienes abiertos todos los caminos. ¿No has cambiado la elección que hiciste del primero de los trabajos?

—No. Seré enfermera en la isla del Olvido, y después, todo nuestro círculo, el de tus discípulos, trabajará en el Hospital Psicológico de Jutlandia.

Evda no escatimó las bromas, de buena índole, con respecto a los psicólogos celosos, pero Rea le pidió a la madre que fuese mentor de los miembros del círculo que también debían elegir los mencionados trabajos.

—Tendré que quedarme aquí hasta el fin del permiso —dijo Evda, riendo—. ¿Y qué va a hacer Veda Kong?

Rea recordó a la acompañante de su madre.

—Es buena —dijo con seriedad la muchacha— ¡y casi tan guapa como tú!

—¡Mucho más!

—No, yo lo sé... Y no porque tú seas mi madre —insistió Rea—. Tal vez, a primera vista, parezca más bonita que tú. Pero tú encierras una fuerza interior que Veda Kong no tiene todavía. Yo no digo que no llegue a tenerla. Cuando la tenga, entonces...

—¿Eclipsará a tu mamá, como la luna a una estrella?

Rea negó con la cabeza.

—¿Es que tú vas a permanecer estancada? ¡Tú irás más lejos que ella!

Evda acarició los lisos cabellos de la muchacha, observando la expresión de su rostro, alzado hacia ella.

—¿No crees que basta ya de elogios, hijita? ¡Estamos perdiendo el tiempo!...

Entre tanto, Veda Kong caminaba despacio por una alameda, adentrándose en un bosquecillo de arces, cuyas anchas hojas húmedas susurraban. Las primeras brumas del crepúsculo intentaban alzarse del prado cercano, pero el viento las dispersaba al punto. Veda Kong pensaba en la movilidad de la naturaleza, bajo su aparente calma, y en lo bien que se elegían siempre los lugares para la construcción de escuelas. Un aspecto importantísimo de la educación era desarrollar una aguda percepción de la naturaleza y un íntimo y sensible contacto con ella. Debilitar la atención a la naturaleza era tanto como frenar el desarrollo del ser humano, ya que éste, al perder la costumbre de observar, perdía también la facultad de sintetizar. Veda Kong meditaba sobre el arte de enseñar, la más preciada aptitud de una época en que se había comprendido al fin que la instrucción era en realidad la educación y que únicamente así se podía preparar al niño para el pedregoso camino del hombre. Claro que la base la daban las cualidades innatas, pero

éstas corrían el riesgo de quedar estériles si no se modelaba hábilmente, por el maestro, el alma humana.

La sabia historiadora volvía mentalmente a los días, lejanos ya, en que ella era alumna del tercer ciclo, un ser juvenil, todo contradicciones, que ardía en deseos de sacrificarse, pero que al propio tiempo consideraba el mundo entero en dependencia exclusiva de su yo, con ese egocentrismo propio de la juventud sana. ¡Cuánto bien le habían hecho entonces los maestros! ¡Sí, en verdad no había en el mundo labor más elevada que la de ellos!

El maestro... En sus manos estaba el futuro del alumno, pues sólo con su esfuerzo se elevaba el ser humano a cada vez mayor altura y se hacía más poderoso al cumplir la más difícil de las tareas: la de vencerse a sí mismo, dominando la avidez egoísta y los desenfrenados deseos.

Veda Kong torció hacia una ensenada, bordeada de pinos, de donde llegaban voces juveniles; pronto tropezó con una decena de chiquillos, con delantales de plástico, que desbastaban afanosos un largo tronco de roble valiéndose de hachas, o sea de los mismos instrumentos inventados en las cavernas de la Edad de Piedra. Los jóvenes carpinteros saludaron respetuosos a la historiadora y le explicaron que ellos, a semejanza de los héroes de antaño, querían construir un barco sin ayuda de sierras automáticas ni de máquinas de montaje. Durante las vacaciones, harían un viaje en el barco hasta las ruinas de Cartago, acompañados de sus maestros de historia, geografía y trabajos manuales.

Después de desearle éxito en la empresa, se disponía Veda a seguir su camino, cuando se adelantó hacia ella un chico alto y esbelto, de cabellos muy rubios.

—¿Ha venido usted con Evda Nal? Entonces, ¿me permite que le haga unas preguntas?

Veda accedió gustosa.

—Evda Nal trabaja en la Academia de las Penas y de las Alegrías. Nosotros hemos estudiado ya la organización social de nuestro planeta y de algunos otros mundos, pero todavía no nos han explicado la que hace referencia a esa academia.

Veda les habló de los grandes estudios acerca de la sociedad realizados por aquella institución: el cómputo de las penas y alegrías en la vida de los seres humanos, clasificándolas por grupos en consonancia con la edad. Luego, siguió el análisis de los cambios producidos en ellas con arreglo a las etapas de evolución de la humanidad. Y cualquiera que fuese la índole de los distintos gozos y aflicciones, los balances masivos —hechos según el método de grandes cifras— revelaban importantes leyes reguladoras. Los Consejos que dirigían el desarrollo de la sociedad procuraban siempre conseguir los mejores resultados. Y sólo cuando las alegrías aumentaban o se equilibraban con las penas, se consideraba que la evolución de la sociedad marchaba bien.

—Por lo tanto, ¿la Academia de las Penas y de las Alegrías es la más importante? —preguntó otro muchachito de mirada arrogante y audaz.

Los demás rieron, y el primer interlocutor de Veda Kong aclaró:

—Oí busca siempre la supremacía. Y sueña con los grandes jefes del pasado.

—Peligroso camino —repuso Veda sonriendo—. Como historiadora, puedo decirles que esos grandes jefes eran los hombres más trabados y menos independientes de la Tierra.

—¿Estaban trabados por el condicionamiento de sus acciones? —preguntó el chico rubio.

—Precisamente. Pero eso ocurría en las antiguas sociedades de la Era del Mundo Desunido y en otras anteriores, que se desarrollaban de un modo desigual y espontáneo. Ahora la supremacía no existe, porque la actuación de cada Consejo sería inconcebible sin los restantes.

—¿Y el Consejo de Economía? Pues sin él nadie puede emprender nada grande... —objetó con cautela Oí, un poco turbado, pero sin desconcertarse.

—Eso es cierto, porque la economía constituye la única base real de nuestra existencia. Pero a mí me parece que no tenéis una idea completamente justa de lo que es la supremacía... ¿Habéis estudiado ya la citoarquitectónica del cerebro humano?

Los muchachos contestaron afirmativamente.

Veda pidió una astilla y trazó en la arena los círculos de las principales instituciones dirigentes.

—Mirad, aquí, en el centro, está el Consejo de Economía. Desde él, tracemos unas líneas, sus enlaces directos con sus organismos consultivos: la APA (Academia de las Penas y de las Alegrías), la AFP (Academia de las Fuerzas Productivas), la AGCPP (Academia de las Grandes Cifras y de la Predicción del Futuro) y la APT (Academia de la Psicofisiología del Trabajo). Este trazo lateral es la ligazón con el Consejo de Astronáutica, organismo que actúa de un modo autónomo. De éste parten las rectas de su enlace con la Academia de las Emanaciones Dirigidas y las estaciones exteriores del Gran Circuito. Sigamos...

Veda dibujó en la arena un complicado esquema, y continuó:

—¿No os recuerda esto el cerebro humano? Los centros de investigación y de estadística son los centros sensorios; los Consejos, los centros de asociación. Vosotros sabéis que toda la vida se compone de la atracción y de la repulsión, del ritmo de las explosiones y de las acumulaciones, de la excitación y de la inhibición. El centro principal de inhibición es el Consejo de Economía, que lleva todo al terreno de las posibilidades reales del organismo social y de sus leyes objetivas. Esta acción recíproca de fuerzas opuestas, convertida en trabajo armónico, es precisamente nuestro cerebro y nuestra sociedad, que avanzan y progresan, tanto el uno como la otra, continuamente. Hubo un tiempo lejano en que la cibernética, o ciencia del mando, podía reducir las más complejas acciones recíprocas y transformaciones a funcionamientos, relativamente simples, de máquinas. Pero a medida que se ampliaban nuestros conocimientos, más complejos se iban tornando los fenómenos y las leyes de la termodinámica, de la biología y de la economía, y desaparecieron para siempre los conceptos simplistas acerca de la naturaleza o de los procesos de la evolución social.

Los chicos eran todo oídos.

—¿Qué es, pues, lo principal en esta estructuración de la sociedad? —preguntó Veda al admirador de los jefes.

Éste callaba azorado, pero el rubio acudió en su ayuda:

—¡El progreso! —respondió con valentía, y Veda quedó entusiasmada.

—¡Esa magnífica contestación merece un premio! —exclamó la historiadora, y, luego de echarse una ojeada, se quitó del hombro izquierdo un broche de esmalte, en forma de níveo albatros sobre un mar azul, y se lo tendió al muchachito en la palma de la mano.

El chico, cortado, vacilaba en aceptarlo.

—Tómalo en recuerdo de nuestra conversación de hoy y... ¡del progreso! —insistió Veda, y el muchachito acabó por tomar el albatros.

Sujetándose la blusa, que se deslizaba del hombro, Veda emprendió el regreso al parque. El broche aquél era un regalo de Erg Noor, y el súbito arranque de entregarlo significaba mucho; entre otras cosas, un extraño deseo de desprenderse cuanto antes de un pasado ya muerto o a punto de morir...

Toda la población de la ciudad escolar se congregó en la redonda sala, situada en el centro del edificio. Evda Nal, vestida de negro, subió al estrado que se encontraba en medio, iluminado profusamente desde arriba, y abarcó con mirada serena las gradas del anfiteatro. Al oír su voz clara, no muy sonora, todos quedaron pendientes de sus labios. Los altavoces no se utilizaban más que para la técnica de seguridad del trabajo. Y la aparición de los televisores estereofónicos había hecho innecesarios los grandes auditorios.

—Los diecisiete años señalan un gran cambio en la vida. Pronto pronunciaréis las

palabras tradicionales en la Asamblea de la región de Irlanda: "Vosotros, los mayores, que me llamáis a la senda del trabajo, recibid mi saber y mis buenos deseos, aceptad mi labor y enseñadme día y noche. Tendedme vuestra irano de ayuda, pues el camino es arduo, y yo os seguiré." Esta antigua fórmula encierra un profundo sentido, del que debo hablaros hoy.

»A vosotros, desde la infancia, os enseñan la filosofía dialéctica, que en los libros secretos de la remota antigüedad se llamaba "El Misterio del Doble". Se consideraba entonces que esa gran ciencia sólo podían poseerla los "iniciados", los poderosos, los hombres de gran fuerza moral y elevado intelecto.

Ahora, vosotros, desde los años mozos concebís el mundo a través de las leyes de la dialéctica, y su potente fuerza está al servicio de todos. Habéis venido al mundo en una sociedad bien constituida, creada por generaciones de miles de millones de innominados trabajadores y luchadores por una vida mejor. Quinientas generaciones han pasado desde que se formaran las primeras sociedades con la división del trabajo. Durante ese tiempo, se han mezclado diferentes razas y nacionalidades. Todos los pueblos han legado a cada uno de vosotros unas gotas de sangre, como se decía antaño, o mecanismos hereditarios, como decimos hoy. Se ha llevado a cabo una gigantesca labor para depurar la herencia de las consecuencias del empleo irreflexivo de las radiaciones, así como de las enfermedades, extendidas anteriormente, que penetraron en sus mecanismos.

»La educación del nuevo ser humano es un trabajo delicado que requiere un análisis individual y un gran cuidado al abordarlo. Han pasado ya, para no volver, los tiempos en que la sociedad no era exigente y se contentaba con gentes educadas de cualquier manera, de un modo casual, y cuyos defectos se atribuían a la herencia, a la naturaleza innata del hombre. Ahora, toda persona mal educada es un reproche para la sociedad entera, un penoso error de una gran colectividad.

»Pero vosotros, que no estáis liberados aún del egocentrismo juvenil ni de la sobreestimación del "yo", debéis imaginaros con claridad cuánto depende de vosotros mismos, hasta qué punto sois los artífices de vuestra propia libertad y del interés de vuestra vida. Tenéis ancho campo para elegir, pero ese libre albedrío entraña también una plena responsabilidad con respecto a la elección del camino. Hace mucho que se desvanecieron los sueños del hombre inculto acerca del retorno a la naturaleza salvaje, de la libertad de las sociedades y relaciones primitivas. Ante la humanidad, que agrupa masas colosales de individuos, se ha planteado un dilema real: someterse a la disciplina social, a una larga educación e instrucción, o perecer. Otros caminos para subsistir en nuestro planeta, a pesar de que su naturaleza es bastante pródiga, ¡no los hay! Los malhadados filósofos que soñaban con la vuelta atrás, a la naturaleza primitiva, no comprendían ni amaban de verdad a la naturaleza; de lo contrario, habrían conocido su crueldad implacable y el inevitable perecimiento de todo lo que no se somete a sus leyes.

»El hombre de la nueva sociedad se encuentra en la necesidad indeclinable de disciplinar sus deseos, anhelos y pensamientos. Esta educación de la inteligencia y de la voluntad es ahora tan obligatoria para cada uno de nosotros como la educación física. El estudio de las leyes de la naturaleza y de la sociedad, así como de su economía, ha reemplazado el deseo personal por el saber consciente. Cuando decimos: "quiero", ello significa: "sé que eso es posible".

»Hace milenios, los antiguos griegos hablaban ya del metron aristas, o sea: la medida es el summun. Y nosotros, desarrollando el aforismo, decimos hoy: el sentido de la medida en todo es el fundamento de la civilización.

»Conforme se elevaba el nivel de la cultura, se iba debilitando la tendencia a la grosera dicha de la propiedad, a la ávida acumulación cuantitativa de bienes que se desvanecen pronto, dejando un sentimiento de insatisfacción.

»Nosotros os enseñamos una dicha mucho mayor: la renunciación personal, la dicha de ayudar a los demás, la verdadera alegría del trabajo que enardece el alma. Os hemos

ayudado a liberaros del poder de los mezquinos afanes y de las mezquinas cosas y a elevar vuestras alegrías y vuestras penas a una esfera superior: la de la creación.

»La solicitud por la educación física, la vida limpia y regular de decenas de generaciones os han liberado del tercer enemigo terrible de la psique humana: la indiferencia, el alma vacía e indolente. Llegáis al mundo del trabajo llenos de energías, con una psique equilibrada y sana en la que la correlación natural de las emociones hace que el bien predomine sobre el mal. Cuanto mejores seáis, tanto mejor y más elevada será toda la sociedad, pues en esto existe una estrecha interdependencia. Crearéis un elevado medio espiritual, como partes integrantes de la sociedad, y ella os elevará a vosotros mismos. El medio social es el más importante factor para la educación e instrucción del ser humano. El hombre actual se educa e instruye durante toda su vida, y el ascenso de la sociedad es rápido.

Evda Nal hizo una pausa y se alisó los cabellos con el mismo ademán que Rea, la cual permanecía sentada sin apartar los ojos de la madre; luego prosiguió:

—Hubo un tiempo en que las gentes denominaban sueños a los anhelos de conocer la realidad del mundo. Vosotros soñaréis así toda la vida y tendréis el gozo del conocer constante, del movimiento, la lucha y el trabajo. No os preocupéis de esos descensos que siguen a los altos vuelos del alma, son las curvas naturales de la espiral del movimiento, como ocurre en toda la materia restante. La realidad de la libertad es dura, pero vosotros estáis preparados para ella merced a la disciplina de vuestra educación e instrucción. Por eso, a vosotros, jóvenes conscientes de la responsabilidad, os están permitidos todos los cambios de actividades, que es lo que constituye precisamente la felicidad personal. Los viejos sueños de la plácida inacción del paraíso han sido desmentidos por la historia, pues son contrarios a la naturaleza del ser humano combatiente. Cada época ha tenido y seguirá teniendo sus dificultades, pero la dicha de toda la humanidad es el ascenso, continuo y rápido, hacia las cimas, cada vez más altas, del saber y de los sentimientos, de la ciencia y del arte.

Terminada su conferencia, Evda Nal bajó del estrado y se dirigió hacia las primeras filas, donde Veda Kong la saludaba igual que ella había saludado a Chara en la fiesta. Todos los presentes, en pie, repetían aquel mismo ademán, como si quisieran expresar su entusiasta admiración a un arte sin precedente.

Capítulo X - LA EXPERIENCIA DEL TÍBET

La instalación de Kor Yull se encontraba en la cumbre de una montaña lisa, solamente a un kilómetro del Observatorio del Tíbet del Consejo de Astronáutica. La altura, de cuatro mil metros, no permitía allí la existencia de ninguna clase de vegetación leñosa, a excepción de unos árboles negro-verdosos, traídos de Marte, carentes de follaje y con ramas retorcidas hacia arriba. La hierba, amarilla clara, se inclinaba en el valle al embate del viento, mientras que aquellos representantes de otro mundo, macizos como el hierro, permanecían completamente inmóviles. Por las laderas de las montañas descendían trozos de rocas desmoronadas, semejantes a ríos de piedra. Mantos, capas y franjas de nieve brillaban con singular e impoluta blancura bajo el cielo resplandeciente.

Tras los restos de los muros de agrietada diorita —ruinas de un monasterio erigido en aquella altura con sorprendente audacia—, se alzaba una torre tubular de acero que sostenía dos arcos con calados. Sobre ellos, como una parábola tendida hacia el cielo, refulgía una enorme espiral de bronce de berilio, constelado de los centelleantes puntos blancos de unos contactos de renio. Adosada a la primera espiral, había otra dirigida hacia el terreno y que cubría ocho grandes conos de borazón verdusco. Hacia allí partían las ramificaciones de unos tubos, de seis metros de sección, conductores de la energía. Cruzaban el valle unos postes con anillos de guía, derivación de la línea principal del

Observatorio, la cual recibía durante su funcionamiento la corriente de todas las estaciones del planeta. Ren Boz, hundiendo los dedos en los revueltos cabellos, contemplaba satisfecho los cambios efectuados en la instalación. El nuevo equipamiento de la misma lo habían realizado los voluntarios en un plazo increíble. Lo más difícil había sido abrir profundas trincheras en la roca dura sin tener grandes máquinas perforadoras, pero aquello quedaba atrás. Los voluntarios, que esperaban, naturalmente, presenciar como recompensa el espectáculo del grandioso experimento, se habían alejado de la instalación lo más posible y elegido para sus tiendas un suave declive de montaña al Norte del Observatorio.

Mven Mas, en cuyas manos se encontraban todas las comunicaciones del Cosmos, estaba sentado en una fría piedra frente al físico y, un poco estremecido por el frescor, contaba las novedades del Circuito. El sputnik 57 se utilizaba últimamente para mantener el enlace con las astronaves y las planetonaves, y no trabajaba para el Circuito. Cuando Mven Mas dio la noticia del perecimiento de Vlijj oz Ddiz, cerca de la estrella E, el cansado físico se reanimó.

—La tensión máxima de la atracción hacia la estrella E da lugar a un fortísimo caldeamiento en el curso de la evolución del astro. Resulta un supergigante violeta, dotado de una fuerza monstruosa, que vence a la atracción colosal. No tiene ya parte roja en su espectro, porque, a pesar de la potencia del campo de gravitación, las ondas de los rayos luminosos se acortan, en vez de alargarse.

—Sí, pasan al extremo violado —asintió Mven Mas— y se convierten en ultravioletas.

—No es sólo eso. El proceso va más lejos. Cada vez aumenta más la potencia de los quantas hasta que se sobrepasa el campo cero y se llega a la zona del antiespacio, segundo aspecto del movimiento de la materia, que desconocemos en la Tierra debido a la pequeñez de sus dimensiones. Nosotros no podríamos conseguir nada semejante, aunque quemásemos todo el hidrógeno de los océanos.

Mven Mas hizo con rapidez un cálculo mental.

—Quince mil trillones de toneladas de agua, convertidas en energía del ciclo hidrógeno, según el principio de la relatividad masa-energía, hacen, en números redondos, un trillón de toneladas por minuto, ¡y eso es un decenio de radiación solar!

Ren Boz sonrió contento.

—¿Y cuánta dará el supergigante azul?

—Es difícil de calcular. Pero juzgue usted mismo. En la Gran Nube de Magallanes que contiene la acumulación estelar NKG 1910, cerca de la Nebulosa de la Tarántula... Perdone, estoy acostumbrado a operar con las antiguas denominaciones y signos estelares.

—Eso no tiene importancia alguna.

—En general, la Nebulosa de la Tarántula es tan luminosa, que si se encontrase en el lugar de la de Orión, de todos conocida, alumbraría igual que la Luna llena. El cúmulo estelar 1910, cuyo diámetro es de setenta parsecs solamente, cuenta con no menos de un centenar de estrellas supergigantes. Allí se encuentra el coloso doble azul ES de la Dorada, con claras rayas de hidrógeno violeta del mismo. ¡Es mayor que la órbita de la Tierra y su luminosidad equivale a la de medio millón de nuestros soles! ¿Era esa estrella la que usted tenía en cuenta? En esa misma acumulación las hay mayores, con un diámetro igual al de la órbita de Júpiter, pero todavía sólo empiezan a caldearse después de permanecer en el estado E.

—Bueno, dejemos ya a los supergigantes. En el decurso de milenios los hombres observaron a las nebulosas anulares de Acuario, la Osa Mayor y la Lira sin comprender que tenían delante campos neutrales de gravitación cero, que, según la ley repagular, son el estado transitorio entre la atracción y la antiatracción. Y allí precisamente estaba el enigma del espacio cero...

Ren Boz se levantó bruscamente del umbral del puesto blindado de comando,

construido de grandes bloques recubiertos de silicato.

—Ya he descansado. ¡Podemos empezar!

A Mven Mas empezó a palparle el corazón con violencia, mientras se le hacía un nudo en la garganta. El africano dio un suspiro, entrecortado y profundo. Ren Boz estaba tranquilo, únicamente el febril brillo de sus ojos denotaba la gran concentración de voluntad y pensamiento que encerraba el físico al iniciar una empresa peligrosa.

Mven Mas estrechó con su gran mano la pequeña y firme de Ren Boz. Una inclinación de cabeza, y ya estaba la alta silueta del director de las estaciones exteriores descendiendo por la ladera, camino del Observatorio. Un viento frío aullaba lúgubre al batir los heleros de las montañas, pétreos colosos que guardaban el valle. Mven Mas sentíase estremecido por profundo temblor. Involuntariamente, apretó aún más el rápido paso, aunque no tenía prisa alguna, pues la experiencia no daría comienzo hasta después de la puesta del sol.

En seguida, Mven Mas logró ponerse en comunicación, por la radio de diapasón lunar, con el sputnik 57. Las instalaciones reflectoras y aparatos de guía de su estación localizaron la ¡Épsilon del Tucán en los minutos de desplazamiento del satélite artificial, entre el 33° de latitud norte y el Polo Sur, en que la estrella era visible desde su órbita.

Mven Mas ocupó su sitio ante el pupitre de comando, en una sala subterránea muy parecida a la del Observatorio del Mediterráneo.

Revisando por milésima vez los datos sobre el planeta de la Épsilon del Tucán, comprobó metódicamente el cálculo de su órbita y se puso de nuevo en comunicación con el 57 para acordar que en el momento en que se conectase el campo, los observadores de aquél cambiasen muy lentamente la dirección, siguiendo un arco cuatro veces mayor que la paralaxis de la estrella.

El tiempo se alargaba interminable. Mven Mas, por muchos esfuerzos que hacía, no lograba apartar el recuerdo de Bet Lon, el matemático criminal. Pero, de pronto, en la pantalla de la TVF apareció Ren Boz junto al cuadro de comando de la instalación experimental. Sus sedosos cabellos cortos estaban más erizados que de ordinario.

Los advertidos dispatchers de las centrales energéticas comunicaron que estaban preparados. Mven Mas empuñó las palancas del pupitre de comando, pero un ademán de Ren Boz, en la pantalla, le detuvo.

—Hay que avisar a la central Q, de reserva, de la Antártida. La energía de que disponemos es insuficiente.

—Ya lo he hecho, está preparada.

El físico reflexionó unos segundos más:

—En la península de Chukotka y en la del Labrador hay centrales de energía F. ¿Y si nos pusiéramos de acuerdo con ellos para que conectasen en el momento de la inversión del campo? Temo que el aparato no sea perfecto...

—Ya lo he hecho.

Ren Boz, resplandeciente de alegría, bajó la mano.

La formidable columna de energía alcanzó el sputnik 57. En la pantalla hemisférica de la estación surgieron los emocionados y juveniles rostros de los observadores.

Después de saludar a aquellos audaces muchachos, Mven Mas comprobó que la columna seguía exactamente al satélite. Entonces, transmitió la corriente a la instalación de Ren Boz. La cara del físico desapareció de la pantalla.

Los indicadores del débito de potencia inclinaban sus agujas hacia la derecha, registrando el constante aumento de la condensación de la energía. Las luces de señales brillaban cada vez más claras y blancas. En cuanto Ren Boz conectaba uno tras otro los emisores del campo, los indicadores de cantidad descendían a bruscos saltos hacia el trazo cero. Un repiqueteo metálico, que llegaba de la instalación experimental, hizo estremecer a Mven Mas. El africano sabía lo que tenía que hacer. Un movimiento de palanca, y la corriente en torbellino de la central Q afluyó iluminando los ojos de los

aparatos, que se apagaban, y dando impulso a sus desfallecientes agujas. Pero apenas hubo conectado Ren Boz el inversor general, las saetas volvieron a saltar hacia cero. Casi instintivamente, Mven Mas conectó a un tiempo las dos centrales F.

Le pareció que los aparatos se apagaban y que una extraña luz blanca inundaba el subterráneo. Los sonidos cesaron. Un segundo más, y la sombra de la muerte oscureció la conciencia del director de las estaciones exteriores, embotando sus sentidos. Aferrado al borde del pupitre, luchaba contra el vértigo, jadeando del esfuerzo y del espantoso dolor en la columna vertebral. La pálida luz aquella empezó a hacerse más intensa en un lado de la cámara subterránea, sin que el africano pudiera determinar cuál era: tal vez fuera el de la pantalla o el de la instalación de Ren Boz...

De pronto, una cortina ondulante pareció desgarrarse, y Mven Mas oyó con nitidez sonoro rumor de olas. Un olor indefinible, nuevo, penetró por sus dilatadas fosas nasales. La cortina se descorrió hacia la izquierda, mientras un cendal gris continuaba ondulando en el rincón opuesto. Con sorprendente realismo, se alzaron unas montañas cobrizas, festoneadas de bosques azul turquí, y las olas del mar violeta chapotearon a los mismos pies de Mven Mas. La cortina se desplazó más a la izquierda, y el africano vio la viva imagen de su sueño: la mujer de la roja piel, acodada a una mesa de piedra blanca y pulida superficie, contemplaba el océano desde el rellano superior de la escalinata. Inesperadamente, ella le advirtió; sus espaciados ojos reflejaron sorpresa y admiración. Levantóse, irguiendo el cuerpo con soberbia elegancia, y le tendió a Mven Mas la mano abierta. La frecuente respiración agitaba el pecho de la espléndida mujer, y en aquel minuto alucinante, el africano recordó a Chara Nandi.

¡Offaallikor!

Aquella voz melodiosa, dulce y sonora a un tiempo, penetró hasta el corazón de Mven Mas. Despegó los labios para responderle, pero en el lugar de la visión se alzó una llamarada verde y un tremendo chasquido silbante hizo retemblar toda la sala. En tanto iba perdiendo el conocimiento, el director de las estaciones exteriores sentía que una fuerza blanda, pero irresistible, le plegaba en tres y le hacía girar, como el rotor de una turbina, para aplastarle finalmente contra algo duro... Y el último pensamiento de Mven Mas fue de zozobra por la suerte de la estación del 57 y de Ren Boz...

El personal del Observatorio y los constructores, que se encontraban a distancia del lugar del suceso, en una ladera, habían visto muy poco. En el profundo cielo Tíbetano habíase encendido de súbito un resplandor tan intenso, que eclipsaba la luz de las estrellas. Una fuerza invisible se abatió desde gran altura sobre la montaña donde se hallaba la instalación experimental. Allí tomó la forma de una tromba que levantó consigo una enorme cantidad de piedras. Aquel embudo negro, de un kilómetro de ancho, partió rauda, como disparado por un gigantesco cañón hidráulico, hacia el edificio del Observatorio; remontóse y volvió a la montaña para golpear de nuevo la instalación, destrozando todos los aparatos y barriendo sus restos, hechos añicos. Un instante más tarde renacía la calma. El aire polvoriento guardaba un olor a piedra ardiente y un tufo acre, mezclados con un extraño aroma que recordaba el de las floridas costas de los mares tropicales.

En el lugar de la catástrofe, la gente observó que una ancha zanja de calcinados bordes surcaba el valle y que la vertiente de la montaña había sido arrancada por completo. El edificio del Observatorio permanecía indemne. La zanja había llegado al muro sudeste y, después de destruir la galería de distribución de las máquinas mnemotécnicas, se había empotrado en la cúpula de la cámara subterránea, recubierta de una capa de cuatro metros de basalto fundido. El basalto estaba desgastado y brillante, como bruñido por una pulimentadora gigantesca. Pero una buena parte había quedado intacta salvando la vida a Mven Mas y protegiendo la cámara subterránea.

Un arroyuelo de plata se había solidificado hundiéndose en el terreno: eran los fusibles, completamente fundidos, de la central energética de recepción.

Poco después se consiguió restablecer los cables del alumbrado suplementario. El faro de la vía de acceso iluminó un espectáculo sorprendente: el metal de las construcciones de la instalación experimental se extendía por la zanja, que parecía cromada, en refulgente placa. Del escarpe de la montaña vertical y liso, como cortado por un cuchillo, emergía un trozo de espiral de bronce. La piedra se había derretido, igual que el lacre bajo el sello candente, y formaba una capa vidriosa. Las espiras del rojizo metal, con los blancos dientes de los contactos de renio, se incrustaban en ella brillando a la luz eléctrica como una flor de esmalte. Y al ver aquella colosal joya de doscientos metros de diámetro, sentíase espanto ante la fuerza ignota que la había fabricado.

Cuando se hubo desbrozado la entrada a la cámara subterránea, encontraron a Mven Mas de rodillas, postrada la frente sobre el escalón inferior.

Por lo visto, el director de las estaciones exteriores, al recobrar el conocimiento por un instante, había intentado salir de allí. Entre los voluntarios se hallaron médicos. El robusto organismo del africano y unas medicinas no menos potentes triunfaron de la contusión. Mven Mas se levantó, temblando y tambaleándose, sostenido por ambos lados.

—¿Y Ren Boz?...

La gente que rodeaba al sabio se ensombreció. El director del Observatorio repuso con voz ronca:

—Ren Boz ha sufrido terribles lesiones. Lo más probable es que muera pronto...

—¿Dónde está?

—Lo han encontrado al otro lado de la montaña, en su vertiente oriental. Debió de ser lanzado desde su instalación. En la cumbre no queda nada... hasta las ruinas han sido arrasadas por completo.

—¿Y él yace allí?

—No se le puede tocar. Tiene fracturados los huesos y rotas las costillas...

—¿Cómo?

—Y el vientre abierto, se le han salido las entrañas...

A Mven Mas se le doblaron las piernas y agarróse convulsivamente al cuello de los que le sostenían. Pero la voluntad y la razón no le fallaron.

—¡Hay que salvar a Ren Boz a toda costa! ¡Es un gran sabio!...

—Lo sabemos. Cuatro doctores le asisten. Está dentro de una tienda esterilizada, puesta allí para la intervención quirúrgica. Al lado, esperan dos donadores de sangre. El tiratrón, el corazón y el hígado artificiales funcionan ya.

—Entonces llévenme al puesto de conferencias. Pónganse en comunicación con la red mundial y llamen al centro de información de la zona Norte. ¿Qué ha sido del sputnik 57?

—Le hemos llamado. No contesta.

—Busquen el sputnik con el telescopio y examínenlo con el inversor electrónico a la ampliación máxima... Comprueben las máquinas mnemotécnicas y la calidad de las grabaciones de la experiencia.

—Las máquinas están muy averiadas y en el indicador no hay nuevas grabaciones.

—¡Todo se ha perdido! —barbotó Mven Mas, agachando la cabeza.

El hombre de guardia nocturna en el centro Norte de información vio en la pantalla un rostro ensangrentado y unos ojos que brillaban febriles. Después de mirar atentamente, reconoció al director de las estaciones exteriores, personalidad célebre en todo el planeta.

—Necesito hablar con Grom Orm, presidente del Consejo de Astronáutica, y con la psicóloga Evda Nal.

El de guardia asintió con la cabeza y empezó a pulsar los botones y a girar los bornes de la máquina mnemotécnica. La respuesta vino al cabo de un minuto.

—Grom Orm está preparando unos materiales en la casa-vivienda del Consejo, donde pasa las noches. ¿Le llamo?

—Llámele. ¿Y Evda Nal?

—Está en la escuela cuatrocientos diez, en Irlanda. Si es preciso, intentaré llamarla...

—el de guardia consultó un es quema— al puesto de conferencias 5654 SP.

—¡Muy preciso! ¡Es asunto de vida o muerte!

El de guardia apartó los ojos de los esquemas.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—¡Una gran desgracia!

—Le entregaré la guardia a mi ayudante, y yo mismo me ocuparé de su asunto.
¡Espere!

Mven Mas se derrumbó sobre el sillón que le habían acercado e hizo un esfuerzo para concentrar sus pensamientos y energías. En la estancia entró presuroso el director del Observatorio.

—Acabamos de fijar la posición del sputnik 57. ¡No existe ya!

Mven Mas se levantó como si no hubiera recibido lesión alguna.

—Queda un trozo de la parte delantera, el puerto para el arribo de naves cósmicas — prosiguió el terrible informe—. Vuela siguiendo la misma órbita. Seguramente, hay también otros trozos pequeños, pero todavía no han sido encontrados.

—Por consiguiente, los observadores...

—¡Han perecido sin duda!

Mven Mas se apretó con los puños las sienes, que le dolían insoportablemente. Pasaron unos minutos de torturante silencio. La pantalla se iluminó de nuevo.

—Grom Orna está al aparato de la Casa de los Consejos —dijo el de guardia, dando vuelta a una manija.

En la pantalla, que reflejaba una sala grande, débilmente alumbrada, surgió la cabeza, característica y conocida de todos, del presidente del Consejo de Astronáutica. Allí estaba su rostro afilado, que parecía cortar el espacio, de gran nariz corva, ojos profundos, bajo unas cejas alzadas en ángulo con gesto de escepticismo, y labios prietos fruncidos en muda interrogante.

Bajo la mirada de Grom Orm, Mven Mas bajó la cabeza como un chiquillo que ha cometido una falta.

—¡Acaba de perecer el sputnik 57! —se lanzó a la confesión como el que se tira a un agua oscura.

Grom Orm estremecióse; su rostro se tornó aún más afilado.

—¿Y cómo ha podido ocurrir eso?

Con concisión y exactitud, Mven Mas lo refirió todo, sin omitir la clandestinidad del experimento ni tratar de atenuar su culpa. Las cejas del presidente del Consejo se juntaron severas, mientras en torno a la boca se formaban unas largas arrugas, pero la mirada continuó serena.

—Espere, voy a ocuparme de la asistencia a Ren Boz. ¿Cree usted que Af Nut?...

—¡Oh, si él pudiera venir!...

La pantalla se había oscurecido. La espera se hacía interminable. Mven Mas, con un supremo esfuerzo, se mantenía firme. No importaba, era preciso aguantar, pronto reaparecería... ¡Por fin, ya estaba allí Grom Orm!

—He encontrado a Af Nut y puesto a su disposición una planetonave. Necesita una hora como mínimo para preparar los aparatos y prevenir a sus ayudantes. Dentro de dos horas, estará en el Observatorio. Ahora, hablemos de usted. ¿Ha tenido éxito la experiencia?

La pregunta cogió desprevenido al africano. Indudablemente, él había visto la Épsilon del Tucán. ¿Pero había sido aquello un contacto real con el inaccesible mundo lejano? ¿O la nefasta influencia del experimento sobre el organismo y el ardiente deseo de ver se habían aunado en manifiesta alucinación? ¿Podía él anunciar al mundo entero que la experiencia se había logrado y que eran precisos nuevos esfuerzos, sacrificios y gastos para repetirla? ¿Que el camino elegido por Ren Boz era más acertado que los de sus predecesores? Confiando en las máquinas mnemotécnicas, habían realizado la

experiencia los dos solos. ¡Necios! ¿Y qué habría visto Ren, qué podría contar?... ¡Si pudiera... si hubiera visto!...

Mven Mas mostró aún mayor franqueza:

—Yo no tengo pruebas del éxito. E ignoro lo que haya visto Ren Boz...

Una sincera tristeza se reflejó en el semblante de Grom Orm. Atento hacía un minuto, era, además, severo.

—¿Y qué propone usted?

—Pido que se me permita entregar inmediatamente las estaciones a Yuni Ant. Yo no soy digno de dirigir las. Luego, estaré al lado de Ren Boz hasta el fin... —el africano quedó cortado y rectificó—: hasta el fin de la operación. Después... me retiraré a la isla del Olvido, hasta que me juzguen... ¡Aunque yo mismo me he condenado ya!

—Puede que tenga usted razón. Sin embargo, para mí no están claras muchas circunstancias y me abstengo de emitir juicios. Su conducta será examinada en la próxima sesión del Consejo. ¿A quién cree usted más capaz para sustituirle, sobre todo en el restablecimiento del sputnik?

—¡No conozco mejor candidato que Dar Veter!

El presidente del Consejo asintió con la cabeza. Observó al africano unos instantes, dispuesto a decir algo más, pero se limitó a despedirse con un gesto. La pantalla se apagó, y a tiempo, porque a Mven Mas se le nubló la vista.

—Informe usted mismo a Evda Nal —balbució dirigiéndose al director del Observatorio, que se encontraba a su lado, y cayó al suelo, donde quedó inmóvil después de vanos intentos de levantarse.

En el Observatorio del Tíbet atrajo en seguida la atención general un hombre de media estatura, rostro amarillo, alegre sonrisa e imperativos ademanes y palabras. Sus ayudantes, llegados con él, le obedecían con la gozosa diligencia con que los fieles soldados de la antigüedad iban, seguramente, en pos de sus grandes capitanes. Pero la autoridad del maestro no anulaba sus propios pensamientos e iniciativas. Era aquél un grupo extraordinariamente compenetrado de gente fuerte, digna de sostener la lucha contra el más espantoso e implacable enemigo de la humanidad: la muerte.

Al saber que la ficha de herencia de Ren Boz no se había recibido aún, Af Nut prorrumpió en exclamaciones de indignación, pero en cuanto se enteró de que Evda Nal haría dicha ficha y la traería ella misma, se tranquilizó con igual facilidad.

El director del Observatorio le preguntó con precaución para qué servía aquella ficha y qué ayuda podían prestar a Ren Boz sus antepasados. Af Nut entornó los ojos con picardía como si fuera a confiarle un íntimo secreto.

—El exacto conocimiento de la estructura hereditaria de cada persona es necesario para comprender su constitución psíquica y hacer pronósticos en este terreno. No menos importantes son los datos relativos a las particularidades neurofisiológicas, la resistencia del organismo, la inmunidad, la reacción sensitiva a los traumatismos y la alergia a las medicinas. La elección del tratamiento adecuado es imposible sin conocer previamente la estructura hereditaria y las condiciones en que vivieron los antepasados.

El director quiso preguntar algo más, pero Af Nut le detuvo:

—Ya le he dicho bastante para que usted medite por su cuenta. ¡No tengo tiempo para más!

El astrónomo barbotó unas palabras de disculpa, que el cirujano no se paró a escuchar.

Sobre una plataforma, llevada al pie de la montaña, se estaba erigiendo un gran quirófano transportable, al que se suministraba agua, fluido eléctrico y aire comprimido. Muchísimos obreros se habían ofrecido a porfía para realizar el montaje, y éste quedó terminado en tres horas. Entre los médicos ex constructores de la instalación experimental, los ayudantes de Af Nut eligieron quince para el servicio de aquella clínica quirúrgica instalada tan rápidamente. Ren Boz fue trasladado a ella dentro de una campana de plástico translúcido, completamente aséptica, en la que habían insuflado aire

esterilizado a través de unos filtros especiales. Af Nut y cuatro ayudantes entraron en el primer compartimiento de la sala de operaciones y permanecieron allí varias horas para desinfectarse con ondas bactericidas y el aire saturado de emanaciones antisépticas, hasta que su propio aliento quedó también esterilizado. Entre tanto, el cuerpo de Ren Boz se había enfriado considerablemente. Rápidos y seguros de sí mismos, los cirujanos pusieron manos a la obra.

Los huesos fracturados y vasos rotos del físico eran unidos con grapas y puntos de tántalo que no irritaban los tejidos vivos. Af Nut examinó las lesiones de las entrañas. Los intestinos y el estómago reventados, una vez liberados de partes gangrenosas, fueron recosidos y puestos en un baño de solución cicatrizante BZ 14, que correspondía a las facultades somáticas del organismo. Después de ello, Af Nut emprendió la labor más delicada. Extrajo del hipocondrio el hígado ennegrecido, horadado por las esquirlas de las costillas, y en tanto los ayudantes tenían la víscera suspendida, extrajo con sorprendente precisión los tenues hilos de los nervios autónomos pertenecientes a los sistemas simpático y parasimpático. La menor lesión de la más fina ramilla podía dar lugar a destrucciones gravísimas, irreparables. Con movimiento rápido y certero, el cirujano cortó la vena porta y adaptó a sus extremos los tubillos de dos vasos artificiales. Luego de hacer lo propio con las arterias, Af Nut puso el hígado —unido solamente al cuerpo por los nervios— en un recipiente aparte, lleno de solución BZ. Al cabo de cinco horas de operación, la sangre artificial afluyó ya a los vasos del cuerpo de Ren Boz impulsada por el corazón natural y por una bomba automática o corazón doble. Era ya posible esperar que se curasen los órganos extraídos. Af Nut no podía reemplazar simplemente el hígado lesionado por otro de los conservados en el depósito quirúrgico del planeta, debido a que para la regeneración de los nervios se requerían nuevas investigaciones y el estado del paciente no permitía perder ni un minuto. Un cirujano quedó velando el cuerpo, rígido e inmóvil como un cadáver dispuesto para la autopsia, hasta que el equipo siguiente acabara de esterilizarse.

La puerta de la mampara protectora que circundaba la sala de operaciones abrióse con estrépito y Af Nut, guiñando y estirándose elástico como un felino al despertarse, apareció escoltado de sus ayudantes manchados de sangre. Evda Nal, pálida y fatigada, le recibió tendiéndole la ficha de herencia. Af Nut la tomó con ansiedad y, luego de examinarla de una ojeada, lanzó un suspiro de alivio.

—Al parecer, todo acabará felizmente. ¡Ahora vamos a descansar!

—Pero... ¿Y si recobra el conocimiento?

—¡Vamos! No puede recobrarlo. ¿Somos acaso tan obtusos para no prever eso?

—¿Cuánto habrá que esperar?

—Cuatro o cinco días. Si los análisis biológicos son exactos y los cálculos justos, podremos operar de nuevo para reintegrar los órganos a su sitio. Luego, volverá en sí...

—¿Cuánto tiempo podrá usted permanecer aquí?

—Unos diez días. Por suerte, la catástrofe me ha cogido en una pausa de mis ocupaciones. Aprovecharé la ocasión para ver el Tíbet, pues nunca había estado aquí. Mi sino es vivir donde hay más gente, es decir, ¡en la zona de viviendas!

Evda Nal miró con admiración al cirujano. Af Nut sonrió y dijo hosco:

—Me mira usted como se debía contemplar antaño a la imagen de Dios. ¡Eso no es propio de la más inteligente de mis discípulas!

—En realidad, le veo de un modo nuevo. Es la primera vez que la vida de un ser para mí muy querido se encuentra en manos de un cirujano, y comprendo bien las emociones de quienes, por azares del destino, han tenido que presenciar su arte... ¡El saber se conjuga con una maestría incomparable!

—Bueno, admírese cuanto quiera. Entre tanto, yo tendré tiempo de hacerle a su físico no sólo una segunda operación sino una tercera...

—¿Una tercera? —se alarmó Evda Nal. Af Nut, entornando con picardía los ojos,

señaló al sendero que se remontaba desde el Observatorio.

Por aquel sendero, gacha la cabeza, renqueando, venía Mven Mas.

—Ahí tiene usted otro adorador de mi arte... adorador a la fuerza. Hable con él si no puede usted descansar, pero a mí me es muy necesario hacerlo...

El cirujano desapareció tras un repliegue de la colina, donde se encontraba la vivienda provisional de los médicos llegados en la planetonave. Desde lejos, Evda Nal observó ya cuánto había adelgazado y envejecido el director de las estaciones exteriores... El africano, desde luego, no dirigiría nada más. Evda Nal le refirió todo lo que le había dicho Af Nut acerca del herido, y Mven Mas respiró aliviado.

—Entonces, ¿me iré dentro de diez días!

—¿Procede usted bien, Mven? Yo estoy demasiado anonadada aún para meditar sobre lo ocurrido, pero me parece que su culpa no merece un castigo tan severo.

Mven Mas contrajo el rostro, con gesto de dolor.

—Me entusiasmé con la brillante teoría de Ren Boz. Yo no tenía derecho a poner en la primera prueba toda la energía de la Tierra.

—Pero Ren Boz había demostrado que con menos era inútil hacer el intento... —objetó Evda.

—Eso es cierto, mas se debía haber empezado por experimentos indirectos. Me devoraba una impaciencia insensata, y no quería esperar años. No trate de consolarme. El Consejo confirmará mi decisión, ¡y el Control del Honor y del Derecho no la revocará!

—¡Yo misma soy miembro de ese Control!

—Sí, pero en él hay otras diez personas. Y como mi delito afecta al planeta entero, tendrán ustedes que decidir conjuntamente con los Controles del Sur y del Norte; en total, dictarán el fallo veintidós miembros, aparte de usted...

Evda Nal puso su mano en el hombro de Mven Mas.

—Sentémonos un rato, le flaquean las piernas. ¿Sabe usted que cuando los primeros médicos reconocieron a Ren querían convocar un concilio de la muerte?

—Lo sé. Sólo faltaron dos votos. Los médicos son gente conservadora y, según el viejo reglamento, que aún no se les ha ocurrido derogar, únicamente pueden acordar la muerte leve del enfermo veintidós personas.

—¡Pues no hace mucho el concilio constaba de sesenta médicos!

—Aquello era un vestigio de ese temor al abuso que hacía que los médicos antiguos condenasen a los enfermos a largos sufrimientos inútiles, y a sus familiares a dolorosísimos padecimientos morales, cuando no había ya esperanza alguna y la muerte habría podido ser leve e instantánea. Pero en este caso, ya ve lo beneficiosa que ha resultado ser la tradición; faltaban dos médicos, y yo conseguí llamar a Af Nut... gracias a Grom Orm.

—Precisamente eso es lo que quiero recordarle. ¡Su concilio de la muerte social consta por ahora de una sola persona!

Mven Mas tomó la mano de Evda y posó en ella sus labios. Evda le permitió tal muestra de íntima y gran amistad. Estaba a solas con aquél hombre fuerte, pero abatido por la responsabilidad moral. A solas con él... ¿Y si Chara se encontrase en su lugar? No, no era posible. Para estar con Chara, el africano necesitaba una elevada exaltación espiritual, de la que ahora era incapaz, faltábanle fuerzas aún. ¡Que todo siguiera así hasta el restablecimiento de Ren Boz y la sesión del Consejo de Astronáutica!

—¿Sabe usted qué tercera operación le espera a Ren? —preguntó Evda, cambiando de tema.

Mven Mas reflexionó unos instantes, haciendo memoria de su entrevista con Af Nut.

—El cirujano quiere aprovechar esta ocasión, en que Ren Boz está abierto en canal, para limpiarle el organismo de la entropía acumulada en él. Lo que se hace con lentitud y dificultad mediante la fisiohemoterapia, es muchísimo más rápido y eficaz aunado a una intervención quirúrgica tan completa.

Evda Nal recordó todo lo que sabía sobre los principios de la longevidad: la limpieza del organismo de la entropía. Los antepasados del hombre, peces y saurios, habían legado al organismo humano vestigios de estructuras fisiológicas contradictorias, cada una de las cuales tenía sus propiedades de formación de residuos entrópicos de la actividad vital. Estudiadas durante milenios, aquellas antiguas estructuras —focos en un tiempo del envejecimiento y de enfermedades— acabaron por ceder a una depuración energética: el lavado químico y radiactivo, acompañado de una estimulación, por medio de ondas, del organismo envejecido.

En la naturaleza, para liberar de la creciente entropía a los seres vivos, era preciso que nacieran de especímenes heterogéneos y procedentes de distintos sitios, es decir, de diferentes líneas de herencia. Aquella mezcla de la herencia en la lucha contra la entropía y la extracción de nuevas fuerzas del medio ambiente constituía el enigma más complejo de la ciencia, por cuya comprensión se afanaban los biólogos, físicos, paleontólogos y matemáticos desde hacía miles de años. Pero sus esfuerzos bien valían la pena: la duración posible de la vida era ya de casi doscientos años y —lo principal— había desaparecido la decrepitud extenuante.

Mven Mas adivinó los pensamientos de la psicóloga.

—Yo he meditado sobre una nueva y gran contradicción de nuestra vida —dijo el africano, lentamente—. Una poderosa medicina biológica, que llena el organismo de nuevas energías, y una actividad creadora, cada vez mayor, del cerebro, que consume con rapidez al ser humano. ¡Cuan complejo es todo en las leyes de nuestro mundo!

—Cierto, y por ello frenamos de momento el desarrollo del tercer sistema de señales del hombre —asintió Evda—. La lectura de los pensamientos facilita mucho las relaciones mutuas entre los individuos, pero requiere un gran gasto de energías y debilita los centros de inhibición. Y esto último es lo más peligroso...

—Sin embargo, debido a la fuerte tensión nerviosa, la mayoría de la gente, los verdaderos trabajadores, vive sólo la mitad de los años que podría vivir. A mi entender, la medicina es incapaz de luchar contra esto; sólo queda prohibir el trabajo. Pero ¿quién se avendría a dejar el trabajo para vivir unos años más?

—Nadie, porque el miedo a la muerte hace aferrarse a la vida únicamente cuando ésta ha transcurrido en una estéril y nostálgica espera de alegrías no experimentadas —dijo soñadora Evda Nal, pensando sin querer que en la isla del Olvido tal vez la gente viviera más tiempo.

Mven Mas, que había vuelto a adivinar sus pensamientos, le propuso, severo, ir al Observatorio a descansar. Y ella accedió sumisa.

...Dos meses más tarde, Evda Nal encontró a Chara Nandi en la sala superior del Palacio de la Información, semejante, por sus altas columnas, a una iglesia gótica. Los inclinados rayos de sol que caían de arriba se entrecruzaban, a media altura de la sala, en bella claridad, bajo la que reinaba una dulce penumbra.

La muchacha, con las manos a la espalda, cruzados los pies, se apoyaba en una columna. Y Evda Nal, como siempre, no pudo menos de apreciar debidamente su sencillo vestido corto, gris, con adornos azules, y muy escotado.

Al acercarse Evda, Chara miró por encima del hombro, y sus tristes ojos se animaron al verla.

—¿Qué hace usted aquí, Chara? Yo creía que se estaba preparando para maravillarnos con una nueva danza, y resulta que le atrae la geografía.

—Los tiempos de las danzas han pasado —repuso seria—. Ahora estoy eligiendo trabajo en la esfera que me es conocida. Hay una plaza vacante en una fábrica de cueros artificiales, situada en los mares interiores de las Célebes, y otra en un centro de cultivo de plantas vivaces, en el lugar donde antes se encontraba el desierto de Atacama. El trabajo en el Atlántico me gustaba. ¡Cuánto fulgor y luminosidad, qué gozo produce la fuerza del océano, la comunión instintiva con él, el juego diestro y la competición hábil con

sus poderosas olas, que están siempre allí al lado, y en cuanto se termina el trabajo, a ellas!...

—A mí también, cuando me entrego a la añoranza, me asalta al instante el recuerdo del sanatorio psicológico de Nueva Zelanda donde yo empecé a trabajar de enfermera. Y Ren Boz, después de sus espantosas heridas, declara ahora que nunca fue tan dichoso como en los tiempos en que era mecánico ajustador de girópteros. Pero usted misma comprenderá, Chara, ¡que eso es debilidad! Cansancio, de la enorme tensión que se requiere para mantenerse a esa altura creadora que usted, auténtica artista, ha conseguido alcanzar. Y mayor será ese cansancio cuando su cuerpo haya perdido su magnífica carga de energía vital. Pero mientras no la pierda, concédanos a todos nosotros la alegría de su arte y su belleza.

—Usted no sabe, Evda, lo que yo siento. Cada preparación de una nueva danza es una jubilosa búsqueda. Me doy cuenta de que la gente recibirá una vez más algopreciado que le reportará gozo y hondas emociones... Entonces, vivo sólo para eso. Y cuando llega el instante de realizar mi pensamiento, me entrego toda a una pasión ardiente, desenfrenada... Seguramente, eso se transmite a los espectadores y hace que la danza sea percibida con tanta fuerza. Me doy toda a todos vosotros...

—¿Y luego? Viene una brusca depresión, ¿verdad?

—¡Sí! Soy como una canción que vuela y se desvanece en el aire. Yo no creo nada que lleve la huella del pensamiento.

—Lleva algo más: ¡su aporte al alma de las gentes!

—Eso es muy inmaterial y transitorio, ¡yo me refiero a mí misma!

—¿Todavía no ha amado usted nunca, Chara?

La muchacha bajó los ojos.

—Así parece —preguntó, en vez de contestar.

Evda Nal negó con la cabeza.

—Yo tengo en cuenta el gran amor de que es usted capaz, y no todo el mundo, ni mucho menos...

—Ya comprendo; mi gran pobreza de vida intelectual me da una gran riqueza de emociones.

—En general, el pensamiento es justo, pero yo lo aclararía agregando que usted está tan bien dotada en el aspecto emocional, que el otro aspecto no será nunca pobre, aunque sea más débil por ley natural de las contradicciones. Bueno, estamos divagando sobre cosas abstractas, y yo tengo que hablarle de un asunto urgente, directamente relacionado con nuestra conversación. Mven Mas...

La muchacha se estremeció.

Evda Nal la tomó del brazo y la llevó a un ábside lateral de la sala, cuyo revestimiento de madera oscura armonizaba severo con la policromía, azul y oro, de los cristales de las anchas ventanas en ojiva.

—Chara, querida, usted es una florecilla terrestre amante de la luz y trasplantada a un planeta de una estrella doble. Dos soles, uno azul y el otro rojo, van por el cielo, y la florecilla no sabe hacia cuál volverse. Pero usted es hija del sol rojo, ¿y para qué tender hacia el azul?

Con fuerza y ternura, Evda Nal atrajo a la muchacha hacia su hombro, y ella, inesperadamente, se apretó contra su pecho. La famosa psicóloga acarició con maternal cariño aquellos abundantes cabellos, un poco ásperos, pensando que milenios de educación habían conseguido sustituir las mezquinas alegrías personales por otras grandes, comunes. Mas ¡qué lejos se estaba aún de la victoria sobre la soledad del alma, especialmente de una alma como aquélla, rebosante de sentimientos e impresiones, alimentada por un cuerpo lleno de vida!... Y dijo en voz alta:

—Mven Mas... ¿Sabe usted lo que le ha ocurrido?

—¡Claro: ¡Toda la Tierra discute su fracasado experimento!

—¿Y usted qué opina?

—¡Que él tiene razón!

—Yo creo lo mismo. Por ello hay que sacarlo de la isla del Olvido. Dentro de un mes, tendrá lugar la reunión anual del Consejo de Astronáutica. Se examinará su culpa y el fallo será sometido a la sanción del Control del Honor y del Derecho, que vela por el destino de cada uno de los habitantes de la Tierra. Yo tengo fundadas esperanzas de que la condena sea leve, pero es preciso que Mven Mas esté aquí. A un hombre que es tan emotivo como usted, no le conviene permanecer largo tiempo en la isla, ¡y mucho menos en soledad!

—¿Acaso soy yo una mujer tan chapada a la antigua para trazar los planes de mi vida en dependencia de los asuntos de un hombre, aunque este hombre sea el elegido por mí?

—Chara, hija mía, no me diga nada. Yo los he visto juntos y sé lo que usted significa para él... Y él para usted. No censure a Mven por haberse marchado sin verla, ocultándose de usted. Comprenda que una persona como él, y como usted misma, no podía ir así a ver a su amada, ¡no le quepa duda, Chara! Mísero, vencido, esperando el juicio y el exilio, ¿cómo iba a presentarse ante usted que es uno de los ornatos del Gran Mundo?

—Yo no me refiero a eso, Evda. ¿Me necesita él ahora, cuando está cansado, roto?... Yo temo que tal vez le falten fuerzas para una gran exaltación espiritual; en este caso no se trata de la razón, sino de los sentimientos necesarios... para esa creación que es el amor, de un sublime amor del que a mi parecer somos los dos capaces... Entonces, vendría para él una segunda pérdida de fe en sí mismo, ¡y no soportaría la divergencia con la vida! Por eso, yo pensaba que lo mejor para mí ahora sería estar en el desierto de Atacama.

—Tiene usted razón, Chara, pero solamente en un aspecto. Hay además el de la soledad y la autocondena excesiva en un gran hombre apasionado que no tiene hoy ningún apoyo, puesto que ha dejado nuestro mundo. Yo misma habría ido allá... Pero tengo a Ren Boz medio muerto, y él, como herido grave, goza de más derecho. Dar Veter ha sido designado para construir el nuevo sputnik; ésa será su aportación a Mven Mas. Y no me equivocaré si le digo a usted, con firmeza: vaya a su lado y no le exija nada, ni siquiera una mirada cariñosa, ni planes para el futuro, ni ningún amor. Límitese a ayudarlo, siembre en él la duda acerca de su propia razón, y luego, vuélvalo a nuestro mundo. Usted es capaz de hacerlo, Chara. ¿Irá?

La muchacha, anhelante, alzó hacia Evda Nal los ojos, cándidos, infantiles, cuajados de lágrimas.

—¡Hoy mismo!

La psicóloga besó fuertemente a Chara.

—Hace bien, hay que apresurarse. Por la Vía Espiral, iremos juntas hasta Asia Menor. Visitaré a Ren Boz, que está en un sanatorio quirúrgico de la isla de Rodas, y a usted la enviaré a Deir ez Zor, base de los espirópteros de asistencia técnico sanitaria que realizan viajes a Australia y Nueva Zelanda. Me imagino el placer con que el piloto llevará a Chara, a la danzarina y no a la bióloga, a cualquier punto que ella quiera...

El jefe del tren invitó a Evda Nal y a su acompañante al puesto central de comando. Sobre los techos de los enormes vagones, en sentido longitudinal, había un pasillo cubierto de silicol. Por él, los empleados de guardia iban y venían de un extremo a otro del convoy, observando los indicadores de PCE (protección de los contactos electrónicos). Las dos mujeres subieron por una escalera de caracol, siguieron a lo largo del pasillo superior y fueron a parar a una gran cabina que pendía sobre la delantera aerodinámica del primer vagón. Dentro de aquella elipsoide de cristal, a siete metros sobre el nivel de la vía, estaban sentados en unos sillones dos maquinistas, separados por el alto fanal, en forma de pirámide, donde se encontraba el robot-conductor electrónico. Unas pantallas parabólicas de TV permitían ver todo lo que pasaba a ambos

lados y detrás del tren. En el techo de la cabina, la antena del aparato advertidor debía anunciar, con sus temblantes varillas, la aparición de algún obstáculo en el camino, a cincuenta kilómetros de distancia, aunque tal caso sólo podía darse por una coincidencia excepcional de circunstancias.

Evda y Chara se sentaron junto a la pared posterior de la cabina, en un diván, a medio metro de altura sobre los asientos de los maquinistas. Y las dos quedaron como hipnotizadas, fijos los ojos en el ancho camino que venía raudo a su encuentro. La gigantesca Vía Espiral hendía las cordilleras, atravesaba veloz las llanuras, deslizándose por colosales ramblas, cruzaba los estrechos y las bahías por bajas estacadas a flor de agua. La velocidad de doscientos kilómetros por hora convertía los bosques, a ambos lados de los enormes taludes, en continuos tapices, que eran rojizos, de color de malaquita o verde oscuro, según la especie de los árboles: pinos, eucaliptos u olivos. El mar sereno del Archipiélago se rizaba, a derecha e izquierda de la estacada, al soplo del viento levantado por los vagones de aquel tren de diez metros de anchura. Y las grandes ondas se expandían en abanico oscureciendo la transparente agua azul celeste.

Las dos mujeres, mirando al camino, sumidas en sus pensamientos, plenos de zozobra, guardaban silencio. Transcurrieron así cuatro horas. Otras cuatro las pasaron sentadas en los blandos sillones del salón del segundo piso, entre otros viajeros, y se separaron en una estación, no lejos de la costa occidental de Asia Menor. Evda tomó un electrobús, que la conduciría al puerto más cercano, y Chara continuó en el tren hasta la estación del Tauro Oriental, arranque de la primera rama meridional. Dos horas más de viaje, y la muchacha se encontró en una planicie tórrida, envuelta en la neblina del aire seco, ardiente. Allí, en las inmediaciones del antiguo desierto de Siria, se hallaba Deir ez Zor, aeropuerto de los espirópteros, aparatos peligrosos para los lugares poblados.

Siempre recordaría Chara Nandi las angustiosas horas pasadas en Deir ez Zor, a la espera de un espiróptero. La muchacha meditaba sin cesar sus acciones y palabras futuras, procurando imaginarse la entrevista con Mven Mas, trazaba planes de búsquedas en la isla del Olvido, donde todo se esfumaba en la sucesión de unos días anodinos, monótonos.

Por fin, allí abajo, en los desiertos de Nefud y de Rub-el-Halí, extendíanse interminables los campos de termoelementos, formidables centrales que convertían el calor solar en energía eléctrica. Veladas por los esterres de la noche y el polvo, las centrales se alineaban en correcta formación sobre las grandes dunas, compactas y lisas, las cortadas mesetas con vertiente hacia el Sur y los laberintos de los barrancos llenos de arena. Eran monumentos de la grandiosa lucha de la humanidad por la energía. La amplia utilización de nuevas clases de energía nuclear —P, Q y F— había puesto fin hacía tiempo al riguroso régimen de economías. Inmóviles, alzábanse los bosques de aeromotores —otra reserva de energía para la zona Norte de viviendas— a lo largo de la costa meridional de la Península Arábiga. El espiróptero cruzó en un segundo el litoral del continente, que se divisaba apenas allí abajo, y pasó como una centella sobre el Océano Indico. Cinco mil kilómetros eran una distancia insignificante para un aparato tan rápido. Poco después, Chara Nandi, acompañada de invitaciones a regresar pronto, bajaba del espiróptero con vacilante andar.

El jefe del campo de aterrizaje encargó a su hija que llevase la viajera a la isla del Olvido en una pequeña lat, motora de fondo plano. Y unos instantes más tarde las dos muchachas se deleitaban en alta mar con la impetuosa marcha de la minúscula embarcación sobre las grandes olas. La lat iba derecha hacia la orilla oriental de la isla del Olvido, proa a la gran bahía donde se encontraba una de las estaciones sanitarias del Gran Mundo.

Los cocoteros, inclinando sus palmas sobre las rumorosas olas, saludaban la llegada de Chara. La estación estaba desierta, todo el personal había ido al interior de la isla para exterminar unos arácnidos descubiertos en unos roedores del bosque.

Cerca de la estación, había unas cuadras. Los caballos para el trabajo y el transporte eran criados en los lugares como la isla del Olvido o en los sanatorios, donde la utilización de los girópteros estaba prohibida a causa de su ruido, y los carros eléctricos no podían circular por falta de caminos adecuados. Chara descansó un poco, se cambió de traje y fue a ver a aquellos hermosos y raros animales. Allí encontró a una mujer que dirigía hábilmente las máquinas encargadas de distribuir el pienso y de hacer la limpieza del local. Chara se puso a ayudarla, y ambas trabaron conversación. La muchacha le preguntó cómo se podía encontrar, con más rapidez y facilidad, a una persona en la isla. La mujer le aconsejó que se incorporase a alguna de las unidades sanitarias que recorrían toda la isla y conocían el lugar mejor que los mismos aborígenes. El consejo agradó a Chara.

Capítulo XI - LA ISLA DEL OLVIDO

El out-board cruzó el estrecho de Palk con fuerte viento en contra y salvando a saltos las lisas olas. Hacía mil años, había allí una barrera de bancos de arena y de arrecifes de coral denominada Puente de Adán. Recientes procesos geológicos habían formado en aquel lugar una profunda sima de chapoteantes aguas negras que separaba a la humanidad activa, ansiosa de avances, de los amantes de la tranquilidad.

Mven Mas, afianzado en las piernas, muy abiertas, estaba en pie ante la barandilla, viendo cómo se iba agrandando en el horizonte la isla del Olvido. Aquella enorme isla, rodeada de un océano templado, era un paraíso natural. El paraíso, en el primitivo concepto religioso del hombre, venía a ser un delicioso refugio póstumo, sin preocupaciones ni trabajos. La isla del Olvido era también un refugio para quienes no sentían ya la atracción de la intensa actividad del Gran Mundo o no querían trabajar al igual que todos.

De nuevo en el seno de la Tierra-Madre, pasaban allí años de calma, dedicados a sencillas y monótonas labores: la agricultura, la pesca o la cría de ganado al modo de la remota antigüedad.

Aunque la humanidad había entregado a sus débiles hermanos un gran trozo de tierra fértil, maravillosa, la economía primitiva de la isla no podía asegurar por completo a su población una vida de hartura, sobre todo en las épocas de mala cosecha o de otras anomalías propias de las fuerzas productivas poco desarrolladas. Por ello, el Gran Mundo entregaba siempre a la isla del Olvido una parte de sus reservas.

Por tres puertos —en el Noroeste, el Sur y el Este de la isla— llegaban los productos alimenticios conservados para largos años, así como los medicamentos, medios de defensa biológica y otros artículos de primera necesidad. Los tres administradores principales de la isla residían en aquellos puntos y se denominaban, respectivamente, jefes de los ganaderos, de los agricultores y de los pescadores.

En tanto observaba las montañas azules que se alzaban en la lejanía, a Mven Mas le acometió de pronto una amarga duda: ¿no pertenecería él a la categoría de los «toros», gentes que siempre habían causado a la humanidad serias complicaciones? El hombre perteneciente a esa categoría era fuerte y enérgico, pero cruel, sin compasión alguna ante los sufrimientos y penas ajenos, y sólo pensaba en la satisfacción de sus necesidades. En los tiempos remotos de la humanidad, los padecimientos, discordias y calamidades se habían agravado por culpa de aquellos individuos, que se proclamaban, bajo distintos títulos, conocedores exclusivos de la verdad y se consideraban con derecho a aplastar toda discrepancia con sus ideas y a extirpar toda forma de pensamiento o vida diferente de la suya. Desde entonces, la humanidad empezó a evitar la más leve manifestación de absolutismo en las opiniones, deseos y gustos y a temer especialmente a los «toros», que, sin tener en cuenta las inquebrantables leyes de la economía ni preocuparse del

futuro, vivían solamente al día. Las guerras y la economía desorganizada de la Era del Mundo Desunido dieron lugar al saqueo del planeta. Se talaban los bosques, quemaban las reservas de hulla y petróleo acumuladas durante centenares de millones de años, se contaminaba el aire con el ácido carbónico y los fétidos desechos arrojados por las fábricas, se exterminaban hermosos animales inofensivos, como las jirafas, las cebras y los elefantes, hasta que el mundo logró llegar a la organización de la sociedad. La Tierra estaba emporcada; los ríos y los mares, sucios de petróleo y de residuos químicos.

Y solamente después de una depuración radical del agua, el aire y la tierra, consiguió la humanidad dar al planeta el aspecto que tenía, dejándolo tan desbrozado y limpio, que se podía caminar descalzo, por todas partes, sin temor a lastimarse los pies.

En cambio él, Mven Mas, que había estado en un cargo de responsabilidad menos de dos años, había ya destruido un satélite artificial, creado con el esfuerzo conjunto de miles de personas y sorprendentes artificios de ingeniería, causando la muerte de cuatro científicos capaces, cada uno de los cuales habría podido llegar a ser un Ren Boz... Hasta el propio Ren Boz había sido salvado a duras penas. Y de nuevo, la imagen de Bet Lon, que se ocultaba allí, en algún lugar de las montañas o los valles, surgió ante él, viva, suscitándole una intensa compasión. Poco antes de partir, Mven Mas había visto unos retratos del matemático, y en su memoria habíanse grabado para siempre el rostro de enérgicas facciones, gran mentón, estrecho entrecejo y ojos penetrantes y hundidos, toda su figura atlética y corpulenta.

El mecánico del out-board acercóse al africano.

—Hay mucha marejada. No podremos atracar, las olas saltan por encima del muelle. Habrá que ir al puerto Sur.

—No vale la pena. ¿Tienen ustedes balsillas salvavidas? Pondré en una la ropa y ganaré a nado la costa.

El mecánico y el timonel le miraron con respeto. Las turbias olas abatíanse una tras otra sobre un banco de arena, fundiéndose en fragorosa cascada. Más cerca de la orilla, se adentraban profundamente, en confuso tropel, en la playa de suave declive, espumeantes, removiendo la arena. Unos nubarrones bajos esparcían una lluvia menuda, tibia, oblicua del viento, que se mezclaba con la agitada espuma. A través de aquella red brumosa, se columbraban unas siluetas grises.

Los dos marinos cambiaron una mirada, mientras Mven Mas se desnudaba y plegaba su ropa. Los que partían para la isla del Olvido quedaban sin la tutela de una sociedad en la que cada uno protegía y ayudaba a los demás. La personalidad de Mven Mas infundía involuntario respeto, y el timonel decidió advertirle del gran peligro. El africano se encogió de hombros despreocupado. El mecánico le trajo un paquete pequeño, herméticamente cerrado.

—Tome, aquí tiene alimentos concentrados, para un mes.

Mven Mas reflexionó un instante y metió el paquete, junto con la ropa, en la cámara impermeable, cerró cuidadosamente la válvula y, con la pequeña balsa bajo el brazo, saltó la barandilla.

—¡Vire! —ordenó.

El out-board se inclinó de costado, en redondo viraje, y Mven Mas, lanzado de la embarcación, entabló una furiosa lucha con el mar. Desde el out-board se le veía elevarse sobre las crestas de las encrespadas olas para hundirse al instante en sus abismos y resurgir de nuevo.

—Llegará —aseguró el mecánico con un suspiro de alivio—. El mar nos arrastra, hay que marcharse.

Zumbó sonora la hélice, y la embarcación, dando un salto, avanzó alzada por una ola que venía a su encuentro. La negra figura de Mven Mas apareció en la orilla, en toda su talla, y esfumóse en la neblina de la lluvia.

Por la arena, apisonada por el temporal, venía un grupo de hombres sin más ropas que

unos taparrabos. Traían, con aire triunfante, un gran pescado, que se debatía aún. Al ver a Mven Mas, se detuvieron para saludarle amistosos.

—Uno nuevo, venido del otro mundo —comentó sonriente uno de los pescadores—. ¡Y qué bien nada! ¡Vente a vivir con nosotros!

Mven Mas, que los miraba franco y afectuoso, negó con la cabeza.

—Me sería penoso vivir aquí, a orillas del mar, otear su infinita lejanía, añorando mi hermoso mundo perdido.

Otro pescador —de espesa y canosa barba, que debía considerarse allí ornato masculino— puso su mano sobre el mojado hombro del forastero.

—¿Es que le han mandado aquí a la fuerza?

Mven Mas, con sonrisa de amargura, trató de explicar las causas de su llegada.

El barbudo le dirigió una mirada compasiva y triste.

—Tú y yo no nos entenderemos. Ve allí —el hombre señaló hacia el Sudeste, donde, en un desgarrón de las nubes, se perfilaban los escalones azules de unas lejanas montañas—. El camino es largo, pero aquí no hay más medio de locomoción que ésta... —y se dio unas palmadas en la musculosa pierna.

Ansioso de alejarse, Mven Mas echó a andar a grandes pasos, sin esfuerzo, por el serpenteante sendero que ascendía hacia unas colinas de suave pendiente.

Aunque hasta el centro de la isla había doscientos kilómetros y pico de camino, Mven Mas no se apresuraba. ¿Para qué? Lentamente se deslizaban los días, largos, vacíos, sin ninguna actividad provechosa. Al principio, hasta que no se repuso por completo del accidente, su cansado cuerpo demandaba reposo, la caricia de la naturaleza. Si no hubiera tenido conciencia de la terrible pérdida, se habría deleitado con el silencio de las desiertas mesetas, oreadas por los vientos, con las sombras y la calma primitiva de las calurosas noches tropicales.

Pero pasaron los días, y el africano, que vagaba por la isla en busca de una ocupación de su agrado, empezó a sentir agudamente la nostalgia del Gran Mundo. No le alegraban ya los apacibles valles, donde la mano del hombre cultivaba vergeles de árboles frutales, ni le arrullaba el rumoreo de los cristalinos ríos montañosos, a cuyas orillas podía pasar incontables horas en los bochornosos mediodías o en las noches de luna.

Incontables horas... Y en realidad, ¿para qué contar lo que él allí no necesitaba en absoluto? Había cuanto tiempo se quisiera, océanos enteros, y sin embargo, ¡cuan mísera era su parte individual!... Un breve instante, ¡olvidado al momento!

Únicamente ahora percibía Mven Mas toda la exactitud del nombre de la isla. La isla del Olvido, ¡oscuro anónimo de la vida antigua, de los hechos y sentimientos egoístas del hombre! Hechos olvidados por sus descendientes porque habían sido realizados sólo para satisfacer necesidades personales, sin hacer mejor y más fácil la vida de la sociedad ni ornarla con las audaces obras de un arte creador.

Sorprendentes proezas habían caído en la nada anónima.

El africano había sido admitido en una comunidad de ganaderos del centro de la isla, y desde hacía dos meses apacentaba un rebaño de gaúros-búfalos gigantes, al pie de una colosal montaña que llevaba un nombre interminable, en la lengua de los remotos aborígenes.

Guisaba largamente al fuego, en un puchero ahumado, unas gachas negras, y un mes atrás había tenido que ir al bosque a la busca de bayas, nueces y avellanas, rivalizando con los glotones monos que le arrojaban los restos de esos alimentos. Aquello ocurrió porque les había dado las provisiones que trajera del out-board a dos viejos, en un apartado valle, siguiendo las normas del mundo del Circuito, donde la mayor felicidad consistía en proporcionar satisfacciones a los demás. Y entonces comprendió lo que era buscar el sustento en lugares desiertos, inhabitados. ¡Qué absurda pérdida de tiempo!...

Mven Mas se levantó de la piedra en que estaba sentado y miró en derredor. A la izquierda, el sol se ocultaba en el límite de la meseta; detrás, se alzaba la redonda cima,

en forma de cúpula, de una montaña coronada de bosque.

Abajo, en la penumbra, brillaba un impetuoso arroyuelo entre enormes y empenachados bambúes. Allá lejos, a una media jornada de camino, se encontraban las milenarias ruinas, cubiertas de maleza, de la antigua capital de la isla. Había también otras ciudades abandonadas, mayores y mejor conservadas que aquella. Mas, por el momento, no le interesaban.

Las bestias, acostadas sobre la hierba ensombrecida, eran como negros montículos. La noche venía rauda. Encendíanse temblantes millares de estrellas en el cielo oscurecido. Se extendían las sombras, familiares para el astrónomo, y los trazos, bien conocidos, de las constelaciones; brillaban los grandes astros con vivo fulgor. Allí estaba también el fatídico Tucán... ¡Pero los sencillos ojos humanos eran tan débiles! Jamás volvería él a ver los grandiosos espectáculos del Cosmos, las espirales de las gigantescas galaxias, los enigmáticos planetas ni los soles azules. Todo aquello eran solamente para él lucecillas, infinitamente lejanas. ¿Qué más daba que fuesen estrellas o lámparas fijadas a una bóveda de cristal, como creían los antiguos? ¡A su mirada le era igual!

El africano, bruscamente, empezó a amontonar la ramiza recogida. Ya tenía en la mano otro objeto que se había hecho indispensable: un pequeño encendedor. Tal vez, siguiendo el ejemplo de ciertos habitantes del lugar, empezara pronto a aspirar el humo de algún narcótico para matar un tiempo agobiador, pegajoso.

Las lengüecillas de fuego comenzaron a danzar, ahuyentando las sombras y apagando las estrellas. Cerca, resollaban pacíficos los búfalos. Mven Mas, pensativo, fijó sus ojos en el fuego.

¿Se habría convertido el luminoso planeta en una celda oscura para él?

No; su orgullosa renunciación del mundo no era más que la vanidad de la ignorancia. Ignorancia de sí mismo, menosprecio de la vida elevada, plena de creación, que llevaba hasta ahora, desconocimiento de la fuerza de su amor a Chara. ¡Más valía entregar la vida en una hora, dedicada a una excelsa obra del Gran Mundo, que vivir allí un siglo entero!

Había en la isla del Olvido cerca de doscientas estaciones sanitarias, cuyo personal, médicos voluntarios del Gran Mundo, ponía a disposición de los habitantes todos los poderosos medios de la medicina moderna. Jóvenes de aquel mismo mundo trabajaban también en los destacamentos de sanidad, para que la isla no se convirtiese en vivero de antiguas enfermedades o de animales dañinos. Mven Mas rehuía el encuentro con aquellas personas para no sentirse un proscrito del mundo del saber y la belleza.

Al amanecer, Mven Mas fue relevado por otro pastor. Y el africano, que quedaba libre por dos días, decidió ir a la ciudad cercana para recibir una capa, pues las noches eran ya frescas en las montañas.

Hacía un calor bochornoso y reinaba la calma, cuando Mven Mas descendía de la meseta a una ancha planicie, semejante a un compacto mar de flores, liláceas y amarillas como el oro, sobre el que volaban policromos insectos. Las ráfagas del leve viento balanceaban las plantas, y las corolas rozaban suavemente las rodillas del africano. Al llegar al centro del inmenso campo, se detuvo cautivado por la radiante belleza natural de aquel jardín silvestre y aromoso. Luego de inclinarse pensativo, acarició unos pétalos, trémulos del viento, sintiéndose como en un bello sueño de la infancia.

Un suave golpeteo rítmico, apenas perceptible, alteró la calma. Mven Mas alzó la cabeza y vio a una muchacha que, hundida en las flores hasta la cintura, caminaba de prisa. La muchacha se apartó de la senda y el africano contempló con satisfacción su armoniosa figura emergiendo de aquel mar florido. Una aguda pena le punzó el corazón: ella habría podido ser Chara si... si las cosas hubieran tomado otro giro. Su espíritu observador, de hombre de ciencia, le advirtió que la muchacha estaba inquieta. Con frecuencia, volvía la cabeza y apretaba el paso, como si la persiguieran. Mven Mas cambió de dirección y acercóse rápidamente a la muchacha, alzándose ante ella en toda

su enorme talla.

La desconocida se detuvo. Un polícromo pañuelo, anudado en cruz, ceñía su torso, el borde de su falda roja estaba humedecido por el rocío. Las finas pulseras tintinearón más fuerte cuando alzó los desnudos brazos para apartarse de la cara los negros cabellos cortos, revueltos por el viento. Sus ojos, tristes, miraban concentrados entre los ricillos que se esparcían rebeldes por la frente y las mejillas. Estaba jadeante, sin duda de la larga carrera. Unas gotas de sudor perlaban espaciadas su cara, morena y bonita. La muchacha dio unos pasos vacilantes, avanzando hacia él.

—¿Quién es usted? ¿Adonde va tan de prisa? —le preguntó Mven Mas—. ¿Necesita usted ayuda?

Ella le miró escudriñadora y dijo con voz entrecortada: —Soy Onar, de la quinta barriada. ¡No necesito ninguna ayuda!

—Pues no lo parece. Está usted cansada, algo la atormenta. ¿Qué es lo que la amenaza? ¿Por qué rehúsa mi ayuda?

La desconocida volvió a alzar los ojos, que brillaban profundos, límpidos, como los de las mujeres del Gran Mundo.

—Yo sé quién es usted... Un gran hombre, venido de allá —y señaló en dirección a África—. Una persona buena y confiada.

—Sea usted lo mismo. ¿La persigue alguien?

—¡Sí! —contestó impetuosa, con acento de desesperación—. Él me acosa...

—¿Y quién es el que se atreve a asustarla, a perseguirla?

La muchacha enrojeció y bajó la mirada.

—Un hombre que... quiere que yo sea su...

—Pero el corresponderle o no es de su libre elección. ¿Acaso se puede imponer el amor? Como le vea por aquí, ya le diré yo...

—¡No, no! Él también ha venido del Gran Mundo, pero hace tiempo, y es también fuerte... Aunque no tanto como usted... ¡Es espantoso!

Mven Mas rió despreocupado y alegre.

—¿Adonde va usted?

—A la quinta barriada. Iba a la ciudad, y le encontré...

El africano ladeó la cabeza, indicándole que siguiera el camino y tomó de la mano a la muchacha. Ella, sumisa, no hizo resistencia, y ambos echaron a andar por el sendero lateral que conducía a la barriada.

La muchacha, de vez en cuando, volvía inquieta la cabeza y aseguraba que el hombre aquel la acechaba por todas partes.

Su temor de hablar con entera franqueza indignaba a Mven Mas. Él no podía tolerar la opresión, ¡por muy casuales que fueran los casos de ella en la Tierra organizada!

—¿Por qué sus convecinos no hacen nada y no dan cuenta al Control del Honor y del Derecho? ¿Es que no enseñan historia en sus escuelas y no saben ustedes a lo que pueden conducir los más pequeños focos de violencia?

—La enseñan... y lo sabemos —repuso Onar, mirando hacia adelante.

La florida llanura terminaba, y el sendero, describiendo una curva cerrada, ocultábase tras los matorrales. De la curva surgió un hombre alto y sombrío, interceptando el camino. Estaba desnudo hasta la cintura, y sus músculos de atleta se tensaban bajo el vello canoso que le cubría el pecho. La muchacha, convulsa, retiró su mano, murmurando quedo: —¡Váyase, hombre del Gran Mundo, temo por usted!...

—¡Deteneos! —rugió una imperiosa voz.

Nadie hablaba con tanta rudeza en la época del Circuito.! Mven Mas, instintivamente, protegió con su cuerpo a la muchacha.

El hombre alto se acercó y trató de apartarle, pero el africano permanecía firme como una roca.

Entonces, el desconocido, con la celeridad del rayo, le asestó un puñetazo en la cara.

Mven Mas se tambaleó. Jamás había recibido golpes premeditadamente crueles, asestados para ocasionar un terrible dolor a un ser humano, para aturdirle y agraviarle, ni presenciado nada semejante.

Mven Mas, aturrido, oyó confusamente el grito angustiado de Onar y arremetió contra su adversario, pero fue derribado por otros dos terribles puñetazos. Onar se hincó de rodillas, cubriéndole con su cuerpo, pero el enemigo, lanzando un alarido de triunfo, agarró a la muchacha. Retorciéndole los brazos, le sujetó las manos atrás; ella, roja de ira, encorvóse gimiendo de dolor.

Pero Mven Mas ya se había repuesto. En sus años mozos, durante los «trabajos de Hércules», había tenido encuentros más serios con enemigos no sujetos a la ley humana. Recordó cuanto le enseñaran para la lucha cuerpo a cuerpo con animales peligrosos.

Se levantó despacio y dirigió una mirada al rostro de su atacante, demudado por la rabia, eligiendo el punto apropiado para un golpe demoledor, pero de pronto, irguióse y retrocedió. Había reconocido aquel rostro que venía obsesionándole tan largo tiempo en sus torturantes pensamientos sobre la razón de la experiencia del Tíbet.

—¡Bet Lon!

Éste soltó a la muchacha y quedó inmóvil, clavados los ojos en aquel hombre de oscura piel a quien no conocía y que había perdido de pronto toda su bondad natural.

—¡Bet Lon, mucho pensaba en una entrevista con usted, considerándole un compañero de infortunio —exclamó Mven Mas—, pero nunca imaginaba que nos veríamos en estas circunstancias!

—¿En qué circunstancias? —preguntó cínico Bet Lon, ocultando el rencor que brillaba en sus ojos.

El africano le rechazó con un ademán.

—¿Para qué sirven las palabras vanas? En aquel mundo usted no las pronunciaba, y sus actos, aunque criminales, eran una gran obra. Pero aquí, ¿en nombre de qué procede así?

—¡En nombre de mí mismo, y nada más que de mí mismo! —replicó con desprecio Bet Lon, mordiendo las palabras—. ¡Bastante tiempo he tenido en cuenta a los demás, el bien común! El hombre no necesita nada de eso, me he convencido de ello. Eso ya lo sabían también algunos sabios de la antigüedad...

—Usted no ha pensado nunca en los demás, Bet Lon —le interrumpió el africano—. Cediendo a todas sus pasiones, ¿en qué se ha convertido usted? En un opresor, ¡en casi una bestia!

El matemático hizo un movimiento para arrojar de nuevo sobre Mven Mas, pero se contuvo.

—¡Basta! ¡Habla usted demasiado!

—Y yo creo que usted ha perdido demasiado, por eso quiero...

—¡Pues yo no quiero! ¡Apártese de mi camino!

Mven Mas no se inmutó. Inclínada la cabeza, permanecía firme y amenazador ante Bet Lon, sintiendo el roce del trémulo hombro de la muchacha. Y aquel temblor le infundía mucho más coraje que los golpes recibidos.

El matemático, inmóvil, observaba los ojos del africano, centelleantes de rabia.

—Váyase —dijo, con fuerte jadeo, dejándole paso.

Mven Mas volvió a tomar de la mano a la muchacha y la condujo por el sendero, entre los matorrales, percibiendo en la nuca la mirada de odio de Bet Lon. Al entrar en la curva, se detuvo tan bruscamente que Onar chocó contra su espalda.

—¡Bet Lon, volvamos juntos al Gran Mundo!

El matemático rió con igual desenfado, pero el agudo oído del africano captó un dejo de amargura en la insolente bravata: —¿Y quién es usted para proponerme eso? ¿No sabe que yo?...

—Lo sé. Yo también he hecho un experimento prohibido que ha costado la vida a

personas que confiaron en mí. En las investigaciones, yo iba por un camino cercano al de usted... ¡Y usted y yo, y otros, estamos ya en vísperas de la victoria! Las gentes le necesitan, pero no en ese estado...

El matemático dio un paso hacia Mven Mas y bajó los ojos, pero al instante volvióse y profirió despectivo, por encima del hombro, unas groseras palabras de negación. Mven Mas, en silencio, echó a andar por el sendero.

Hasta la quinta barriada quedaban cerca de diez kilómetros.

Al saber que la muchacha no tenía familia, el africano le propuso que se trasladase a la orilla oriental, a uno de los poblados costeros, para no encontrarse más con aquel hombre grosero y cruel. El famoso científico de ayer se convertía en un tirano en la vida dispersa y tranquila de los pueblecillos montañosos. Para prevenir funestas consecuencias, Mven Mas decidió ir inmediatamente a la pequeña ciudad y pedir que se vigilase a aquel sujeto. Despidióse de Onar a la entrada de la barriada. La muchacha le contó que, recientemente, habían aparecido en la montaña de forma de cúpula unos tigres, escapados del coto o antiguos moradores de las intrincadas selvas que rodeaban el pico más alto de la isla. Estrechándole con fuerza la mano, Onar le pidió que tuviera cuidado y no fuese de noche, por nada del mundo, a través de las montañas. Mven Mas emprendió a paso rápido el regreso. Reflexionando sobre lo ocurrido, recordó la última mirada de la muchacha, llena de inquietud y devoción a él. Y por primera vez pensó en los verdaderos héroes de los tiempos remotos, gente que, sometida a humillaciones, odios y sufrimientos físicos, realizaba la mayor proeza: la de continuar siendo buena, humana, pese a que el medio circundante contribuía al desarrollo de un egoísmo animal.

La dualidad de la vida siempre había puesto de manifiesto ante los hombres sus contradicciones. En el mundo antiguo, entre los peligros y las vejaciones, el amor, la fidelidad y la ternura se hacían más grandes precisamente al borde de la muerte, en un ambiente hostil y rudo. La sumisión a los caprichos de la fuerza bruta hacía todo fugaz e inestable. La suerte de una persona podía variar radicalmente en cualquier momento, frustrando sus planes, esperanzas y pensamientos, porque en la sociedad mal organizada de antaño mucho dependía de gentes casuales. Pero aquella fugacidad de las esperanzas, del amor y de la dicha, lejos de debilitar, reforzaban los sentimientos.

Por eso, lo mejor del ser humano no había perecido, a pesar de los terribles padecimientos de la esclavitud de los Siglos Sombríos o de la Era del Mundo Desunido.

Por primera vez, el africano pensaba que en la vida antigua, que tan dura parecía a todos los contemporáneos, había habido también dichas, esperanzas, creadora labor, y a veces, tal vez más fuertes que ahora, en la orgullosa Era del Circuito.

Mven Mas recordaba casi con enojo a los teóricos de la ciencia de aquellos tiempos que, basándose en la lentitud mal comprendida de la transformación de las especies en la naturaleza, auguraban que la humanidad no sería mejor durante un millón de años.

¡Si hubieran amado más al ser humano y conocido la dialéctica de la evolución, no se les habría pasado jamás por la cabeza semejante absurdo!

Tras el redondo hombro de la gigantesca montaña, el crepúsculo teñía de púrpura su nebuloso manto. Mven Mas se tiró al riachuelo.

Refrescado y tranquilizado por completo, se sentó sobre una piedra plana a secarse y descansar un poco. Como no lograría llegar a la pequeña ciudad antes de la noche, pensaba atravesar la montaña a la salida de la luna. En tanto con templanza pensativo el agua, agitada y rumorosa entre las piedras, inesperadamente sintió que le miraban, pero no vio a nadie. Aquella sensación de unos ojos acechantes le siguió agobiando incluso cuando cruzó el riachuelo y empezó el ascenso.

Por una senda surcada de carriles, Mven Mas subió con rapidez a una meseta de mil ochocientos metros de altura y continuó ascendiendo, de escalón en escalón, para remontar un contrafuerte cubierto de bosque y llegar a la ciudad por el camino más corto. La estrecha hoz de la luna nueva no podía iluminar el camino más que durante una hora y

media. Escalar aquella empinada trocha en la noche oscura sería muy difícil. Y Mven Mas tenía prisa. Los árboles, espaciados y bajos, proyectaban largas sombras que se extendían en negras franjas sobre la tierra seca, esclarecida por la luna. En tanto caminaba, mirando atentamente el terreno para no tropezar con las innumerables raíces salientes, el africano continuaba pensando.

Un rugido amenazador se expandió por la tierra, conmoviéndola; resonó lejos, a la derecha, donde la vertiente del contrafuerte se alzaba en suave pendiente para perderse en las profundas tinieblas. Le respondió otro rugido, grave, en el bosque, entre los rodales y franjas de luz lunar. Aquellas terribles voces tenían una fuerza penetrante, que llegaba hasta el fondo del alma despertando sentimientos dormidos hacía mucho: el espanto fatal de la víctima elegida por el invencible carnicero. Y como para contrarrestar aquel milenar terror, empezó a encenderse en el pecho del africano la pasión ancestral de la lucha, herencia de innumerables generaciones de héroes anónimos que defendieran el derecho del género humano a la vida entre los mamuts, los leones, los osos gigantes, los toros bravos y las implacables manadas de lobos en los días de caza extenuante y en las noches de tenaz defensa. Permaneció parado unos instantes conteniendo la respiración y escudriñando en torno. Nada se movía en la noche serena. Pero apenas hubo dado unos pasos por el vericuetto, comprendió que le perseguían. ¿Serían tigres? ¿Y ciertas las noticias que le diera Onar?

Echó a correr, tratando de discernir lo que liaría cuando le acometiesen las fieras, que sin duda eran dos.

Subirse a uno de los bajos árboles, adonde los tigres trepaban con más facilidad que el hombre, era absurdo. ¿Luchar? En derredor sólo había piedras; ni siquiera era posible pertrecharse de un buen palo, pues desgajar una de aquellas ramas, fuertes y duras como el hierro, era empresa irrealizable. Y cuando los rugidos oyéronse potentes tras él, muy cerca, comprendió que estaba perdido. Las compactas ramas tendidas sobre el polvoriento sendero le oprimían, ahogándole. En sus postreros instantes, quiso sacar valor de las eternas profundidades del cielo, cuajado de estrellas, a cuyo estudio había consagrado toda su vida pasada. Corría raudo, a saltos colosales. La fortuna le protegió, llevándole a un gran calvero. En medio de él se alzaba un cúmulo de piedras desprendidas; abalanzóse a ellas, cogió una, de treinta kilos y afiladas aristas, y regresó al bosque. Vio deslizarse unas formas confusas, fantasmales, que avanzaban. Eran listadas, y sus rayas se confundían con los claros oscuros del bosque ralo. El borde de la luna tocaba ya las copas de los árboles. Alargadas sombras cruzaban el calvero, y por aquellas negras sendas, dos enormes felinos se arrastraban hacia él. Y como entonces, en el subterráneo del Observatorio del Tíbet, Mven Mas sintió aproximarse la muerte. Pero, en lugar de surgir de su interior, venía de fuera, ardía ya con verde llama en los fosforescentes ojos de los carniceros. El africano aspiró con ansia una pequeña ráfaga de aire, irrupida en aquel asfixiante bochorno, miró a la altura, a la radiante gloria del Cosmos, y se irguió levantando el pedrusco sobre su cabeza.

—¡Y estoy aquí, contigo, camarada!

Desprendiéndose de las sombras de la ladera, una alta silueta se lanzó veloz al calvero, enarbolando amenazadora una torcida rama. Y Mven Mas, estupefacto, olvidó por un instante a los tigres al reconocer al matemático. Bet Lon, jadeante de la desenfrenada carrera, plantóse junto al africano, abierta la boca, aspirando con ansia el aire. Las enormes fieras, que habían reulado bruscas, empezaron a avanzar de nuevo, implacables. El tigre de la izquierda estaba ya a treinta pasos. Encogióse, afianzándose sobre las patas traseras, dispuesto a dar el salto.

—¡Pronto! —restalló por todo el calvero un sonoro grito.

Por tres lados, brillaron los pálidos fogonazos de unos lanzagranadas, tras Mven Mas, que, sorprendido, dejó caer el pedrusco. El tigre más cercano se alzó gigantesco sobre sus patas traseras, las granadas paralizadoras hicieron explosión con ruido sordo, como

un redoble de tambores, y la fiera se derrumbó de espaldas. El otro tigre dio un salto hacia el bosque. Pero de allí surgieron otras tres siluetas de gente a caballo. Una granada de cristal, de potente carga eléctrica, se estrelló contra la frente del carnicero, que se abatió estirándose, hundiendo la pesada cabeza en la hierba seca.

Uno de los jinetes se adelantó a caballo. Nunca le había parecido a Mven Mas tan bonita la ropa de trabajo del Gran Mundo: unos pantalones anchos y cortos y una amplia camisa azul de lino artificial, con el cuello abierto y dos bolsillos en la pechera.

—¡Mven Mas, me daba el corazón que estaba usted en peligro!

¿Podía él no reconocer aquella voz aguda en la que se percibía tan gran zozobra? ¡Era la de Chara Nandi!...

Olvidado de responder, quedó inmóvil, mientras la muchacha echaba pie a tierra y corría hacia él. En pos de ella, sus cinco acompañantes llegaron a caballo. Mven Mas no tuvo tiempo de verlos bien, porque la estrecha hoz de la luna se ocultó tras el bosque y el negro manto de la calurosa noche cubrió los árboles y el calvero. La mano de Chara Nandi encontró el brazo de Mven Mas. Él tomó la fina muñeca de ella y puso la suave palma sobre su pecho, donde palpitaba con fuerza el agitado corazón. Las puntas de los dedos de Chara acariciaron, apenas perceptibles, la prominencia del músculo pectoral, y aquella leve caricia colmó al africano de una placidez inefable, no sentida jamás.

—Chara, aquí está Bet Lon, mi nuevo amigo...

Al volverse, Mven Mas advirtió que el matemático había desaparecido, y gritó en la oscuridad, con todas sus fuerzas:

—¡Bet Lon, no se vaya!

—¡Volveré! —repuso a lo lejos su potente voz, y en ella no había ya amarga insolencia.

Uno de los acompañantes de Chara, que debía de ser el jefe del grupo, desató una linterna de señales, sujeta a la frontera de la silla. Una leve luz, acompañada de una radiación invisible, ascendió hacia el firmamento. Mven Mas dedujo que esperaban algún aparato de vuelo. Los cinco jinetes eran unos muchachos de un destacamento sanitario, que habían elegido como uno de sus «trabajos de Hércules» el servicio de vigilancia y lucha contra los animales dañinos en la isla del Olvido. Chara Nandi se había incorporado al destacamento para buscar a Mven Mas.

—Se equivoca usted al creernos tan perspicaces —dijo el jefe del grupo, cuando se hubieron sentado en torno a la linterna y el africano empezó a hacerles las naturales preguntas—. Nos ha ayudado una muchacha de nombre griego antiguo...

—¡Onar! —exclamó Mven Mas.

—Sí, Onar. Nuestro destacamento se aproximaba a la quinta barriada, desde el Sur, cuando llegó corriendo, medio muerta de cansancio, una muchacha. Confirmó los rumores que corrían acerca de los tigres, noticia que nos había traído a estos lugares, y nos convenció de que partiéramos inmediatamente para aquí, temerosa de que le acometieran a usted los tigres al regresar a la ciudad por la montaña. Y ya ve, hemos estado a punto de no llegar a tiempo.

—Ahora vendrá un giróptero de carga y enviaremos en él al coto a sus enemigos, paralizados temporalmente. Si son en verdad antropófagos empedernidos, se los exterminará. Pero no se puede destruir a unos animales tan raros sin someterlos previamente a prueba.

—¿A qué prueba?

El muchacho enarcó las cejas.

—Eso ya no es de nuestra competencia. Seguramente, empezarán por calmarlos... Se les inyectará un suero que disminuye la actividad vital. Y cuando el tigre queda temporalmente debilitado, aprende mucho...

Un sonido fuerte y vibrante interrumpió al joven. Una masa oscura descendía lentamente. El calvero se inundó de cegadora luz. Las listadas fieras fueron recluidas en blandos containers para cargamentos frágiles. La mole de la aeronave, poco visible en la

sombra, desapareció dejando abierto el calvero a la serena luz de las estrellas. Con los tigres había marchado uno de los cinco muchachos, y su caballo se lo entregaron a Mven Mas.

Los caballos del africano y Chara iban juntos. El camino bajaba hacia el valle del río Galle, junto a cuya desembocadura, en la costa, se encontraba una estación sanitaria y la base del destacamento.

—Desde que estoy en la isla, es la primera vez que voy a la orilla del mar —dijo Mven Mas, rompiendo el silencio—. Hasta ahora el mar me parecía un muro que me apartaba para siempre de mi mundo.

—¿La isla ha sido para usted una nueva escuela? —le preguntó, afirmativa y gozosa, Chara.

—Sí. En este breve lapso de tiempo he sentido y reflexionado mucho. Todos estos pensamientos vagaban en mi mente desde hace años...

El africano confió a Chara sus viejos temores de que la humanidad se desarrollaba de un modo demasiado racional, demasiado técnico, repitiendo —en una forma incomparablemente menos monstruosa, claro estaba— los errores de la antigüedad. Le parecía que en la Épsilon del Tucán, la población, muy parecida a la nuestra y tan magnífica como ella, se preocupaba más de perfeccionar el lado emocional de la psique.

—Yo también he sufrido mucho al percibir que no estaba en completa armonía con la vida —repuso la muchacha tras de unos instantes de silencio—. Necesitaba más de lo antiguo y bastante menos de todo lo que me rodeaba. Soñaba con la época de las fuerzas y los sentimientos no derrochados, que se habían ido acumulando, por selección primitiva, desde el Siglo de Eros que floreciera en la antigua cuenca del Mediterráneo. Y siempre he procurado despertar en mis espectadores una verdadera fuerza del sentimiento. Pero tal vez sólo Evda Nal me haya comprendido por entero.

—Y Mven Mas —agregó serio el africano, y le contó cómo se le había aparecido en forma de la hija cobriza del Tucán.

Ella alzó el rostro, y él, a la tímida luz del alba, vio sus ojos, tan grandes y profundos, que sintió un ligero vértigo y se apartó riendo.

—Hubo un tiempo en que nuestros antepasados nos presentaban en sus novelas acerca del futuro como unos seres febles, raquícticos, de cráneo desmesurado. A pesar de los millones de animales torturados y muertos por ellos, tardaron mucho en comprender el mecanismo cerebral humano, porque metían el bisturí donde hacían falta finos instrumentos de medición, sumamente precisos en escala molecular y atómica. Ahora sabemos ya que una gran actividad de la razón requiere un cuerpo robusto, pleno de energía vital, pero ese cuerpo engendra fuertes emociones.

—Y nosotros seguimos viviendo encadenados por la razón —asintió Chara.

—Mucho se ha hecho ya, y sin embargo, en nosotros el lado intelectual se ha adelantado, mientras que el emocional ha quedado a la zaga... De este último lado hay que cuidar para que no requiera las cadenas de la razón y para que, a veces, sea él quien encadene a ella. Esto me parece tan importante, que he decidido escribir un libro sobre el particular.

—¡Muy bien, desde luego! —exclamó Chara con calor. Turbóse un poco y prosiguió—: Pocos grandes hombres de ciencia se han consagrado a investigar las leyes de la belleza y de la plenitud de los sentimientos... No me refiero a la psicología.

—¡La comprendo! —contestó el africano, contemplando involuntariamente a la muchacha, que, en su confusión, había erguido orgullosa la cabeza ofreciendo el rostro a los rayos del sol naciente. La luz del nuevo día volvía a dar a su piel un matiz de cobre rojizo.

Manteniéndose en la silla con naturalidad y sin esfuerzo, Chara montaba un caballo negro, de gran alzada, que acompasaba su paso al del bayo de Mven Mas.

—¡Nos hemos quedado atrás! —dijo la muchacha aflojando las riendas del caballo, que

al instante, avanzó impetuoso.

El africano la alcanzó, y ambos siguieron cabalgando, raudos y juntos, por el viejo camino. Cuando llegaron a la altura de sus jóvenes compañeros, refrenaron los brutos; Chara se volvió hacia Mven Mas.

—¿Y esa muchacha?... Onar...

—Le convendría estar en el Gran Mundo. Usted misma ha dicho que ella se quedó en la isla casualmente, por cariño a la madre, la cual había llegado aquí y murió hace poco. A Onar le vendría bien trabajar con Veda, en las excavaciones, donde hacen falta las delicadas y sensibles manos femeninas. Aunque también son precisas en miles de otros asuntos. Y el nuevo Bet Lon, que volverá a nuestro seno, ¡la encontrará también renovada!

Chara frunció las cejas y clavó en Mven Mas sus ojos, penetrantes.

—¿Y usted no abandonará a sus estrellas?

—Cualquiera que sea la decisión del Consejo, continuaré la obra de explorar el Cosmos. Pero antes, tengo que escribir acerca de...

—¿Las estrellas de las almas humanas?

—¡Cierto, Chara! Asombra y maravilla su gran diversidad... —y Mven Mas calló al advertir que ella le miraba con tierna sonrisa—. ¿No está usted de acuerdo con esto?

—¡Claro que sí! Estaba pensando en su experimento. Lo hizo usted llevado por el ardiente deseo de ofrecer a las gentes la plenitud del mundo. En este aspecto usted es también un artista, y no un hombre de ciencia.

—¿Y Ren Boz?...

—Para él, la experiencia era solamente un paso más en el camino de sus búsquedas.

—¿Me disculpa usted, Chara?

—Por completo. Y estoy segura de que no soy yo sola, sino multitud de personas, ¡la mayoría!

Mven Mas se pasó las riendas a la mano izquierda y tendió la derecha a Chara. Ambos entraron en la pequeña barriada de la estación sanitaria.

Las olas del Océano Indico batían el acantilado de la costa. Y su fragor recordaba a Mven Mas la rítmica sucesión de notas graves en la sinfonía de Zig Zor dedicada a la vida, que tendía afanosa hacia el Cosmos. Un fa azul, la nota esencial de la naturaleza terrestre, cantaba potente sobre el mar obligando al hombre a responder, con toda su alma, fundiéndose con la Tierra que lo engendrara.

Espejeaba el océano transparente, no ensuciado ya por los desechos, limpio de feroces tiburones, de venenosos peces, de moluscos y peligrosas medusas, como estaba limpia del rencor y los miedos de los pasados siglos la vida del hombre moderno. Pero en la inmensidad del océano había aún escondidos, sin embargo, rincones donde germinaba la semilla, no destruida aún, de la vida pernicioso, y sólo a la vigilancia de los destacamentos sanitarios se debía la seguridad y la limpieza de las aguas oceánicas.

¿Acaso no surgían igualmente, de súbito, en la cristalina alma del joven la obstinación rencorosa, la petulancia del cretino, el egoísmo de la bestia? Y entonces, si el ser humano, en vez de someterse a la autoridad de una sociedad tendente a la sabiduría y al bien, cedía a sus ambiciones casuales y sus pasiones personales, el valor se convertía en ferocidad; la creación, en cruel astucia; la fidelidad y la abnegación, en base de la tiranía, de la explotación implacable y del ultraje desenfrenado... El velo de la disciplina y la cultura social se arrancaba fácilmente, bastaban para ello una o dos generaciones de vida mala. Mven Mas había visto aquella faz de la fiera allí, en la isla del Olvido. Y si no se la refrenaba y se le daba rienda suelta, renacería pujante el monstruoso despotismo, que todo lo pisoteaba e imponía, durante tantos siglos, al género humano una arbitrariedad desvergonzada.

Lo más sorprendente en la historia de la Tierra era el surgimiento del odio inextinguible al saber y la belleza, compañero inseparable de los ignorantes dañinos. El odio aquel, el

temor y la desconfianza pasaban a través de todas las sociedades humanas, empezando por el miedo a los hechiceros y brujas primitivos y terminando por las torturas de los pensadores que se habían adelantado a su época en la Era del Mundo Desunido. Aquello había ocurrido también en otros planetas de civilizaciones muy desarrolladas, pero que no habían sabido preservar a su régimen social de los desmanes de pequeños grupos de individuos: de la oligarquía, que surgía de pronto, pérfidamente, bajo las más diversas formas... Mven Mas recordó las informaciones transmitidas por el Gran Circuito sobre mundos habitados donde las más grandes conquistas de la ciencia eran utilizadas para la intimidación, las torturas y el castigo, para leer los pensamientos y convertir a las masas en gentes sumisas, medio idiotas, dispuestas a cumplir cualquier orden por monstruosa que fuera. El angustioso clamor de uno de esos planetas, demandando ayuda, irrumpió en el Circuito y atravesó el espacio muchos siglos después de que perecieran tanto quienes habían lanzado el mensaje como sus crueles gobernantes.

Nuestro planeta se encontraba en un grado de desarrollo general tan elevado, que excluía para siempre la posibilidad de tales horrores. Pero el desarrollo espiritual del ser humano era todavía insuficiente, y en subsanar esto se esforzaban personas como Evda Nal...

—El pintor Kart San decía que la sabiduría es la unión de los conocimientos y los sentimientos. ¡Seamos sabios! —resonó atrás la voz de Chara.

Y, pasando rauda junto al africano, la muchacha se arrojó desde el acantilado a la fragorosa sima.

Mven Mas vio que, suavemente, daba la vuelta en el aire, extendía los brazos, como alas, y desaparecía al instante entre las olas. Los muchachos del destacamento sanitario, que se estaban bañando abajo, quedaron inmóviles, mientras por la espalda del africano corría un escalofrío de admiración, rayana en miedo. Aunque él no había saltado nunca desde tan espantosa altura, acercóse sin temor al borde del precipicio y se desnudó. Más tarde, recordaba que, en sus fugaces y confusos pensamientos, Chara le había parecido una diosa omnipotente de la antigüedad. Y puesto que ella había podido, ¡él podría también!

El grito de la muchacha, advirtiéndole del peligro, se alzó débil entre el fragor de las olas, pero Mven Mas, que se había lanzado ya al abismo, no lo oyó. La caída era deliciosamente larga. Excelente saltador, el africano penetró de cabeza, con precisión, en el agua y hundióse a gran profundidad. La asombrosa transparencia del mar le hizo creer que el fondo estaba peligrosamente cerca. Encogióse, y recibió tan tremendo golpe, a causa de la inercia, que, por un instante, perdió el conocimiento. Con la celeridad de un cohete subió a la superficie, echóse de espaldas y se entregó al balanceo de las olas. Al recobrase por completo, vio que Chara se acercaba nadando. La palidez del espanto había atenuado por vez primera el reluciente bronceado de su piel. El reproche y la admiración brillaban en sus ojos.

—¿Por qué ha hecho usted eso? —preguntó en un susurro, casi sin aliento.

—Porque usted lo había hecho antes. Yo la seguiré a todas partes... ¡para construir en nuestra Tierra nuestra Épsilon del Tucán!

—¿Y volverá conmigo al Gran Mundo?

—¡Sí!

Mven Mas se volvió para nadar más lejos y lanzó un grito de sorpresa. La inaudita transparencia del mar, que acababa de jugarle una mala pasada, era aún mayor allí, a distancia de la costa. Chara y él parecían planear a una altura de vértigo sobre el fondo, netamente visible hasta en sus menores detalles a través del agua, tan transparente como el aire. El arrojo triunfante de los que lograban sobrepasar los límites de la atracción terrestre se apoderó de Mven Mas. Aquellos vuelos en plena tempestad, sobre el océano encrespado, y los saltos en el negro abismo del Cosmos desde satélites artificiales suscitaban las mismas sensaciones de infinita intrepidez y seguro éxito. De un fuerte

impulso, acercóse a Chara, susurrando su nombre y leyendo la ardiente respuesta en sus ojos claros, audaces. Y sus manos y sus labios se unieron sobre la sima de cristal.

Capítulo XII - EL CONSEJO DE ASTRONÁUTICA

El Consejo de Astronáutica, al igual que el de Economía, cerebro del planeta, poseía un edificio aparte para sus sesiones científicas. Se estimaba que el acondicionamiento y el ornato especiales del local debían disponer bien a los congregados para la solución de los problemas del Cosmos, contribuyendo así al rápido tránsito de los asuntos terrestres a los siderales.

Chara Nandi, que no había estado nunca en la gran sala del Consejo, entró con emoción, acompañada de Evda Nal, en aquel extraño recinto, cuya bóveda parabólica y anfiteatro elíptico le daban una forma oval. Una clara luz rosáceo-violada, que parecía emitida por otro astro, inundada la sala. Todas las líneas de los muros, del techo y de las gradas iban a unirse al fondo de la enorme estancia, como si aquel fuese su punto de convergencia natural. Allí, sobre un estrado, había unas pantallas para las proyecciones, una tribuna y unos asientos destinados a los miembros del Consejo que presidían la sesión.

Los paneles de las paredes, de color oro mate, estaban cruzados por una fila de mapas en relieve. A la derecha, se extendían los de los planetas del sistema solar; a la izquierda, los de los planetas de las estrellas próximas, estudiados por las expediciones del Consejo. Más arriba, bajo el telón azul de la bóveda, se alineaban los esquemas, trazados con colores luminosos, de los sistemas estelares habitados, recibidos de los mundos vecinos por el Gran Circuito.

A Chara le llamó la atención un cuadro, oscurecido por el tiempo y restaurado, sin duda, más de una vez, que se encontraba sobre la tribuna, en el muro del fondo. Un cielo morado ocupaba toda la parte superior del inmenso lienzo. La pequeña hoz de una luna ajena lanzaba su luz blanquecina y muerta sobre la popa, alzada impotente hacia el cielo, de una vieja astronave que se destacaba con rudeza sobre la púrpura del crepúsculo. Erizábanse en hileras unas azules plantas deformes, secas y duras, que parecían metálicas. Y un hombre con ligera escafandra de protección caminaba a duras penas hundiendo los pies en la profunda arena. Miraba atrás, a la nave destrozada y a los cuerpos, sacados de ella, de sus compañeros periclitados. Los cristales de su máscara tan sólo reflejaban los purpúreos resplandores del sol poniente; pero el pintor, con ignoto artificio, había sabido expresar en ellos la infinita desesperación de la soledad en un mundo extraño. A la derecha, por un montículo, reptaba algo vivo, informe y repugnante. Al pie del cuadro, su título —«Solo»— era tan lacónico como expresivo.

Cautivada por el lienzo, Chara no advirtió al pronto el arte y el ingenio con que el arquitecto había proyectado la sala: las gradas estaban dispuestas en abanico y de manera que se podía llegar a cada asiento por galerías disimuladas bajo el anfiteatro. Cada una de las filas estaba aislada de la vecina, superior o inferior. Apenas se hubo sentado junto a Evda, Chara reparó en el estilo antiguo de los sillones, pupitres y barreras, de madera natural, gris perla, de África. Ahora nadie habría gastado tanto trabajo en hacer todo aquello, que se podía fundir y pulir en unos minutos. Tal vez por ese respeto a la antigüedad propio de las gentes, a Chara le pareció la madera más íntima y viva que el plástico. Y con ternura, acarició el curvado brazo del sillón, en tanto examinaba la sala.

Como de ordinario, se había congregado mucha gente, aunque potentes teletransmisores habrían de difundir por todo el planeta cuanto ocurriese en la sala. Mir Om, secretario del Consejo, dio como de costumbre una breve información de las novedades acaecidas desde la última sesión. Entre los centenares de personas que se

encontraban allí presentes no se veía un solo rostro distraído o desatento. La profunda atención a todo constituía el rasgo característico de las gentes de la época del Circuito. Sin embargo, Chara, que continuaba observando la sala, no oyó el primer comunicado, pues leía en aquel momento las sentencias de célebres sabios inscritas bajo los mapas de los planetas. Le gustó en particular un llamamiento, al pie de Júpiter, en el que se exhortaba a ser sensibles a los fenómenos de la Naturaleza: «Fijaos en que, por doquier, nos rodean hechos incomprensibles; se nos meten por los ojos, gritan en nuestros oídos, pero nosotros permanecemos ciegos y sordos a los grandes descubrimientos que encierran bajo sus confusos contornos.» En otro sitio, campeaba la siguiente inscripción: «No debemos limitarnos a alzar el velo de lo desconocido; sólo después de un trabajo tenaz, de retrocesos y desviaciones, empezamos a captar el verdadero sentido de las cosas y a percibir las nuevas e inmensas perspectivas que se abren ante nosotros. No eludáis nunca lo que a primera vista parece inútil, inexplicable.»

Un movimiento en la tribuna, y en la sala se atenuó la luz. La voz serena y fuerte del secretario del Consejo tembló de emoción.

—Vais a ver ahora lo que hace poco parecía completamente imposible: una fotografía de nuestra Galaxia, tomada desde fuera de ella. Hace más de ciento cincuenta mil años, es decir, un minuto y medio de tiempo galáctico, los habitantes del sistema planetario... — siguió una serie de cifras que no decían nada a Chara—... de la constelación del Centauro se dirigieron a los moradores de la Gran Nube de Magallanes, único sistema estelar extragaláctico cercano a nosotros y en el que sabemos hay mundos pensantes, capaces de comunicar con nuestra Galaxia por el Circuito. Todavía no podemos determinar la situación exacta de ese sistema planetario de Magallanes, pero también hemos recibido su emisión: una fotografía de nuestra Galaxia. ¡Ahí la tenéis!

En la inmensa pantalla apareció la lejana claridad argentada de una ancha acumulación de estrellas que se estrechaba por sus extremos. Las profundas tinieblas del espacio llenaban los bordes de la pantalla. La misma negrura colmaba los intervalos entre las espiras, de astilladas puntas. Un pálido nimbo rodeaba el anillo de cúmulos globulares de los más antiguos sistemas astrales de nuestro Universo. Los llanos campos estelares alternaban con nubes y franjas de negra materia enfriada. La fotografía había sido tomada desde un ángulo incómodo, cuando la Galaxia se presentaba muy oblicuamente y, por añadidura, de manera que el núcleo central apenas sobresalía como una ígnea masa convexa, en medio de una estrecha lentejuela. Para tener una idea más completa de nuestro sistema estelar, haría falta sin duda pedir informes a galaxias más lejanas, situadas a mayor altura, siguiendo la latitud galáctica. Pero ninguna de ellas había dado señales de vida racional desde que existía el Gran Circuito.

Aquellos moradores de la Tierra no apartaban los ojos de la pantalla. Por primera vez, el hombre podía ver su Universo sideral desde un espacio infinitamente lejano.

A Chara le pareció que todo el planeta contemplaba anhelante su Galaxia en millones de televisores de los seis continentes y los océanos, donde sólo había esparcidos islotes de vida y trabajo humanos.

—Han terminado las novedades que ha recibido nuestro observatorio, por el Gran Circuito, y que no eran aún del dominio mundial —dijo de nuevo el secretario—. Pasemos ahora a los proyectos que deben ser sometidos a amplia discusión.

—La propuesta de Yuta Gay de crear una atmósfera artificial respirable en Marte, extrayendo gases ligeros de las profundidades de las rocas por medio de aparatos automáticos, se ha considerado merecedora de atención, por estar basada en serios cálculos. Se obtendrá aire suficiente para la respiración y el aislamiento térmico de nuestros poblados, los cuales ya no precisarán invernáculos. Hace muchos años, a raíz del descubrimiento de océanos de petróleo y de montañas de hidrocarburos sólidos en Venus, se pusieron en marcha instalaciones para la creación de una atmósfera artificial bajo enormes campanas de materias plásticas transparentes. Esas instalaciones

permitieron cultivar plantas y construir fábricas que facilitaban a la humanidad toda clase de productos de la química orgánica, en cantidades colosales.

El secretario apartó sus notas, grabadas en una placa metálica, y sonrió afectuoso. Por el extremo de las gradas cercano a la tribuna, había aparecido Mven Mas, grave y severo el semblante, con traje rojo oscuro y solemne ademán. En señal de respeto a la asamblea, alzó sobre su cabeza las manos juntas y se sentó.

Acto seguido, el secretario abandonó la tribuna, cediéndosela a una mujer joven de cortos cabellos dorados, con una expresión de asombro en sus verdes ojos. El presidente del Consejo, Grom Orm, se puso a su lado.

—De ordinario, nosotros mismos solemos hacer públicas las nuevas propuestas. Pero hoy vais a oír, de labios de la propia autora, Iva Dzhan, el resultado de sus investigaciones, ya casi terminadas, que os dará materia para reflexionar.

La mujer de los ojos verdes empezó a hablar tímidamente, con apagada voz. Comenzó citando el hecho, conocido de todos, de que la flora de los continentes meridionales se distinguía por el color azulenco de las hojas, matiz característico de las antiguas variedades de plantas terrestres. Según había demostrado el estudio de la vegetación de otros planetas, el follaje azul era propio de otras atmósferas más transparentes que la nuestra o surgía bajo radiaciones astrales ultravioletas más duras que las del Sol.

—Nuestro Sol —siguió diciendo Iva—, constante en su radiación roja e inestable en la azul y la ultravioleta, experimentó hace cerca de dos millones de años un brusco cambio de esta última que se prolongó largo tiempo.

»Entonces aparecieron las plantas azulencas, los pájaros y animales que vivían en lugares no abrigados se tornaron negros e igual tinte tomaron los huevos de las aves que anidaban en sitios no protegidos por la sombra. Por aquel tiempo, la modificación del régimen electromagnético del sistema solar hizo inestable nuestro planeta respecto a su eje de rotación. Hacía ya mucho que existían proyectos de verter los mares en las depresiones continentales para alterar el equilibrio existente y cambiar la posición del globo terráqueo con relación a su eje. Esto ocurrió cuando los astrónomos se basaban exclusivamente en la mecánica elemental de la gravitación sin tener en cuenta en absoluto el equilibrio electromagnético del sistema, mucho más variable que aquella. Nosotros debemos iniciar la solución del problema partiendo precisamente de este aspecto, lo que resulta más fácil, más barato y rápido. Recordemos que en los comienzos de la astronáutica la creación de una gravitación artificial exigía tan gran gasto de energía, que era prácticamente irrealizable. Ahora, después del descubrimiento de la disociación de las fuerzas mesónicas, nuestras naves están dotadas de sencillos y seguros aparatos de gravitación artificial. Del mismo modo, la experiencia de Ren Boz señala un camino indirecto para un efectivo y rápido cambio del régimen de rotación de la Tierra...

Iva Dzhan calló. Un grupo de seis hombres, héroes de la expedición a Plutón, que estaban sentados juntos en el centro de la sala, pusiéronse en pie y le expresaron su aprobación tendiéndole las manos unidas. Las mejillas de la joven se encendieron un segundo antes que la pantalla, donde se perfilaron los fantasmales contornos de unas figuras estereométricas.

—Sé que la cuestión es susceptible de ampliación. Hoy podemos pensar ya en modificar hasta las órbitas de los planetas, en aproximar Plutón al Sol para resucitar a este planeta de una estrella ajena, en un tiempo habitado. Pero ahora yo me refiero solamente a un desplazamiento de la Tierra con relación a su eje, a fin de mejorar las condiciones climatológicas del hemisferio continental. La experiencia de Ren Boz ha demostrado que es posible la inversión del campo gravitatorio en su segundo aspecto: el campo electromagnético, con la subsiguiente polarización vectorial en estas direcciones...

Las figuras de la pantalla se alargaron y dieron vueltas. Iva Dzhan prosiguió:

—Entonces la rotación del planeta carecerá de estabilidad y la Tierra podrá ser vuelta, colocándola en la posición conveniente para un esclarecimiento por los rayos solares más

prolongado y ventajoso.

Bajo la pantalla, por un largo cristal, iban pasando los parámetros calculados de antemano por las máquinas, y cuantos eran capaces de comprender aquellos símbolos se convencían de que el proyecto de Iva Dzhan no carecía, al menos, de fundamento.

Iva Dzhan detuvo el movimiento de las figuras y los signos y, luego de hacer una inclinación de cabeza, abandonó la tribuna. Sus oyentes cruzaron miradas y cuchichearon animadamente. Tras cambiar un gesto con Grom Orm, apenas perceptible, el joven jefe de la expedición a Plutón subió a la tribuna.

—Es indudable que la experiencia de Ren Boz dará lugar a una reacción en cadena: se sucederán descubrimientos capitales. Para mí es como un guía que nos conduce a lejanías de la ciencia inaccesibles hasta el presente. Así ocurrió con la teoría de los cuantos, primer escalón del conocimiento del repagulum o transición mutua, seguido del descubrimiento de las antipartículas y de los anticampos. Después vino el cálculo repagular, que constituyó una victoria sobre el principio de la indeterminación formulado por el antiguo matemático Heisenberg. Y por último, Ren Boz ha dado el paso siguiente hacia el análisis del sistema campo-espacio, llegando a la noción de la antigravitación y el antiespacio o espacio cero, según la ley del repagulum. ¡Todas las teorías no reconocidas han acabado por ser el fundamento de la ciencia! En nombre del grupo de exploradores de Plutón, propongo que se someta la cuestión a examen de la opinión pública mundial. El viraje del planeta con relación a su eje disminuirá el gasto de energía para el caldeamiento de las regiones de los polos, reducirá aún más los frentes polares y enriquecerá el caudal de agua de los continentes.

—¿Está la cuestión lo suficientemente clara para someterla a votación? —preguntó Grom Orm.

En afirmativa respuesta, se encendieron multitud de luces verdes.

—Entonces, ¡jempecemos! —dijo el presidente metiendo la mano bajo el pupitre de su sillón.

Allí se encontraban tres botones de señales de una máquina de calcular. El de la derecha significaba «sí»; el de en medio, «no», y el de la izquierda, «me abstengo». Cada miembro del Consejo envió también a la máquina su señal, inadvertible para los demás. Igualmente oprimieron los botones Evda Nal y Chara. Otra máquina contaba los votos para controlar la justeza de la decisión del Consejo.

Al cabo de unos segundos, aparecieron en las pantallas de proyección unos grandes signos luminosos: se había aceptado que la cuestión fuese discutida por todo el planeta.

El propio Grom Orm subió a la tribuna.

—Por una razón que me permito guardar en secreto hasta el fin del asunto, debemos examinar ahora la conducta del exdirector de las estaciones exteriores, Mven Mas, y luego, decidir la cuestión de la 38ª expedición astral. ¿Me otorga su confianza el Consejo, presuponiendo fundados mis motivos?

Las luces verdes fueron la contestación unánime.

—¿Conocen todos con detalle lo ocurrido?

De nuevo surgió una luminosa cascada verde.

—Esto abrevia el asunto. Ruego a Mven Mas, exdirector de las estaciones exteriores del Consejo, que exponga las razones de su acción, que ha tenido tan funestas consecuencias. El físico Ren Boz no está repuesto todavía de las lesiones recibidas, y por ello no ha sido citado como testigo. Él no está sujeto a responsabilidad.

El presidente advirtió una luz roja junto al sillón de Evda Nal.

—¡Atención, miembros del Consejo! Evda Nal quiere añadir algo con respecto a Ren Boz.

—Quiero intervenir en nombre de él.

—¿Por qué motivo?

—¡Le amo!

—Hablará usted después de Mven Mas.

Evda Nal apagó la luz roja y se sentó.

En la tribuna apareció Mven Mas. Tranquilo e implacable consigo mismo, el africano habló de los resultados que se esperaban de la experiencia y de su sorprendente visión, cuya realidad no podía ser demostrada. La premura con que se realizó el experimento, debida a la clandestinidad de sus acciones, les impidió idear aparatos especiales de grabación, y confiaron en las máquinas mnemotécnicas ordinarias, cuyos receptores quedaron destruidos en el primer momento. También fue un error la realización de la experiencia en el sputnik 57. Debían haber enganchado a éste una vieja planetonave e instalar en ella los aparatos de orientación del vector. De todo aquello era culpable él mismo, Mven Mas. Ren Boz se ocupaba de la instalación, pero la realización del experimento en el Cosmos era de competencia del director de las estaciones exteriores.

Chara se retorció las manos: los argumentos acusatorios de Mven Mas le parecían de peso.

—¿Sabían los observadores del sputnik percido la posibilidad de la catástrofe? —preguntó Grom Orm.

—Sí, habían sido advertidos, pero accedieron gustosos.

—No me extraña —replicó sombrío Grom Orm—, pues miles de jóvenes participan en los peligrosos experimentos que todos los años tienen lugar en nuestro planeta. A veces, perecen... Y otros nuevos van, con el mismo valor, a la guerra contra lo desconocido. Pero usted, al prevenir a los jóvenes, no ignoraba la posibilidad de tal desenlace. Y sin embargo, efectuó la arriesgada experiencia...

Mven Mas agachó en silencio la cabeza.

Chara, que no apartaba los ojos de él, ahogó un penoso suspiro al sentir en el hombro la mano de Evda Nal.

—Manifieste las causas que le impulsaron a hacerlo —dijo el presidente del Consejo, después de una pausa.

El africano volvió a hablar, esta vez con apasionada emoción. Dijo que, desde su juventud, millones de tumbas de gentes anónimas, vencidas por el tiempo inexorable, le llamaban con mudo reproche. Ardía en incontenibles deseos de dar, por vez primera en toda la historia de la humanidad y de muchos mundos vecinos, un paso hacia la victoria sobre el espacio y el tiempo, de poner el primer jalón en aquel grandioso camino al que se habrían lanzado con igual afán centenares de miles de hombres de preclaras mentes. Él no se consideraba con derecho a demorar la experiencia —tal vez por un siglo— solamente para no poner en peligro a unos cuantos hombres y eludir él mismo la responsabilidad.

Hablaba Mven Mas, y el corazón de Chara latía con más fuerza, orgulloso de su elegido. La culpa del africano no parecía ya tan grave.

El volvió a su sitio y quedó allí, a la vista de todos, esperando la decisión.

Evda Nal entregó la cinta magnetofónica del discurso de Ren Boz. La voz débil y entrecortada del físico expandióse por toda la sala, aumentada por los amplificadores. Disculpaba a Mven Mas. Al director de las estaciones exteriores, que no conocía toda la complejidad de la cuestión, no le quedaba otra salida que confiar en él, en Ren Boz, el cual le había convencido de la seguridad del éxito. Pero el físico tampoco se consideraba culpable. «Cada año —decía— se hacen experimentos de menor importancia, que a veces terminan de un modo trágico. La ciencia, lucha por la dicha de la humanidad, también exige víctimas, como cualquier otra lucha. Los cobardes, que se preocupan mucho de resguardar su persona, no gozan nunca la plenitud ni la alegría de la vida, y los hombres de ciencia que hacen lo propio no realizan jamás grandes progresos...»

Para terminar, Ren Boz hacía un breve análisis de la experiencia y de sus propios errores y expresaba su convencimiento en el futuro éxito. Con estas palabras acababa la grabación.

—Ren Boz no ha dicho nada acerca de sus observaciones durante la experiencia — manifestó Grom Orm, alzando la cabeza y dirigiéndose a Evda Nal—. ¿No quería usted hablar en su nombre?

—Preveía la objeción, y por eso pedí la palabra —repuso Evda—. Unos segundos después de que fuesen conectadas las centrales F, Ren Boz perdió el conocimiento, y ya no vio nada más. Cuando estaba a punto de desvanecerse, advirtió solamente y retuvo en la memoria las indicaciones de los aparatos, que atestiguaban la presencia del espacio cero. Aquí está la grabación de lo retenido en su memoria.

En la pantalla aparecieron varias cifras, que se apresuraron a copiar multitud de personas.

—Permitidme agregar algo más en nombre de la Academia de las Penas y de las Alegrías —siguió diciendo—. La encuesta popular, a raíz de la catástrofe, da los siguientes resultados...

Columnas de ocho cifras se alinearon en la pantalla, clasificándose ellas solas en las respectivas casillas de «condenación», «absolución», «dudas sobre el método científico» y «acusación de precipitación». Pero, indudablemente, el balance era favorable a Mven Mas y Ren Boz. Los sombríos rostros de los congregados se iluminaron radiantes.

En el extremo opuesto de la sala encendióse una luz roja, y Grom Orm concedió la palabra a Pur Hiss, astrónomo de la 37ª expedición astral. Éste empezó a hablar con fogosidad y en voz muy alta, agitando torpemente los largos brazos y sacando la abultada nuez.

—Un grupo de compañeros astrónomos y yo censuramos a Mven Mas. Su acción, el haber realizado la experiencia sin el permiso del Consejo, ¡despierta la sospecha de que no procedió con tanto desinterés como pretenden hacernos ver aquí los que han hablado!

Chara, llena de indignación, iba a levantarse del asiento, y sólo se contuvo bajo la mirada fría de Evda Nal.

Pur Hiss calló.

—Sus acusaciones son graves, pero infundadas —replicó Mven Mas, con la venia del presidente—. Puntualice qué entiende usted por interés.

—La esperanza de gloria imperecedera, si la experiencia alcanzaba pleno éxito. Ahí está el fondo egoísta de su acción. Y por cobardía, su temor a que no le permitiesen hacer la experiencia. Por eso, precisamente, actuó con premura y en secreto.

Mven Mas esbozó una ancha sonrisa, encogióse de hombros, abriendo los brazos con infantil ademán, y se sentó sin responder. Pur Hiss resplandeció triunfante.

Evda Nal volvió a pedir la palabra.

—Las manifestaciones de Pur Hiss son precipitadas y demasiado malévolas para contribuir a resolver una cuestión seria. Sus puntos de vista sobre los motivos de las acciones nos retrotraen a los tiempos de los Siglos Sombríos. Sólo gentes de un pasado lejano podían hablar así de una gloria imperecedera. Como no encontraban alegría ni plenitud en su vida presente ni se sentían parte integrante de toda la humanidad creadora, temblaban ante la inevitabilidad de la muerte y se aferraban a la menor esperanza de perpetuación.

»El sabio astrónomo Pur Hiss no comprende que únicamente perduran en la memoria de la humanidad los hombres cuyos pensamientos, anhelos y realizaciones continúan actuando, pero en cuanto su actuación cesa, se los olvida y desaparecen. Con frecuencia, resucitan del olvido, como muchos sabios o artistas de la antigüedad, cuando sus obras vuelven a hacerse imprescindibles y reanudan su acción en la sociedad... ¡Sobre todo, en una sociedad como la actual, integrada por muchos miles de millones de seres humanos! Hace mucho tiempo que yo no había tropezado con una concepción tan primitiva de la inmortalidad y de la gloria y me asombra encontrarla en un cosmonauta.

Evda Nal, erguida en toda su talla, se volvió hacia Pur Hiss, que se encogió en su sillón, iluminado por multitud de luces rojas.

—Dejemos a un lado los absurdos —continuó Evda— y examinemos la conducta de Mven Mas y de Ren Boz tomando como criterio fundamental la dicha de la humanidad. Antes, los hombres no sabían apreciar debidamente el verdadero valor de sus obras ni contraponerlo al lado contrario, negativo, que indefectiblemente tiene cada acción y cada empresa. Nosotros nos liberamos hace tiempo de ese defecto y podemos hablar solamente de la verdadera significación de los actos.

»Y lo mismo ahora que antes, algunas personas tantean nuevos caminos, porque sólo después de una singular disposición del cerebro adquirida tras muy larga preparación, es posible discernir la nueva dirección que se oculta en hechos contradictorios. Pero ahora, apenas se perfila un nuevo camino, decenas de miles de personas se ponen a estudiarlo, y el alud de los descubrimientos se precipita en el infinito aumentando como la bola de nieve. Mven Mas y Ren Boz han emprendido el camino más inexplorado. Aunque yo no poseo suficientes conocimientos de la materia, para mí es evidente lo prematuro de la experiencia. En esto consiste la culpa de ambos y su responsabilidad en cuanto a los enormes daños materiales y la pérdida de cuatro vidas humanas. Con arreglo a las leyes de la Tierra, estamos en presencia de un delito, pero este delito no ha sido cometido con fines personales y, por consiguiente, no merece el más severo castigo.

Evda Nal volvió lentamente a su sitio. Grom. Orm no encontró a nadie más que quisiese hacer uso de la palabra. Los miembros del Consejo pidieron al presidente que formulara sus conclusiones. La figura nervuda y esbelta de Grom Orm se inclinó sobre la tribuna y su mirada aguda penetró hasta el fondo de la sala.

—Las circunstancias para formar un juicio definitivo no son complejas. En cuanto a Ren Boz, yo le excluyo de toda clase de responsabilidad. ¿Qué hombre de ciencia no habría aprovechado las posibilidades que se le ofrecían, especialmente estando seguro del éxito? El terrible fracaso de la experiencia servirá de lección. Sin embargo, es también indudable el beneficio que ha reportado. Éste compensa en parte los daños materiales, ya que el experimento contribuirá ahora a resolver multitud de cuestiones, acerca de las cuales sólo se empezaba a pensar en la Academia de los Límites del Saber.

»Nosotros resolvemos los problemas de la utilización de las fuerzas productivas en gran escala, dejando a un lado las tendencias acomodaticias, poco utilitarias, de la vieja economía. Sin embargo, incluso en nuestros días, hay gentes que no comprenden a menudo el momento apropiado para el éxito, y ello se debe a que olvidan la inmutabilidad de las leyes de la evolución. Se imaginan que la estructura debe elevarse indefinidamente. La sabiduría del dirigente consiste en advertir a su debido tiempo el escalón superior en el momento dado, para detenerse y esperar o cambiar de camino. Tal dirigente, para un puesto de tanta responsabilidad como el suyo, no podía ser Mven Mas. La elección del Consejo ha resultado equivocada. El Consejo tiene en este aspecto tanta responsabilidad como el elegido. Y en primer término, yo soy culpable, ya que la iniciativa de designar a Mven Mas, perteneciente a dos miembros del Consejo, fue apoyada por mí.

»Propongo al Consejo que se absuelva a Mven Mas en cuanto a los motivos personales de su acción, pero que se le prohíba desempeñar cargos en organizaciones dirigentes de nuestro planeta. Yo también debo ser separado del cargo de presidente del Consejo y enviado a reconstruir el satélite, para reparar así las consecuencias de mi imprudente elección.

Grom Orm abarcó con la mirada a la sala, leyendo en muchos rostros una pena sincera. Pero las gentes de la época del Circuito no trataban de disuadir a nadie, respetando las decisiones de cada uno y confiando en su justeza.

Mir Om consultó a los miembros del Consejo, y la máquina de calcular anunció los resultados de la votación. Las conclusiones de Grom Orm habían sido aceptadas sin objeciones, pero a condición de que continuase presidiendo la sesión y no abandonara su puesto hasta el fin de la misma.

El acató el fallo, sin que se alterase un solo músculo de aquel rostro rebosante de

tesonera voluntad.

—Debo explicar ahora mi ruego de que se demorase la discusión referente a la expedición astral —prosiguió, sereno, el presidente—. El feliz desenlace del asunto era evidente, y yo creo que el Control del Honor y del Derecho estará de acuerdo con nosotros. Pero ahora ya puedo pedirle a Mven Mas que ocupe su sitio en el Consejo. Sus conocimientos son imprescindibles para una solución acertada de la importantísima cuestión, sobre todo teniendo en cuenta que el miembro del Consejo Erg Noor no podrá asistir a la discusión de hoy.

Mven Mas se dirigió hacia los sillones del Consejo. Las luces verdes aprobatorias se encendían centelleantes a su paso, marcándole el camino.

Deslizáronse silenciosos los mapas de los planetas cediendo su sitio a unas sombrías tablas negras, en las que las multicolores lucecillas de las estrellas estaban unidas por el trazo azul de los itinerarios previstos para el siglo. El presidente del Consejo se transfiguró al instante. Desapareció su fría impasibilidad, las grisáceas mejillas se tiñeron de leve arrebol, los ojos de acero se ensombrecieron. Grom Orm apareció en la tribuna.

—Cada expedición astral es un sueño acariciado largo tiempo, una nueva esperanza alimentada muchos años, un nuevo peldaño en la escalera de la gran ascensión. Por otra parte, es también el trabajo de millones de personas, labor que ha de tener por fuerza repercusión y producir un gran efecto científico o económico; de lo contrario, se detendría nuestro avance y la conquista de la naturaleza. Por ello discutimos, reflexionamos y calculamos tan cuidadosamente, antes de lanzar una nueva astronave a los espacios intersidiales.

»Nuestro deber nos obligó a dedicar la 37ª expedición al Gran Circuito. Por ello, estudiamos con mayor minuciosidad aún el proyecto de la 38ª expedición. Pero en el último año han ocurrido algunos acontecimientos que han cambiado la situación y nos obligan a revisar el itinerario y los fines de dicha expedición, aprobados por las sesiones anteriores del Consejo y ratificados por la opinión pública del planeta. La invención de métodos de tratamiento de las aleaciones, bajo una alta presión y a la temperatura de cero absoluto, ha mejorado la solidez de los cascos de las astronaves. El perfeccionamiento de los motores de anamesón, que los ha hecho más económicos, permite ahora efectuar vuelos a más larga distancia con una sola nave cósmica. Las astronaves Aella y Tintazhél, destinadas a la 38ª expedición, resultan ya anticuadas en comparación con el Cisne, ingenio esférico, de tipo vertical, dotado de cuatro quillas de estabilidad, que acaba de ser construido. Por consiguiente, somos ya capaces de emprender vuelos más lejanos.

»Erg Noor, que ha regresado en la Tantra, de la 37ª expedición, nos ha comunicado el descubrimiento de una estrella negra de la clase T, en uno de cuyos planetas fue hallada una astronave de estructura desconocida. Los intentos de penetrar en su interior estuvieron a punto de costar la vida a todos los expedicionarios; no obstante, se consiguió obtener un trozo de metal del casco. Se trata de una sustancia desconocida para nosotros, aunque semejante al decimocuarto isótopo de la plata, descubierto en los planetas de una estrella, extraordinariamente cálida, de la clase O8 y que se conoce de antiguo con el nombre de Zeta de la Carena. La forma de la astronave —un disco biconvexo de superficie espiral— ha sido estudiada por la Academia de los Límites del Saber.

»Yuni Ant ha revisado todas las grabaciones mnemotécnicas de las informaciones transmitidas por el Circuito durante los cuatrocientos años que estamos enlazados con el mismo. La construcción de este tipo de astronaves es irrealizable en la Tierra, dada la dirección actual de nuestra ciencia y el nivel de nuestros conocimientos. También es desconocida en los mundos de la Galaxia con los que intercambiamos informaciones.

»Una astronave discoidal de tan colosales dimensiones tiene que ser sin duda un huésped llegado de planetas infinitamente lejanos, tal vez de mundos ultragalácticos. Ha

podido vagar millones de años antes de tomar tierra en ese planeta de la estrella de hierro, en la periferia desierta de nuestra Vía Láctea. Huelga aclarar la importancia que tendrá su estudio por una expedición especial enviada a la estrella T.

Grom Orm conectó la pantalla hemisférica, y la sala desapareció. Ante los espectadores empezaron a desfilar lentamente las grabaciones de las máquinas mnemotécnicas.

—Ésta es una información recibida recientemente del planeta ZR519, no menciono las coordenadas para no ser prolijo, sobre su expedición al sistema de la estrella Achernar.

La disposición de las estrellas parecía extraña, y el ojo más experto no habría podido reconocer en ellas astros estudiados hacía mucho tiempo. Veíanse extensiones de gas luminiscente, nubes oscuras y, por último, grandes planetas enfriados que reflejaban la luz de un astro de asombroso fulgor.

Achernar, de un diámetro sólo tres veces y media mayor que el del Sol, alumbraba como doscientos ochenta soles y era una estrella azul, de indescriptible brillo, perteneciente a la clase espectral B 5. Después de hacer la grabación, la nave cósmica se había alejado. Debieron de transcurrir decenas de años en viaje... Otro astro, un lucero verde de la clase S, surgió en la pantalla. Se agrandaba y su luz se hacía más intensa a medida que aquella astronave de un mundo ajeno se iba acercando a ella. Mven Mas pensó que su verde fulgor sería mucho más bello a través de una atmósfera. Y como en respuesta a su pensamiento, apareció en la pantalla la superficie de un nuevo planeta. Las fotografías habían sido tomadas con intervalos, y por ellas no se advertía la aproximación al planeta. Ante los espectadores alzóse de pronto un país de altas montañas envueltas en todos los matices imaginables de luz verde: las sombras verdinegras de profundas quebradas y escarpadas vertientes, el verde azulado y el verde liláceo de las rocas y de los iluminados valles, el aguamarina de la nieve en las cumbres y en las mesetas, el amarillo verdoso de los sectores calcinados por el ardiente astro... Riachuelos de malaquita corrían abajo hacia los invisibles lagos y mares que se ocultaban tras las cordilleras.

Más allá, cubierta de redondas colinas, extendíase una llanura hasta el mismo mar, que parecía de lejos una reluciente plancha de hierro verde. Árboles azules erguían su revuelto y espeso follaje, engalanábanse los calveros con franjas purpúreas y brillantes manchones de desconocidos arbustos y hierbas. Y de la hondura del cielo amatista brotaban, en poderoso torrente, haces de rayos de oro verdoso. Los habitantes de la Tierra permanecían inmóviles, pasmados. Mven Mas buceaba en su insondable memoria para determinar exactamente la situación del astro verde.

«Achernar, la Alfa de Eridano, a gran altura en el cielo austral, cerca del Tucán. Distancia: 21 parsecs... El regreso de la astronave con esa misma tripulación es imposible», se sucedían rápidos los agudos pensamientos.

La pantalla se apagó, y pareció raro el aspecto de aquella sala recoleta, acondicionada para las meditaciones y asambleas de los moradores de la Tierra.

—Esa estrella verde —resonaron de nuevo las palabras del presidente—, cuyas rayas espectrales denotan abundancia de circonio, es un poco mayor que nuestro Sol —y Grom Orm enumeró las coordenadas del astro rico en circonio.

»Su sistema —continuó— comprende dos planetas gemelos que giran el uno frente al otro, a una distancia de la estrella correspondiente a la energía que recibe del Sol la Tierra.

»El espesor de la atmósfera, su composición y la cantidad de agua coinciden con las condiciones terrestres. Tales son los datos preliminares de la expedición del planeta ZR519. Estas informaciones atestiguan la ausencia de vida superior en los planetas gemelos. La vida superior, pensante, transforma la naturaleza hasta tal punto, que su existencia se advierte incluso con una observación superficial efectuada desde una astronave en vuelo a gran altura. Es de suponer que esa vida no haya podido

desarrollarse allí o que todavía no haya empezado a hacerlo. Y ello es una excepcional suerte. Pues si hubiera allí vida superior, el mundo de la estrella verde estaría cerrado para nosotros. Hace más de tres siglos, el año 72 de la época del Circuito, nuestros antepasados iniciaron ya el estudio de la cuestión de poblar los planetas donde existiera vida superior pensante, aunque no hubiese alcanzado el nivel de nuestra civilización. Entonces se decidió que toda irrupción en semejantes planetas conduciría inevitablemente a actos de violencia, a causa de la profunda incompreensión.

»Nosotros sabemos ahora cuan grande es la diversidad de los mundos de nuestra Galaxia: estrellas azules, verdes, amarillas, blancas, rojas, anaranjadas; todas ellas contienen hidrógeno y helio, mas, por la diferente composición de sus núcleos y envolturas, se denominan carbónicas, ciánicas, de titanio, de circonio; se diferencian por el carácter de sus radiaciones y por sus temperaturas, elevadas o bajas, así como por los elementos que integran su atmósfera y sus núcleos. Encontramos los planetas más diversos, que difieren unos de otros tanto por sus volúmenes, la densidad, la composición y el espesor de sus respectivas atmósferas e hidrosferas, como por su distancia al astro y condiciones de rotación. Sabemos además otra cosa: que nuestro planeta, con su superficie cubierta de agua en el 70% y su proximidad al Sol, que vierte sobre ella un poderoso torrente de energía, constituye una base excepcional de una pujante vida, rica en biomasa y abundante en transformaciones continuas.

»Por ello la vida se ha desarrollado en nuestra Tierra más de prisa que en otros mundos donde estaba encadenada por la falta de aguay de energía solar o por una litosfera reducida. Y más rápidamente que en planetas demasiado ricos en agua. Hemos visto, en transmisiones por el Circuito, la evolución de la vida en planetas muy inundados, de una vida que trepaba desesperadamente por los tallos de las plantas que emergían de las eternas aguas.

—En nuestro planeta, rico en agua, la superficie continental es también relativamente pequeña para la acumulación de energía solar por las plantas alimenticias, por la madera o, simplemente, por instalaciones termoeléctricas.

»En períodos antiquísimos de la historia del globo terráqueo, la vida se desarrollaba con más lentitud en los pantanos de las tierras bajas del período paleozoico que en los altos continentes del neozoico, cuando se luchaba no sólo por el alimento, sino por el agua.

»Sabemos que para una vida exuberante, llena de pujanza, se requiere una correlación determinada, lo más conveniente posible, entre las aguas y las tierras y que nuestro planeta está cerca de ese coeficiente óptimo. Tales planetas no son muchos en el Cosmos, pero cada uno de ellos constituye un valiosísimo tesoro para nuestra humanidad, como nuevo terreno donde establecerse y proseguir su perfeccionamiento.

»Hace ya mucho que la humanidad dejó de temer la superpoblación, que asustara en un tiempo a nuestros antepasados. E incesantemente, tendemos afanosos hacia el Cosmos, ensanchando cada vez más la zona para la instalación de las gentes, pues ello es también avance, ley inevitable del progreso. Las dificultades para asimilar planetas muy distintos de la Tierra por sus condiciones físicas eran tan grandes, que hizo nacer en el pasado la idea de establecer a los hombres en el Cosmos mediante enormes ingenios, semejantes a sputniks, pero mucho mayores. Vosotros no ignoráis que uno de tales islotes artificiales fue construido en vísperas de la época del Circuito. Me refiero al Nadir, situado a dieciocho millones de kilómetros de la Tierra. Allí vive todavía una pequeña colonia... Pero la ineptitud de aquellos angostos receptáculos, demasiado pequeños para la vida humana, era tan evidente, que ahora sorprende la ingenuidad de nuestros antepasados, pese a la audacia de su proyecto en el aspecto técnico.

»Los planetas gemelos de la estrella verde circónica son muy semejantes al nuestro. No son aptos o presentan grandes dificultades de adaptación para los febles habitantes del planeta ZR519 que los han descubierto. Por ello se han apresurado a transmitirnos

estas informaciones, como hacemos nosotros con nuestros descubrimientos. La estrella verde se encuentra a una distancia de la Tierra que no ha salvado ninguna de nuestras astronaves. Alcanzando sus planetas, nos adentramos lejos en el Cosmos. Y nos adentraremos no encerrados en el reducido mundillo de un ingenio artificial, sino sobre la firme base de unos grandes planetas lo bastante espaciosa para organizar una vida cómoda y una potente técnica. Ésta es la causa de que me haya extendido en detalles acerca de los planetas de la estrella verde, recabando vuestra atención sobre ellos. Los considero de excepcional importancia a los efectos de las investigaciones. La distancia de setenta años-luz es accesible para una astronave del tipo del Cisne, ¡y tal vez proceda enviar la 38ª expedición precisamente a Achernar!

Grom Orm calló y, después de dar vuelta a una manija que había en el pupitre de la tribuna, volvió a su sitio.

En el lugar que ocupara hacía un momento el presidente del Consejo, alzóse ante los espectadores una pequeña pantalla, en la que apareció, de medio cuerpo, la maciza y atlética figura de Dar Veter, que muchos conocían bien. El ex director de las estaciones exteriores, acogido por las silenciosas aclamaciones de las luces verdes, sonrió al auditorio.

—Dar Veter se encuentra actualmente en el desierto radiactivo de Arizona —explicó Grom Orm—, desde donde se lanzan cohetes a una altura de cincuenta y siete kilómetros para reconstruir el sputnik. Quiere deciros su opinión como miembro del Consejo.

—Propongo la solución más sencilla —expandióse una voz alegre, a la que el aparato transmisor portátil daba sonoridad metálica—. Que no se envíe una expedición, ¡sino tres!

Los miembros del Consejo y el público quedaron pasmados de sorpresa. Dar Veter, que no era orador, no recurrió a una pausa efectista.

—El primitivo plan de envío de las dos astronaves de la 38ª expedición a la estrella triple EE7723...

Al instante, Mven Mas se imaginó aquella estrella triple, denominada de antiguo la Omicron 2 de Eridano. Situado a menos de cinco parsecs del Sol, aquel sistema —compuesto de una estrella amarilla, otra azul y otra roja— poseía dos planetas carentes de vida, pero no era tal circunstancia lo que hacía interesante la investigación. La estrella azul de aquel sistema era una enana blanca. Teniendo un volumen igual al de un gran planeta, su masa equivalía, sin embargo, a la mitad de la del Sol. El peso específico medio de la materia de aquella estrella era dos mil quinientas veces superior a la densidad del metal terrestre más pesado: el iridio. La atracción, los campos electromagnéticos, los procesos de formación de elementos químicos pesados en ella eran de enorme interés e importancia para su estudio directo desde la menor distancia posible. Máxime teniendo en cuenta que la décima expedición astral, enviada antaño a Sirio, había tenido tiempo de advertir de un peligro antes de su perecimiento. Sirio, estrella doble azul, vecina del Sol, comprendía también una enana blanca más grande y menos cálida que la Omicron 2 de Eridano B y 25.000 veces más densa que el agua. No había sido posible llegar a aquella cercana estrella, debido a los enormes torrentes de meteoritos que se entrecruzaban y la ceñían, estando demasiado dispersos para que pudiera determinarse con exactitud la extensión de los peligrosos fragmentos. Entonces, hacía trescientos quince años, se había proyectado una expedición a la Omicron 2 de Eridano.

—...tiene ahora, después de la experiencia de Mven Mas y Ren Boz —decía en aquel momento Dar Veter—, tan gran importancia, que no se debe renunciar a él.

»Sin embargo, el estudio de la lejana astronave procedente de un mundo ajeno, descubierta por la 37ª expedición, puede proporcionarnos datos que superarán en mucho los resultados de las primeras indagaciones.

»Es permisible, en este caso, menospreciar las anteriores normas de seguridad, enviando las astronaves por separado: la Aella, a la Omicron de Eridano, y la Tintashel, a

la estrella T. Ambas son navíos cósmicos de primera clase, como la Tantra, que ha sabido hacer frente ella sola a terribles dificultades.

—¡Eso es romanticismo! —gritó despectivo Pur Hiss, pero al momento encogióse al notar la desaprobación de los espectadores.

—¡Sí, romanticismo auténtico! —exclamó alegre Dar Veter—. El romanticismo es un lujo de la naturaleza, pero también ¡necesario en una sociedad bien organizada! El exceso de vigor físico y espiritual engendra más rápidamente en cada ser humano el ansia de lo nuevo, de los cambios frecuentes. Se empieza a considerar de otro modo los fenómenos, a procurar ver en la vida algo más que el monótono correr de los días y a reclamarle a ésta una mayor dosis de pruebas e impresiones.

»Veo en la sala a Evda Nal —prosiguió Dar Veter—. Ella les confirmará que el romanticismo no es solamente psicología, ¡es también fisiología! Vuelvo a nuestro tema: hay que enviar ahora la nueva astronave Cisne a Achernar, a la estrella verde, porque hasta dentro de ciento setenta años no conocerá nuestro planeta los resultados. Grom Orm tiene completa razón al decir que la exploración de planetas semejantes al nuestro y la creación de una base para el avance en el Cosmos es nuestro deber con respecto a las generaciones venideras.

—Pero sólo hay preparadas reservas de anamesón para dos naves —objetó el secretario, Mir Om—. Se necesitarán diez años para, sin detrimento de la economía, aprovisionar a la otra astronave que emprenda el vuelo. Y debo recordarles que la reconstrucción del sputnik ocupará muchas fuerzas productivas...

—Ya tengo previsto eso —repuso Dar Veter—, y propongo que si el Consejo de Economía lo considera posible, nos dirijamos a la población del planeta. Que cada uno demore por un año sus viajes y excursiones de recreo, que se desconecten los televisores de nuestros acuarios en el fondo del océano, que se deje de traer piedras preciosas y plantas raras de Venus y Marte, que se paren las fábricas de vestidos y adornos lujosos. El Consejo de Economía sabrá determinar mejor que yo lo que hay que detener provisionalmente para dedicar a la producción de anamesón la energía ahorrada. ¿Quién de nosotros se negará a reducir sus necesidades, por un solo año, para ofrecer a nuestros hijos el gran presente de dos nuevos planetas caldeados por los vivificadores rayos de un Sol verde, grato a nuestros ojos terrestres?

Dar Veter tendió los brazos en un llamamiento a toda la Tierra, sabiendo que miles de millones de ojos le observaban en las pantallas de los televisores, hizo una inclinación de cabeza y desapareció dejando tras él un resplandor azulado, centelleante. Allí, en el desierto de Arizona, un fragor sordo hacía retremblar el terreno de vez en cuando, indicando que un cohete más partía con su carga para trasponer la bóveda celeste. Y en la sala del Consejo todos los congregados se pusieron en pie y alzaron la mano izquierda, lo que significaba su plena e incondicional conformidad con la intervención.

El presidente del Consejo se dirigió a Evda Nal.

—¿Querría decirnos su opinión, en el aspecto de la felicidad humana, nuestro huésped y representante de la Academia de las Penas y de las Alegrías?

Evda Nal volvió a la tribuna.

—La psique humana, por su constitución, no se presta a las excitaciones prolongadas o muchas veces repetidas. Ello es una defensa contra el rápido desgaste del sistema nervioso. Nuestros lejanos antepasados estuvieron a punto de hacer perecer a la humanidad al no tener en cuenta que el ser humano, debido a su contextura fisiológica, exige un frecuente descanso. En cambio nosotros, asustados de ese peligro, cuidábamos antes con exceso de la psique, sin comprender que el medio fundamental de reponerse y descansar de las impresiones es el trabajo. Es necesario no sólo cambiar de género de ocupación, sino alternar regularmente el trabajo y el descanso. Cuanto más duro sea aquél, tanto más largo debe ser éste, y entonces, a mayores dificultades, mayores alegrías, que absorben al hombre plenamente, por entero.

»Se puede decir que la felicidad es la continua alternación del trabajo y del descanso, de las dificultades y de los placeres. La longevidad ha ensanchado el mundo del ser humano, y éste tiende afanoso hacia el Cosmos. ¡La verdadera felicidad está en la lucha por lo nuevo! De ello se infiere que el envío de una astronave a Achernar proporcionará a la humanidad más alegría inmediata que las otras dos expediciones, pues los planetas del sol verde donarán un mundo nuevo a nuestros sentimientos, mientras que el estudio de los fenómenos físicos del Cosmos, con toda su importancia, no es percibido de momento más que por la razón. La Academia de las Penas y de las Alegrías, con vistas a aumentar la dicha humana, optaría seguramente por la expedición Achernar, pero si las tres son factibles, ¡no se puede desear nada mejor!

El auditorio, entusiasmado, recompensó a la psicóloga con un alud de luces verdes. Levantóse Grom Orm.

—La cuestión está clara, y la decisión del Consejo también. Por ello, mi intervención será sin duda la última. Pediremos a la humanidad que reduzca sus necesidades en el año 409 de la Era del Circuito. Dar Veter no ha hablado del hallazgo, por unos historiadores, de un gigantesco caballo de la Era del Mundo Desunido. Esos centenares de toneladas de oro puro se pueden dedicar a la producción de anamesón y acumular pronto las reservas para el tercer vuelo. ¡Por primera vez en la historia de la Tierra, enviaremos simultáneamente expediciones a tres sistemas estelares e intentaremos, también por vez primera, alcanzar mundos que se encuentran a una distancia de setenta años-luz!

El presidente levantó la sesión, después de rogar a los miembros del Consejo que se quedasen en la sala. Había que redactar con urgencia las solicitudes al Consejo de Economía y a la Academia de las Grandes Cifras y de la Predicción del Futuro a fin de conocer las posibles contingencias en el largo recorrido hasta Achernar.

Chara, cansada, arrastrando los pies, siguió a Evda y se asombró de que las pálidas mejillas de la famosa psicóloga conservasen su lozanía habitual. La muchacha ardía en deseos de quedarse sola para disfrutar en apacible calma su gozo por la rehabilitación de Mven Mas. ¡Magnífico día! Ciertamente que el africano no había sido coronado de laureles como ella esperaba en sus más íntimos sueños. Por mucho tiempo, tal vez para siempre, se le apartaba de una labor grande, trascendental... Pero ¿acaso no le habían dejado en el seno de la sociedad? ¿No estaba abierto ante ambos, para recorrerlo juntos, el ancho y no llano camino de las investigaciones, del trabajo y del amor?

Evda Nal obligó a la muchacha a ir con ella a la más cercana Casa de la Alimentación. Chara estuvo tan largo rato mirando la tablilla del menú, que Evda decidió tomar la iniciativa. Comunicó por el micrófono del aparato automático las cifras de los platos elegidos y el número de la mesa. Apenas se sentaron al ovalado velador de dos plazas, abrióse una escotilla en el centro del mismo por la que apareció un container con todo lo encargado. Evda Nal tendió a Chara una copa llena de una opalina bebida estimulante, denominada Lió, bebió con fruición un vaso de agua fresca y limitóse a tomar un pastel de castañas, nueces y plátanos con nata. Cuando Chara hubo comido un sabroso picadillo de rapís, aves que habían sustituido a las de corral y a la volatería, su amiga la dejó en libertad. Evda Nal siguió con la mirada a Chara, mientras la muchacha, con una gracia sorprendente incluso en la época del Circuito, bajaba presurosa por la escalinata entre estatuas de metal negro y bellos reverberos de caprichosos soportes.

Capítulo XIII - LOS ÁNGELES DEL CIELO

Con la respiración contenida, observaba Erg Noor las hábiles manipulaciones de los ayudantes del laboratorio. La abundancia de aparatos hacía recordar el puesto de comando de una astronave, pero la espaciosa sala, de anchos ventanales azulados,

alejaba al instante toda idea de un navío cósmico.

En medio de la estancia, sobre una mesa metálica, se alzaba una cámara de gruesas planchas de rutolucita, materia penetrable tanto a los rayos infrarrojos como a los visibles. Una red de tubos y cables envolvía el esmalte castaño del depósito de agua, traído de la Tantra, que contenía los dos calefos negros capturados en el planeta de la estrella de hierro.

Eon Tal, erguido como un gimnasta, paralizado aún el brazo en cabestrillo, miraba desde lejos al cilindro del registrador automático que giraba lento. Sobre las pobladas cejas negras, el sudor perlaba la frente del biólogo.

Erg Noor se pasó la lengua por los resechos labios.

—Nada, como siempre. Después de cinco años de viaje, no quedará ahí dentro más que polvo —dijo el astronauta con ronca voz.

—Eso sería una gran desgracia... para Niza y para mí —repuso el biólogo—. Entonces, habría que buscar a tientas, quizá durante muchos años, para determinar el carácter de la lesión.

—¿Sigue usted creyendo que los órganos que matan la presa son iguales en los calefos y en la cruz?

—No sólo lo creo yo. Grim Shar y todos los demás han llegado al mismo convencimiento. Pero al principio se hicieron las más sorprendentes hipótesis. Yo llegué a imaginarme que la cruz negra no era originaria del planeta.

—Y yo también, ¿recuerda que se lo dije? Me figuré que ese ser pertenecía a la astronave discoidal y estaba puesto allí para guardarla. Mas, pensándolo bien, ¿a qué guardar del exterior una fortaleza tan inexpugnable? El intento de abrir el espiro-disco demostró todo el absurdo de tal suposición.

—Pues yo me imaginé que la cruz no era un ser vivo, sino...

—¿Un centinela autómatas para darle guardia?

—Sí. Pero ahora, claro está, he desechado ese pensamiento. La cruz negra es un ser vivo, engendrado por el mundo de las tinieblas. Seguramente, esos repugnantes monstruos viven abajo, en la llanura. Nuestro enemigo vino del lado del «portón» de las rocas. Los calefos, más ligeros y móviles, moran en la meseta en que aterrizamos. La relación entre la cruz negra y el espiro-disco era fortuita; sencillamente, nuestros dispositivos de defensa no habían alcanzado aquel lejano sector de la llanura, que se encontraba siempre a la sombra del disco.

—¿De modo que usted opina que los órganos mortíferos de la cruz y de los calefos son semejantes?

—¡Desde luego! Animales que viven en las mismas condiciones, deben de tener órganos semejantes. La estrella de hierro es un astro termoeléctrico. La gruesa capa de su atmósfera está saturada de electricidad. Grim Shar considera que esos seres recogen la energía de la atmósfera y la condensan de un modo análogo a nuestros rayos globulares. Recuerde el movimiento de las estrellitas castañas a lo largo de los tentáculos de los calefos.

—La cruz también tenía tentáculos, pero en ellos no había...

—Lo que ocurrió es que nadie tuvo tiempo de advertirlo. ¡Pero el carácter de las lesiones en los nervios principales, con parálisis del centro superior correspondiente, es igual en Niza y en mí! Respecto a esto estamos todos de acuerdo. ¡Y ello constituye la prueba esencial y la mayor esperanza!

—¿Esperanza? —repitió Erg Noor, estremeciéndose.

—Sin duda. Fíjese —y el biólogo señaló a la línea regular trazada por el registrador automático—, los sensibles electrodos introducidos en la trampa donde están encerrados los calefos no muestran nada. Los monstruos se metieron ahí con plena carga de energía, que no ha podido escapar a parte alguna después de la soldadura del depósito. La defensa aislante de los vasos de alimentación cósmicos es seguramente impenetrable;

no les ocurrirá lo mismo que a nuestras ligeras escafandras biológicas. Recuerde que la cruz que paralizó a Niza no le ocasionó a usted daño. Su ultrasonido atravesó la escafandra de ultraprotección, anulando la voluntad, pero las descargas destructoras resultaron impotentes. Se limitaron a perforar la escafandra de Niza, del mismo modo que los acafeos perforaron la mía.

—Por consiguiente, la carga de rayos globulares, o de algo parecido, que entró en el depósito, debe continuar ahí. Y sin embargo, los aparatos no indican nada...

—Precisamente en eso reside la esperanza. Quiere decir que los acafeos no se han convertido en polvo. Ellos...

—Comprendo. Se han encerrado en una especie de caparazón.

—Cierto. Tal modo de adaptación está muy difundido entre organismos vivos que se ven obligados a soportar períodos desfavorables para su existencia, como esas largas noches glaciales del planeta negro, sus terribles huracanes, durante sus «amaneceres» y «anohecidos». Mas como esos períodos se suceden con relativa frecuencia, estoy convencido de que los acafeos son capaces de entrar rápidamente en ese estado y de salir de él con la misma rapidez. Si mis suposiciones son ciertas, podremos, con bastante facilidad, devolver a los acafeos negros sus facultades mortíferas.

—¿Reconstituyendo la temperatura, la atmósfera, la iluminación y demás condiciones del planeta negro?

—Exacto. Todo está calculado y dispuesto. Dentro de poco vendrá Grim Shar. Empezaremos a insuflar en el depósito una mezcla de neón, oxígeno y ázoe a una presión de tres atmósferas. Pero antes hay que cerciorarse...

Eon Tal cambió impresiones con dos ayudantes. Un aparato empezó a deslizarse lentamente, acercándose a la cámara castaña. La plancha delantera, de rutolucita, se apartó dejando acceso a la peligrosa trampa.

Los electrodos del interior del depósito fueron sustituidos por microespejos con iluminadores cilíndricos. Uno de los ayudantes se colocó ante el cuadro de teledirección. En la pantalla apareció una superficie cóncava, cubierta de granulaciones, y que reflejaba débilmente los rayos del iluminador: era la pared del depósito. Suavemente, giraba el espejo.

Eon Tal dijo:

—Es difícil ver con los rayos X; el aislamiento es demasiado grande. Por ello hay que recurrir a un procedimiento más complejo.

El espejo dio la vuelta, reflejando el fondo del depósito. Allí se encontraban dos bolas blancas, irregulares, de superficie porosa y fibrosa. Se asemejaban a frutos de una variedad del árbol del pan, recientemente obtenida, que llegaban a tener setenta centímetros de diámetro.

—Conecte el televisófono con el vector de Grim Shar —dijo el biólogo a un ayudante.

El hombre de ciencia, apenas se convenció de la certeza de las suposiciones generales, acudió presuroso al laboratorio. Entornando los ojos como un miope, no por falta de vista precisamente, sino por costumbre, examinó los aparatos preparados. Grim Shar no tenía ese aspecto imponente ni ese carácter autoritario que suele distinguir a los grandes sabios de los demás mortales. Y Erg Noor recordó a Ren Boz, cuyo aspecto tímido de chiquillo no estaba en consonancia con su excepcional cerebro.

—¡Abran la juntura soldada! —ordenó Grim Shar.

Una mano mecánica cortó la dura capa de esmalte sin desplazar la pesada tapa. Las mangas impelentes de la mezcla gaseosa se fijaron a las válvulas. Un potente reflector de rayos infrarrojos hizo las veces de estrella de hierro.

—Temperatura... fuera de gravedad... presión... saturación eléctrica... —iba leyendo las indicaciones de los aparatos el ayudante que se encontraba junto a ellos.

Al cabo de media hora, Grim Shar se volvió hacia los astronautas.

—Vamos a la sala de descanso. No es posible prever cuánto tiempo tardarán en

reanimarse estos caparazones. Si Eon está en lo cierto, ocurrirá pronto. El personal de guardia nos avisará.

El Instituto de Comentes Nerviosas había sido edificado lejos de la zona de viviendas, en los límites de una estepa acotada. Hacia el fin del verano, la tierra estaba seca, y el viento penetraba con susurro de seda por las ventanas, abiertas de par en par, trayendo el suave aroma de las hierbas marchitas.

Los tres investigadores, arrellanados en cómodos sillones, callaban mirando, por encima de los frondosos árboles, al cendal del aire que ondulaba en el lejano horizonte. De vez en cuando, alguno de ellos cerraba los cansados ojos, pero la ansiedad de la espera impedía adormecerse. Mas esta vez el destino no puso a prueba la paciencia de los científicos. No habían transcurrido tres horas cuando se iluminó la pantalla de comunicación directa. El ayudante de guardia, conteniendo su emoción a duras penas, anunció:

—¡La tapa se remueve!

Y unos segundos más tarde, ya estaban los tres en el laboratorio.

—¡Cierren bien la cámara de rutolucita, comprueben la hermeticidad! —empezó Grim Shar a dar disposiciones—. Transfieran a la cámara las condiciones del planeta.

Unos leves bufidos de las potentes bombas, un susurro silbante de los niveladores de presión, y en el interior del transparente receptáculo se estableció la atmósfera del mundo de las tinieblas.

—Aumenten la humedad y la saturación eléctrica —continuó Grim Shar.

Un penetrante olor a ozono se expandió por el laboratorio.

Pero no ocurrió nada. El científico frunció el entrecejo y echó una ojeada a los aparatos, esforzándose por averiguar qué era lo que faltaba.

—¡Falta la oscuridad! —resonó de pronto la voz clara de Erg Noor.

Eon Tal hasta dio un salto de coraje.

—¡Cómo se me ha podido olvidar! Usted, Grim Shar, no ha estado en la estrella de hierro, ¡pero yo...!

—¡Las persianas polarizadoras! —dijo el científico, a guisa de respuesta.

Extinguióse la claridad. El laboratorio quedó alumbrado únicamente por las lucecillas de los aparatos. Los ayudantes corrieron las persianas, y todo quedó sumido en tinieblas. Sólo en algunos sitios titilaban, apenas perceptibles, los puntos luminosos de los indicadores.

Los astronautas sintieron en el rostro el aliento del planeta negro, que les traía a la memoria aquellos terribles y apasionantes días de enconada lucha.

Transcurrieron unos minutos de silencio, solamente turbado por los cautelosos movimientos de Eon Tal, que regulaba la pantalla de rayos infrarrojos, dotada de una mampara polarizante para evitar la dispersión de los mismos.

¿Un débil chasquido y un fuerte golpe: la tapa del depósito había caído en el interior de la cámara de rutolucita. Un conocido centelleo de lucecillas castañas: los tentáculos del monstruo negro acababan de aparecer en un extremo del depósito.

De un inesperado salto, ascendió, desplegándose como un manto de sombras por toda la cámara de rutolucita, y chocó contra el transparente techo. Millares de estrellitas castañas se expandieron igual que arroyuelos por todo el cuerpo del acalefo, que se afianzó en el fondo con sus tentáculos recogidos, mientras el manto se hinchaba en forma de cúpula, como si lo soplasen desde abajo.

Semejante a otro fantasma negro, se alzó del depósito el segundo monstruo, infundiendo involuntario pavor con sus movimientos rápidos y silenciosos. Pero allí, entre las transparentes paredes de la cámara de experimentación, aquellos engendros del planeta de las tinieblas, rodeados de aparatos dirigidos a distancia, eran inofensivos.

Los aparatos medían, fotografiaban, determinaban, trazaban complicadas curvas, descomponiendo la estructura de los monstruos en diversos índices físicos, químicos y

biológicos. Y el cerebro humano reunía de nuevo los distintos datos cualitativos, desentrañando la composición de aquellos espantosos seres y sometiéndolos a su dominio.

A cada hora que pasaba rauda, Erg Noor se convencía de la victoria, Eon Tal se ponía más alegre, y más se reanimaban Grim Shar y sus jóvenes ayudantes.

Por fin, el científico se acercó a Erg Noor.

—Puede usted marcharse tranquilo. Nosotros nos quedaremos aquí hasta el final de las investigaciones. Temo encender la luz visible, pues aquí los acafeos negros, al contrario que en su planeta, no tienen dónde ocultarse de ella. ¡Y antes deben contestarnos a todo lo que queremos saber!

—¿Y lo sabrán ustedes?

—Dentro de tres o cuatro días llegaremos en las investigaciones al máximo de lo que nos permite nuestro actual nivel de conocimientos. Pero ahora podemos hacernos una idea de la acción de su sistema paralizador...

—¿Y curar a Niza y a Eon?

—¡Sí!

Sólo en aquel momento comprendió Erg Noor cuan grande era el peso que llevaba encima desde aquel infausto día, o aquella infausta noche... ¡Qué más daba! Una alegría delirante se apoderó de él, tan moderado de ordinario. Dominó con esfuerzo el absurdo deseo de agarrar al pequeño hombre de ciencia y lanzarlo al aire para recogerlo en sus brazos jubilosos. Sorprendido de su propia ocurrencia, Erg Noor logró calmarse, y un minuto más tarde había recobrado su reserva habitual.

—¡Cuánto contribuirán sus estudios a la lucha contra los acafeos y las cruces en la próxima expedición!

—¡Desde luego! Ahora conoceremos al enemigo. Pero ¿usted cree que se realizará la expedición a ese mundo de la pesantez y de las sombras?

—¡No lo dudo!

Un día templado del otoño nórdico acababa de nacer.

Erg Noor, sin la impetuosa premura acostumbrada, caminaba despacio, hundiendo los pies, descalzos, en la suave hierba. Delante, en la linde del bosque, se alzaba la muralla verde de los cedros, veteadas de arces, que erguíanse rectos como columnas de tenue humo gris. Allí, en aquel coto, el hombre no se inmiscuía en la naturaleza. Ésta conservaba el encanto bravío de sus altos matorrales desperdigados que exhalaban un aroma, grato y fuerte, en el que se mezclaban, contradictorios, diversos olores. Un frío riachuelo le cerró el paso. Erg Noor descendió por un sendero. El agua rizada y cristalina, penetrada por los rayos del sol, tendía una red de temblantes hilos de oro sobre los multicolores guijarrillos. Partículas de musgo y algas, apenas perceptibles, flotaban en la superficie, y sus finas sombras se deslizaban por el fondo como lunares azules. En la ribera opuesta, grandes campanillas lilas se inclinaban al viento. La fragancia de la húmeda pradera y de las purpúreas hojas otoñales prometía a los hombres el gozo del trabajo, pues cada uno, en lo recóndito del alma, guardaba todavía la experiencia del primitivo labrador.

Una oropéndola amarilla clara, posada en una rama, lanzaba presuntuosa al viento su gracioso silbido.

El límpido cielo se extendía sobre los cedros, argentado por alados cirros. Erg Noor se adentró en la penumbra del bosque, impregnada del acre olor de la resina y de las agujas de los cedros, y, luego de atravesarla, ascendió por una colina enjugándose la mojada cabeza. El acotado bosquecillo que rodeaba la clínica de neurología no era ancho, y Erg Noor salió pronto al camino. El riachuelo alimentaba con sus aguas unas escalonadas piscinas de cristal lechoso. Varios hombres y mujeres, en traje de baño, surgieron de una curva y se lanzaron a todo correr por una senda bordeada de policromas flores. Aunque el agua otoñal no debía de estar templada, los que corrían se tiraron a la piscina, luego de

animarse unos a otros con bromas y risas, y nadaron cascada abajo en bullicioso tropel. Erg Noor no pudo menos de sonreír: eran sin duda trabajadores de alguna fábrica o granja cercana que empezaban a aprovechar el tiempo de reposo.

Nunca el planeta en que naciera le había parecido tan bello a Erg Noor, que pasó la mayor parte de su vida en los estrechos límites de un navío cósmico. Sentía una inmensa gratitud a todas las gentes y a la naturaleza terrestre que habían contri buido a salvar a Niza, a su astronauta de ondulados cabellos rojizos. ¡Aquel día ella misma había ido a su encuentro en el jardín de la clínica! Después de consultar a los médicos, habían acordado ir juntos a un mismo sanatorio polar de neurología. Niza se encontraba en perfecto estado de salud desde que fueran rotas las cadenas de la parálisis, suprimiendo la tenaz inhibición de la corteza cerebral, provocada por la descarga de los tentáculos de la cruz negra. Sólo quedaba devolverle la antigua energía después del largo sueño cataléptico. ¡Niza vivía, Niza estaba sana!

Vio una figura femenina que venía sola y presurosa hacia él por la bifurcación del camino. La habría reconocido entre miles de mujeres: era Veda Kong. La misma Veda que tanto ocupara sus pensamientos hasta que se puso en claro la divergencia de sus destinos. Acostumbrado a los diagramas de las máquinas calculadoras, Erg Noor se imaginaba sus propios afanes como una brusca curva tendida hacia el cielo, mientras que la vida y la obra de Veda eran como una línea, cernida sobre la tierra, que penetraba en las profundidades de los siglos pasados del planeta. Las dos líneas aquellas se separaban, alejándose más y más la una de la otra.

El rostro de Veda Kong, que él conocía en sus menores detalles, sorprendió de pronto a Erg Noor por su parecido con el de Niza. Eran iguales el óvalo estrecho, los ojos separados, la despejada frente, las largas cejas arqueadas, la boca grande, de labios dulcemente burlones... Hasta su nariz, un poquitín larga, ligeramente arremangada, la hacía semejante a la otra, como si fueran hermanas. La única diferencia consistía en que Veda miraba siempre a la cara, con aire pensativo, mientras que la tenaz cabecita de Niza Krit se erguía a menudo en juvenil arranque.

—¿Me está usted examinando? —preguntó Veda asombrada.

Tendió ambas manos a Erg Noor, que las llevó a sus mejillas, oprimiéndolas contra ellas. Veda, estremecida, se apresuró a retirarlas. El astronauta esbozó una débil sonrisa.

—Quería dar las gracias a esas manos que han cuidado a Niza... Ella... ¡Lo sé todo! Había que estar constantemente a su lado, y usted renunció a una expedición interesante. ¡Dos meses enteros!...

—No renuncié, sino que demoré el viaje en espera de la Tantra. De todos modos, era ya tarde; además, ¡su Niza es un encanto! Las dos nos parecemos, pero ella, con su tendencia al cielo y su fidelidad probada, bien merece ser la compañera del vencedor del Cosmos y las estrellas de hierro...

—¡Veda!...

—¡Hablo en serio, Erg! Ahora no estamos para bromas. ¿No lo percibe usted? Hace falta que todo quede claro.

—¡Para mí ya lo está! Sin embargo, se lo agradezco, y no por mí, sino por ella.

—¡No me lo agradezca! Me habría dolido mucho que usted hubiera perdido a Niza...

—Comprendo, pero no puedo creerla, porque la conozco y sé que es incapaz de semejantes cálculos. Mantengo mi gratitud.

Erg Noor acarició el hombro de Veda y posó la mano en el brazo. Echaron a andar juntos por el desierto camino y siguieron en silencio hasta que Erg Noor volvió a hablar:

—¿Y quién es él?

—Dar Veter.

—¿El que fue director de las estaciones exteriores? Vaya, vaya...

—Erg, está usted diciendo palabras huera. Parece otro...

—Puede que haya cambiado... Pero yo conocía a Dar Veter solamente por su trabajo y

creía que él era también un soñador del Cosmos.

—Y lo es. Un soñador del mundo sideral que sabe compaginar el cariño a las estrellas con un amor a la Tierra de antiguo labrador. Un hombre de ciencia con grandes manos de obrero.

Involuntariamente, Erg Noor se miró su mano estrecha, con largos dedos, recios, de matemático y de músico.

—¡Si usted supiera, Veda, cuánto amo ahora a la Tierra!...

—Después del mundo de las tinieblas y del largo viaje con Niza, paralizada, se comprende. Pero...

—¿Este amor no puede ser la base de mi vida?

—No. Usted es un verdadero héroe, y por ello, insaciable en su afán de hazañas. Y este auténtico amor lo llevará siempre con cuidado, como una copa llena, temeroso de verter una sola gota sobre la Tierra, para ofrecérselo al Cosmos. ¡Mas en provecho de esa misma Tierra!

—Veda, si usted hubiera vivido en los Siglos Sombríos, ¡la habrían quemado en la hoguera!

—No es la primera vez que me lo dicen... Bueno, ya está aquí la bifurcación. ¿Y dónde están sus zapatos?

—Los dejé en el jardín, cuando salí a su encuentro. Tendré que volver.

—Hasta la vista, Erg. Aquí, mi misión ha terminado, ahora comienza la suya. ¿Dónde nos veremos de nuevo? ¿Solamente a la partida de la astronave?

—¡No, no! Niza y yo pasaremos tres meses en un sanatorio polar. La invito a ir allí con él, con Dar Veter.

—¿A qué sanatorio? ¿Al Corazón de Piedra, de la costa septentrional de Sibera, o al Hojas de Otoño, de Islandia?

—Para ir al Círculo Polar Ártico es tarde. Nos enviarán al hemisferio Sur, pues allí empezará pronto el verano, al Alba Blanca, de la Tierra de Graham.

—De acuerdo, Erg. Si Dar Veter no se marcha inmediatamente a reconstruir el sputnik 57. Creo que antes prepararán los materiales...

—¡Vaya con su hombre terrestre! Se estará casi un año en el cielo...

—¡Déjese de ingeniosidades! Ese cielo está muy cerca en comparación con los infinitos espacios que nos han separado a usted y a mí.

—¿Y lo lamenta, Veda?

—¿A qué lo pregunta, Erg? En cada uno de nosotros hay dos mitades: una tiende afanosa a lo nuevo, la otra guarda el recuerdo de lo pasado y volvería gozosa a ello. Usted sabe esto, como sabe también que nunca ese regreso consigue llegar al objetivo.

—Sí, pero la pena queda... como una corona sobre una tumba querida. Béseme, Veda, ¡buena amiga mía!...

Ella le besó sumisa; luego, apartó levemente al astronauta y echó a andar de prisa hacia la carretera por donde pasaba la línea de electrobuses. Erg Noor la siguió con la mirada hasta que el robot-conductor paró el vehículo y el vestido rojo de Veda desapareció tras la portezuela transparente.

Veda miraba también, a través del cristal, al inmóvil Erg Noor. En su mente se repetía tenaz el estribillo de unos versos de un poeta de la Era del Mundo Desunido, a los que había puesto música recientemente, después de traducirlos, Ark Guir. Dar Veter le había dicho un día, en respuesta a un tierno reproche:

*Ni los ángeles del cielo, ni los espíritus malignos,
que moran en la altura o el abismo,
podrán separar nunca mi alma enamorada;
de la de Annabel Lee, ¡mi bien amada!*

Aquello era el reto de un hombre antiguo a las fuerzas de la naturaleza que le habían arrebatado a su adorada. ¡De un hombre que no se resignaba a su pérdida ni quería ceder nada al destino!

El electrobús se acercaba ya a una rama de la Vía Espiral, y Veda Kong, aferrada a la pulida barra, seguía en pie ante la ventanilla, tarareando aquella maravillosa romanza, plena de nostálgica tristeza y esperanzadora luz.

«Ángeles... Así llamaban antaño los europeos creyentes a unos espíritus celestiales, mensajeros de la voluntad divina. La palabra "ángel", en griego antiguo, significa "mensajero". Vocablo olvidado hace muchos siglos...»

Veda despertó de sus sueños en la estación, pero volvió a ellos en el vagón de la Vía.

«Mensajeros del cielo, del Cosmos, así se podría llamar a Erg Noor, a Mven Mas, a Dar Veter... Sobre todo a Dar Veter, cuando esté en el cercano cielo de la Tierra, en las obras del sputnik... —Veda sonrió con picardía—. Pero, entonces, los espíritus del abismo somos nosotros, los historiadores —dijo en voz alta, prestando oído al timbre de su voz, y soltó una alegre carcajada—. Sí, ellos, los ángeles del cielo, y nosotros, ¡los espíritus del averno! Aunque yo dudo que esto le agrade a Dar Veter...»

Los cedros enanos, de negras agujas —variedad resistente al frío obtenida para las regiones subantárticas— rumoreaban solemnes, con rítmico murmullo, al persistente embate del viento. Gélido y denso, el aire, como un rápido río, fluía lleno de ese frescor y pureza que sólo tiene en pleno océano o en las altas montañas. Pero el viento de las montañas, que roza las nieves perpetuas, es seco y un poco picante, igual que un vino espirituoso. Mientras que allí el aliento del océano envolvía el cuerpo en un abrazo suave y húmedo.

El edificio del sanatorio Alba Blanca descendía hacia el mar con los resaltos de sus paredes de cristal, que recordaban, por sus redondos contornos, los gigantescos trasatlánticos del pasado. De día, el color blanco-grosella de los entrepaños, las escalinatas y rectas columnas ofrecía un brusco contraste con las oscuras rocas de andesita, semejantes a cúpulas de un matiz castaño-liláceo, surcadas por senderos gris-azulados, de sienita fundida, como revestidos de porcelana. Pero ahora, a fines de primavera, la noche polar borraba e igualaba todos los colores con una luz singular, blanquecina, que parecía surgir de las profundidades del cielo y del mar. El sol se había ocultado por una hora, al Sur, tras la meseta. Allí, una aureola espléndida se extendía por la parte meridional del cielo. Era el resplandor de los enormes heleros del continente antártico sobre un gran promontorio de la mitad oriental, donde habían sido confinados por voluntad del hombre, que había dejado solamente un cuarto de la formidable coraza de hielo. El alba blanca del ventisquero daba su nombre al sanatorio y convertía todo lo circundante en un sereno mundo de pálida luz sin sombras ni reflejos.

Cuatro personas se dirigían hacia el océano por un argentado sendero con brillo de porcelana. Los rostros de los dos hombres que iban detrás parecían tallados en granito gris; los grandes ojos de las dos mujeres eran profundos, enigmáticos.

Niza Krit, apretando la cara contra el cuello de piel de la esclavina de Veda Kong, replicaba con calor a la docta historiadora. Y ésta, sin ocultar su leve asombro, examinaba con atención a aquella muchacha tan parecida a ella exteriormente.

—Yo creo que el mejor regalo que una mujer puede hacer al amado es crearlo de nuevo y prolongar así la existencia de su héroe. ¡Pues eso es casi la inmortalidad!

—Los hombres no piensan así con respecto a nosotras —repuso Veda—. Dar Veter me ha dicho que no querría una hija demasiado parecida a la mujer amada, porque le dolería abandonar el mundo dejándola sola, sin el amparo de su cariño y ternura, ante el ignoto destino... Eso es una supervivencia de los antiguos celos y del instinto protector.

—A mí me horroriza la idea de separarme de mi nene, del hijito de mis entrañas —continuó Niza, sumida en sus pensamientos—. ¡De entregarlo para que lo eduquen, apenas destetado!

—La comprendo, pero no estoy de acuerdo con usted —y Veda mostró ceño, como si la muchacha hubiese tocado la cuerda más sensible de su alma—. Una de las más grandes tareas de la humanidad es la victoria sobre el ciego instinto maternal; la comprensión de que sólo la educación colectiva de los niños, por gentes especialmente instruidas y seleccionadas, es capaz de formar al hombre de nuestra sociedad actual. Hoy día no existe ese amor maternal, casi insensato, de los tiempos antiguos. Cada madre sabe que el mundo entero cuida cariñosamente de su niño. Y por eso ha desaparecido ese amor instintivo, de loba, surgido de un miedo zoológico por la suerte de su cría.

—Ya me hago cargo —dijo Niza—, pero solamente con el cerebro.

—Pues yo siento con todo mi ser, por entero, que esta dicha suprema de proporcionar alegrías a un semejante es asequible a cualquier persona, cualquiera que sea su edad. Cosa que en las anteriores sociedades era únicamente patrimonio de los padres y los abuelos, y sobre todo, de las madres... ¿Por qué se ha de estar continuamente con el pequeño? Eso es también un vestigio de los tiempos en que las mujeres se veían obligadas a llevar una vida de reclusión y no podían acompañar a sus amados a todas partes. En cambio ustedes estarán siempre juntos, mientras se quieran...

—No sé, pero a veces me entra un deseo tan ardiente de ver a mi lado un pequeño ser, parecido a él, que mis manos se crispan... y... Bueno, ¡yo no sé nada!...

—Existe la isla de las Madres: Java. Allí viven todas las que quieren educar ellas mismas a sus nenes.

—¡Oh, no! Yo no podría ser educadora, a semejanza de las que adoran a los niños. Me siento con tantas fuerzas... Además, he estado una vez en el Cosmos...

Veda se ablandó.

—Usted, Niza, es la encarnación de la juventud, y no sólo físicamente. Como todas las personas muy jóvenes, no advierte que esas contradicciones de la vida con que tropiezan constituyen la vida misma, que las alegrías del amor reportan siempre inquietudes, preocupaciones y disgustos; tanto mayores cuanto más fuerte es el amor. Y le parece que todo se va a perder al primer golpe de la vida...

Al pronunciar estas palabras, a Veda se le ocurrió de pronto una idea: ¡No, no era solamente la juventud la causa de las inquietudes y ansiosos anhelos de Niza!

Veda había incurrido en el error, común a muchas gentes, de considerar que las heridas del alma cicatrizan al mismo tiempo que las lesiones del cuerpo. Y no es así ni mucho menos. Durante largos años se conserva la herida de la psique, profundamente oculta bajo la envoltura de un cuerpo sano, y puede abrirse de improviso, a veces por un motivo insignificante.

Eso mismo le ocurría a Niza: cinco años de parálisis, aun en completa inconsciencia, tenían que haber dejado huella en todas las células del cuerpo, el espanto del encuentro con aquella terrible cruz que había estado a punto de matar a Erg Noor.

Niza, adivinando los pensamientos de Veda, dijo con voz sorda:

—Desde que estuve en la estrella de hierro, no me abandona una sensación extraña. En el fondo del alma siento un vacío angustioso. Ese vacío coexiste con la seguridad de mi dicha y mi fuerza; no las excluye, pero no desaparece. Y yo no puedo combatirlo más que con algo que me absorba por entero y no me deje a solas con él... Ahora sé lo que es el Cosmos para un ser humano solitario, ¡y ello me hace honrar más aún la memoria de los primeros héroes de la astronáutica!

—Me parece que la comprendo —repuso Veda—. Yo he estado en las pequeñas islas de Polinesia, perdidas en medio del océano. Allí, en las horas de soledad, ante el mar inmenso, se siente una embargada por una tristeza infinita, es como si se oyera una monótona canción, nostálgica y lejana. Seguramente, el recuerdo de la soledad primitiva de la conciencia le dice al ser humano cuán desvalido era antes, prisionero en la angosta celda de su alma. Sólo el trabajo colectivo y los pensamientos comunes pueden liberarle de ese cautiverio. Llega un barco, más pequeño al parecer que la propia isla, y la

inmensidad del océano no es la misma. Un puñado de camaradas y un barco constituyen ya un mundo singular que se lanza a lejanías accesibles, sumisas a él. Así ocurre también en la astronave, el navío cósmico. ¡Está usted en compañía de camaradas audaces, fuertes! Pero la soledad ante el Cosmos... —Veda se estremeció—. Yo no creo que el ser humano sea capaz de soportarla.

Niza se apretó más contra Veda.

—¡Usted lo ha dicho! Por eso, yo quiero todo de una vez...

—Le he tomado afecto, Niza. Y ahora estoy más de acuerdo con su decisión... que me parecía insensata.

Niza, en silencio, estrechó la mano de Veda y acercó la nariz a su mejilla, fría del viento.

—Pero ¿resistirá usted eso, Niza? ¡Es tan difícil!...

—¿A qué dificultades se refiere, Veda? —preguntó Erg Noor, que había oído su última exclamación—. ¿Se ha confabulado usted con Dar Veter? Él lleva media hora tratando de convencerme de que transmita a los jóvenes mi experiencia de astronauta, en vez de emprender un vuelo del que no se vuelve.

—¿Y le ha convencido?

—No. Mi experiencia de la astronáutica es más necesaria todavía para llevar el Cisne a su punto de destino, allí —y Erg Noor señaló al cielo, claro y sin estrellas, donde, más abajo de la Nube Menor de Magallanes, cerca del Tucán y de la Hidra, debía lucir la resplandeciente Achernar—. ¡Para conducirlo por un camino que aún no ha recorrido ninguna nave de la Tierra ni del Circuito!

Al pronunciar la última palabra, emergió a sus espaldas el borde del sol naciente, desvaneciéndose con sus rayos el misterio del alba blanca.

Los cuatro amigos habían llegado a la costa. El océano lanzaba su gélido aliento arrastrando a la orilla, de suave pendiente, sus olas sin espuma, la fuerte marejada del encrespado Antártico. Veda Kong miraba con curiosidad al agua, de un color de acero, que rápidamente se tornaba oscura en la profundidad y adquiría a los rayos del bajo sol el lila matiz del hielo.

Niza Krit permanecía al lado, con un abrigo de pieles azules y un gorrito redondo, también de piel de igual tonalidad, bajo el que asomaban rebeldes unos mechones rojizos oscuros. Como de costumbre, la muchacha mantenía la cabeza erguida. Dar Veter, que involuntariamente se deleitaba contemplándola, frunció el entrecejo.

—¿No le gusta Niza? —inquirió Veda con fingida indignación.

—Usted sabe bien que yo la admiro —contestó Dar Veter sombrío—. Pero en estos momentos me ha parecido tan pequeñita y débil, en comparación con...

—Con lo que me espera, ¿verdad? —replicó Niza desafiante—. ¿Ha cesado en su ataque a Erg para atacarme a mí?

—No tengo el menor propósito de ello —repuso Dar Veter con tristeza—, pero mi pena es muy natural. Una admirable criatura de mi querida Tierra va a desaparecer en los abismos del Cosmos, en sus gélidas tinieblas. Y esto no es compasión, Niza, sino el dolor de la pérdida.

—Hemos tenido el mismo sentimiento —asintió Veda—. Niza se me figura una clara llamita de vida perdida en medio del espacio, muerto y frío.

—¿Es que yo parezco una delicada florecilla? —preguntó Niza. Y el extraño tono de su voz impidió a Veda darle una respuesta afirmativa.

—¿Hay alguien que sienta más que yo el gozo de la lucha con el frío? —agregó la muchacha, quitándose el gorrito con brusca sacudida que esparció los ondulados cabellos rojizos. Y al instante, despojóse del abrigo de pieles.

—¿Qué va usted a hacer, Niza? —gritó Veda, adivinando su intención, y abalanzóse hacia ella.

Pero Niza había saltado a una roca que se alzaba sobre las olas y le arrojaba ya a

Veda su ropa.

Las frías olas acogieron a Niza, y su amiga tembló sólo de pensar en aquel baño. La muchacha nadaba tranquila, mar adentro, atravesando las olas con vigorosos impulsos. Sobre la cresta de una de ellas agitó la mano invitando a los que quedaban en la orilla a que siguieran su ejemplo.

Veda la observaba con admiración.

—Veter, Niza es mejor novia para un oso polar que para Erg. ¿Será posible que usted, un hombre del Norte, se quede atrás?

—Yo soy de origen nórdico, pero prefiero los mares templados —dijo el aludido en tono lastimero, acercándose de mala gana al mar, que salpicaba embravecido.

Después de desnudarse, metió con tiento un pie en el agua y, dando un grito, se lanzó al encuentro de una acerada ola. De tres brazadas, subió a la cima y deslizóse a la negra fosa de la segunda. Sólo los muchos años de entrenamiento y los continuos baños anteriores, tanto en verano como en invierno, salvaron su prestigio. Al instante, se le cortó el aliento y unos circulillos rojos empezaron a danzar ante él. Con unas cuantas zambullidas y unos bruscos saltos, recobró la respiración. Amaratado, tiritando, nadó hasta la orilla y ascendió por la pendiente, en unión de Niza, a todo correr. Unos minutos más tarde, ambos se deleitaban con el calor de las pieles que los envolvían. Hasta el cortante viento parecía traer el hálito de los mares de coral.

—Cuanto más la conozco —dijo Veda muy quedo—, más me convenzo de que Erg no se ha equivocado en su elección. Usted, como ninguna otra, le infundirá ánimo en los momentos difíciles, le alegrará, lo cuidará...

Las mejillas de Niza, blancas, no atezadas, se arrebolaron intensamente.

Mientras se desayunaban en una alta terraza de cristal, vibrante al viento, Veda encontró a menudo la mirada, pensativa y dulce, de la muchacha. Los cuatro estaban silenciosos, como suele ocurrir cuando espera una larga separación.

—¡Es doloroso conocer a personas como ustedes y tener que separarse inmediatamente de ellas! —exclamó de pronto Dar Veter.

—No podrían... —insinuó Erg Noor.

—No, mis vacaciones han terminado. ¡Ya es hora de subir al cielo! Grom Orm me espera.

—Yo también tengo que marcharme —agregó Veda—. He de volver a mi «averno», a una cueva, descubierta recientemente, que guarda vestigios de la Era del Mundo Desunido.

—El Cisne no estará listo hasta mediados del año próximo, pero nosotros empezaremos los preparativos dentro de seis semanas —dijo en voz baja Erg Noor—. ¿Quién dirige ahora las estaciones exteriores?

—De momento, Yuni Ant, pero él no quiere abandonar definitivamente las máquinas mnemotécnicas, y el Consejo no ha aprobado aún la candidatura de Emb Ong, un ingeniero-físico de la central F del Labrador.

—No le conozco.

—Es poco conocido, porque trabaja en la Academia de los Límites del Saber, donde se ocupa de cuestiones de mecánica megaondular.

—¿Y qué es eso?

—El estudio de los grandes ritmos del Cosmos, de las gigantescas ondas que se extienden lentamente por el espacio. En ellas se reflejan, entre otras cosas, las contradicciones de las velocidades lumínicas contrarias, que dan valores relativos superiores a la unidad absoluta. Pero todo esto no está aún bien estudiado.

—¿Y Mven Mas?

—Escribe un libro sobre las emociones. Tampoco dispone de mucho tiempo, pues la Academia de las Grandes Cifras y de la Predicción del Futuro le ha nombrado su asesor para el vuelo de vuestro Cisne. En cuanto se reúnan los datos, tendrá que despedirse de

su libro.

—¡Lástima! El tema es importante. Ya es hora de reconocer debidamente la realidad y la fuerza del mundo de las emociones —comentó Erg Noor.

—Temo que Mven Mas no sea capaz de un análisis frío —dijo Veda.

—Eso es lo que hace falta; de lo contrario, no escribiré nada meritorio —repuso Dar Veter, y se levantó para despedirse.

Niza y Erg le tendieron la mano.

—¡Hasta la vista! Termine pronto su trabajo, pues si no, no vamos a vernos.

—Nos veremos —prometió Dar Veter, con seguridad—. En último caso, en el desierto de El Homra, antes de emprender el vuelo.

—De acuerdo —asintieron los astronautas.

—Vamos, ángel del cielo —y Veda Kong tomó el brazo de Dar Veter, aparentando no haber advertido la arruga de su entrecejo—. ¡Seguramente estará usted ya harto de la Tierra!

Dar Veter, muy separadas las piernas, se mantenía en pie sobre la inestable base de una armadura apenas sujeta, y miraba hacia abajo, al espantoso abismo que se abría entre las desgarradas capas de nubes. Allí se columbraba la superficie del planeta, cuya ingente mole se percibía incluso a aquella distancia, igual a cinco diámetros de la Tierra, con los sinuosos contornos grises de los continentes y las manchas violentas de los mares.

Con emoción, iba reconociendo aquellos perfiles, conocidos desde la infancia por las fotografías tomadas desde los sputniks. Allí estaba la línea cóncava de la costa, a la que llegaban, en sentido transversal, las rayas oscuras de las montañas. A la derecha brillaba el mar, y bajo las plantas de Dar Veter, se divisaba un angosto valle. Aquel día había tenido suerte: las nubes se habían disipado sobre el sector del planeta donde vivía y trabajaba Veda. Por aquellos lugares, en la escarpada falda de unos elevados montes grises, acerados, se encontraba la antigua cueva, cuyas espaciosas galerías se adentraban en las profundidades de la Tierra. Veda recogía allí, entre los despojos mudos y polvorientos del pasado de la humanidad, esas partículas de verdad histórica sin las que no es posible comprender el presente ni prever el futuro.

Inclinándose desde la plataforma de estriadas planchas de bronce circónico, Dar Veter envió con el pensamiento un saludo a aquel punto, dudosamente adivinado, oculto por unos cirros de cegador brillo que se habían deslizado desde Occidente. La oscuridad de la noche se extendía allí como un muro tachonado de relucientes estrellas. Las nubes avanzaban en capas superpuestas, como inmensas balsas que flotasen unas sobre otras. Bajo ellas, por el abismo, cada vez más negro, la Tierra rodaba hacia el muro de las tinieblas como si fuera a perderse en la nada, para siempre. El suave resplandor zodiacal nimbaba el planeta por su parte sombría, brillando en la negrura del espacio cósmico.

La parte iluminada de la Tierra estaba envuelta en un manto azul de nubes que reflejaba la potente luz del Sol gris de acero. Todo el que mirase a las nubes, sin gafas provistas de filtros oscurecedores, quedaría ciego, e igual suerte correría quien se volviese hacia el terrible astro encontrándose fuera de la protección de la atmósfera terrestre, de un espesor de mil kilómetros. Los duros rayos del Sol, de ondas cortas —ultravioletas y X— fluían en un poderoso torrente mortal para todo lo vivo, al que se agregaba la continua y copiosa lluvia de partículas cósmicas. Las estrellas que se encendían de nuevo, o las que chocaban en la infinita lejanía de la Galaxia, enviaban al espacio radiaciones mortíferas. Y sólo la segura defensa de la escafandra salvaba a los trabajadores de una muerte cierta.

Dar Veter lanzó al otro lado el cable de seguridad y avanzó por la viga de apoyo en dirección al refulgente carro de la Osa Mayor. Un gigantesco tubo estaba adosado al futuro sputnik en toda su longitud. En sus dos extremos se elevaban unos triángulos agudos que sostenían enormes discos irradiadores de un campo magnético. Cuando se

instalasen las baterías que transformaban en corriente eléctrica la radiación azul del Sol, sería posible desembarazarse de las ataduras y desplazarse a lo largo de las líneas de fuerza magnética con placas de guía en el pecho y la espalda.

—Queremos trabajar de noche —resonó inesperadamente, en su casco hermético, la voz del joven ingeniero Kad Lait—. ¡El comandante del Altai ha prometido dar luz!

Dar Veter miró hacia abajo, a la izquierda, donde, como peces dormidos, pendían enganchados varios cohetes de carga. Más arriba, bajo un dosel plano que protegía de los meteoritos y del Sol, se cernía una plataforma provisional, de planchas de revestimiento interior, en la que se clasificaban y montaban las piezas traídas por los cohetes. Allí agolpábanse los trabajadores, semejantes a oscuras abejas, o a luciérnagas cuando la superficie reflectora de sus escafandras salía de la sombra del dosel protector. Una red de cables partía de las negras escotillas abiertas en los costados de los cohetes, por las que eran descargadas las piezas grandes. Más arriba, encima mismo de la armadura del sputnik, un grupo de hombres, en posturas extrañas y a veces cómicas, andaban atareados con una enorme máquina. En la Tierra, un solo anillo de bronce de berilio recubierto de borazón habría pesado sus buenas cien, toneladas. Pero allí, aquella mole pendía dócilmente, cerca del esqueleto metálico del sputnik, de un fino cable destinado a igualar las velocidades integrales de rotación alrededor de la Tierra de todas aquellas piezas, sueltas aún.

Cuando los trabajadores se hubieron acostumbrado a la ausencia de la fuerza de la gravedad, mejor dicho, a lo ínfimo de ella, recobraron su destreza y la seguridad en sí mismos. Pero pronto aquellos hábiles operarios debían ser relevados por otros, pues un largo trabajo manual sin pesantez provocaba una alteración en la circulación de la sangre que podría perdurar y convertir al hombre en inválido a su regreso a la Tierra. Por ello, cada uno trabajaba en el sputnik no más de ciento cincuenta horas; luego volvía a nuestro planeta después de reaclimatarse en la estación Intermedia, que giraba a una altura de novecientos kilómetros sobre el globo terráqueo.

Dar Veter, que dirigía el montaje, procuraba no hacer demasiado esfuerzo físico, pese a que a veces sentía vehementísimos deseos de acelerar una u otra tarea. Debía permanecer allí a una altura de cincuenta y siete mil kilómetros, durante varios meses.

Autorizar el trabajo nocturno significaba abreviar el plazo de envío a la Tierra de sus jóvenes amigos y tener que pedir un nuevo equipo de relevo antes del tiempo señalado. La segunda planetonave de las obras, el Barion, se encontraba en la llanura de Arizona, donde Grom Orm observaba las pantallas de los televisores y los cuadros de las máquinas registradoras.

La decisión de trabajar sin pausa, incluso durante la gélida noche cósmica, reduciría considerablemente la duración del montaje. Y Dar Veter no podía renunciar a esa posibilidad. Recibida la autorización, los hombres de la plataforma de montaje se dispersaron en todas direcciones y empezaron a tender una nueva red de cables, más complicada aún. La planetonave Altai, que servía de vivienda a los trabajadores y pendía inmóvil al extremo de la viga de apoyo, soltó de pronto los cables rodillos que ligaban su escotilla de entrada a la armadura del sputnik. Largas llamas saltaron cegadoras de sus motores. El enorme casco de la nave viró silencioso y rápido. Ni el menor ruido se expandió, a través del vacío, por los espacios interplanetarios. Unas cuantas revoluciones de los motores bastaron al experto conductor del Altai para elevarlo suavemente a una altura de cuarenta metros sobre el lugar de las obras y volver sus proyectores de aterrizaje hacia la plataforma. Entre la nave y la armadura se tendieron de nuevo los cables-guía, y toda aquella multitud de objetos heterogéneos, cernidos en el espacio, quedó en una inmovilidad relativa, continuando al propio tiempo su rotación alrededor de la Tierra a una velocidad de cerca de diez mil kilómetros por hora.

La distribución de las masas nubosas reveló a Dar Veter que las obras se encontraban sobre la zona antártica del planeta y que, por consiguiente, entrarían pronto en la sombra

de la Tierra. Los calentadores perfeccionados de las escafandras no podían contrarrestar por completo el gélido aliento del espacio cósmico, ¡y desdichado del viajero que gastase impremeditadamente la energía de sus baterías! Así había perecido, hacía un mes, un arquitecto-montador que se resguardara de una inopinada lluvia de meteoritos en la fría cápsula de un cohete abierto, donde encontró su tumba antes de la llegada al sector soleado... Un ingeniero había sido muerto por un meteorito. Aquellos accidentes no podían ser previstos ni evitados. La construcción de los sputniks exigía siempre víctimas. ¿Quién sería el siguiente?... Las leyes de los números grandes, aunque poco aplicables a las motillas de polvo de los hombres aislados, indicaban que Dar Veter tenía más probabilidades que nadie de ser el siguiente, pues era él quien se encontraba más tiempo en aquella altura, expuesta a todas las contingencias del Cosmos.. Pero una voz interior le decía traviesa que nada podía ocurrirle a su magnífica persona. Y por muy absurda que fuera tal certeza en un hombre habituado a pensar matemáticamente, no abandonaba nunca a Dar Veter y le ayudaba a mantenerse en sereno equilibrio sobre las vigas y enrejados de la indefensa armadura, suspendida en el abismo del negro cielo.

El montaje de construcciones se hacía en la Tierra con máquinas especiales, denominadas «embrioteónicas» porque funcionaban con arreglo al principio del crecimiento de los organismos vivos. Claro que la estructura molecular del ser vivo, formada por un mecanismo cibernético hereditario, era mucho más compleja y estaba subordinada no sólo a la selección físico-química, sino también a una acción rítmica ondular, enigmática todavía. Sin embargo, los organismos vivos no empezaban a desarrollarse más que en soluciones tibias de moléculas ionizadas, mientras que los embrioteones funcionaban, generalmente, accionados por corrientes polarizadas, por la luz o un campo magnético. Las marcas y claves puestas con talio radiactivo en las piezas guiaban acertadamente el montaje, que se realizaba con una exactitud y rapidez asombrosas para los profanos. Allí, en aquella altura, no había ni podía haber tales máquinas. El sputnik se montaba a la antigua usanza, a mano. A pesar de los peligros que entrañaba, la empresa parecía tan interesante que atraía a millares de voluntarios. Las estaciones de pruebas psicológicas apenas daban abasto a reconocer a todos los que manifestaban al Consejo su disposición a partir para el espacio interplanetario.

Dar Veter llegó hasta la base de unas máquinas solares que partían en sentido radial de un enorme cubo con un aparato de gravitación artificial, y conectó su batería dorsal a un borne del circuito de control. Una sencilla melodía resonó en el radioteléfono de su casco hermético. Entonces enlazó, paralelamente, una placa de cristal con un esquema trazado con finas líneas de oro. Le respondió la misma melodía. Dar Veter corrió dos nonios, para hacer coincidir los tiempos de las corrientes, y se cercioró de la concordancia absoluta no sólo de las melodías, sino de las tonalidades del reglaje. Una parte importante del futuro ingenio había sido ya montada de manera impecable. Se podía pasar a la instalación de los motores eléctricos de radiación. Dar Veter se enderezó, cansado de soportar la escafandra sobre los hombros, y movió la cabeza. El movimiento hizo crujir las vértebras cervicales, anquilosadas de la prolongada quietud dentro del casco hermético. Menos mal que Dar Veter resultó refractario a afecciones mentales difundidas entre quienes trabajaban fuera de la atmósfera terrestre: la enfermedad ultravioleta del sueño y la rabia infrarroja; de lo contrario, no habría podido llevar a cabo su honrosa misión.

¡El primer revestimiento defendería pronto a los trabajadores de aquella deprimente soledad en el ilimitado Cosmos, sobre el insondable abismo, sin cielo ni tierra!

Del Altai se desgajó raudo un pequeño proyectil de salvamento y pasó como una centella frente a las obras. Era un remolcador enviado para traer los cohetes automáticos, que no transportaba más que carga y se detenía a la altura señalada de antemano. ¡Llegaba muy a tiempo! La acumulación flotante de cohetes, hombres, máquinas y materiales entraba ya en el sector nocturno de la Tierra. El remolcador regresó arrastrando tres largos proyectiles de azulado brillo y forma de peces, cada uno de los

cuales pesaba sobre el globo terráqueo sus buenas ciento cincuenta toneladas, sin contar el combustible.

Los cohetes se unieron a sus semejantes en torno a la plataforma de clasificación. Dar Veter, de un impulso, se trasladó al otro lado de la armadura y encontróse en medio del grupo de técnicos que dirigía la descarga. Se habían reunido para discutir el plan de trabajo nocturno. Dar Veter dio su asentimiento al mismo, pero exigió que se sustituyesen todas las baterías individuales por otras nuevas que asegurasen, durante treinta horas, el caldeamiento continuo de las escafandras, a más de suministrar fluido a las lámparas, los filtros de aire y los radioteléfonos.

Las obras se sumergieron por entero en las abismáticas tinieblas de la noche, pero la débil luz zodiacal, suave y grisácea, procedente de los rayos de sol diseminados por los gases de las capas superiores de la atmósfera, continuó esclareciendo el esqueleto del futuro satélite, yerto a un frío de ciento ochenta grados bajo cero. La superconductibilidad molestaba aún más que durante el día. Al menor desgaste del aislamiento de los diversos aparatos, baterías o acumuladores, los objetos próximos se rodeaban del nimbo azulado de la corriente que se esparcía por la superficie, haciendo imposible encauzarla en la dirección necesaria.

La impenetrable oscuridad del Cosmos había sobrevenido en unión de un frío aún más intenso. Brillaban las estrellas con un fulgor punzante, como agujas azules. El invisible y silencioso vuelo de los meteoritos causaba en la noche mayor espanto. Abajo, en la oscura superficie del globo y en los flujos de la atmósfera, surgían multicolores nubes de eléctrico resplandor, centelleantes descargas de enorme longitud o franjas, de miles de kilómetros, de luz difusa. Vientos huracanados, más fuertes que los peores ciclones terrestres, desencadenaban sus furias allá abajo, en las capas superiores de la envoltura aérea. La atmósfera, saturada de las radiaciones del Sol y del Cosmos, seguía entremezclando activamente la energía, dificultando de un modo extraordinario la comunicación entre las obras y el planeta natal.

Súbitamente, algo cambió en aquel mundillo perdido en las tinieblas y el espantoso frío. Dar Veter no discernió al pronto que la planetonave había encendido sus proyectores. La noche parecía más negra, habían palidecido las fulgurantes estrellas, pero la plataforma y la armadura se destacaban netas, perceptibles, en la blanca luz. Al cabo de unos minutos, el Altai disminuyó la tensión. La luz se tornó amarilla y menos intensa.

La planetonave economizaba la energía de sus acumuladores. Y de nuevo, como en pleno día, empezaron a moverse los cuadrados y las elipses de las planchas del revestimiento, los enrejados de los tirantes y vigas, los cilindros y tubos de los depósitos, encontrado poco a poco su lugar en el esqueleto del satélite.

Dar Veter buscó a tientas la jácena transversal y se agarró a unos asideros de ruedas adosadas a unos cables verticales. Apoyando con fuerza un pie en la viga, tomó impulso y ascendió. Ante la misma escotilla de la planetonave, apretó los frenos de los asideros y se detuvo a tiempo para no chocar contra la puerta cerrada.

En la cámara de transición no se mantenía la presión normal terrestre, para evitar las pérdidas de aire cuando entraban y salían los numerosos trabajadores de las obras. Por ello, Dar Veter, sin quitarse la escafandra, pasó a una segunda cámara, construida temporalmente, y desconectó allí su casco hermético y sus baterías.

Desentumeciendo sus miembros, cansados de la escafandra, y recreándose con la vuelta a la pesantez normal, Dar Veter penetró con paso firme en el puente interior. La gravitación artificial de la planetonave funcionaba sin pausa. ¡Qué inmenso placer sentirse hombre, sólidamente afianzado sobre un suelo firme, y no una leve mosquilla voltejando en el inestable e inseguro vacío! La suave luz, el aire templado y un blando sillón invitaban a arrellanarse cómodamente y entregarse al reposo, sin pensar en nada. Dar Veter experimentaba el placer de sus antepasados, que le extrañara en un tiempo en las novelas antiguas. Después de un largo viaje a través del desierto frío, el bosque húmedo

o las montañas cubiertas de hielo, el hombre entraba en la acogedora vivienda: la casa, la chabola o la yurta de fieltro. Y entonces, como allí, en la planetonave, unas finas paredes le separaban de un mundo inmenso y peligroso, hostil a él, le guardaban el calor y la luz, brindándole el descanso para recuperar fuerzas y meditar sus futuras empresas.

Dar Veter resistió a la tentación del sillón y del libro. Tenía que comunicar con la Tierra, pues la luz encendida en la altura durante toda la noche podía alarmar a los hombres de los observatorios que vigilaban la marcha de las obras; además, había que prevenir que el relevo se necesitaría antes del plazo acordado.

Aquella vez Dar Veter tuvo suerte: habló con Grom Orm no por medio de las señales codificadas, sino por el televisófono, muy potente, como todos los de las naves interplanetarias. El ex presidente se mostró satisfecho y se ocupó sin demora de elegir un nuevo equipo y de intensificar el envío de piezas.

Al salir del puente de mando, Dar Veter pasó por la biblioteca, que se había acondicionado para dormitorio instalando dos filas superpuestas de literas a lo largo de las paredes. En los camarotes, los comedores, la cocina, los pasillos laterales y la sala delantera de máquinas había también lechos suplementarios. La planetonave, convertida en base estacionaria, estaba abarrotada. Arrastrando las piernas, Dar Veter caminaba por el pasillo, revestido de tibias planchas de plástico de color castaño, abriendo y cerrando con gesto de cansancio las herméticas puertas.

Pensaba en los astronautas que pasaban decenas de años en el interior de naves semejantes a aquella, sin esperanza alguna de abandonarlas ni de salir al exterior antes del plazo señalado, terriblemente largo. El llevaba allí cerca de seis meses y cada día dejaba los angostos locales para trabajar en los agobiadores espacios del vacío interplanetario. Y sin embargo, sentía ya la nostalgia de la adorable Tierra, de sus estepas, de sus mares, de las zonas de vivienda con sus centros bulliciosos, pictóricos de vida. Mientras que Erg Noor, Niza y otros veinte tripulantes del Cisne deberían pasar en la astronave noventa y dos años dependientes, es decir, ciento cuarenta terrestres, contando el regreso de la nave al planeta natal. ¡Ninguno de ellos podría vivir tanto tiempo! Sus cuerpos serían incinerados y sus cenizas enterradas lejos, infinitamente lejos, en los planetas de la estrella verde circónica...

O morirían en ruta, y entonces, encerrados en un cohete funerario, serían lanzados al Cosmos... De un modo semejante, las naos fúnebres de sus remotos antepasados llevaban a alta mar los guerreros muertos en combate. Pero nunca había habido en la historia de la humanidad héroes que se recluyesen en una nave, para toda la vida, y volasen sin esperanza de retorno. No, él no tenía razón, ¡y Veda le habría reprochado sus pensamientos! ¿Había olvidado acaso a los luchadores anónimos en pro de la justicia y de la libertad para el hombre que, en los antiguos tiempos, iban a una reclusión perpetua, mucho más espantosa, en húmedas mazmorras, donde sufrían terribles tormentos? ¡Sí, aquellos héroes eran más fuertes y dignos de admiración que incluso los contemporáneos de Dar Veter, dispuestos a realizar aquel grandioso vuelo al Cosmos para explorar mundos lejanos!

Y él, que nunca había abandonado por largo tiempo el planeta donde naciera, en comparación con ellos, era un mísero hombrecillo que no tenía nada de ángel del cielo, como le llamaba en broma la adorabilísima Veda Kong.

Capítulo XIV - LA PUERTA DE ACERO

Veinte días estuvo atareado el robot-minero, en la húmeda oscuridad, desbrozando la galería de decenas de miles de toneladas de escombros y entibando las desmoronadas bóvedas. El acceso a las profundidades de la cueva quedó al fin abierto. Sólo restaba comprobar sus condiciones de seguridad. Unas carretillas automáticas de orugas y un

tornillo de Arquímedes deslizáronse silenciosos hacia abajo. Los aparatos comunicaban, a cada cien metros de avance, la composición del aire, la temperatura y el grado de humedad. Sorteando hábilmente los obstáculos, las carretillas llegaron a una profundidad de cuatrocientos metros. Entonces Veda Kong, en unión de un grupo de colaboradores, penetró en la misteriosa cueva. Hacía noventa años, durante una prospección de aguas subterráneas entre calizas y areniscas que no tenían nada de metalíferas, los indicadores habían señalado de pronto la presencia de una gran cantidad de metal. Poco después se puso en claro que el lugar coincidía con la descripción del que rodeaba la famosa cueva secular, denominada de Den-Of-Kul, lo que en una lengua desaparecida significaba «Refugio de la Cultura». Ante el peligro de una espantosa guerra, los pueblos que se consideraban más avanzados en la ciencia y en la cultura habían escondido en dicha cueva los tesoros de su civilización. En aquellos lejanos siglos, los secretos y los misterios estaban muy en boga...

Veda estaba tan emocionada como la más joven de sus colaboradoras cuando descendía por la húmeda arcilla roja que revestía el suelo de la rampa de entrada.

Se imaginaba grandiosas salas con herméticas cajas de caudales repletas de filmes y mapas; armarios con bobinas de grabaciones magnetofónicas o de películas de máquinas mnemotécnicas, y estanterías llenas de muestras de compuestos químicos, aleaciones y medicamentos; animales disecados, ya desaparecidos, en vitrinas transparentes e impenetrables a la humedad y al aire; herbarios, esqueletos petrificados de pueblos del planeta, ya extinguidos. Después, se figuraba placas de silicol protegiendo lienzos de los más famosos pintores, verdaderas galerías de esculturas de magníficos representantes de la humanidad, de sus más grandes hombres, y obras maestras de escultores animalistas... Maquetas de famosos edificios, inscripciones conmemorativas de célebres acontecimientos inmortalizados en la piedra y el bronce.

Entregada a sus sueños, Veda penetró en una gigantesca cueva de tres mil o cuatro mil metros cuadrados de superficie. El techo, que se perdía en las sombras, se alzaba en pronunciada bóveda de la que pendían largas estalactitas, relucientes a la luz eléctrica. La sala era en realidad grandiosa. Confirmando las suposiciones de Veda, en los nichos de las paredes, con abundantes vetas y concreciones calcáreas, se divisaban máquinas y armarios. Los arqueólogos se dispersaron por la sala subterránea, lanzando exclamaciones de júbilo. Muchas de aquellas máquinas, que guardaban aún, en algunos lugares, el brillo del cristal y del barniz, resultaron ser coches, tan del gusto de las gentes de la remota antigüedad y considerados en la Era del Mundo Desunido como el summum de la técnica alcanzado por el genio humano. Por entonces, no se sabía por qué causas, se construían muchísimos vehículos, capaces de transportar en sus blandos asientos a un pequeño número de personas. La elegancia de sus líneas se perfeccionaba hasta llegar a la exquisitez, los mecanismos de dirección y motrices eran cada vez más ingeniosos; pero, en todo lo demás, continuaban siendo completamente absurdos. Centenas de miles de ellos circulaban por las calles de las ciudades y por las carreteras, llevando y trayendo a gentes que, por ignoradas razones, trabajaban lejos de sus viviendas y cada día se apresuraban para llegar a tiempo al trabajo y regresar luego a sus casas. Aquellos automóviles eran peligrosos de conducir, mataban a multitud de personas y consumían miles de millones de toneladas de preciosas materias orgánicas acumuladas en el pasado geológico del planeta, envenenando la atmósfera de ácido carbónico. Los arqueólogos de la época del Circuito se sintieron decepcionados al ver que se destinaba tanto espacio en la cueva a aquellos extraños vehículos.

Pero sobre bajas plataformas se elevaban motores más potentes: de pistón, eléctricos, de turbinas, reactivos, nucleares... En unas vitrinas recubiertas de una fina capa calcárea, se alineaban en filas verticales diversos aparatos: televisores, cámaras fotográficas, máquinas de calcular y otros similares. Aquel museo de máquinas —algunas, corroídas por la herrumbre; otras, bien conservadas— era de un gran valor histórico, pues arrojaba

luz sobre el nivel técnico de un tiempo lejano, cuyos documentos habían desaparecido, en su mayor parte, durante perturbaciones militares y políticas.

La fiel ayudante Miiko Eygoro, que había cambiado de nuevo el mar querido por la lobreguez y la humedad de los subterráneos, advirtió al fondo de la sala, tras una gruesa columna calcárea, la negra boca de un pasadizo. La columna era la armazón de una máquina, y al pie de su soporte se amontonaban los restos de la mampara de plástico que en tiempos cerrara la entrada. Siguiendo paso a paso los rojos cables de las carretillas automáticas de reconocimiento, los arqueólogos llegaron a una segunda cueva, situada casi al mismo nivel de la primera y llena de herméticos armarios de cristal y de metal. Una larga inscripción, en inglés y grandes letras, circundaba los muros cortados a pico, desmoronados en algunos lugares. Veda no pudo contener el deseo de descifrarla inmediatamente.

Con la presunción típica del antiguo individualismo, los constructores de la cueva anunciaban a las generaciones venideras que ellos habían llegado a la cima del saber y conservaban allí, para el futuro, sus gigantescas realizaciones.

Miiko se encogió de hombros despectivamente.

—Sólo por la inscripción se puede determinar ya que el «Refugio de la Cultura» corresponde a fines de la EMD, a los últimos años de existencia de la antigua forma de la sociedad. Tan característica es de las gentes de esa Era la insensata seguridad en lo eterno e inmutable de su civilización occidental, de su idioma, de las costumbres, moral y grandeza del llamado hombre blanco. ¡Yo odio esa civilización!

—Usted tiene una idea clara del pasado, pero unilateral. A través de la sombría osamenta del capitalismo muerto, yo entreveo a los que luchaban por el futuro. Su futuro es nuestro presente. Veo a multitud de mujeres y de hombres que buscaban la luz en la vida estrecha y pobre, siendo lo suficientemente buenos para ayudarse unos a otros, y lo bastante fuertes para no endurecerse en el ambiente de asfixia moral del mundo que los rodeaba. Y valerosos, ¡de una valentía extraordinaria!...

—Pero los que ocultaban aquí su cultura no eran iguales —objetó Miiko—. Fíjese, no hay más que objetos técnicos. Se jactaban de su técnica, sin advertir que se iban tornando más salvajes en el aspecto moral y emotivo. ¡Miraban con desprecio al pasado y no veían el futuro!

Veda pensó que Miiko tenía razón. La vida de los creadores de aquel refugio habría sido más fácil si hubieran sabido comparar lo conseguido con lo que les quedaba por hacer para lograr una auténtica estructuración del mundo y de la sociedad. Y entonces habrían visto con nitidez su planeta, sucio, ahumado, con los bosques talados, el suelo lleno de papeles y de vidrios rotos, de ladrillos partidos y de mohosa chatarra. Nuestros antepasados habrían comprendido mejor lo que había que hacer aún y dejado de cegarse por la soberbia.

Un estrecho pozo, de treinta y dos metros de hondura, llevaba a la tercera sala. Después de enviar a Miiko y a dos ayudantes por el aparato gamma para la radioscopia de los armarios, Veda se puso a examinar la tercera cueva, libre de concreciones calcáreas y de aluviones de arcilla. Las bajas vitrinas rectangulares de cristal tallado estaban solamente empañadas por la humedad que había penetrado en su interior. Pegados a sus cristales, los arqueólogos miraron con detenimiento los objetos de oro y platino, y cuajados de piedras preciosas.

A juzgar por los objetos, aquellas viejas reliquias habían sido reunidas en la época en que la gente no se había desprendido aún de la primitiva costumbre, derivada del culto a los manes, de considerar lo viejo más valioso que lo nuevo. Y Veda, como cuando leyera la inscripción, experimentó un sentimiento de enojo ante la necia petulancia de unas gentes que consideraban que sus conceptos del valor y sus gustos continuarían inmutables al cabo de decenas de siglos y serían acatados como ley por sus lejanos sucesores.

El extremo final de la cueva convertíase en un pasillo, alto de techo y recto, que descendía en suave pendiente a una profundidad ignota. Los contadores de las carretillas de reconocimiento marcaban, al comienzo del pasillo, trescientos cuatro metros bajo la superficie de la Tierra. Anchas fisuras dividían las bóvedas en enormes losas calcáreas que debían de pesar miles de toneladas. Veda sentía alarma. La experiencia adquirida en el estudio de muchos subterráneos le decía que la masa rocosa en las faldas de las cordilleras se encontraba en equilibrio inestable. Posiblemente, había sido desplazada por algún temblor de tierra o por el alzamiento general que había elevado las montañas en cincuenta metros desde la fundación de aquel museo. Entibar aquella enorme masa era empresa imposible para una expedición arqueológica ordinaria. Y únicamente objetivos importantes para la economía del planeta hubieran podido justificar tan colosales esfuerzos.

Pero, al propio tiempo, los secretos históricos guardados en una cueva tan profunda podían tener un valor técnico, como lo tenían las invenciones de la antigüedad, olvidadas al parecer, pero útiles en el presente.

La prudencia aconsejaba no seguir las exploraciones. Mas ¿por qué razón el científico debía guardar tanto su persona, cuando millones de seres humanos realizaban arriesgados trabajos y experiencias, cuando Dar Veter y sus compañeros trabajaban a cincuenta y siete mil kilómetros sobre la Tierra y Erg Noor se disponía a emprender un viaje sin regreso? Ninguno de aquellos dos hombres, tan estimados por Veda, habría retrocedido... Pues bien, ella no retrocedería tampoco...

Con baterías de repuesto, una cámara fotográfica electrónica y dos aparatos de oxígeno, irían las dos —Veda y Miiko, que no conocía el miedo—, dejando a sus compañeros el cuidado de estudiar la tercera sala.

Veda Kong aconsejó a sus colaboradores que tomaran algo para reponer fuerzas. Sacaron las tabletas del explorador: unos comprimidos —de proteínas, y azúcares rápidamente asimilables— y unos preparados que destruían las toxinas del cansancio y contenían además una mezcla de vitaminas, hormonas y estimulantes del sistema nervioso. Veda, impaciente e inquieta, no tenía apetito. Miiko no apareció hasta pasados cuarenta minutos: no había podido resistir al deseo de hacer la radioscopia de algunos armarios para averiguar cuanto antes su contenido.

La descendiente de las buceadoras japonesas dio las gracias a su jefe de equipo con una mirada y estuvo presta en un abrir y cerrar de ojos.

Los finos cables rojos iban por el centro del pasadizo. La luz blanco-lilácea de las coronas de gas fosforescente, que las dos mujeres llevaban sobre la cabeza, no podía rasgar las milenarias tinieblas, delante, donde el declive se hacía cada vez más pronunciado. Con monótono y sordo ruido, grandes goterones fríos caían del techo. De los lados y arriba llegaba el murmullo del agua que fluía de las grietas. El aire, saturado de humedad, permanecía inmóvil, con quietud de sepulcro, en aquel recinto cerrado y negro. Tan sólo en las cuevas reina ese silencio absoluto guardado por la propia materia muerta, insensible e inerte, de la corteza terrestre. En la superficie, por profundo que sea el silencio, siempre se adivina en la naturaleza alguna vida oculta, escondida, el movimiento del agua, del aire o de la luz.

Miiko y Veda iban cediendo involuntariamente a la fascinación de aquella profunda cueva que aprisionaba a ambas en sus negras entrañas, como en las profundidades de un pasado muerto, barrido por el tiempo, y que sólo revivía en las fantasías de la imaginación.

Efectuaban el descenso con rapidez, a pesar de la gruesa capa de pegajosa arcilla que cubría el suelo del pasadizo. Bloques desprendidos de las paredes las obligaban a veces a encaramarse a ellos y deslizarse por el estrecho hueco que quedaba entre los mismos y el techo. En media hora Miiko y Veda descendieron ciento noventa metros y llegaron a un muro liso contra el que estaban apoyadas pacíficamente las dos carretillas automáticas de

reconocimiento. Un leve rayito de luz fue suficiente para ver que aquello era una puerta maciza, herméticamente cerrada, de acero inoxidable. En el centro de la puerta sobresalían dos pequeños discos con unos signos, flechas doradas y mangos redondos. Para abrir, era preciso componer con ellos una señal convencional. Los dos arqueólogos conocían tipos de cerraduras semejantes a aquélla, pero de una época anterior. Después de cambiar impresiones, Veda y Miiko la examinaron atentamente. Era muy parecida a los artificios, contruidos con maligna astucia, con que las gentes del pasado creían proteger sus tesoros de las asechanzas de los «extraños», pues en la Era del Mundo Desunido las personas estaban divididas en «propias» y «extrañas». Con frecuencia, aquellas puertas, cuando se intentaba abrirlas, lanzaban proyectiles explosivos, gases venenosos o radiaciones cegadoras, y los confiados investigadores perecían.

Sus mecanismos, de metales resistentes o plásticos especiales, se conservaban durante miles de años y habían costado la vida a muchos arqueólogos hasta que se consiguió neutralizarlos, haciéndolos inofensivos.

Era evidente que para abrir la puerta aquella harían falta instrumentos especiales. ¡Había que volverse desde el mismo umbral del principal misterio de la cueva! ¿Quién podía dudar de que tras ella, tan sólida y hermética, tenía que encontrarse lo más importante y valioso para las gentes de los tiempos remotos? Luego de apagar las lámparas, limitándose así a la tenue luz de las coronas, Veda y Miiko se sentaron a descansar y a tomar un poco de alimento.

—¿Qué puede haber ahí? —preguntó Miiko, dando un suspiro, sin apartar los ojos de la puerta, en la que rebrillaba orgulloso el oro de los signos—. Parece que se ríe de nosotras: no os dejaré entrar, ¡no os diré el secreto!...

—¿Y qué ha conseguido usted ver en los armarios de la segunda sala? —inquirió Veda, rechazando el enojo, primitivo y pueril, ante el inesperado obstáculo.

—Diseños de máquinas, libros, impresos no en papel antiguo, de pasta de madera, sino en hojas metálicas. Y además, como unos rollos de películas cinematográficas, unas listas, cartas estelares y terrestres.

—En la primera sala, están los modelos de las máquinas; en la segunda, la documentación técnica correspondiente a las mismas, y en la tercera, ¿cómo diría yo?... los valores de una época en que existía aún el dinero. Desde luego, coincide con los esquemas.

—¿Y dónde están los valores en el sentido actual? Es decir, las supremas realizaciones del desarrollo espiritual de la humanidad: de la ciencia, del arte, de la literatura?... —exclamó Miiko.

—Espero que tras esa puerta —repuso tranquila Veda—. Pero no me extrañaría que hubiese ahí armas.

—¿Cómo?

—Armamentos, medios de rápido exterminio en masa.

La pequeña Miiko quedó pensativa y triste; luego, dijo en voz queda:

—Sí, es lo natural, teniendo en cuenta el objetivo de este escondrijo. Ahí se guardan, de una posible destrucción, los principales valores técnicos y materiales de la civilización occidental de entonces. Mas ¿qué se consideraba «lo principal», cuando no existía aún la opinión pública de todo el planeta y ni siquiera de los pueblos de aquellos países? La necesidad e importancia de algo, en un momento dado, las determinaba el grupo gobernante, integrado a menudo por personas que distaban mucho de ser competentes. Por ello, en esta cueva no se encuentra ni mucho menos lo que en realidad constituía los mayores valores de la humanidad, sino lo que uno u otro grupo de gentes estimaba como tales. Procuraban conservar, en primer término, las máquinas y, posiblemente, las armas, sin comprender que las superestructuras de la civilización se forman, en la historia, a semejanza de un organismo vivo.

—Cierto, mediante el aumento y asimilación de la experiencia del trabajo, de los

conocimientos, de la técnica, de las reservas de materiales, de sustancias y formaciones químicas puras. Restablecer una elevada civilización destruida es imposible sin aleaciones muy sólidas, sin metales raros, máquinas de gran rendimiento y suma precisión. Si todo eso ha sido aniquilado, ¿de dónde tomar los materiales y la experiencia, el arte de crear máquinas cibernéticas cada vez más complejas, capaces de satisfacer las necesidades de miles de millones de personas? —¿ tampoco era posible, entonces, el retorno a la civilización antigua, desprovista de máquinas, con la que soñaban algunos a veces.

—Desde luego. En vez de la cultura antigua, habría surgido una hambre espantosa. ¡Los soñadores individualistas no querían comprender que la historia no se repite jamás!

—Yo no afirmo categóricamente que tras esa puerta haya armas —manifestó Veda volviendo al tema fundamental—, aunque muchos indicios lo indican. Si los constructores de este escondrijo estaban en el error, cosa propia de aquel tiempo, de confundir la cultura con la civilización, sin comprender la obligación indeclinable de educar y desarrollar las emociones del ser humano, en tal caso no eran imprescindibles para ellos las obras de arte y de literatura o una ciencia alejada de las necesidades del momento. A la sazón, hasta la ciencia la dividían en útil e inútil, sin pensar en su unidad. Una ciencia y un arte semejantes eran considerados como atributos agradables, mas no siempre necesarios y provechosos, de la vida del hombre. Ahí se oculta lo más importante. Y yo creo que son armas, por ingenuo y absurdo que nos parezca hoy día.

Veda calló, clavados los ojos en la puerta.

—Quizá se trate simplemente de un mecanismo de composición y podamos abrirlo auscultando con el micrófono —dijo de pronto, acercándose a la puerta—. ¿Qué, nos arriesgamos?

Miiko se interpuso entre su amiga y la puerta.

—¡No, Veda! ¿A qué correr un riesgo estúpido?

—Me parece que la cueva está a punto de derrumbarse. Si nos vamos, no podremos volver más... ¿No oye usted?

Un ruido confuso y lejano llegaba de vez en cuando hasta el recinto, resonando ya arriba, ya abajo.

Pero Miiko, de espaldas a la puerta, muy abiertos los brazos, permanecía inflexible, cerrando el paso.

—Si ahí hay armas, Veda, ¡tiene que haber por fuerza un dispositivo de defensa!...

Dos días más tarde fueron llevados a la cueva unos aparatos portátiles: una pantalla reflectora Roentgen para la radioscopia del mecanismo y un emisor de radiaciones enfocadas ultrafrecuentes para destruir las conexiones interiores de las piezas. Mas no hubo ocasión de utilizarlos.

Inopinadamente, un rumor entrecortado se oyó en las entrañas de la cueva. El suelo empezó a temblar fuertemente, bajo los pies, obligando a los exploradores —que estaban en la tercera cueva, la inferior— a lanzarse instintivamente hacia la salida.

El ruido aquél iba en aumento convirtiéndose en seco rechinar. Por lo visto, toda la masa de agrietadas rocas cedía siguiendo una falla a lo largo de la falda de la montaña.

—¡Todo está perdido! Hemos llegado tarde. ¡Sálvense! ¡Arriba! —gritó Veda con amargura, y la gente se abalanzó hacia las carretillas automáticas.

Aferrándose a los cables de las carretillas, todos empezaron a trepar por el pozo. El ruido sordo y el temblor de las paredes de piedra los perseguían, pisándoles los talones, y acabaron por darles alcance. Resonó un trueno espantoso... La pared interior de la segunda cueva se derrumbó en la brecha que se había abierto en el lugar del pozo de entrada a la tercera sala. La ola de aire arrastró a la gente, en unión del polvo y de la grava, hasta las altas bóvedas de la primera sala. Los arqueólogos se pegaron al terreno, en espera de la muerte.

Poco a poco, las nubes de polvo se fueron disipando. Las estalagmitas y concreciones

que se veían a través de aquella niebla conservaban sus anteriores contornos. Un silencio sepulcral reinaba de nuevo en el subterráneo...

Al recobrar el conocimiento, Veda se levantó. Dos de sus colaboradores se apresuraron a sostenerla, pero ella se desprendió de sus manos con impaciencia.

—¿Dónde está Miiko?

Su ayudante, apoyada contra una baja estalagmita, se limpiaba cuidadosamente el polvillo del cuello, de las orejas y de los cabellos.

—Casi todo se ha perdido —dijo en respuesta a la muda pregunta de Veda—. La infranqueable puerta continuará cerrada bajo una capa de cuatrocientos metros de piedra. La tercera cueva ha quedado completamente destruida, y la segunda... en ella aún se pueden hacer excavaciones. Encierra, como ésta, lo más preciado para nosotros.

—Así es... —asintió Veda, humedeciéndose los resecos labios—. Pero nosotros somos culpables por nuestra lentitud y cautela. Debíamos haber previsto el derrumbamiento.

—Hubiera sido un presentimiento gratuito. Pero no hay que apurarse. ¿Acaso habríamos apuntalado estas montañas sólo por el gusto de conocer, tras la puerta, unos valores dudosos? Sobre todo si allí había armas inútiles...

—¿Y si eran obras de arte, valiosísimas creaciones del genio humano? Sí, ¡debíamos haber actuado más de prisa!

Miiko se encogió de hombros y condujo a la apenada Veda en pos de sus compañeros, hacia el magnífico día de sol y el gozo del agua limpia y de la ducha eléctrica aliviadora de los dolores.

Mven Mas, según su costumbre, paseaba de un extremo a otro de la habitación que le habían destinado en el piso superior de la Casa de la Historia, situada en el sector indio de la zona Norte de viviendas. Habíase trasladado allí hacía dos días solamente, después de su trabajo en la Casa de la Historia del Sector Americano.

La habitación —mejor dicho, la galería con pared exterior de cristal polarizante— miraba a las lejanías azules de una accidentada planicie. De vez en cuando, Mven Mas corría las persianas de polarización cruzada. La estancia quedaba envuelta en una penumbra gris, mientras por la pantalla hemisférica desfilaban lentas, una tras otra, reproducciones electrónicas de cuadros, fragmentos de viejos filmes, esculturas y edificios, elegidos previamente por el africano. Mven Mas los examinaba e iba dictando al robot-secretario notas para su futuro libro. La máquina imprimía, numeraba las páginas y las clasificaba cuidadosamente por temas o recopilaciones.

Cuando sentía cansancio, recorría las persianas y se acercaba al ventanal, donde, perdida la mirada en la lejanía, reflexionaba largamente sobre lo observado.

No podía menos de sorprenderse de los muchos aspectos de una cultura todavía reciente que habían dejado de existir. Tal suerte habían corrido las sutilezas del lenguaje, argucias verbales y escritas, tan propias de la Era de la Unificación Mundial, que se consideraban antaño muestras de una gran instrucción. No se cultivaba en absoluto la escritura como música de la palabra, tan desarrollada ya en la Era del Trabajo General (ETG); había cesado por completo ese hábil malabarismo de vocablos denominado ingeniosidad. Y antes aún había desaparecido la necesidad de enmascarar los propios pensamientos, tan importante en la Era del Mundo Desunido. Todas las conversaciones eran más breves y sencillas. Y, seguramente, la Era del Gran Circuito sería la del desarrollo del tercer sistema de señales del hombre: la comprensión sin palabras.

De vez en cuando, Mven Mas dictaba al incansable robot-secretario nuevas formulaciones de sus pensamientos:

—La psicología fluctuante del arte, fundada por Liúda Fir, data del primer siglo de la Era del Circuito. Fue ella precisamente quien logró demostrar, de un modo científico, la diferencia entre la percepción emotiva de las mujeres y de los hombres, poniendo así al descubierto una esfera que venía existiendo desde hacía muchos siglos como un subconsciente casi místico. Pero demostrar, en el sentido actual de la palabra, era sólo la

menor parte de la tarea. Liúda Fir consiguió algo más: señalar los principales nexos de las percepciones sensoriales, merced a lo cual ha sido posible hacerlas corresponder a ambos sexos.

El repiqueteo de un timbre y una luz verde que se encendió de pronto llamaron al africano al televisófono. Una llamada en horas de estudio tenía que obedecer a algo muy importante. El secretario automático se desconectó, y Mven Mas bajó presuroso a la cámara de conversaciones a larga distancia.

Veda Kong, arañadas las mejillas y con profundas ojeras, le saludó desde la pantalla. Mven Mas, lleno de alegría, le tendió sus manazas, suscitando una débil sonrisa en el preocupado rostro de la joven mujer.

—Ayúdeme, Mven Mas. Ya sé que está usted trabajando, pero Dar Veter no se encuentra en la Tierra, Erg Noor está lejos, y, aparte de ellos, no tengo a nadie más que a usted para dirigirme, sin reparo, con cualquier ruego. Me ha ocurrido una desgracia...

—¿Qué me dice? ¿Dar Veter?...

—¡Oh, no! Un derrumbamiento en el lugar de las excavaciones.

Y Veda le contó brevemente lo ocurrido en la cueva de Den-Of-Kul.

—Ahora, usted es el único de mis amigos que tiene actualmente libre acceso al Cerebro Profético...

—¿A cuál de los cuatro centros?

—Al de Determinación Inferior.

—Comprendido. ¿Hay que encontrar la forma de llegar a la puerta de acero con el menor gasto posible de trabajo y material? ¿Ha recogido usted los datos?

—Aquí los tengo.

Mven Mas apuntó varias columnas de cifras.

—Ahora, hay que esperar hasta que la máquina reciba mi mensaje. Aguarde, voy a ponerme inmediatamente en comunicación con el ingeniero de guardia del CP. El centro de Determinación Inferior se encuentra en el Sector Australiano de la zona Sur.

—¿Y el de Determinación Superior?

—En el Sector Indio de la zona Norte de viviendas, donde yo... Cambio, espere.

Ante la apagada pantalla, Veda trataba de imaginarse el Cerebro Profético. Se figuraba un gigantesco cerebro humano, con sus circunvoluciones y surcos, palpitante, vivo, aunque ella sabía que en realidad se trataba de unas enormes máquinas electrónicas de investigación, de la más elevada clase, capaces de resolver casi todos los problemas al alcance de las ramas ya estudiadas de las matemáticas. En el planeta sólo había cuatro máquinas semejantes, de distinta especialización.

Veda tuvo que esperar poco tiempo. Iluminóse la pantalla y el africano le pidió que volviese a llamar dentro de seis días, pero más tarde, por la noche.

—¡Mven Mas, su ayuda es de un valor inestimable!

—¿Por la sola razón de que yo tengo algunos conocimientos de matemáticas? Su trabajo sí que es verdaderamente inestimable, pues usted conoce las culturas y los idiomas antiguos... ¡Veda, está usted demasiado absorbida por la Era del Mundo Desunido!

El africano soltó una carcajada tan bonachona y contagiosa, que Veda rió también. Y después de despedirse con un gesto, desapareció.

El día convenido, Mven Mas volvió a verla en el televisófono.

—No me diga nada, ya veo que la respuesta es desfavorable.

—Sí. La estabilidad es inferior al límite de seguridad... De seguir el procedimiento general, habría que excavar en la parte derruida un kilómetro cúbico de piedra calcárea.

—Dentro de nuestras posibilidades, no queda más que extraer por una galería las cajas de caudales de la segunda cueva —dijo tristemente Veda.

—¿Vale la pena afligirse tanto por eso?

—Perdone, Mven, pero usted ha estado también ante una puerta tras la que se

ocultaba un misterio. La de usted era grande, universal, mientras que la mía es pequeña. Mas, desde el punto de vista emotivo, mi fracaso es igual al suyo.

—Los dos somos compañeros de infortunio. Puedo asegurarle que más de una vez hemos de tropezar aún con puertas de acero. Cuanto más audaz y fuerte sea el afán, con más frecuencia las encontraremos.

—¡Alguna de ellas se abrirá!

—¡Cierto!

—Pero ¿usted no ha renunciado definitivamente?

—Claro que no. Recogeremos nuevos hechos, indicadores de giros más precisos. La fuerza del Cosmos es tan enorme, que era una ingenuidad por nuestra parte lanzarse contra ella con un simple chuzo... Lo mismo que si usted intentase abrir con las manos esa peligrosa puerta.

—¿Y si tiene que esperar toda la vida?

—¿Qué significa mi vida personal en comparación con tales pasos hacia el saber?

—Mven, ¿dónde está su vehemente impaciencia?

—No ha desaparecido, pero está refrenada. Por el sufrimiento...

—¿Y Ren Boz?

—Va mejor. Sigue las búsquedas para precisar su abstracción.

—Se comprende. Espere un momento, Mven. ¡Es algo importante!

Apagóse la pantalla llevándose a Veda en sus sombras. Cuando se encendió de nuevo, a Mven Mas le pareció que ante él se encontraba otra mujer, juvenil y despreocupada.

—Dar Veter desciende a la Tierra. El sputnik 57 ha quedado terminado antes del plazo previsto.

—¿Tan pronto? ¿Han hecho ya todo?

—No, sólo el montaje exterior y la instalación de las máquinas energéticas. Los trabajos interiores son más fáciles. Le llaman para que descanse y analice luego el informe de Yuni Ant sobre una nueva forma de comunicación por el Circuito.

—¡Gracias por la noticia, Veda! Será para mí una gran alegría volver a ver a Dar Veter.

—Lo verá sin falta... Pero no le he dicho aún todo. Merced a los esfuerzos del planeta entero, ya están preparadas las reservas de anamesón para la nueva astronave Cisne. Usted...

—Iré. El planeta mostrará a la tripulación, como despedida, lo más hermoso y preciado de la Tierra. Como ellos también hubieran deseado ver la danza de Chara en la Fiesta de las Copas Flamígeras, ella misma irá a bailarla al cosmopuerto central de El Homra. ¡Allí nos encontraremos!

—¡De acuerdo, querido Mven Mas!

Capítulo XV - LA NEBULOSA DE ANDRÓMEDA

En el África del Norte, al Sur del golfo de la Gran Sirte, se extendía la inmensa llanura de El Homra. Antes de la debilitación de los ciclos alisios y del cambio de clima, se encontraba allí una hammada, desierto sin hierba alguna, todo cubierto de pulidos guijarros y angulosas piedras de un matiz rojizo, origen del nombre del lugar: «Hammada la Roja.» En los días de sol, era un mar de cegadores destellos de fuego, y en las noches de otoño e invierno, un océano de fríos vientos. Ahora sólo quedaba de la hammada el viento; corría impetuoso por la firme planicie levantando olas en la alta hierba, de un color de plata con reflejos azules, trasplantada de la estepa de África del Sur. El ulular del viento y la hierba que se inclinaba, abatida por él, despertaban un sentimiento nostálgico y de afinidad del alma con la naturaleza esteparia, como si todo aquello se hubiera visto ya en la vida más de una vez y en diversas circunstancias: de dolor y de alegría, de pérdida y

de hallazgo...

Cada partida y cada aterrizaje de una astronave dejaban en la llanura un calcinado círculo envenenado de cerca de un kilómetro de diámetro. Aquellos círculos se rodeaban de una cerca metálica, roja, y permanecían aislados durante diez años, plazo dos veces mayor que el de la disgregación de los gases de escape de los motores. Después de cada aterrizaje o despegue, el cosmopuerto era trasladado a otro lugar. Ello daba a las instalaciones y locales un carácter provisional y asemejaba el personal del mismo a los antiguos nómadas del Sahara que, hacía varios milenios, vagaban por allí montados en unos animales gibosos, de alzado cuello curvo y callosas patas, denominados camellos.

La planetonave Barion, que hacía su decimotercero raid de las obras del sputnik a la Tierra, trajo a Dar Veter a la estepa de Arizona, que continuaba desierta incluso después del cambio de clima, debido a la radiactividad acumulada en su terreno. En la Era del Mundo Desunido, en los albores del descubrimiento de la energía nuclear, habíanse efectuado allí multitud de experiencias y pruebas de nuevos tipos de maquinaria. Hasta el presente se conservaba el efecto nocivo de los productos de desintegración radiactiva, demasiado débil para causar daño al hombre, pero lo suficientemente fuerte para detener el crecimiento de los árboles y arbustos.

A Dar Veter le deleitaba no sólo el magnífico encanto de la Tierra —el cielo azul, con las galas nupciales de unas leves nubes blancas—, sino el polvoriento suelo, erizado de escasa hierba.

¡Caminar con paso firme por la Tierra, bajo un sol de oro, ofreciendo el rostro al aire fresco y seco! Solamente después de permanecer una temporada al borde de los abismos cósmicos, se podía apreciar toda la belleza de nuestro planeta, denominado en tiempos «Valle de lágrimas» por insensatos antepasados.

Grom Orm y Dar Veter llegaron a El Homra el día de la partida de la expedición.

Desde la altura, Dar Veter había advertido dos enormes espejos en la planicie, de un color gris mate, como de acero. El de la derecha, casi circular; el de la izquierda, en forma de oblonga elipse, afilada atrás. Aquellos espejos eran las huellas recientes de los despegues de los navíos de la 38ª expedición astral.

El círculo lo había dejado el Tintazhel al partir hacia la terrible estrella T, cargado de enormes aparatos para asaltar con éxito el espirodisco venido de las profundidades del Cosmos. La elipse procedía de la Aella, que se había elevado siguiendo una trayectoria menos oblicua y llevando a bordo un nutrido grupo de científicos para averiguar los cambios de la materia en la enana blanca de la estrella triple Omicron 2 de Erídano. La ceniza del pedregoso terreno, en el lugar batido por la energía de los motores, que había penetrado a una profundidad de metro y medio, estaba impregnada de una sustancia ligante que le impedía esparcirse con el viento. No quedaba más que traer las cercas de los antiguos campos de despegue. Ello se haría en cuanto partiese el Cisne.

Pues bien, ya estaba allí el Cisne, del color del hierro fundido, con su coraza térmica que ardería al penetrar en la atmósfera. Luego seguiría volando protegido por su resplandeciente revestimiento, que rechazaba todas las radiaciones. Pero nadie le vería en su esplendor, excepto los robots-observadores que seguirían su avance. Aquellos autómatas darían tan sólo a los hombres las fotografías de un punto luminoso. La astronave volvería a la Tierra cubierta de una costra de óxido y surcada y abollada por las explosiones de pequeñas partículas de meteoritos. Pero ninguno de los presentes vería más al Cisne, porque todos ellos morirían antes de los ciento setenta y dos años que duraría el viaje: ciento sesenta, y ocho años independientes de vuelo y cuatro de exploración en los planetas. Mas para los viajeros, serían solamente cerca de ochenta años.

Debido al carácter de su trabajo, Dar Veter no viviría siquiera hasta la llegada del Cisne a los planetas de la estrella verde. Como en los pasados días de dudas, admiraba la audacia de la idea de Ren Boz y Mven Mas. Aunque su experiencia no se lograra, aunque aquel problema que afectaba a los fundamentos mismos del Cosmos estuviese

aún lejos de ser solucionado y fuese una loca fantasía, aquellos insensatos eran unos colosos del pensamiento creador de la humanidad, pues incluso refutando su teoría y su experimento, los hombres darían un salto de gigante hacia las cimas del saber.

Sumido en sus pensamientos, Dar Veter estuvo a punto de tropezar contra la señal de la zona de seguridad, apartóse de allí y, al pie de la torreta automóvil de la T, divisó la conocida figura del dinámico Ren Boz. Erizados los rebeldes cabellos rojizos y entornando los agudos ojos, fue presuroso hacia él. Una fina red de cicatrices, apenas perceptibles, surcándole una expresión de dolor.

—¡Me alegro de verle sano y salvo, Ren!

—Le necesito grandemente —dijo el físico, tendiéndole sus pequeñas manos, salpicadas de pecas.

—¿Qué hace usted aquí tan temprano? Aún falta mucho para la salida...

—He venido a despedir a los de la Aella, pues me hacen suma falta unos datos sobre la gravitación de una estrella tan pesada. Y al enterarme de que usted vendría, me he quedado...

Dar Veter callaba, esperando la explicación.

—¿Vuelve usted al observatorio de las estaciones exteriores, a petición de Yuni Ant?

Dar Veter asintió con la cabeza.

—Últimamente, Ant ha grabado varios mensajes recibidos por el Circuito y no descifrados aún...

—Todos los meses se efectúa una recepción de mensajes fuera del horario habitual de informaciones. Y el momento de conectar las estaciones se adelanta en dos horas terrestres. En un año, esta verificación ocupa veinticuatro horas terrestres, y en ocho, una cienmilésima de segundo galáctico. Así se llenan las lagunas en las recepciones del Cosmos. Durante el último semestre del ciclo de ocho años se han empezado a recibir mensajes incomprensibles y, sin duda, muy lejanos.

—Me interesan en extremo.

—Todo lo que yo sepa, se lo comunicaré inmediatamente.

Ren Boz dio un suspiro de satisfacción y preguntó:

—¿Vendrá también Veda Kong?

—Sí, la espero. ¿Sabe usted que ha estado a punto de perecer al explorar una cueva llena de máquinas antiguas y dotada de una hermética puerta de acero?

—Lo ignoraba.

—Y yo me olvidaba de que usted no se interesa tan profundamente por la historia como Mven Mas. En todo el planeta se discute sobre lo que pueda haber tras esa puerta. Millones de voluntarios se ofrecen para las excavaciones. Veda ha decidido someter la cuestión a la Academia de las Grandes Cifras y de la Predicción del Futuro.

—¿Y Evda Nal no vendrá?

—No, no puede.

—Muchos lo sentirán. Veda la quiere extraordinariamente, y Chara la adora. ¿Recuerda usted a Chara?

—¡Ah! ¿Esa mujer elástica... semejante a una pantera?... —y Dar Veter alzó las manos con fingido espanto.

—Usted dirá: ¡Vaya un modo de apreciar la belleza femenina! Pero yo caigo constantemente en el error de los hombres del pasado que no entendían nada de las leyes de la psicofisiología y de la herencia. Siempre quiero ver en los demás mis concepciones y sentimientos.

—Evda, como todos los habitantes del planeta —dijo Ren Boz, interrumpiendo aquella confesión de su interlocutor— seguirá el momento de la partida.

Y el físico señaló a los altos trípodes de las cámaras de recepción blanca, infrarroja y ultravioleta, dispuestas en semicírculo alrededor de la astronave. Los diferentes grupos de rayos del espectro aumentarían en las pantallas las imágenes en colores, dándoles calor

y vida real, del mismo modo que los diafragmas tonales suprimirían la resonancia metálica en las voces transmitidas.

Dar Veter miró en dirección Norte, de donde, arrastrando su pesada carga, venían unos autobuses automáticos, abarrotados de gente. Del primero que llegó, saltó apresurada Veda y echó a correr, enredándose en la alta hierba. Sin detenerse, se lanzó contra el ancho pecho de Dar Veter para abrazarle con tan fuerte impulso que sus largas trenzas volaron sobre los hombros de él.

La apartó dulcemente, en tanto contemplaba aquel rostro, infinitamente querido, al que un singular peinado daba un aspecto nuevo.

—Acabo de trabajar en una película para niños, en el papel de reina de un país nórdico de los Siglos Sombríos —explicó ella un poco sofocada—. Y no he tenido tiempo de volver a peinarme.

Dar Veter se la imaginó con largo vestido de brocado, ceñida la cabeza por una corona de oro con gemas azules, con largas trenzas de color ceniza, que le llegaban más abajo de la rodilla, y una mirada audaz en los ojos grises. Y sonrió alegre.

—¿Llevabas corona?

—¡Claro! Una así —y trazó en el aire un ancho círculo con florones en forma de trébol.

—¿La veré?

—Hoy mismo. Les pediré a ellos que te muestren el filme.

Dar Veter iba a preguntarla quiénes eran los enigmáticos «ellos», pero Veda, dejando las bromas, saludaba ya al físico. Éste sonreía ingenuo y cordial.

—¿Dónde están los héroes de Achernar? —inquirió Ren Boz abarcando con la mirada el campo, desierto en torno a la astronave.

—¡Allí! —y Veda señaló a un edificio cónico de placas de cristal blanco-verdoso, con calados cantos argentados: la gran sala del cosmopuerto.

—Entonces, vamos.

—No, estaríamos de más —dijo Veda con firmeza—. Presencian ahora el adiós que les da la Tierra. Vayamos hacia el Cisne.

Los dos hombres obedecieron.

Veda, que iba al lado de Dar Veter, le preguntó quedo:

—¿Tengo un aspecto muy estafalario con este peinado antiguo? Podría...

—No hace falta. El contraste entre el vestido moderno y las trenzas, más largas que la falda, es encantador. ¡Déjalas!

—¡Me someto, Veter mío! —susurró ella las mágicas palabras que hacían latir con fuerza el corazón de él.

Centenares de personas se dirigían sin prisa hacia la astronave. Muchos sonreían a Veda o la saludaban, alzando la mano, con bastante más frecuencia que a Dar Veter o a Ren Boz.

—Es usted muy popular, Veda —comentó Ren Boz—. ¿A qué se debe: a su labor de historiadora o a su tan ponderada belleza?

—Ni a lo uno ni a lo otro. Al continuo y amplio contacto con la gente, debido a mi trabajo y actividades sociales. Usted y Veter unas veces están encerrados en el laboratorio; otras, se aíslan en su intensa labor nocturna. Ustedes hacen para la humanidad algo mucho más grande e importante que lo que yo hago, pero en un solo dominio, que no es el más cercano al corazón. Chara Nandi y Evda Nal son bastante más conocidas que yo...

—¿Un nuevo reproche a nuestra civilización técnica? —le replicó en broma Dar Veter.

—No a la nuestra, sino a los vestigios de fatales errores pasados. Hace milenios, nuestros remotos antecesores sabían ya que el arte, con el desarrollo de los sentimientos que lleva aparejado, es tan importante para la sociedad como la ciencia.

—¿En el sentido de las relaciones entre las gentes? —inquirió, interesado, el físico.

—¡Exacto!

—Un sabio antiguo dijo que lo más difícil en la Tierra es conservar la alegría —terció Dar Veter—. ¡Ahí tienen otro fiel aliado de Veda!

Hacia ellos se acercaba derecho, a grandes pasos leves, Mven Mas, atrayendo con su corpulencia la atención general.

—Ha terminado la danza de Chara —dedujo Veda—. Pronto aparecerá también la tripulación del Cisne.

—En su lugar, yo vendría a pie y lo más despacio posible —dijo de pronto Dar Veter.

Veda la tomó del brazo:

—¿Empiezas a emocionarte?

—Naturalmente. Me atormenta pensar que se van para siempre y que tampoco volveré a ver más esa nave. Algo se subleva en mi interior contra esta fatalidad inevitable. Tal vez ello se deba a que se lleva a amigos queridos.

—Seguramente no es por eso —manifestó Mven Mas, cuyo fino oído había captado desde lejos las palabras de Dar Veter—. Es la protesta natural del hombre contra la inexorabilidad del tiempo.

—¿Tristezas de otoño? —preguntó Ren Boz con un dejo de ironía, sonriendo a su compañero con los ojos.

—¿Ha notado usted que el otoño de las latitudes templadas, con su melancolía, agrada precisamente a las personas más enérgicas, llenas de vida y alegría y profundamente sensibles? —replicó Mven Mas, dando al físico unas cariñosas palmadas en el hombro.

—¡Exacta observación! —exclamó Veda con entusiasmo.

—Es muy antigua...

—¡Dar Veter!, ¿está usted en el campo? ¡Dar Veter!, ¿está usted en el campo? —resonó una voz que venía de la izquierda y de arriba—. Yuni Ant le llama al televisófono del edificio central. Yuni Ant le llama... al televisófono del edificio central...

Ren Boz se estremeció e irguió el cuerpo.

—¿Puedo ir con usted, Dar Veter?

—Vaya en mi lugar. Usted puede faltar al acto del despegue. A Yuni Ant le gusta mostrar, a la manera antigua, sus observaciones directas en vez de las grabaciones. En esto coincide con Mven Mas.

El cosmopuerto estaba dotado de un potente televisófono y de una gran pantalla hemisférica. Ren Boz entró en la estancia, redonda y en silencio. El operario de guardia movió, con un chasquido, la palanquilla del conmutador y señaló a la pantalla lateral de la derecha, donde había aparecido Yuni Ant lleno de agitación. Éste examinó atentamente al físico y, comprendiendo la causa de la ausencia de Dar Veter, saludó a Ren Boz con una inclinación de cabeza.

—Estamos efectuando, fuera de programa, la escucha-búsqueda en la anterior dirección y con bandas de onda 62/77. Alce el embudo de la emisión dirigida y oriéntelo hacia el Observatorio. Voy a lanzar el rayo-vector, a través del Mediterráneo, directamente sobre El Homra —Yuni Ant miró a un lado y añadió—: ¡Pronto!

Ren Boz, experto en manipulaciones de recepción, hizo en dos minutos lo que le pedían. En el fondo de la pantalla hemisférica surgió la imagen de una gigantesca Galaxia. Los dos hombres de ciencia reconocieron, sin ningún género de dudas, la Nebulosa de Andrómeda o M-31, conocida desde tiempos remotos.

En su espira exterior más próxima al espectador, casi en el centro del disco lentiforme —en perspectiva— de la inmensa Galaxia, encendiéndose una lucecilla. De allí partía un sistema estelar que parecía un minúsculo hilillo de lana y era sin duda una rama colosal de cien parsecs de longitud. La lucecilla empezó a aumentar de tamaño al mismo tiempo que el «hilillo», mientras la Galaxia desaparecía, desvaneciéndose fuera del campo visual. Un torrente de estrellas rojas y amarillas se expandió por la pantalla. La lucecilla se convirtió en un pequeño círculo luminoso que brillaba en el más lejano extremo de la corriente estelar. De ésta se separó una estrella anaranjada, de la clase espectral K, en

torno a la cual empezaron a girar los puntos apenas perceptibles de sus planetas. El circulillo luminoso cubrió por completo uno de ellos. Y de pronto, todo aquello comenzó a girar en un torbellino rojo, de líneas sinuosas, del que saltaban chispas. Ren Boz cerró los ojos...

—Una ruptura —explicó Yuni Ant desde la pantalla lateral—. Le he mostrado las observaciones del mes pasado en grabación de máquinas mnemotécnicas. Voy a transmitirle ahora la recepción directa.

Las chispas y las líneas rojo-oscuros continuaban girando en la pantalla.

—¡Extraño fenómeno! —exclamó el físico—. ¿Cómo se explica usted esa ruptura?

—Aguarde. Ahora se reanuda la transmisión. Pero ¿qué le parece extraño?

—El espectro rojo de la ruptura. En el de la Nebulosa de Andrómeda hay un desplazamiento violáceo, lo que indica que ella se aproxima hacia nosotros.

—La ruptura no tiene ninguna relación con la Andrómeda. Es un fenómeno local.

—¿Cree usted casual el que su estación emisora esté situada al extremo mismo de la Galaxia, en una zona todavía más alejada de su centro que la zona del Sol lo está del centro de nuestra Vía Láctea?

Yuni Ant envolvió a Ren Boz en una escéptica mirada. —Usted está dispuesto a discutir en cualquier momento, olvidando que la Nebulosa de Andrómeda nos habla desde una distancia de cuatrocientos cincuenta mil parsecs.

—¡Es verdad! —repuso turbado Ren Boz—. Y mejor sería decir que desde una distancia de un millón y medio de años-luz. El mensaje fue lanzado hace quince mil siglos.

—¡Y nosotros estamos viendo ahora lo que fue enviado mucho antes de la época glacial y de la aparición del hombre en la Tierra! —agregó Yuni Ant, ya bastante más suave.

Las líneas rojas aminoraron su girar, la pantalla se apagó y volvió a encenderse de pronto. A la pálida luz, se columbraba apenas una llanura en penumbra. Diseminadas por ella, había unas construcciones extrañas, de forma de hongo. Cerca del límite anterior de la parte visible, brillaba con fríos fulgores un círculo azul gigantesco, en consonancia con la llanura, cuya superficie sin duda era metálica. Exactamente sobre el centro del círculo pendían, uno sobre otro, dos grandes discos biconvexos. No, no pendían, se elevaban lentamente a una altura cada vez mayor. La llanura desapareció y en la pantalla quedó solamente uno de los discos, más convexo por abajo que por arriba, con gruesas espirales en ambas caras.

—¡Son ellos!... ¡Ellos mismos!... —gritaron los dos científicos, a cual más fuerte, al comprobar la semejanza de aquella imagen con las fotografías y diseños del espirodisco hallado por la 37ª expedición en el planeta de la estrella de hierro.

Un nuevo torbellino de líneas rojas, y la pantalla se apagó. Ren Boz esperaba, temeroso de apartar de allí, ni un segundo, la mirada... ¡La primera mirada humana que se posaba en la vida y el pensamiento de otra galaxia! Pero la pantalla no volvió a iluminarse. En un panel lateral del televisófono resonó la voz de Yuni Ant:

—La comunicación se ha cortado. No es posible seguir gastando energía terrestre en espera de la continuación. ¡Todo el planeta se conmoverá! Hay que pedir al Consejo de Economía que se duplique la frecuencia de las recepciones fuera de programa; pero esto, después del envío del Cisne, no será posible antes de un año. Ahora sabemos que la astronave de la estrella de hierro procede de allí. Sin el hallazgo de Erg Noor, no habríamos comprendido nada de lo visto.

—¿Y ese disco vino de allá? ¿Cuánto tiempo estaría volando? —preguntó Ren Boz, como si hablase consigo mismo.

—Después de la muerte de su tripulación, estuvo vagando cerca de dos millones de años por el espacio que separa a las dos galaxias —repuso severo Yuni Ant— hasta que encontró refugio en el planeta de la estrella T. Por lo visto, estas astronaves están construidas de manera que pueden tomar tierra automáticamente, aunque ningún ser

viviente haya tocado sus mandos desde milenios antes. —Tal vez ellos vivan mucho tiempo...

—Pero no millones de años. Eso es contrario a las leyes de la termodinámica —replicó fríamente Yuni Ant—. Además, pese a sus colosales dimensiones, el espirodisco no podía llevar en sus entrañas todo un mundo de personas... de seres pensantes... No, por el momento, nuestras galaxias no pueden llegar la una a la otra ni intercambiar comunicaciones.

—Pero podrán —dijo con firmeza Ren Boz. Y luego de despedirse de Yuni Ant, volvió al campo del cosmopuerto.

Dar Veter y Veda, Chara y Mven Mas permanecían un poco aparte del gentío, alineado en dos largas filas, que había acudido a despedir a los viajeros. Todas las cabezas estaban vueltas hacia el edificio central. Una ancha plataforma con los veintidós tripulantes del Cisne pasó rauda frente a la multitud que agitaba las manos y aclamaba con gritos a los que marchaban, cosa que la gente sólo se permitía hacer en público en casos muy excepcionales.

La plataforma llegó a la astronave. Ante el alto ascensor transportable esperaban unos hombres, enfundados en monos blancos y pálidos de cansancio: eran los veinte miembros de la comisión de partida, compuesta principalmente de ingenieros-obreros del cosmopuerto. Durante las últimas veinticuatro horas habían comprobado, con ayuda de máquinas de control, todo el equipamiento de la expedición, así como el buen estado de la nave, por medio de aparatos tensoriales.

Según el reglamento, que databa de los albores de la astronáutica, el jefe de la comisión dio el parte a Erg Noor, reelegido comandante de la astronave y jefe de la expedición a Achernar. Los demás miembros de la comisión marcaron sus iniciales en una placa de bronce, con sus retratos y nombres, que entregaron a Erg Noor, y, tras de despedirse de él, se retiraron. Entonces, la multitud avanzó hacia la nave y se alineó ante los viajeros, dejando a los íntimos de éstos acceso a la pequeña explanada que quedaba libre en el ascensor. Los operadores de cine fijaban cada gesto o ademán, de los que partían: postrer recuerdo de los que abandonaban el planeta natal.

Desde lejos, Erg Noor vio a Veda, y, después de meter bajo su ancho cinturón de astronauta aquel diploma de bronce, avanzó impetuoso hacia la joven mujer.

—¡Mucho le agradezco que haya venido, Veda!

—¿Podía faltar acaso?

—Para mí, es usted el símbolo de la Tierra y de mi juventud pasada.

—La juventud de Niza le acompañará siempre.

—No sería sincero si dijese que no lamento nada. Y ante todo, me da lástima de Niza, de mis compañeros, y también de mí mismo... Es demasiado lo que pierdo. En este regreso he aprendido a querer a la Tierra de un modo nuevo, con un amor más fuerte, más sencillo e incondicional...

—Y sin embargo, Erg, se va usted...

—No podía proceder de otra manera. De negarme, habría perdido no sólo el Cosmos, sino la Tierra.

—¿La hazaña es tanto más difícil cuanto más grande es el amor?

—Usted siempre me ha comprendido bien, Veda. Mire, ahí viene Niza.

Acercóse la muchacha —enflaquecida, semejante a un chico con sus ondulados cabellos rojizos—, y se detuvo.

—¡Qué doloroso resulta!... —dijo, con la vista baja—. Todos vosotros sois... tan buenos, tan radiantes y bellos... y tener que separarse, que desgajarse, viva, de la madre Tierra... —la voz de la astronauta se quebró, trémula.

Veda, instintivamente, la atrajo hacia sí para consolarla con femenina ternura.

—Dentro de nueve minutos cerrarán las escotillas —anunció en un susurro Erg, sin apartar los ojos de Veda.

—¡Cuánto tiempo aún!... —exclamó ingenua Niza. Y en su voz se percibían las lágrimas.

Veda, Erg, Dar Veter, Mven Mas y los restantes amigos de los viajeros advirtieron de pronto, con pena y asombro, que no encontraban palabras. No las había para expresar los sentimientos ante aquella hazaña que iba a realizarse para unos seres humanos que no existían aún, para quienes vinieran al mundo muchos años después. Los que se iban y los que se quedaban sabían bien todo aquello, ¿de qué podían servir las palabras?

El segundo sistema de señales del ser humano mostraba su imperfección y cedía su puesto al tercero. Profundas miradas, que reflejaban impulsos apasionados, imposibles de expresar con palabras, se encontraban silenciosas, tensas, o se fijaban en la pobre naturaleza de El Homra, absorbiéndola, bebiéndola con ansia.

—¡Ya es hora! —restalló la voz metálica de Erg Noor, estremeciendo los nervios en tensión.

Veda, sin ocultar sus sollozos, estrechó entre sus brazos a Niza. Las dos mujeres permanecieron juntas unos segundos, apretadas las mejillas, cerrados los ojos, mientras los hombres cambiaban miradas de adiós y se estrechaban las manos.

El ascensor se había llevado ya ocho astronautas, que desaparecieron en la ovalada escotilla. Erg Noor tomó a Niza de la mano y le susurró algo al oído. La muchacha enrojeció y, desprendiéndose de él, se lanzó hacia la astronave.

Los dos subieron juntos.

La gente quedó inmóvil cuando, ante la negra boca de la escotilla, en un saliente claramente iluminado del Cisne, se detuvieron un instante dos siluetas —una, masculina, de gran talla; la otra, de muchacha, esbelta y armoniosa—, respondiendo a los últimos saludos de la Tierra.

Veda Kong se apretó las manos, y Dar Veter oyó el crujido de sus dedos.

Erg Noor y Niza desaparecieron. De las negras fauces de la escotilla avanzó una plancha ovalada del mismo color gris que todo el casco. Un segundo más, y ni el ojo más experto podría advertir la menor huella de abertura en los abombados flancos del colosal casco de la nave.

La astronave, erguida sobre sus separados soportes, tenía algo de figura humana. Tal vez aquella impresión la diera la esfera de la proa, con su afilado capirote y sus faros de señales que brillaban como ojos de persona. O los alabes de la parte central, semejantes a las hombreras de la armadura de un caballero. La astronave se alzaba sobre sus soportes, parecida a un gigante que, afianzado sobre las abiertas piernas, mirase con desprecio y presunción al gentío que se extendía a sus plantas.

Bramaron amenazadoras las sirenas dando el primer aviso. Como por arte de magia, surgieron junto a la nave unas anchas plataformas de autotracción que se llevaron a multitud de personas. Deslizándose, retrocedieron los trípodes de los televisófonos y los proyectores sin apartar del Cisne sus cuencas y rayos. El casco gris del navío cósmico se oscureció y pareció perder sus enormes dimensiones. En su «cabeza» se encendieron siniestras unas luces rojas, señales de preparación para el despegue. La vibración de los potentes motores repercutió en el firme terreno: la nave viraba sobre sus soportes, orientándose para la arrancada. Las plataformas, cargadas de gente, se fueron alejando cada vez más, batidas por el viento, hasta que cruzaron la línea luminosa de seguridad; una vez allí, los pasajeros saltaron presurosos a tierra, y las plataformas volvieron para recoger a nuevas personas.

—¿Ellos no volverán a vernos más, ni siquiera nuestro cielo? —preguntó Chara a Mven Mas, inclinado hacia ella.

—No, tal vez con los estereotelescopios...

Bajo la quilla de la astronave encendiéronse unas luces verdes. En la atalaya del edificio central empezó a girar furiosamente el radiofaro, enviando en todas direcciones la advertencia de que el enorme navío cósmico iba a emprender el vuelo.

—¡La astronave recibe la señal de partida! —resonó de pronto una voz metálica, con tal fuerza, que Chara, estremecida, apretóse contra Mven Mas—. Los que queden dentro del círculo, ¡que alcen las manos! ¡Alcen las manos o perecerán!... —gritaba el robot, mientras sus proyectores palpaban el campo buscando a quienes hubieran podido quedar casualmente en la zona peligrosa.

Al no encontrar a ninguno se apagaron. El autómatas gritó de nuevo, con más furia, según le pareció a Chara:

—Después del toque de campanas, vuélvase de espaldas a la astronave y cierren los ojos. No los abran hasta el segundo toque. ¡Vuélvase de espaldas y cierren los ojos! —rugió el robot en tono de amenaza y alarma.

—¡Es espantoso! —murmuró Veda.

Dar Veter sacó tranquilamente del cinturón dos antifaces con gafas negras; los desplegó, le puso uno a Veda y empezó a ponerse el otro. Apenas hubo cerrado el broche de la correílla, resonó una tremenda campanada, de agudo tono.

Su sonido se interrumpió, y en el silencio oyóse el indiferente chirrido de las cigarras.

De súbito, la astronave comenzó a aullar furiosamente y apagó sus luces. Aquel alarido desgarrador se repitió dos, tres, cuatro veces... Y a la gente más impresionable se le antojó que la propia nave gritaba en el dolor de la despedida.

El alarido aquel cesó tan inesperadamente como había empezado. Un cerco de llamas, de un fulgor inimaginable, se alzó en torno del Cisne. Y por un instante no existió en el mundo más que aquel fuego cósmico. La ígnea torre se elevó alargándose en alta columna para convertirse luego en una línea de cegador brillo. La campana tocó por segunda vez, y la gente, al volverse, sólo vio la llanura desierta en la que rojeaba la inmensa mancha del candente terreno. Una gran estrella titilaba en la altura: era el Cisne, que se alejaba sin cesar.

La multitud se dirigía lenta hacia los electrobuses, mirando ya al cielo, ya al lugar del despegue, que había tomado de pronto un aspecto muerto, como si hubiera renacido allí la hammad de El Homra, espanto e infortunio de los caminantes de antaño.

En la parte Sur del horizonte encendiéronse las conocidas estrellas. Todas las miradas se tornaron hacia donde se alzaba, azul y rutilante, Achernar. El Cisne llegaría a ella después de ochenta y cuatro años de viaje a una velocidad de novecientos millones de kilómetros por hora. Ochenta y cuatro años, para nosotros; para el Cisne, cuarenta y siete. Tal vez fundaran allí un mundo nuevo, tan bello y jubiloso como el nuestro, bajo los verdes rayos de la estrella de circonio.

Dar Veter y Veda Kong alcanzaron a Chara y Mven Mas. El africano contestaba a una pregunta de la muchacha:

—No, no es pena, sino un orgullo grande y triste lo que hoy me embarga. Siento orgullo de nosotros, que nos elevamos más y más sobre nuestro planeta para fundirnos con el Cosmos. Y tristeza, porque nuestra querida Tierra se va volviendo pequeña. En tiempos inmemoriales, los mayas, indios pieles rojas de América Central, dejaron una inscripción orgullosa y triste. Se la he entregado a Erg Noor, que ornará con ella la biblioteca-laboratorio del Cisne.

El africano volvió la cabeza y, al advertir que sus amigos le escuchaban, prosiguió en voz más alta:

—«¡Tú, que mostrarás más tarde tu faz en estos lugares! Si tu razón se esclarece, preguntarás quiénes somos nosotros. ¿Quiénes somos? Pregúntale a la aurora, al bosque, a la ola, a la tempestad, al amor. Pregúntale a la tierra, a la tierra de los sufrimientos, a la tierra bien amada. ¿Quiénes somos nosotros? ¡Somos la tierra!»

—¡Y yo también soy tierra hasta la medula! —agregó Mven Mas.

A su encuentro, jadeante, llegó corriendo Ren Boz. Los amigos rodearon al físico y conocieron la pasmosa nueva: por vez primera se habían puesto en contacto los pensamientos de dos gigantescas islas estelares.

—¡Tenía tantos deseos de llegar antes del despegue —exclamó apenado Ren Boz— para comunicárselo a Erg Noor! El, en el planeta negro, comprendió ya que el espirodisco era una astronave de un mundo ajeno por completo, extraordinariamente lejano, y que el extraño ingenio había volado en el Cosmos durante muchísimo tiempo.

—¿Será posible que Erg Noor no sepa nunca que su espirodisco procede de las abismales profundidades del Universo, de otra galaxia, de la Nebulosa de Andrómeda? —dijo Veda—. ¡Qué pena!

—¡Lo sabrá! —repuso Dar Veter con firmeza—. Pediremos al Consejo energía para una emisión especial, a través del sputnik 36. ¡El Cisne estará todavía doce horas al alcance de nuestra llamada!

FIN